

Grafógrafo

Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana

No. XIV

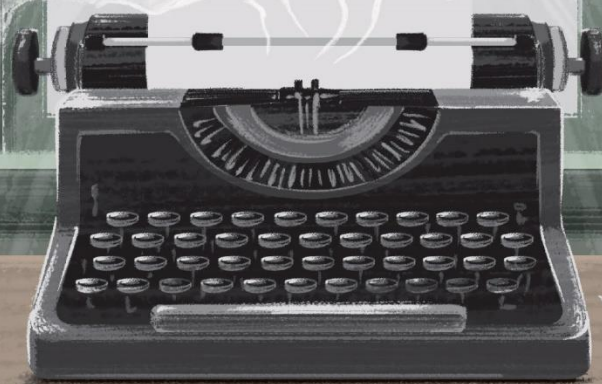
Identidad y
Espiritualidad

GRAFOGRAFO
UGC

ISSN en línea: 2805-6108



UNIVERSIDAD
La Gran Colombia





UNIVERSIDAD LA GRAN COLOMBIA

Dr. Marco Tulio Calderón Peñaloza
Rector

Dra. María Gaby Boshell Villamarín
Vicerrectora de Desarrollo Académico

Dra. Deixa Moreno Castro
Directora de investigaciones

Dr. Anderson Javier Mojica
Decano Facultad de Ciencias de la Educación

Dra. Nathalie Grajales
Coordinadora de Investigación, Docencia y Aseguramiento de la Calidad

Dra. Liliana Elizabeth Fuquen
Directora del Programa: Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana

Mg. Jackeline Rodríguez Fernández
Coordinadora del programa: Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana



GRAFÓGRAFO

Revista de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana
Volumen XIV

EQUIPO EDITORIAL

Mg. Roger Alexander Reyes Rojas
Director

CONSEJO EDITORIAL

Eduard Simón Rico Velandia
María José Veloza Maldonado
Brayan Camilo Abril Leal
Pedro Luis García Ortega

CORRECCIÓN DE ESTILO

Consejo Editorial

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Eduard Simón Rico Velandia
Estudiante

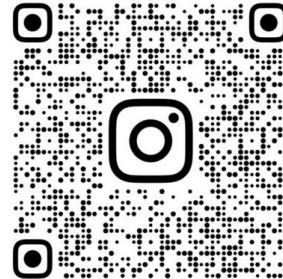
COLABORADORES

Michel Dayan Rodríguez Rodríguez
Paula Alejandra Cárdenas Berdugo
José Andrés Lezama Bautista
Rubén Andrés Díaz Fagua
Mariana López Riaño

CORREO

elgrafografo@ugc.edu.co

REDES SOCIALES



@GRAFOGRAFOUGC

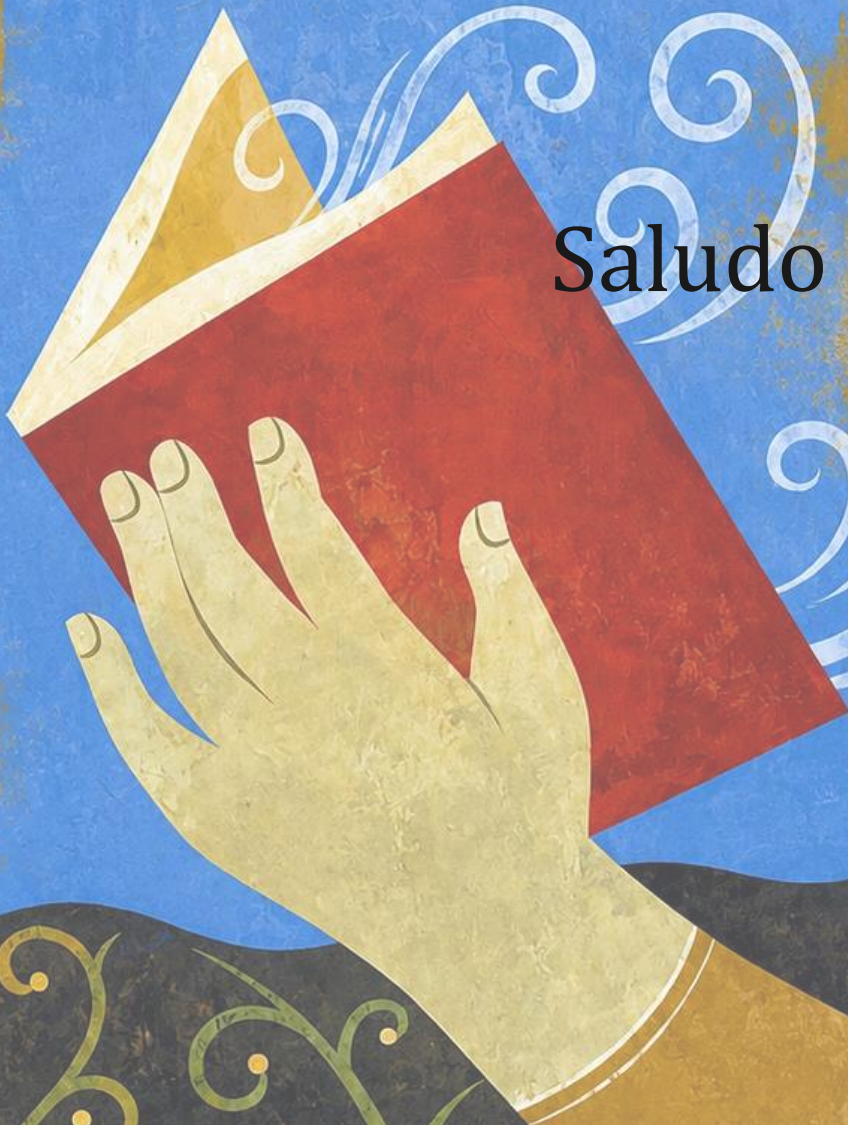
La revista tiene todos sus contenidos en acceso abierto a través del repositorio de la Biblioteca de la Universidad La Gran Colombia.

Grafógrafo. Revista de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana. N° 14.

Las obras contenidas en las ediciones de Grafógrafo UGC se pueden reproducir, distribuir y comunicar públicamente en formato digital, siempre y cuando se reconozcan los nombres de los autores y su dependencia institucional, y a la Universidad La Gran Colombia. Se permite citar, adaptar, archivar y crear a partir del material, para cualquier finalidad (incluso comercial), siempre que se reconozca adecuadamente la autoría, se proporcione un enlace a la obra original y se indique si se han realizado cambios. La Universidad La Gran Colombia no retiene los derechos sobre las obras publicadas y los contenidos son responsabilidad exclusiva de los autores, quienes conservan sus derechos morales, intelectuales, de publicidad y privacidad.

Grafografazo

Saludo editorial





Editorial El Grafógrafo No. XIV

Identidad y espiritualidad, dos palabras que resuenan entre sí.

De cuando en vez regresamos a las preguntas fundamentales y existenciales de la vida como: ¿quién soy?, ¿por qué estoy aquí?, ¿para dónde voy? Bien sea para reafirmarnos o cambiar a otra versión de nosotros mismos. Partiendo de la buena fe en el hombre, no creo que alguien busque ser peor; por el contrario, considero que la mayoría busca mejorar, aunque otros se conformen con lo que son, sobre lo cual tampoco hay un juicio: somos libres para tomar decisiones, siempre ha sido así, es un poder que viene de fábrica y que obra a favor y en nuestra contra. Pero, más allá de ser autorreferenciales, siempre hay otro que también intenta definirme, conocerme, interactuar y, también, desafiarme, criticarme o etiquetarme. De esta manera, caemos en el lugar común de que el ser humano es un ser sociable por naturaleza, en esencia, y esto tampoco es problemático. El problema delicado radica hoy, a mi juicio, en la pérdida de un valor absoluto: el respeto.

Y es que el respeto se ha ido perdiendo paso a paso, subterfugiamente, cuando como sociedad nos vamos moviendo de un lado al otro, de extremo a extremo, jugando con la balanza de Temis, como niños caprichosos e irresponsables. De allí emergen cantidad de corolarios como: mi libertad llega hasta donde empieza la del otro, trata a los demás como quisieras ser tratado, no juzgues el camino del otro sin antes haberte puesto sus zapatos, y otras, que se van con el viento, mientras el más fuerte (en este caso el que se cree el poseedor de la verdad, en especial en temas políticos, religiosos y futboleros) se impone, a las malas, como en la ley de la selva, violentamente. Es triste, pero estamos en una época en que la palabra no vale; son, muchas veces, como joyas lanzadas a los cerdos. Si revaloráramos la palabra como creadora de sentido y armonizáramos este tesoro con acciones coherentes, sencillamente cambiaríamos el mundo. Y sí, de todas formas, hay que creer, y por eso estamos



aquí, en una institución de educación superior.

Aparece, entonces, un valor como la tolerancia, algo más bien tibio y tímido, que nos hace pensar en que toca (así: toca) aguantarnos al otro con todas sus pataletas, berrinches, rarezas, belicosidades y demás. Pero este no es el llamado que tenemos como seres humanos. Si respondemos con algo de coherencia a lo que implica ser humano, deberíamos no solo aguantarnos a alguien, sino compartir con él. Pero ¿cómo llegamos ahí si ni siquiera nos hemos descubierto a nosotros mismos? Es decir, y de nuevo el lugar común: al que no sabe para dónde va, cualquier bus le sirve. Y nada hay más peligroso en el mundo que ser una veleta mecida por el viento, de aquí para allá.

Tal vez es tiempo de dejar atrás falacias como la de “todo lo del pobre es robado” o “todo creyente es ignorante” o “todo intelectual es ateo” y dejar de ver el mundo en blanco y negro, como si no tuviéramos toda la maravillosa gama de colores que pueden captar nuestros ojos. Tal vez es tiempo de renunciar a fanatismos y extremos que nos cierran la posibilidad de creer, construir, cuestionar, compartir, aprender, crecer, y nos dejan varados en una orilla para no explorar la inmensidad del mar.

Porque a veces nos cuesta apropiarnos de las cosas, porque a veces no somos críticos sino criticones; por ejemplo, no es lo mismo sentir esta institución como mía, más allá de una entidad que me presta servicios y por la que pago, en cuyo caso nos duele un daño locativo como si fuera nuestra propia casa. Otro ejemplo podría ser: no es lo mismo pensar que esta es una revista más en el gran océano de las publicaciones académicas a que es nuestra revista, nuestro espacio, nuestra posibilidad de expresarnos y sacar a la luz eso tan propio y que construye la academia: creatividad, pedagogía, educación, intercambio, aprendizaje...

De esto se trata la reflexión sobre el primer concepto planteado aquí: la identidad. ¿Quién soy yo? ¿Cuáles son mis creencias y mis valores? ¿A qué comunidades pertenezco? ¿Hay líderes con quienes me identifico? ¿De qué familia vengo? ¿Quiénes han sido mis ancestros? Todas estas preguntas de un proyecto de vida, que se supone debimos responder en un grado undécimo de escolaridad, pero que, muchas veces, no tenemos claras todavía. Pero nunca es tarde para repensar, para reflexionar, para cuestionar y responder, empezando por uno mismo.



De la mano de todos estos interrogantes, emerge inevitablemente la espiritualidad, como aquello más profundo de cada ser humano. Hablamos justamente de espiritualidad como factor común, y no de religión, la cual es el terreno de las diferencias, y las diferencias están bien, siempre y cuando aprendamos a respetar al otro. Un ser armónico y en coherencia debería tener alineada su espiritualidad con su religión. El ser humano es espiritual y busca la trascendencia, sea consciente o no de esta búsqueda. Una de las problemáticas antropológicas contemporáneas profundas es que algunos hemos reducido la espiritualidad a un área de la vida, cuando esta debería permearlo todo. Por eso sufrimos crisis de identidad, debilidades de carácter, negociamos valores fundamentales, relativizamos lo bueno y lo malo a conveniencia, no trabajamos colaborativamente (ni siquiera nos esforzamos ni lo intentamos) y hasta manipulamos para conseguir objetivos de tinte individualista y egocéntrico.

Esta edición del *Grafógrafo* quiere invitarnos a volver a nosotros mismos, reconciliarnos con aquello que somos, con cada capítulo de nuestra historia, a asumirnos como individuos únicos y valiosos, parte de una

tradición, miembros de una comunidad y ciudadanos que saben, pueden y quieren convivir con sus semejantes. Pretende hacer un llamado para despertar a la consciencia de nuestro carácter inacabado, seres en camino, que cada día pueden mejorar, aprender y aportar al mundo en el que vivimos. De ahí, nuestra primera sección de textos mixtos que se inscriben en la categoría de Identidad y Espiritualidad.

En la nueva sección de Prácticas Pedagógicas se muestra una galería de trabajos de estudiantes que se están preparando para el futuro en el presente, encarnando el rol del maestro desde ahora, en un mundo cambiante, hiperconectado, inquieto y convulso. Consecuentemente con lo que somos, la pedagogía es el fundamento de nuestras licenciaturas, el factor común que nos identifica como Facultad de Ciencias de la Educación y como grancolombianos.

La tradicional sección de Grafo al colegio recopila textos de estudiantes de colegio, como parte de la experiencia de nuestros estudiantes de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana en los contextos estudiantiles, lo que les va dando experticia en la selección de material para publicar, aportando a su perfil con el desarrollo de competencias docentes



y para el sector editorial. Con esta práctica siguen formándose como lectores críticos que pueden valorar la producción textual y tomar postura frente a ella. Adicionalmente, se embarcan en la aventura de la promoción y divulgación, que hoy por hoy enfrenta fuertes desafíos.

Por otro lado, las secciones de escritura creativa (Grafotextos y Textos Dorados) nos revelan lo más íntimo del espíritu de nuestros escritores del aquí y del ahora, en quienes continúa el legado de las grandes luminarias de la literatura universal. En todo escrito de este tinte fluye y se evidencia lo espiritual del ser humano y el carácter de cada uno, la inevitable huella que deja un autor en su obra, huella de humanidad que se resiste a la huella impersonal de la IA, en estos tiempos en que el mal uso de las herramientas tecnológicas atenta contra nuestra esencia y nuestra identidad. Allí recogimos también los frutos del taller de *Mitos y minificciones* realizado en el marco de la Semana del Libro UGC 2026.

En la sección Textos de afuera, en esta ocasión nos llegan las voces de autores que han reflexionado sobre el conflicto armado en nuestro país, estudiantes de Humanidades y Lengua Castellana de Uniminuto, dirigidos por

el maestro Jonathan Caicedo Girón, que nos recuerdan que, además de ser una ventana desde la que observamos los contextos nacionales e internacionales, también debemos abrir las cortinas para que estos contextos nos reconozcan y nos valoren como una universidad que aporta a la sociedad. La comunidad grancolombiana no puede solamente quedarse en la autorreflexión, debe abrirse al mundo para estar actualizada y presente allí donde se requiere construcción de nuevo conocimiento, investigación, innovación académica, procesos pedagógicos y producción artística. Esperamos que sean la inspiración para que nuestros estudiantes también se animen a participar en publicaciones de otras instituciones, convocatorias y oportunidades que permitan crear lazos y alianzas estratégicas.

Por otro lado, con un formato noticioso, los Eventos Cubiertos dan cuenta de la vida activa de la UGC y los múltiples escenarios en donde se nos brinda el regalo del conocimiento: lugares de encuentro, participación, formación, crítica, debate e interacción que nos hacen crecer integralmente y nos permiten construir una mejor comunidad académica para una mejor sociedad.



También es un gusto, como ya es costumbre, presentar en nuestra edición los textos Ganadores del Concurso de cuento y poesía 2025. John Cruz, Alejandra Murcia, Daniel Moreno, Alejandra Saavedra, Leandro Liscano y Leidy Zulema Vallejo conforman el podio entre muchas propuestas enviadas al certamen. ¡Los felicitamos por atreverse a proferir su voz como un canto literario y humano que se levanta en el valle estruendoso de un mundo al que cada vez le cuesta más escuchar y comunicar la belleza!

A todo lo anterior, queremos sumar nuestros demás productos, como las

grafocápsulas, un día como hoy, recomendaciones de libros y películas y el programa Pasantes Literarios, en los cuales nuestros lectores y amigos encuentran una fuente constante de la cual pueden beber gratis y a dosis ajustadas al gusto, cuyo único “costo” o valor de intercambio que les quisiéramos pedir es que nos sigan y nos regalen muchos *likes*, que es algo que no representa mayor esfuerzo y sí nos brinda la posibilidad de ser cada vez más visibles. De esta manera, el *Grafógrafo* es suyo y de aquellos a quienes se lo quieran compartir.

Roger Alexander Reyes Rojas

Sumario

13

- ❖ *La espiritualidad política como experiencia de una gobernanza trascendental*
- ❖ *El habitante de las cajitas doradas*
- ❖ *Formulario FE-000: Registro de ausencia*
- ❖ *La parábola de la bala perdida*
- ❖ *Los que llevan la delantera*
- ❖ *Recovecos*
- ❖ *Visa para una utopía*



Textos dorados

05

Saludo editorial

"Identidad y espiritualidad, dos palabras que resuenan entre sí"



Grafografazo

49

- ❖ *Obras estudiantes LHLC*
- ❖ *Obras estudiantes UGC*
- ❖ *Taller de mitos y minificciones*



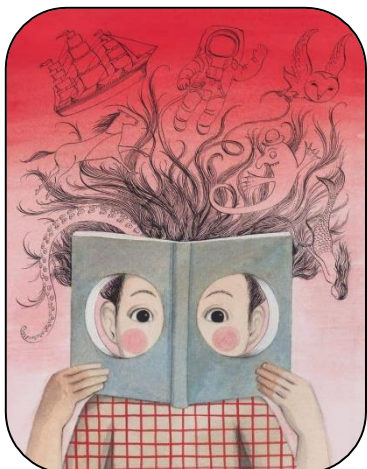
Grafotextos

119

- ❖ *Crónicas*
- ❖ *Textos de otras carreras*
- ❖ *Proyectos y propuestas de investigación*
- ❖ *Reseñas críticas sobre el Repositorio de la Fundación Compartir*



Pedagogía



❖ **Crónicas Liceo Octavio Paz**

Dirección: Camilo Abril Leal

❖ **Crónicas Colegio Tirso de Molina**

Dirección: María José Vellozo

210

Grafo al colegio

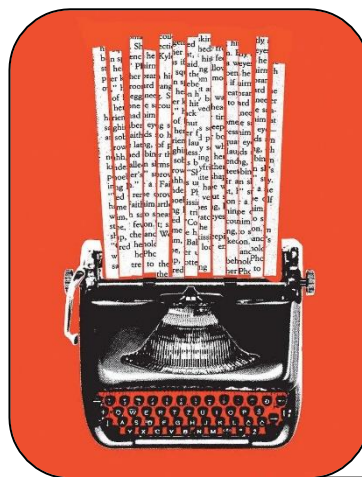
270

❖ **Cuentos y textos UNIMINUTO**

Dirección: Jonathan Caicedo Girón



Textos de afuera



Cubrimiento de eventos

- ❖ *De la ciencia a la inversión*
- ❖ *Grandes nombres de la prosa y la poesía rusa en el contexto internacional*
- ❖ *De contravía y otros cuentos*

329

348

- ❖ *Caminos de escuela*
- ❖ *Dolor*
- ❖ *Esmeralda entre Arcilla*
- ❖ *Último chocolate*
- ❖ *Un destino poco poético*
- ❖ *Veo fantasmas*



Cuento y poesía 2025

Textos dorados





La espiritualidad política como experiencia de una gobernanza trascendental

Rab. Dr. Richard Gamboa Ben-Elazar*

NOTA: Las opiniones y reflexiones expresadas en este artículo son de exclusiva responsabilidad del autor, y se realizan en ejercicio de su libertad de cátedra e investigación (Constitución Política Nacional de la República de Colombia, Art. 27); por lo cual no comprometen ni reflejan en modo alguno la postura oficial ni la voluntad institucional del Ministerio del Interior.

Se escucha a menudo que política y religión no deben “revolverse” y sin embargo la Historia Universal nos da múltiples evidencias de cómo estos dos ámbitos han confluído armoniosamente, tanto en las grandes civilizaciones como en las pequeñas comunidades humanas. Basta con revisar la historia del Antiguo Egipto, Grecia y Roma; la India Védica, la China Dinástica, los imperios Inca, Maya y Azteca, los pueblos escandinavos y las sociedades tribales de África, Siberia, Polinesia y la Amazonía.

La experiencia del Mundo Occidental desde la Revolución Francesa se observa la senda de un sistema de

gobernanza independiente de la religión (lo que se conoce hoy día como “estado laico”) y que se implementó tanto desde los gobiernos capitalistas como comunistas, tanto en gobiernos democráticos como en los dictatoriales, ha demostrado en más de doscientos años tanto luces como sombras.

Por un lado, la separación entre religión y estado permitió generar un marco garantista de derechos fundamentales y civiles individuales y colectivos que, en ocasiones, sectores religiosos posicionados en el poder político satanizaban, criminalizaban y propendían a su

*Licenciado en Estudios Religiosos, Universidad de La Salle, Bogotá. Especialista en Misionología, Fundación Universitaria San Alfonso, Bogotá. Doctor eclesiástico en Teología, Seminario Teológico Interreligioso (Cottonwood, Arizona, Estados Unidos). Diplomado en Gestión Cultural para la Paz, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Diplomado “Artífices de Paz con la Naturaleza” en el marco de la COP16, Ministerio de Ambiente y Corporación Universitaria Minuto de Dios, Cali. Ordenación Rabínica (Semijá L’Rabanút) conferida por el Consejo Rabínico del Seminario Teológico Interreligioso (Gainesville, Florida, Estados Unidos). Manhíg de Shéguel. Canciller del Consejo Rabínico Libre e Independiente de las Américas. Rabino titular de la Unión Judía Liberal e Independiente de Colombia. Vicerrector General del Claustro Doctoral Confraternidad Internacional. Activista y defensor de Derechos Humanos con especialidad en libertad religiosa. Creador de contenido, escritor y conferencista. Actualmente se desempeña como Director Nacional de Asuntos Religiosos en el Ministerio del Interior de la República de Colombia. Correo: rabinorichard@gmail.com



derogación por ser incompatibles con la doctrina religiosa establecida. Pero cuando esa separación se llevó a cabo de manera extremista y radical, despreciando la expresión religiosa como parte intrínseca de la sociedad, se causaron persecuciones religiosas y genocidios desde el Estado mismo.

Es aquí donde se propone un punto alternativo con el objeto de generar un sano equilibrio entre el ejercicio de la gobernanza y el reconocimiento de las realidades espirituales. Y se habla aquí de "realidades espirituales" como reconocimiento de aspectos de la vida y del Universo que trascienden las barreras de la materia, la energía, el espacio y el tiempo, y que hoy día son ampliamente demostradas por disciplinas científicas de vanguardia, tales como la física cuántica, o por las ciencias exotéricas (no confundir lo "exotérico" que es el conocimiento de fácil acceso al público en general, con lo "esotérico" que es conocimiento de acceso restringido a un grupo selecto)

Pensar en la idea de una "espiritualidad política" (y aquí se

expone el concepto con el ánimo de alimentar su reflexión, discusión y construcción epistemológica), no tiene nada que ver con el ejercicio de la gobernanza centrado en creencias religiosas específicas; eso es "gobierno confesional" y ya hemos pasado como sociedad por esa experiencia, no sólo en el pasado sino recientemente y en el propio Hemisferio Occidental (por ejemplo, el establecimiento en pleno Siglo XXI de un estado neo-confesional en Brasil durante la presidencia de Jair Bolsonaro, cuyo modelo se ha pretendido replicar en Colombia, El Salvador y Costa Rica).

Al hablar de espiritualidad política se propone la construcción de un modelo de gobernanza que reconoce, en primer lugar, la naturaleza espiritual del ser humano. Este primer postulado es esencial para sustentar la supremacía de los Derechos Humanos en todo orden político y social. La demencial afirmación del padre de la psiquiatría moderna Wilhelm Wundt "el ser humano es un animal sin alma" ha servido de excusa para cometer como nunca antes en la Historia Universal múltiples



genocidios y crímenes de lesa humanidad. La espiritualidad política parte, por el contrario, del reconocimiento de la persona humana como “sacra” y, en consecuencia, sujeto de derechos, de dignidad y de respeto. Aquí un gobierno espiritual vería como aliados estratégicos y de especial protección a las personas activistas y defensoras de Derechos Humanos. Es un volver a las bases mismas de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y anteponerlas como principio básico de la gobernanza sin posibilidad alguna de detrimento de esas bases que buscan salvaguardar la supervivencia misma de la Comunidad Humana.

La trascendentalidad humana va mucho más allá de lo religioso. El ser humano es capaz de superar e ir más allá de las barreras del mundo físico, incluso en los niveles más básicos, las artes clásicas y las nuevas expresiones artísticas son manifestación de la espiritualidad porque a través de ellas el ser humano comunica sus ideas y su sentimientos; las producciones artísticas dejan una huella indeleble, un aprendizaje, una inspiración, una

nueva creación que ayuda a la Humanidad a avanzar en su camino hacia la constante evolución y que queda a disposición de las nuevas generaciones. Este segundo postulado profesa que un país es grande en la medida en que su gestión de gobierno, consciente de las realidades espirituales, establezca políticas y normativas claras y firmes para la promoción y la protección de los artistas y de sus creaciones.

Uno de los más grandes desafíos para cualquier sociedad que se preste de reconocerse a sí misma como “democrática y civilizada” se encuentra en la formación de la ciudadanía en todos los niveles. Los modelos educativos elaborados para responder a los intereses del mercado han demostrado ampliamente ser desastrosos para cualquier nación, este es el escenario donde la espiritualidad política puede contribuir a la recuperación de la esencia misma de la educación a través de estrategias gubernamentales de enseñanza cimentadas en el profesionalismo y la idoneidad profesional docente, en el reconocimiento de la dimensión



trascendental de las personas como la razón de ser misma de la educación y en el diseño de currículos aplicables con enfoque humanista integral. Una nación progresa en la medida en que sus modelos de educación empujen al individuo y a la sociedad misma a explotar al máximo sus capacidades y a aplicar sus conocimientos más allá de sus propios límites materiales.

No se puede dejar de lado, como parte de la espiritualidad política, el aspecto religioso de la sociedad, tan diverso y tan profundo que afecta todos y cada uno de los ámbitos de la vida, tanto que obliga al orden estatal a reconocer el impacto de esta realidad en lo individual, lo colectivo y lo público. Como se dijo anteriormente, no se trata de establecer o alentar un gobierno confesional, sino de establecer el ejercicio de la gobernanza que reconozca a la persona humana ante todo y principalmente como un ser espiritual por naturaleza, capaz de trascender y de superar los límites del mundo físico; y que la mayoría de la sociedad expresa este auto-reconocimiento, bien sea por medio

de la profesión de un credo religioso determinado o por medio de la profesión de una creencia individual al margen de las instituciones religiosas. Y que las personas se piensan la configuración de todo orden político, social, económico y moral, con base en sus propias convicciones de fe.

La libertad religiosa se convierte así en el fundamento de todos los Derechos Humanos, pues está demostrado que es un derecho fundamental transversal, es decir, que abarca en sí mismo todos los demás derechos y libertades. Una gobernanza ejercida desde la base de la espiritualidad, tal y como se ha planteado, reconoce esta realidad y establece políticas y normativas que, además de garantizar el pleno disfrute de este derecho fundamental, conjura a feligreses y clérigos, en el reconocimiento de que los derechos propios terminan donde comienzan los derechos ajenos, a asumir responsabilidad social en el ejercicio del mismo; estas políticas y normativas establecerían también la articulación cooperativa entre Estado y Religiones para la búsqueda del bien común.



Miles de educadores, pensadores y activistas sociales, han coincidido en que la más grave crisis que la sociedad en general sufre hoy día es la crisis moral y espiritual, y que mientras no se aborde esto como causa de los múltiples conflictos sociales que aquejan a una nación, toda propuesta o acción de gobierno será por completo inútil.

La espiritualidad política bien podría iluminar el camino seguro a recorrer en lo ejecutivo, en lo legislativo y en lo judicial, y se propone como una

alternativa aplicable que sólo demanda la buena voluntad de las autoridades civiles y su disposición para llevar a cabo la tarea, y la disposición de la ciudadanía a respaldar la implementación de esta clase de gobernanza; así se podría redimir cualquier país que desee honestamente un verdadero cambio positivo para sí mismo y, ¿por qué no?, incluso convertirse en un referente de esperanza de un mundo mejor para todas las personas en el concierto de las naciones.

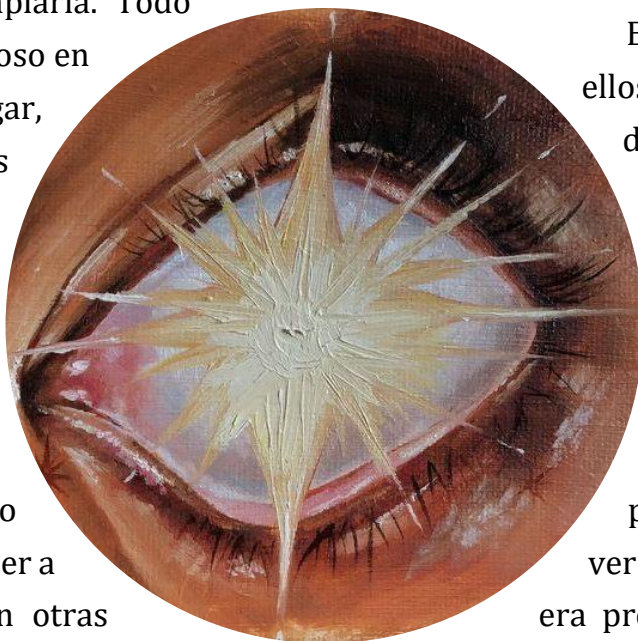
El habitante de las cajitas doradas

Roger Alexander Reyes Rojas* A.M.D.G.

Un hilito de luz amarilla recorrió el horizonte y se paseó un momento por la cajita dorada que en ese instante irradió un brillo formidable para las pupilas que pudieran contemplarla. Todo era silencio y reposo en aquel oscuro lugar, que además cuenta con una maravillosa acústica.

Desde el fondo del pequeño cuadro dorado, y al parecer a lo lejos, brillaban otras pupilas, serenamente, con una paz que se lee infinita en ellas y un amor exagerado. Unos ojos llorosos me interrogaban, me penetraban, me veían con un conocimiento más agudo de lo que hubiese podido imaginar. Si hablo de aquellos ojos no es que el resto de este sujeto no me impresionara, pues su traje

blanco y la “silla real” en la cual estaba sentado eran lo más majestuoso que haya podido observar, pero, en fin, me llamaban la atención sus ojos.



Esa expresión en ellos alcanzaba a decirme que estaba feliz de verme por allí, pero mi presencia no era lo único que estos veían; esta mirada tenía la particularidad de ver lo que no estaba y era precisamente esta la

angustia que también transmitían aquellas fuentes de vida y de expresión. Sin dirigirme palabra alguna comprendí que a este sujeto le duele, como a todo humano, la soledad. Mi comprensión se elevó cuando él me prestó sus ojos.

Ella lloraba sola en su habitación porque no advertía la

**Magíster en Escrituras Creativas y Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Diplomado en Docencia Virtual, Pedagogía y en Diseño de Aulas Virtuales de UNIMINUTO. Docente de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad La Gran Colombia. Director Revista y Medios del Gráfico.*



presencia de aquel que le quería consolar. María se había prometido sacar un tiempito para ir a visitarlo, pero sus múltiples trabajos de la universidad no se hacen nunca esperar, la paciencia no es una virtud inherente a ellos. Jorge necesitaba tiempo para él, para descansar, por eso se fue a bailar, además en el bar se encontró con su ex novia Natalia a quien se estaba arrepintiendo de dejar. Su cabeza así le puso a dar vueltas y también le quitó más y más tiempo.

Pancho es un personaje de la televisión, lo tiene todo, no necesita nada más, si lo que le sobran son amigos... sin embargo ahora, que ha pasado el tiempo y el mundo de la fama lo ha olvidado por viejo, no encuentra a quién llamar: todos sus amigos desaparecieron como por arte de magia. Para Humberto el arte lo es todo, sin embargo, a veces se cansa de cantar, pues siente que sus mensajes se cosifican y ya no dicen nada. La última vez que le cantó una canción a sus amigos sobre sus vicios más recurrentes, se enfadaron y ya no lo quieren escuchar. Ayer, las noticias que tuvo que presentar Claudia fueron terribles y sólo lo

comentó con su compañera, al saber que no les tocó vivirlo a ellas un “menos mal”, a la carrera. Gilberto se puso muy triste porque falleció su abuela, sin embargo, mañana tiene que salir a manejar el bus porque la vida sigue, además ¿a quién le importará reemplazarlo? Nadie le va a solucionar a Francisco lo del embargo, su mujer lo va a seguir odiando. Lola no puede aún aceptar la traición de su esposo...

De pronto los ojos, de nuevo desde el fondo del cuadro dorado, me dijeron: “Si vinieran ante mí todas estas personas y muchísimas más, estos mismos ojos que tú ves aquí les darían el consuelo, el apoyo, la solución. Pero la gente ya no quiere que yo los ayude, por creerse autosuficientes luchan contra algo que no pueden vencer, quieren la victoria y yo la tengo, me encantaría ayudarlos y participarles de mi triunfo. La gran mayoría no ha descubierto que sólo se vence en equipo, mientras tanto yo sigo acá esperándolos cada mañana, cada día, cada tarde y cada noche, anhelando que quieran de verdad encontrar la felicidad”.



quien se estaba arrepintiendo de dejar. Su cabeza así le puso a dar vueltas y también le quitó más y más tiempo.

Pancho es un personaje de la televisión, lo tiene todo, no necesita nada más, si lo que le sobran son amigos... sin embargo ahora, que ha pasado el tiempo y el mundo de la fama lo ha olvidado por viejo, no encuentra a quién llamar: todos sus amigos desaparecieron como por arte de magia. Para Humberto el arte lo es todo, sin embargo, a veces se cansa de cantar, pues siente que sus mensajes se cosifican y ya no dicen nada. La última vez que le cantó una canción a sus amigos sobre sus vicios más recurrentes, se enfadaron y ya no lo quieren escuchar. Ayer, las noticias que tuvo que presentar Claudia fueron terribles y sólo lo comentó con su compañera, al saber que no les tocó vivirlo a ellas un “menos mal”, a la carrera. Gilberto se puso muy triste porque falleció su abuela, sin embargo, mañana tiene

que salir a manejar el bus porque la vida sigue, además ¿a quién le importará reemplazarlo? Nadie le va a solucionar a Francisco lo del embargo, su mujer lo va a seguir odiando. Lola no puede aún aceptar la traición de su esposo...

De pronto los ojos, de nuevo desde el fondo del cuadro dorado, me dijeron: “Si vinieran ante mí todas estas personas y muchísimas más, estos mismos ojos que tú ves aquí les darían el consuelo, el apoyo, la solución. Pero la gente ya no quiere que yo los ayude, por creerse autosuficientes luchan contra algo que no pueden vencer, quieren la victoria y yo la tengo, me encantaría ayudarlos y participarles de mi triunfo. La gran mayoría no ha descubierto que sólo se vence en equipo, mientras tanto yo sigo acá esperándolos cada mañana, cada día, cada tarde y cada noche, anhelando que quieran de verdad encontrar la felicidad”.

Formulario FE-000: Registro de ausencia

Víctor Hugo Riveros Rodríguez*

El lunes llegó como llegan todos los lunes.

Rodrigo Pedraza no estaba.

Al principio nadie lo notó. El timbre sonó a las seis cuarenta y cinco, los estudiantes entraron por el pasillo de la derecha, la secretaria encendió el computador de la recepción con la misma calma de siempre. La jornada comenzó con la puntualidad que el reglamento interno exigía y que el sistema de asistencia registraba automáticamente en una base de datos que alguien, en algún momento, había prometido revisar cada semana.

El casillero número diecisiete estaba cerrado con el mismo candado negro de siempre. Eso era normal. Rodrigo cerraba el candado cada viernes antes de irse y lo abría cada lunes antes de la primera clase. Veintidós años de ese gesto.

Veintidós años del mismo candado, o quizás otro igual, no había manera de saberlo porque nadie se había fijado lo suficiente.

En la sala de profesores, su silla quedó vacía durante el descanso de las nueve. Alguien dejó encima una carpeta con fotocopias que no eran para él, la carpeta estuvo allí toda la semana. La coordinadora convivencial lo notó al mediodía, cuando fue a revisar las planillas de asistencia. La columna de grado novena estaba en blanco donde debía estar el Reporte del Ciencias Sociales, primera hora. Buscó en su teléfono, no tenía el número de Rodrigo. Preguntó en la secretaría, la secretaria buscó en el sistema, este tenía registrado un número que comunicaba con el teléfono fijo de la sala de profesores. Nadie contestó porque en la sala de profesores no había nadie a esa hora.

*Profesional en Estudios Literarios con formación de posgrado en literatura, didáctica de la lectura y promoción literaria. Se desempeña como docente, liderando procesos de formación lectora y escritura crítica. Es autor de *Las aventuras de Francisca en Tunja* (2022), *Grito de independencia* (2025) y *La puerta del tiempo* (2026). Su trabajo como escritor y mediador ha dado lugar a la publicación de relatos estudiantiles en diversas antologías institucionales y en la Universidad Minuto de Dios. Su escritura explora la memoria, el territorio y las tensiones entre lo íntimo y lo social.



Lo anotó como novedad en el libro de incidencias. Escribió: *Docente Rodrigo Pedraza, Ciencias Sociales, ausente sin justificación. Lunes 7 de abril. Pendiente verificar*.

Luego fue a su siguiente reunión.

Nadie cubrió las clases de noveno. Los estudiantes esperaron quince minutos en el aula, como indica el protocolo y luego salieron al patio. Algunos sacaron el teléfono. Otros se sentaron en el borde de la jardinera de cemento. Valentina, que siempre se sentaba al fondo, abrió su cuaderno cuadriculado y copió la fecha en la esquina superior derecha. Luego no escribió nada más. Esperó.

El martes tampoco llegó.

Esta vez la coordinadora llamó al número de emergencias que estaba en la carpeta de personal, guardada en físico en el cajón inferior del archivador metálico de la secretaría, carpeta que conservaba una fotocopia de la cédula de Rodrigo con fecha de expedición de 2003, una fotocopia del diploma de licenciatura con fecha de 1998 y un

formulario de actualización de datos que Rodrigo había diligenciado en 2019 y en el que había escrito, con letra pequeña y vertical, un número de celular que ya no existía.

El número que existía, el actual, estaba en su teléfono personal. Que estaba en su bolsillo. Que estaba en algún lugar que nadie sabía nombrar todavía.

Llamaron al número del formulario de 2019. Una voz grabada informó que el número había sido desconectado o se encontraba fuera del área de servicio. La coordinadora colgó y anotó en el libro de incidencias: *martes 8 de abril. Reincidencia. Número de contacto no disponible. Se escala a Talento Humano*.

Talento Humano respondió el jueves con un correo que decía que el caso había sido recibido y que sería atendido dentro de los tiempos establecidos por el protocolo de gestión de novedades de personal, que era de cinco a diez días hábiles.

Para entonces Rodrigo llevaba cuatro días sin estar.

Lo que dejó fue esto: el casillero cerrado, la silla con la carpeta equivocada encima, la columna de firmas en blanco, el cuaderno cuadriculado de Valentina con la fecha escrita y nada más, y una hoja de vida en el sistema que registraba veintidós años de servicio continuo, cero sanciones disciplinarias, cero ausencias injustificadas previas, cero llamados de atención, cero, cero, cero.

El sistema interpretaba ese historial como un docente ejemplar. También podía interpretarse como otra cosa: como alguien que llevaba veintidós años sin ser visto.

Aurelio Vásquez llegó el viernes con la espalda mal y la carpeta de planeadores del bimestre tres bajo el brazo. Se sentó en su lugar habitual de la sala de profesores, sacó el computador y miró la silla de Rodrigo con la carpeta encima. Pensó que él no había reclamado sus fotocopias. Pensó que eso era raro. Rodrigo

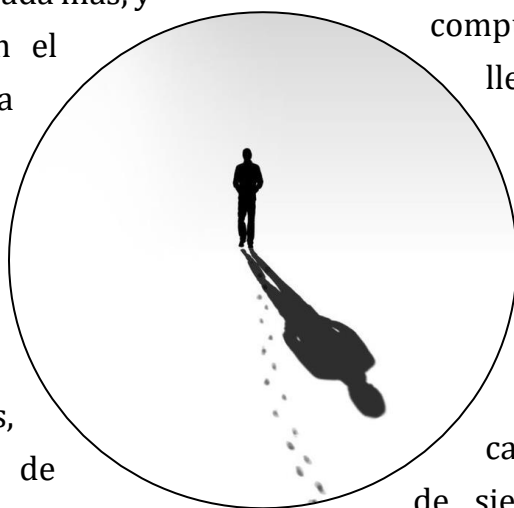
reclamaba todo lo suyo con una puntualidad que a veces resultaba incómoda en un lugar donde perder cosas era la norma.

Luego encendió el computador y empezó a llenar el planeador de la semana siguiente. A las dos de la tarde, cuando recogía sus cosas, se detuvo un momento frente al casillero diecisiete. El candado negro. El mismo de siempre, o quizás otro

igual, estiró la mano y lo tocó... estaba frío. Fue al baño, se lavó las manos, recogió su maleta y salió por la puerta lateral, que cerraba con llave automática a las tres menos cuarto.

En el libro de incidencias de esa semana constaban cuatro anotaciones sobre Rodrigo Pedraza. Ninguna decía dónde estaba. Ninguna preguntaba qué había pasado. Registraban ausencia, escalada, protocolo, tiempos de respuesta.

No registraban que Rodrigo había almorzado solo todos los días





durante veintidós años. No registraban que sabía el nombre de cada estudiante que había pasado por sus clases, incluyendo los que repitieron, incluyendo los que se fueron sin terminar el año. No registraban que el último formulario que había diligenciado —el FE-089, actualización de perfil docente para el sistema integrado de gestión— lo había entregado en sobre cerrado, a

mano, un viernes a las tres de la tarde, tres semanas antes del lunes en que no llegó.

No registraban qué había escrito adentro. Eso quedó en el casillero.

Cerrado.

Con el candado negro de siempre.

La parábola de la bala perdida

Jerson José Hernández*

Lanzó el azadón con ímpetu y la tierra morena y fértil se abrió, amable, ante el vigor de sus manos fuertes y terriblemente dulces. En la platanera se encontraban los primeros colinos recién sembrados. A su alrededor, otros hombres preparaban el fertilizante y cavaban los hoyos que hacían falta para cubrir la hectárea. Desde lejos y

como nacida del mismo monte, una melodía recorrió la parcela, avanzó con un vestido liviano sobre la hierba recién cortada hasta que llegó a sus oídos. Era una canción de Julio Jaramillo que venía de la cocina de la casa y cargaba en su lamento, el olor de la zanahoria picada y la carne sancochada:

*Estrella fugitiva de mi anhelo
me llevas por desconocido cielo
detente no me robes la alegría.

Sin tu influjo luminoso
mi existencia es un destrozo
oh, gitana, son tus ojos mi guion...*

Caminó sintiendo que el olor y la música eran una sola cosa. Atravesó el terreno hasta llegar a la casa. Adentro, y por la abundancia de sombra, tuvo que parpadear fuerte,

de todos modos, no necesitaba ver para llegar hasta la cocina. Cruzó la sala vacía mientras dibujaba en su memoria el muro de la izquierda, con una chaqueta colgada, y el de la derecha con sus dos puertas.

* Profesor de escuela licenciado de la Universidad Pedagógica Nacional y Magister en Estudios Literarios de la Universidad Nacional, Bogotá. En esta misma ciudad ha participado en distintos talleres de escritura. En la revista *Surgente*, *Letras informales* (*Usme*) ha publicado algunos de sus cuentos y poemas. Ganador del Concurso *Relata*, en la categoría *poesía* (2016), del Festival de las Artes de *Usme* en cuento (2012) y en *poesía* (2015 y 2018). Finalista de *Bogotá en 100 palabras* (2019 y 2023) y ganador del Concurso de Cuento Corto del Festival de Literatura de Pereira (2023). Mención al mérito literario *Don Quijote de la Mancha* otorgada por el Concejo de Bogotá (2026).



Al fondo vio la sombra de Edilma sentada junto al fogón. Las llamas domésticas que hervían el

El almuerzo abundante y sabroso le produjo un sopor que le cerraba los ojos.

—Recuéstese un rato mijo, vaya y descanse que yo lo despierto en un ratito.

Caminó hasta su habitación, tanteó hasta encontrar la almohada y esperó a que se le cerraran los ojos mientras sentía el rumor leve del ventilador que giraba a sus pies.

El dolor le hizo abrir los ojos. Se llevó las manos al vientre hasta sentir la camiseta ensopada en la tibieza de su sangre. Temió estar presenciando el momento de su muerte y la respiración agitada le agudizó el dolor. Sintió la inevitable necesidad de aferrarse a algo. Llevó los brazos a cada lado de su cuerpo y comprobó con amargura que solo lo rodeaba la manigua. Tuvo miedo de morir lejos: lejos de los caminos machacados por sus pasos, lejos de la

sancocho dibujaban el contorno de su vieja: erguida, con el cabello recogido y la mirada tranquila.

sombra sabia del *palo'e* mango, lejos de los ojos de su mamá que siempre se vieron tristes con la luz del amanecer. Lejos de todo lo que algún día él creyó ser.

El remolino de hojas empantanadas y el olor amargo de la naturaleza que se pudre solo para reverdecer, le hicieron pensar en que su muerte sería una muerte miserable. Sería un difunto para el olvido; alejado del lamento inconsolable de los suyos, de la luz intermitente de las luciérnagas que en la noche vuelan sobre las tumbas del cementerio.

Galopando veloces sobre el borboteo de la sangre lo inundaron los recuerdos. Las quince navidades que vivió cerca de la costa, el arrullo sereno de las olas acompasando el bamboleo de las caderas de su mamá cuando barría la casa, el desprecio sincero en los ojos de su papá cuando perdía jugando a las cartas y en la sala se escuchaba:

*Hoy ha muerto el prisionero de la celda veintidós
lo enterraron pobrecito y nadie le trajo una flor.
El pajarillo amarillo que alegraba la prisión
desde ese día no llega a la celda veintidós.*

Apretando los dientes y cerrando con fuerza los puños para soportar el dolor, recordó también la primera vez que se reventó a trompadas con alguien. Había sido en la fiesta de san Juan Bautista, cuando un atravesado se burló de él por la manera en cogía la cerveza. Le dijo, pronunciando cada palabra como si fuera un escupitajo, que tenía las manos lechosas y débiles como de estropajo; que, si así era cogiendo una cerveza, jamás iba a ser capaz de coger a una mujer como se debe y enseñarle quién es el que manda. Entonces, más por vergüenza con los amigos que por la misma humillación, se lanzó contra el tipo. No supo dónde encajarle los puños ni qué insultos mentarle mientras lo golpeaba, pero eso sí, se alegró cuando entre el revolcón de la gente que los separaba, entrevió que le había reventado la nariz.

Más tarde y mientras celebraba con los amigos Pereira se le sentó a al lado y le dijo:

— Usted para pelear si es que se muere de hambre, ¿no? Vea, esos tipitos que vienen acá a levantar bronca se cagan del susto cuando saben que uno camella en el monte... Cuando saben que uno anda con su fierro debajo de la camisa y que sin asco es capaz de bajarse a cualquiera. Hermano: piénselo.

Pereira se levantó y desde lejos, como despidiéndose, brindó una vez más con su botella. Él, desde la tienda, repitió el gesto, dio un último trago y volvió a ensayar, por debajo de la mesa, otras maneras de coger la botella.

A los pocos días preparó su maleta. Acostumbrado a los únicos viajes que había hecho —al nacimiento del río, cerca de la sierra—, empacó poco: un par de camisetas, un pantalón y algunas bermudas, chancas y los zapatos que llevaba puestos; una cachucha, unas gafas oscuras y dos *cassettes*: uno de Julio Jaramillo que lo hacía pensar en



el hombre que quería llegar a ser, un hombre como su papá, y otro de *Rage Against The Machine* que le robó a un primo cuando visitó la ciudad y que, cuando escuchaba, lo hacía sentir malo, peligroso, impredecible.

De cigarro en cigarro atravesó las noches en el monte. Lo espantaba el zumbido de los pitos en la oscuridad. La idea de que lo picaran y quedara infectado lo mantenía en una aterradora vigilia.

Era común ver a sus compañeros de filas sumergidos en una paranoia lastimosa cuando se daban cuenta de que tenían leishmaniasis. Todo empezaba con un grano pequeño que aparecía en una pierna o en brazo dejados al descubierto; los peores casos ocurrían en el cuello o en el rostro.

Después de un par de semanas ese grano, que indicaba el lugar exacto donde el pito había picado, comenzaba a hincharse. Se formaba una úlcera que apestaba, supuraba y deformaba a su víctima. Era común entonces escuchar las prolongadas agonías durante la madrugada y de cuando en cuando, la temblorosa valentía de algún enfermo que,

desesperado, destapaba algunas balas de su munición, esparcía la pólvora alrededor de la úlcera y finalmente, encendía en un fogonazo ardiente su piel, con la esperanza de matar la infección.

El humo de los cigarrillos mantenía alejados a los mosquitos, por lo que se obligó a aprender. En el silencio del insomnio pensar era inevitable. Escapar. Regresar. Varios ya lo habían hecho, solo era cuestión de esperar el momento oportuno. A veces sonreía irónico cuando pensaba que de esa guerra no salía espantado por el horror de las masacres ni por la compañía constante y perturbadora de la muerte sino por el ataque endemoniado de los pitos. Y porque nunca pudo escuchar sus *cassettes*, pues casi nunca contaron con corriente eléctrica y cuando la tuvieron, los comandantes siempre escogieron la música que se debía escuchar.

Pero no fue la leishmaniasis ni la mirada pendenciera de Pereira — que en los últimos meses no soportaba su poco aguante para las tareas del monte—, lo que lo había

tendido en el suelo habían sido las balas, esas que nunca vio pero que zumbando despertaban a todos en el campamento, las mismas que, invisibles, habían tumbado a otros y que en ese instante devoraban sus entrañas expuestas.

Lo despertó el susurro leve del ventilador y la brisa intermitente que refrescaba sus brazos. Percibió en su boca un sabor amargo que desapareció después del primer trago de saliva. Cuando abrió los ojos vio un ventilador suspendido en el techo de una habitación de paredes blancas y luz clara que entraba por las ventanas. Sobre la sábana palpó su abdomen y tuvo que presionarlo con algo de fuerza para sentir dolor. También sintió vendas y gasas que lo envolvían.

Después de un sueño intranquilo, sumergido en la fiebre y en una profunda jaqueca, se volvió a despertar. Alguien, sentado a su lado, miraba fijamente por la ventana: una mujer erguida que tenía el cabello

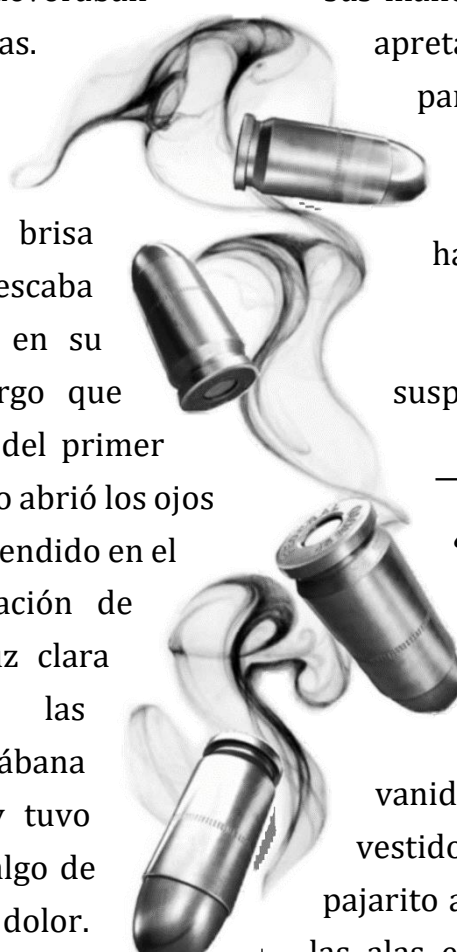
recogido y la mirada tranquila. Llevaba un vestido púrpura hasta las rodillas que dejaba ver sus piernas morenas, delgadas y surcadas por unas várices incipientes. Apretaba en sus manos un bolso anaranjado, lo apretaba con tanta fuerza que parecía que si lo soltara se iba a elevar sin remedio hasta pegar con el techo de la habitación.

Después de un largo suspiro le dijo:

— Las cosas como son, ¿cierto muchacho? Hace mucho no veía un día tan bonito. Vea cómo calienta el sol por todas partes y las muchachas vanidosas caminando en vestidos. Es que si yo fuera un pajarito aprovecharía y me bañaría las alas en cualquier charquito, ¿o no?

Como no tuvo respuesta, ella continuó:

— Usted no se acuerda de mí, ¿cierto?, pero yo sí de usted. Vea, yo me llamo Edilma, Edilma Gavilán y vivo en las Luces del Camposanto;





arriba, cerca de las plataneras. Yo me acuerdo de usted porque usted era el único que tenía cara de susto cuando ustedes fueron por allá.

Y despacio, abrió su bolso. De una cartuchera percutida y vieja sacó sus fotografías. Una por una las ubicó sobre las sábanas, sacaba las fotografías tan despacio que parecía que estuviera desplumando a un pajarito sin querer lastimarlo.

— Vea, él es Elkin el día en que hizo su primera comunión —le dijo mientras le mostraba a un niño de pie, junto a un sacerdote. Era un niño moreno y serio, peinado con esmero y con un vestido blanco, todo blanco.

— Aquí —le dijo después, señalando otra fotografía—, estamos celebrando mi cumpleaños.

Era una fotografía desenfocada y aunque los rostros no estaban definidos se notaba, eso sí, que la mujer sonreía con emoción mientras abrazaba al hombre, mucho más alto, delgado y con un bigote amplio, como el de los mariachis. Mientras le mostraba las fotografías, Edilma lo miraba con curiosidad. Parecía una vidente

ansiosa de revelar a su cliente no el futuro, sino el pasado.

Le enseñó una con los jugadores de un equipo de fútbol posando; a los que estaban de pie la foto les había cortado la cabeza. Había sido tomada por la tarde y la potencia del sol les cerraba los ojos. Atrás tenían un potrero extenso donde se vislumbraba uno de los arcos. Esta vez pudo encontrar a Elkin, estaba en cuclillas acariciando el balón con unas manos fuertes y terriblemente dulces.

— Vea, perder un hijo es como cuando un perro le desgarrara el alma a uno —le dijo Edilma—. Hay un dolor tan profundo... porque en él yo tenía mis esperanzas: quería conocer a mis nietos y tener a alguien que me echara un ojo cuando ya estuviera vieja, ¿no le parece? Es como andar perdida buscando algo que ya no voy a encontrar. Cuando ustedes subieron allá yo tuve más miedo por él que por mí porque qué le podían hacer a una vieja que ni moler podía, en cambio mi Elkin... Mírelo ahí, contento, con la espalda derecha, igual que el papá... Es que

uno siente que ya no tiene fuerzas...es tan difícil...

Edilma tenía razón: él no se acordaba de ella, ni de Elkin, pero sí recordaba las incursiones a Luces del Camposanto y las amenazas y los castigos. Sin embargo, su voz permanecía sepultada en el miedo y el lamento.

Edilma continuó:

— Si usted hoy se va a la cárcel no sé cuántos años le van a dar. No sé si les van a quitar años porque se porte bien o porque confiese todo lo que ustedes hicieron, cierto, ¿quién sabe? Pero de una cosa sí estoy segura: voy a estar sola. Nadie va a estar allá en la casa esperándome. Me voy a volver vieja sola.



Entonces empezó a recoger las fotografías que estaban sobre la sábana. Cuando terminó y en vez de guardarlas, se las entregó. Dio un suspiro largo y severo, puso sus manos entre las suyas y le dijo:

— Quiero que usted sea mi hijo, que me acompañe allá en la parcelita. Déjeme tratarlo con el mismo amor con el que quise a mi Elkin. Yo sé que usted es diferente a él y que usted también tiene su familia, ¿cierto? Si usted me deja tratarlo como a un hijo le prometo visitarlo en la cárcel, encomendárselo a la Virgen de las Mercedes y, cuando quede libre, llevarlo para allá, para la parcelita, para que me ayude con las matas de plátano y las cañas de azúcar. ¿Qué le parece, mijo?

A él le pareció un sueño empapado con lágrimas. Sin querer se imaginó el olor de los plátanos recién cortados y el sabor del guarapo fresco. Entonces lloró sin apretar los puños, porque no quería arrugar las fotos que permanecían en sus manos. Lloró con un quejido largo mientras sentía el ardor de la herida en su abdomen y lloró en



silencio sobre el hombro de Edilma,
bajo el calor de sus brazos.

Lanzaba el azadón con ímpetu
y la tierra morena y fértil se abría
amable ante el vigor de sus manos
fuertes y terriblemente dulces. La
platanera empezaba a recuperar la
frescura de su sombra verde. Podía
sentir a su espalda el rumor de los

niños que jugaban a las escondidas.
Desde lejos y como nacida del mismo
monte, una melodía recorrió la
parcela. Avanzó con un vestido
liviano sobre la hierba fresca hasta
acariciar sus oídos. En ella cantaba
Julio Jaramillo, venía desde la cocina
de la casa y cargaba en su lamento el
olor del cilantro picado y la carne
sancochada:

*Quiero estar a tu lado, madrecita de mi vida
y que tu honda herida te pueda calmar.
Yo sé que en este mundo hay una sola madre
y no hay quien la compare en su noble misión...*

Caminó sintiendo que ese olor
era la música misma. Atravesó el
terreno hasta llegar a la casa.
Adentro, tuvo que parpadear fuerte
ante la abundancia de la sombra. No
necesitó ver para llegar a la cocina:
cruzó la sala amplia mientras
dibujaba en su memoria el muro de
la izquierda, con muñecas colgadas y
el de la derecha con sus dos puertas.
Al fondo vio la sombra de Edilma.
Sentada junto al fogón, las llamas
domésticas que hervían el sancocho
dibujaban la silueta de su vieja

erguida, con el cabello recogido y la
mirada tranquila.

El almuerzo abundante y
sabroso le produjo un sopor que le
cerraba los ojos.

— Recuéstese un rato mijo, vaya y
descanse que yo lo despierto en un
ratico.

Caminó hasta su habitación,
tanteó hasta encontrar la almohada y
esperó a que se le cerraran los ojos
mientras sentía el rumor leve del
ventilador que giraba a sus pies.

Los que llevan la delantera

Marcos Rodríguez*

El distante ruido del cristal roto lo trajo de vuelta.

— ¿Estás bien, amor? —le preguntó la stripper que hacía un par de segundos bailaba sensualmente para él.

La miró, detalló sus pechos aún cubiertos. Le sonrió y asintió. Ella le acarició el rostro. Era un cliente antiguo y se habían hecho amigos con el paso del tiempo, por lo que se habían tomado algún cariño mutuo.

Miró al suelo y vio los pedazos del vaso de whisky que había dejado caer.

— Lo siento —dijo, frotándose la cara con las palmas de las manos.

— No te preocupes —le dijo ella—. Ya aviso para que vengan a recogerlo. ¿Seguro que estás bien?

Él la miró a los ojos y, con una sonrisa triste, asintió.

Ella salió del cubículo. Antes, verla caminar, contoneándose, lo llenaba de placer, de felicidad. Pero ahora, sólo sentía una opresión siniestra en el pecho y la luz sensualísima que siempre le había parecido que ella emitía, parecía opaca.

Ahogó un sollozo.

— Perdón, perdón —entró diciendo una señora de la limpieza. Con escoba y recogedor amontonó los pedazos de vidrio. Luego, con un trapo, limpió y desinfectó el suelo.

— ¿Quieres seguir? —le preguntó ella, acariciándole el cabello.

Él intentó decirle que sí, pero al mirarla, sintió cómo se le torcía el gesto como si estuviera a punto de llorar.

Negó con la cabeza.

— ¿Quieres otro whisky?

Él asintió y ella salió del cubículo para traérselo. Esta vez él no la miró,

* Abogado y psicólogo. Máster en derecho privado económico y en psicoterapia. Docente, psicoterapeuta.

se quedó pensando, tratando de escapar de la ominosa sensación que lo embargaba.



—Ten —le dijo ella, cuando regresó. Él se tomó el trago de un sorbo.

— ¿Quieres ir a otro lugar? —le preguntó él.

La pequeña sonrisa que tenía se borró en el rostro de ella.

—¿Tan triste estás? —le preguntó ella.

—No sé si triste. No sé qué me pasa, pero podríamos hablar un rato.

—Todavía no termino mi turno.

—Puedo pagar tu tiempo.

—Sabes que no es por eso. Es problemático con la dueña del sitio si me voy temprano. Además, creo que aún me falta un show en la tarima.

—Está bien, lo entiendo. No hay problema —dijo él haciendo el ademán para irse.

—No, no. Espera —le dijo ella, deteniéndolo con las manos extendidas—. Espérame, voy a ver qué puedo hacer. Si puedo adelantar el show o si puedo irme ya. Y salimos.

Él asintió, mirando al suelo. Ella logró adelantar su intervención. Él, desde el cubículo, a través de la cortina entreabierta, la veía bailar, pero no sentía nada, no sentía deseo, ni alegría, ni entusiasmo. Ni siquiera sentía tristeza. La opresión había dado lugar a una sensación de anestesia.

Serían las dos o tres de la mañana cuando salieron del club. Caminaron de gancho hasta el carro de él, esa noche, gracias al licor, condujo ella.

—¿Hace cuánto nos conocemos? —le preguntó ella.

—No sé, ¿unos cinco años?

—Sí, lo que llevo trabajando aquí. Cuéntame qué pasó, hoy estás irreconocible.

—Esa tarde estuve en una diligencia... tiene que ver con un remate por impuestos. Fuimos a desalojar una casa que se había rematado y tiene que entregarse a su nuevo dueño. Es una casa grande, de las antiguas, pero cuando se hizo el desalojo salieron varios ancianos. Eso me impactó. Igual, yo no puedo hacer nada, ni siquiera puedo detener la diligencia, pero esa imagen fue espantosa... sus ojos de tristeza, quizás de miedo.

—¿O sea que te sientes culpable?

—Tal vez un poco. Tal vez me da un poco de miedo si esto es una injusticia y, no sé, quizás Dios cobre venganza.

—¿Dios? Jamás imaginé que creyeras en Dios.

—¿Tú crees en Dios?

—Yo, sí. Voy a misa y todo.

—Pero... —comenzó él, pero se detuvo.

—Sí, sí. Ya sé. A lo que me dedico... No sabría qué decirte, yo... sólo creo. Tal vez no soy una buena persona por trabajar en lo que trabajo.

Él suspiró.

—Yo sí que debo ser una mala persona por trabajar en lo que trabajo.

—Eso sí. A los cobradores de impuestos los odia todo el mundo —dijo ella y soltó una carcajada.

—Gracias, eso me alivia mucho —respondió él, sarcásticamente.



Llegaron a un pequeño bar que aún estaba abierto. Habiendo aparcado, caminaron hasta el sitio y se sentaron para pedir algo de comer.

—Yo invito, por supuesto —dijo él.

—No faltaba más, señor publicano.

—¿Publicano? ¿Qué es eso?

—Veo que no vas a misa —Ella se rio.

—Cuando era niño me llevaban a la sinagoga. Es casi lo mismo, ¿no?

—Sinceramente, no lo sé. Creo que sí.
—dijo ella, luego de pensar por un momento.

—¡Ah, ya! Los publicanos, los funcionarios tributarios de Roma. Había olvidado por completo esa palabra.

Hubo un momento de silencio, él volvía a su sonrisa triste.

—Otra vez te hundiste. Hay que tener cuidado con los pensamientos.

—No puedo dejar de pensar en eso. O sea, no es tanto que me sienta culpable. Sí me siento culpable, pero creo que eso fue la gota que rebosó la copa, por decirlo así. Hace días estoy decaído, como si nada tuviera sentido, como si nada tuviera valor. Sí, lo de los ancianos fue raro, de hecho, no, no es culpa; es una especie de dolor, como si de pronto hubiera de nuevo algo que me importara, algo que me pudiera doler. Pero luego pienso, otra vez, que nada tiene sentido y ahí es donde me siento culpable, pero luego me siento como anestesiado. Hasta... he pensado en... bueno...

—Mira —lo interrumpió—, yo no tengo tu educación, pero he aprendido algunas cosas en la vida. Yo voy los domingos a la misa y hay un padrecito que es muy bueno explicando y nunca habla más de diez minutos. Eso es bueno porque si no me duermo. El padre habló un momento de una santa, por allá del año 1500 o algo así, que decía que la mente es la loca de la casa y que a la loca de la casa hay que dejarla que hable, pero no prestarle demasiada atención. Tal vez eso te sirva.



Él se quedó sopesando las palabras en silencio un momento.

—Gracias —dijo luego.

—Tal vez podrías venir a misa conmigo.

—O volver a la sinagoga.

—También. Yo podría ir contigo... si quieres.



Él la miró, analizando sus expresiones y sus rasgos. Bajó la mirada y añadió:

—Tal vez tienes razón, tal vez Dios no nos odia. Bueno, a ti, claramente no. Tal vez Dios no me odia.

—No creo que te odie. ¿Sabías que uno de los apóstoles de Jesús también trabajaba en impuestos?

—Algo he oído. Obviamente, no sé mucho de él, alguna vez le oí a mi papá decir que Yeshúa era como el primo del que era incómodo hablar —por primera vez en la noche, se rio animadamente.

—Bueno —dijo ella, sonriendo—, no sé si era ese apóstol u otro, me

confundo, pero hubo uno que era de impuestos y le dio un cuarto de su fortuna a los pobres o algo así. Podrías hacer lo mismo.

—*Ki jésed jafátsti...* —susurró él.

—¿Qué es eso?

—Misericordia quiero, una frase del profeta Oseas.

—Hazlo. Piensa en alguna forma de ayudar a otros. —Tomándole la mano, añadió: —yo no tengo fortuna, pero cuentas conmigo. —Y, con una sonrisa cariñosamente burlona, remató:

—Dice tu primo incómodo que así llevamos la delantera en el Reino de los Cielos.



Recovecos

Laura Vanessa Puentes*

— Este lugar es sofocante pero no tan insoportable como lo escurridizo del tiempo, hay algo especialmente disociante en esta noche, algo que la permea de una nostalgia que ya me es indiferente.

En realidad, hay una especie de duelo por todas las personas que pude ser y por las que he sido también, pero hay uno más latente que parece pertenecer a lo humano; el de no poder ser, viene de sentirse perdido en la vida desde una edad muy temprana, como estar en la peor de las pesadillas huyendo, aunque no haya nada que persiga, corriendo hacia algo que no nos espera; es ese no poder huir de nosotros mismos, aunque hagamos las mayores hazañas... He descubierto que podemos ser muy creativos para ser nuestro propio tropiezo y aun así, esperamos que al otro lado (no sé de qué) nos reciba la grandeza (lo que sea que signifique).

— Llegó, torcí mis ojos mientras dije con sarcasmo lo bueno que es no perder la costumbre de estos encuentros. En la misma mesa de tres puestos estaba sentado; al principio fue aterrador, se arrastraba con ese aspecto entre temible, asqueroso y desquiciado, era insoportable. Cada vez fue cambiando, aunque nunca tuvo ese color rojo como ardiente, ni cachos, pezuñas, esa larga cola o ese aspecto medio de "bestia" como suelen personificarlo. Últimamente se muestra con el rostro y la apariencia más "deseables" que he visto, pero sigue profiriendo sin parar como siempre, aunque ya no tengo idea de lo que dice porque hace mucho decidí dejar de escucharlo.

Por si fuera poco, eso duró más de una hora hasta que llegó Él, me ha permitido conocerlo un poco más y "verlo" me alivió, digo "verlo" porque a diferencia del anterior no tiene un aspecto tan claro, es uno que no sé definir más que como divino.

*Psicóloga egresada de la Universidad Minuto de Dios, coautora de "En mi tintero". Su escritura se centra en una poesía breve y en descubrir distintos matices del ser y el sentir, transitando lo reflexivo, catártico y sensorial.

Mientras divagaba en la idea de esa vida gloriosa con la que todos soñamos, pero que es tan diferente y única para cada quién, todo se silenció... Entonces me dijo con la voz más suave, firme y clara que he escuchado: "Negarse a sí mismo" como una especie de pista.

Además, ¿quién no querría reiniciar su vida y solo empezar otra vez? Solo me extendió su mano como una invitación a restaurarme y a empezar de cero, a ser sin expectativas, límites o a "conocerme", simplemente a **ser** y sumergirme en **vivir**.

Esa frase que me harta porque todos la repiten como si fuera una ecolalia, ¿cómo se supone que me niegue si todo este tiempo no he estado ni cerca de saber quién soy?



Tal vez suena irónico porque muchos pueden pensar que quienes somos ahora, solo es resultado de lo que hemos vivido y que eso determina todo lo demás, pero eso va en contra de lo dinámico de la vida misma e incluso de

Es solo que, por alguna razón confiaba en Él y empecé a escucharlo en vez de solo oír; resulta que negarse a sí mismo es todo menos negarse a sí mismo en un sentido literal... Es negarse a todo lo que somos que realmente no somos, a todo lo que nos han o hemos convencido de ser, a ser más que el dolor y los errores más allá de nuestra historia, simplemente **ser**.

la noción de personalidad o de identidad. Lo cierto es que, a pesar de no controlarlo todo, siempre tenemos la oportunidad de decidir qué ser y a qué pertenecer. En principio es un proceso visceral, pero ser es algo que trasciende lo humano y lejos de la visión "perfeccionista" religiosa, lo espiritual es sincero, retador, transparente.



Así, en una mirada no tan definida, pero sin ser abstracta, conocí una lógica muy contradictoria pero llena de sentido:

— Pasamos demasiado tiempo tratando de comprender la mente cuando no sabemos qué es, no es una estructura en nuestro cerebro, no es un proceso, no es un alguien ni un algo...

Parece un lugar en el que nos sentamos frente a nosotros mismos como espectadores, hasta que descubrimos que somos más que eso; una vez somos realmente espectadores, es que podemos ver las cosas con otras miradas y cuando llegamos a serlo entendemos que podemos decidir, hacer y cambiar mucho más de lo que pensamos.

— Negarse a sí mismo está muy lejos de olvidarse o anularse, de desenajenarse o de desaparecer; más bien es reinventarse y reconocerse de formas distintas, más propias, es negarse a vivir en una idea espiritual para ser un Ser y vivir una vida espiritual.

— Él no es una idea, una religión, un personaje, un concepto, etc.; es Él y

por lo tanto existe una conexión, una relación de comunión e intimidad. Él nos acerca en vez de alejarnos, nos permite reconocernos en vez de escondernos, nos restaura en vez de juzgarnos, nos lleva a profundizar en nosotros mismos y en Él. Enfocarse en Él es conocerlo y también a nosotros mismos.

De modo que, en medio de una noche, lo olvidé todo al sentarme junto a ellos y luego enfrente de mí como vagando en un soliloquio finalmente desperté; en medio de una noche en la que recordé y de muchas en que lo conocí a Él, recorriendo una mente que lejos de estar enferma era una virtuosa del subterfugio, tanto que se convencía a sí misma de ser razonable habitando sus recovecos con sinuosidad.

Así, es el más profundo de los efugios el que revela la verdadera libertad honesta, completa, intensa, apasionada, espiritual... Una en la que no hay que estructurar o improvisar, sino en la que cada quien se puede reinventar las veces que quiera y sea necesario porque la vida es para vivir, vivirse y vivirlo a Él.

Visa para una utopía

Veyer Mendoza*

Develado el misterio a cerca de la desaparición de los Mayas, la industria más próspera fue el turismo. Las embajadas de este pueblo en todo el mundo eran cien mil veces más concurridas que la de cualquier potencia como estados unidos. En todos los rincones del planeta, se veían procesiones como cardúmenes de personas que aspiraban obtener su visa para viajar al continente Nuevo: La Atlántida superior. No obstante, esta cultura precolombina, se mantuvo al margen de cualquier negocio relacionado con el turismo.

El sueño americano fue remplazado por la nueva realidad Maya. No podría ser de otra manera, pues nadie lograba sustraerse del deseo de vivir en un lugar en donde el promedio de vida era de 200 años, como consecuencia no solo de las

excelentes condiciones exógenas de vida, tales como la calidad del aire, el agua, la alimentación, vivienda, sistemas sanitarios y servicios médicos, entre otros, sino, ante todo, por los estados de conciencia en los que permanecían sus ciudadanos. Eran verdaderos místicos que, encarnaban la ataraxia estoica, es decir, ese estado de conciencia el cual les permitía experimentar la imperturbabilidad del alma, de modo, que nada proveniente del mundo de afuera del sujeto, bueno o malo lograba alterar su estado de ánimo en el cual reina la paz y la armonía.

También se les podía equiparar con la primera comunidad cristiana, en la medida que compartían sus bienes de acuerdo a las necesidades de cada persona, por tanto, era como una especie de

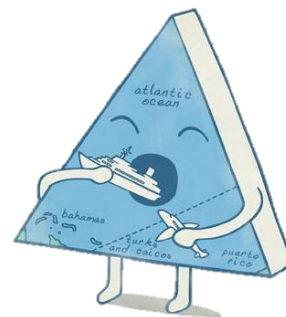
* Licenciado en Filosofía de la Universidad de San Buenaventura. Estudios en Teología de la universidad de San Buenaventura. Especialista en Filosofía Colombiana de la Universidad de Santo Tomás. Magister en Filosofía Latinoamericana de la universidad de Santo Tomás, Tesis Summa Cum Laude. Docente y catedrático de universidades como: Universidad de San buenaventura, Universidad de Santo Tomás, Universidad la gran Colombia, Universidad Militar y Universidad Popular del César. Autor de libros como: Danilo Cruz Vélez y la interpretación Heideggeriana del nihilismo nietzscheano. Historias de vida, vida y poesía. Artículo de investigación en la revista indexada de la Universidad de Santo Tomás: Cuadernos de filosofía Vol. 35 N 110 2014 Nihilismo y metafísica en Danilo Cruz Vélez. Artículos de investigación y de opinión en la revista universitaria de la universidad de San Buenaventura Management: El seminario Alemán en la Facultad de Ciencias empresariales N 23 y 24 2005. La cultura más allá de la globalización N 27 2007. En busca de un concepto nuevo de desarrollo N 29 2008. Canal de YouTube: Filosofía profe Veyer. Compositor de música popular colombiana. Canal en YouTube: El filósofo del vallenato. Canal en YouTube: El filósofo de la carranga. Actualmente trabaja con la Secretaría de Educación de Bogotá.

comunismo primitivo, no al estilo de Marx, dado que este último sugería distribuir los bienes materiales buscando la igualdad; aquí, por el contrario, los ciudadanos no pretendían ser iguales, ni mejores ni peores, ni siquiera la justicia era la prioridad en su canon ético y de comportamiento, estaban más allá del bien y del mal, eran movidos por una especie de exaltación de la conciencia, que de manera espontánea les permitía obrar con amor, compasión y cuidado del otro.

Todas las promesas demagogas de los políticos en materia económica, de seguridad, bienestar, educación, salud, etc. eran una realidad cotidiana en el nuevo continente, de modo que el egoísmo, el hambre, la miseria, la criminalidad, la inseguridad, la guerra, el estrés, la depresión y el suicidio, eran solo la temática de una novela de terror y de ficción para estos habitantes con espíritu de super hombres.

Tanta especulación en torno al Triángulo de las Bermudas para saber que solo era un sistema de

alerta y seguridad Maya. Los diferentes tripulantes de aviones y navíos desaparecidos en este triangulo misterioso fueron llevados a este lugar maravilloso y se les permitió volver a su mundo y vida anterior si así lo deseaban, pero ninguno tuvo la menor intención de hacerlo y, por el contrario, se burlaban de las diferentes hipótesis acerca de la desaparición de esta cultura, como la del suicidio colectivo y de manera sarcástica aseguraban: “regresar sí que sería un verdadero suicidio”.



Se dice que las culturas precolombinas más avanzadas fueron los Incas, Aztecas y Mayas; a estos últimos se les atribuye inventos como el cero, la producción del caucho, deportes en equipo, el chocolate, la creación de una escritura y fonética propia, así como la creación de papel, libros y un



calendario con 365 días, todo ello relacionado con una astronomía ligada no solo a la ciencia, sino a la agricultura y la economía. Por otro lado, crearon obras de arte y una medicina naturalista supremamente avanzada. Pero lo que nunca se nos reveló, es que ellos tuvieron, antes de la llegada de los españoles, estudios e inventos avanzados en materia de ingeniería de telecomunicaciones como: sistemas de radar, en ingeniería biomédica y toda la tecnología para crear un continente submarino con su propia atmósfera, con una superficie de 7.444 millones de Km², es decir, solo 244 km.² menos que Australia, en el que se podía disfrutar de una flora y una fauna exuberante, así como de ríos, lagos y montañas que hacían de este continente un lugar paradisiaco; también tenían ciudades, pueblos y aldeas con una arquitectura única y una economía autosostenible y amigable con el medio ambiente y, de esta manera, la Atlántida Superior se convirtió en el lugar más apetecido para vivir.

A diferencia de las demás embajadas, los diplomáticos Mayas no negaban la visa de turismo a nadie

que la solicitara y, a cambio de cobrar derechos consulares, otorgaban a las familias de escasos recursos sumas de dinero bien generosas a manera de viáticos para sufragar los gastos ocasionados en el viaje.

Lo contrario ocurría con la visa de permanencia, nombre que se le dio al derecho de comenzar una vida nueva en el continente submarino. Se estima que, por cada millón y medio de solicitantes, solo admitían a uno en promedio y el gran enigma de la humanidad era justamente tratar de descubrir el criterio que tenían para aprobar y desaprobar dicha visa. Para los estadounidenses, los tres requisitos más importantes a la hora de aprobar una visa a los ciudadanos de países en vía de desarrollo son: no tener antecedentes judiciales, demostrar tener recursos suficientes para sufragar los gastos del viaje y, por último, tener arraigo al país de origen, es decir, que el solicitante tenga razones de peso para volver al país de procedencia de manera que, a futuro, no se conviertan en una carga para ellos. Pero ninguno de estos criterios aplicaba para los Mayas.

El submarino que nos transportó después de 40 minutos de viaje y, una vez rompe la atmosfera artificial del continente submarino, se convirtió en una especie de avión. Estuvimos sobrevolando inicialmente el nuevo mundo, por un tiempo de 30 minutos, hasta llegar a un aeropuerto único en donde se contrastaba una arquitectura rústica precolombina, con una arquitectura futurista adornada con una tecnología autosostenible que generaba un ambiente de ensueño.

Una de las autoridades Mayas en materia de movilidad nos advirtió que la mejor manera de conocer este territorio era a través del sistema férreo, de ahí que nos llevara a un lujoso tren con el objeto de comenzar nuestra aventura.

“Aquí —afirmó el funcionario Maya— respetamos la libertad y las diferencias se resuelven a partir de un diálogo racional intersubjetivo en

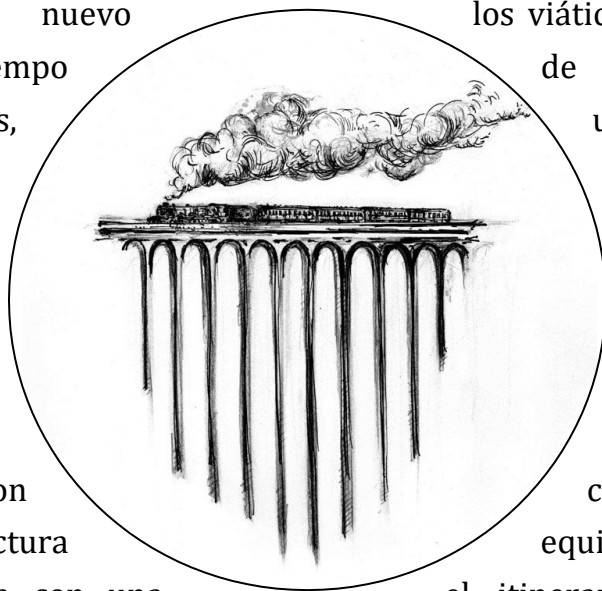
donde prime el amor por la verdad y no por nuestra vanidad e intereses mezquinos”. De inmediato nos hizo entrega de dos millones de dólares mientras nos hacía las siguientes recomendaciones: “este dinero son

los viáticos para este grupo de 30 personas y ustedes tendrán que organizarse.

Deberán entre los viajeros escoger personas para administrar el dinero, otras para conducir el tren, un equipo para programar

el itinerario de viaje, otro comité para comprar las provisiones y demás comisiones que ustedes consideren conveniente”.

Comenzamos el viaje y solo en ese momento advertí que todas las ventanas del lujoso tren estaban con las cortinas cerradas. Me llamó la atención que nadie en absoluto mostraba interés en abrirlas. Me pregunté por qué alguien no lo intentaba, si solo bastaba con leer en una pantalla ubicada al frente de cada silla, un pequeño manual en donde aparecen las instrucciones.





Antes de intentarlo, quise saber por qué razón los demás no lo hacían, quizá estábamos siendo víctimas del efecto neuronas espejo, es decir, esa teoría de la psicología según la cual, los humanos tenemos la tendencia a repetir de manera inconsciente el comportamiento de los demás.

Comencé a observar a mis compañeros de viaje y me pude dar cuenta que, al interior del tren, todos estaban ensimismados, discutiendo acerca de quién debería conducir el tren, quienes deberían administrar el dinero, algunos se adelantaban y sin ser parte de ningún comité se abrogaban el derecho de dar órdenes; otros llevaban productos para la venta como: chicles, maní, paquetes, bebidas, preservativos, sustancias alucinógenas, entre otros. Unas personas, la mayoría viejos, discutían de manera acalorada cual debería ser la ruta correcta para el viaje, mientras que un grupo de caballeros, en su mayoría jóvenes, se peleaban por tener la oportunidad de viajar al lado de unas lindas chicas. El mayor grupo de personas se fueron a los golpes porque querían a las malas viajar en primera clase, un sitio acondicionado con

todo el confort que jamás yo pude imaginar. Fue entonces cuando me dispuse abrir la cortina de mi ventana ubicada en la clase comercial y para ello prendí la pantalla en donde se suponía estaban las instrucciones. A diferencia de lo que pensaba, no se trataba de un manual o guía, con las instrucciones y pasos, sino que aparecía una pregunta con siete opciones de respuesta.

La pregunta era: ¿A que viniste a este viaje? Y las opciones eran: 1. Mejorar mi calidad de vida, 2. Aprender algo interesante para mis estudios de posgrado 3. Buscar la mayor cantidad de placeres 4. Saber el secreto de los Mayas para llegar a ser la primera potencia mundial, 5. Saber el secreto de los Mayas para alcanzar la felicidad, 6. Disfrutar del viaje, pues, no hay camino a la felicidad, la felicidad es el camino 7. Porque es gratis y todo el mundo lo hace, 8. Buscar oportunidades de negocios que me permitan crecer en lo económico.

Después de 3 intentos lo logré. En un primer momento oprimí la opción 2 y la cortina no se abrió, y de

inmediato se desplegó en la pantalla la siguiente recomendación: observa, piensa y discierna con tranquilidad e inténtalo mañana. Al siguiente día, lo intenté de nuevo y me decidí por la opción 5, pero me volvió a salir la misma recomendación anterior con una nueva sugerencia: No te desanimes, no pierdas la paciencia. Al tercer día, después de hacer una verdadera introspección, lo intenté de nuevo y escogí la opción 6 y de inmediato se abrió la cortina. Quedé anonadado y extasiado contemplando las maravillas de ese continente.



Una vez volví en mí, invité de inmediato a todos mis compañeros de viaje a abrir sus cortinas, pero fue inútil. Ellos me observaban como a un bicho raro mientras comentaban: “no le llama la atención conducir el tren, no quiere ir en primera clase, no

muestra interés por ir al lado de las chicas lindas y disfrutar de los muchos placeres que nos brinda el dinero y el lujo del tren, no aprovecha la infinidad de oportunidades de negocios, no asume liderazgo a la hora de administrar el dinero, es un tonto perezoso y pusilánime que no quiere hacer nada, solo contemplar por esa ridícula ventana”. En ese momento me acordé de mi profesor de filosofía que solía decir: “se burlan de mí porque soy diferente, yo me burlo de ellos porque son iguales”; pero tengo que reconocer mi desconcierto, no lograba entender cómo era posible que unas personas estén en un viaje de esparcimiento y recreación en un lugar paradisiaco, misterioso, nuevo, acogedor, y no tengan el menor interés en vivir dicha experiencia.

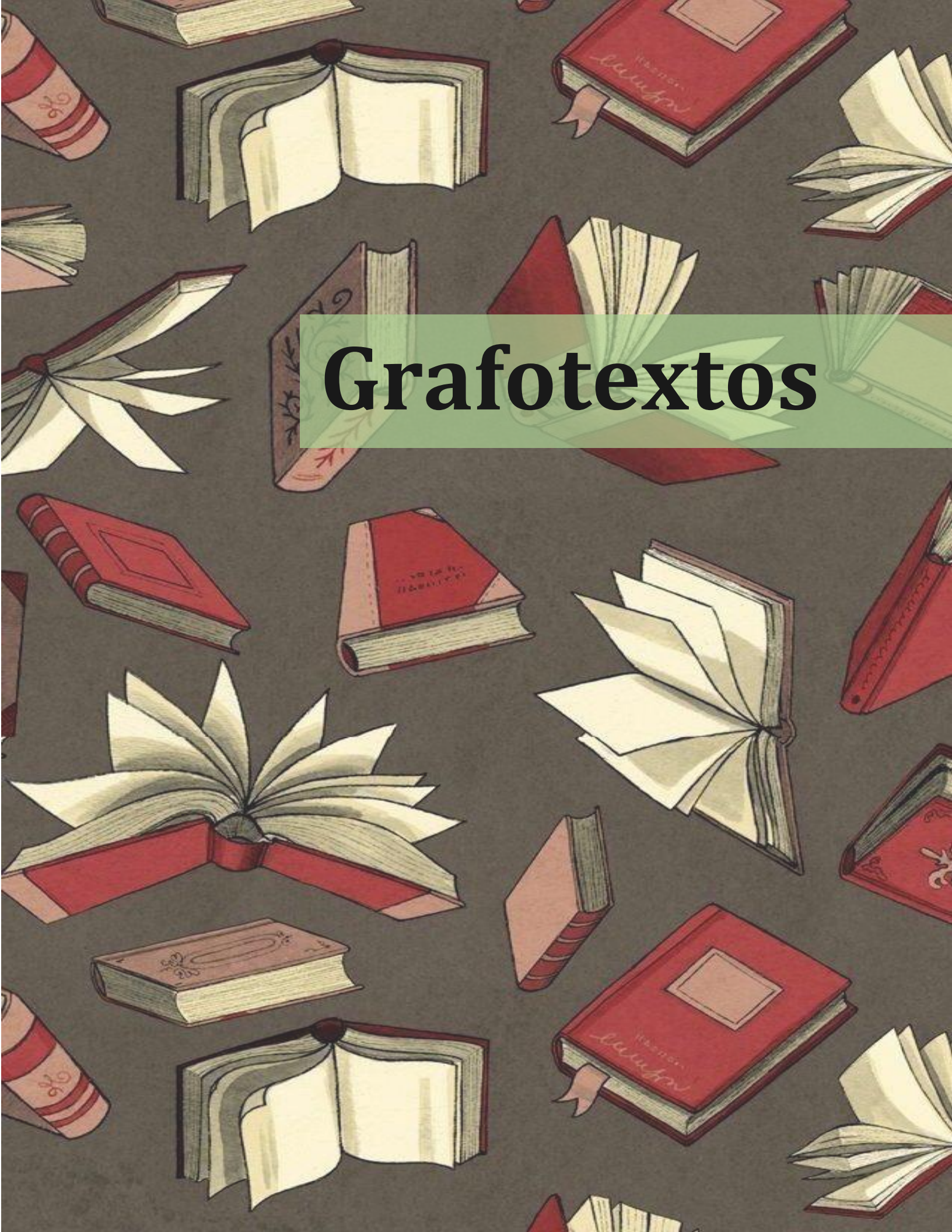
Sentí el rechazo y el desprecio de mis compañeros, pero opté por seguir disfrutando del viaje contemplando unos paisajes de ensueño: bosques con una flora y una fauna exuberantes, ríos, lagos y montañas hacían de este lugar un verdadero paraíso, vi a lo lejos un lindo pueblo enclavado en la montaña al lado de un lago en el cual



nacía un río de aguas diáfanas y transparentes, por alguna razón intuí que pasaríamos por ese lugar, y en efecto así fue, lo único novedoso y curioso es que a través del altoparlante del tren me llamaron por mis nombres y apellidos invitándome a bajar del tren y a pasar a una oficina de la estación del pueblito.

Una vez bajé del tren, pude disfrutar de un clima primaveral que invitaba a vivir feliz, con una sensación de eterna juventud. Un joven amable me invitó a sentarme frente a un escritorio que pertenecía

a una señora de apariencia agradable y con un hálito de misticismo, quien me dijo con mucha amabilidad y respeto, mientras me hacía entrega de algo, “Tienes tú visa de permanencia y el derecho a traer a las 5 personas que tu más ames, solo si así lo deseas, por su puesto, dé lo contrario puedes terminar el viaje con tus compañeros y regresar a casa”. De inmediato y sin dejarla terminar de hablar le dije: “mi casa es esta porque quien se aleja de su casa es porque ya ha vuelto”. De esa manera llegué al paraíso que siempre había soñado, al lado de las personas que más amo.

The background of the entire image is a dark, textured grey. It is populated with numerous illustrations of books and open volumes. Some books are closed, showing red or brown covers with decorative elements like gold borders or text. Others are open, revealing yellowed, aged pages. The books are scattered in various orientations, some lying flat, others standing upright, and some with pages fanned out. A semi-transparent green rectangular banner is centered horizontally across the middle of the image, containing the title text.

Grafotextos



Decidir respirar

Natalia Guzmán

“Después de todo, la muerte es solo un síntoma de que hubo vida... mientras respiremos, la vida se convierte en decisión, en propósito, en esperanza; cada respiración es la prueba de que seguimos eligiendo vivir.”

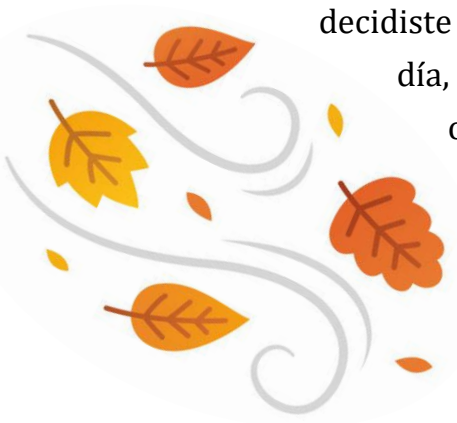
Mario Benedetti.

A veces quema más respirar un aire donde ya no hay amor, soltar, es difícil, sí, pero es necesario para avanzar, crecer e inspirar. No es algo planeado ni seguro, simplemente te arriesgas a inhalar un aire nuevo que puede que sea más pesado, liviano, sano o enfermizo. A pesar de todo ello, tú decides confiar, confiar en que hay un propósito mejor que te espera, un destino que late para ti y puedes sentirlo.

Sabes que no estás para cosas vanas y mucho menos mediocres; te conformarías con un amor sincero, aunque sea pasajero, pero tu alma anhela algo más profundo, más que efímero, más vivo, un aquello que trascienda. Sin embargo, da miedo pensar que las cicatrices del ayer puedan volver a abrirse, la vida es un tejido de dudas, miedos, líos y libros,

y entre más permitamos que nuestro ser pueda conocer y comprender, más ricos de espíritu vamos a llegar a ser.

El proceso de la vida no se resume únicamente en nacer, crecer, reproducirse y morir, ¿dónde queda el romanticismo ahí? ¿Dónde está la esencia misma de la vida? Biológicamente es así, pero si tú crees que esto, cada día, minuto, segundo y suspiro vale la pena, entonces si tienes un propósito en la vida más que el de cumplir el ciclo. Desde esta perspectiva la vida empieza en el momento en que decidimos vivirla y no hablo de “naciste, abriste los ojos y listo”, como si por algo divino tuvieras que existir, no, por el contrario, es ese instante en el que probablemente acostado, cansado, con ganas de no



seguir, buscando otras opciones,
decidiste disfrutar cada
día, vivirlo,
observar el
ambiente que
te rodea: las
montañas,
las
tonalidades
del cielo, lo lindo
que te ves en el espejo,
lo agradecido que estás con poder
seguirlo intentando un día más.

Después de decidir vivir, creces en el sentido más humano posible (lees, aprendes, adquieres experiencias, disgustos, risas, crisis y probablemente más de un enamoramiento) ahí va el otro elemento: amar. Amar no es una etapa, es la decisión constante y puede ser cambiante de permitir que tu alma encuentre una emoción, que casi siempre va ligada al propósito de cada una de nuestras vidas. Amamos tanto a nuestra madre, padre o abuelos, que intentamos ser mejores para darles un buen futuro a ellos, devolverles mucho más y con tanto amor, cada esperanza y

esfuerzo que depositaron en nosotros, esto es amar.

Hay muchísimos tipos de amor, sin embargo, prefiero abstenerme de abordarlos a profundidad, porque considero que tú ya los has vivido, o si quiera visto; no todos los amores son perfectos, son reales.

Luego de experimentar tan dichoso sentimiento, buscamos cumplir un propósito, aunque ya no es un propósito cualquiera, es **Nuestro Propósito**, aquel que

nos va a motivar a
esforzarnos y
levantarnos cada
día, por más
cansados o
trasnochados que
estemos, aquél
que nos recuerde el
porqué seguirlo

intentando. Lo que más disfrutamos es el proceso, ahí formamos nuestro carácter y personalidad, hacemos compañeros de vida, que al igual que nosotros luchan por un sueño, y son ellos quienes nos hacen más ameno cada instante, es importante que agradezcas por ello. Cumples aquello





que anhelabas, lo gozas con calma, felicidad y das un gran suspiro de alivio diciendo "al final, todo valió la pena", cierras los ojos y en aquel pequeño instante cesa todo signo vital...

En lo personal sí creo en el cielo y en el infierno, pero desde otro punto de vista, para mí querido lector, son sensaciones del alma: el cielo es un estado constante de serenidad, se podría decir que felicidad plena, tu alma descansa, pues sabe que ya cumplió todo lo que anhelabas cumplir, tu cuerpo seco reposa en la

tierra, y tu alma tiene el goce infinito de un instante eterno; el infierno es para aquellos que nunca tuvieron un propósito o simplemente en el camino hacia él le hicieron gran daño a los demás, amaron, sí, pero no supieron valorar y considerar lo importante que es el otro, no supieron agradecer, ni siquiera un instante. Esto produce lástima. De pronto, los altos tribunales del limbo les concedan la oportunidad de volverlo a intentar: en otra vida, otra persona, otro contexto, buscando, quizá, la razón de seguir siendo. Y tú, ¿qué aire eliges respirar?

Diario de un delirio*

Matías Salazar Mayorga

Luego de un largo día de trabajo, mi mente sale a flote del profundo océano de números que me encierran en la jaula del estrés. El camino hacia el paradero de buses se siente como un vacío que nunca acaba. Entre mi mirada perdida, una persona con aspecto de fallecido y un potente olor a azufre se me acerca y me dice con un tono agudo:

— Cada vez que intentas encontrar tu paz, en el fondo los demonios sufren y serás tú quien acabe con esto.

Pasé saliva, agaché la cabeza y, cuando volví a levantarla, aquel hombre se había sentado en un banco de madera. Su mirada intentaba atraerme, pero cuando reaccioné, el bus ya había llegado.

Mientras iba de camino a mi barrio, se subió un hombre a pedir monedas. En mi mente se generaba una opinión, aunque su historia no era como la de todos; era más

interesante, como para ganarse una propina...

— ¡Vecino, deme algo, por favor, estoy muriéndome!

Ese grito de ayuda hizo que mi corazón frenara su andar por un momento. Del susto, le di los 200 pesos que tenía en el bolsillo. El hombre, entre quejumbres y una tos incesante, repetía una frase:



** Este cuento fue ganador de una mención de honor en el Primer concurso literario de Uniminuto realizado el 14 de noviembre de 2025*

— La ciudad subterránea, el próximo Pompeya...

Volteé mi cabeza y, con mirada confundida, le pregunté:

— ¿Ciudad subterránea?

El hombre se intimidó, comenzó a salir agua podrida de sus orificios y las últimas palabras que dijo fueron:

— Satanás te encontrará...

Quedé en shock y, como en un pensamiento intrusivo, me bajé del bus. Tomé una ruta hacia el centro. Cuando llegué, un camino de personas en condición de calle caminaba en fila hacia un túnel abandonado. Con sigilo los seguí y una sombra con cuernos me incitaba a entrar.

En el camino subterráneo, pedazos de piel me recibían con amor. Las máscaras creadas con piel

humana expresaban diferentes sentimientos que me transmitían pureza y paz interior. Unos pequeños seres me llevaron a un templo donde el rey del inframundo me enaltecía con sus palabras: — ¡Oh, querido guerrero! Nos has librado de la gente impura. Aquel indigente en el paradero y ese molesto mendigo no eran más que un estorbo. Has pasado el nivel y, desde ahora, serás quien gobierne este lugar.

En la cárcel La Modelo, desde afuera de su celda, están el detective Castillo y el comandante Guarnizo. Uno le dice al otro:

Guarnizo: Y así es como se la pasa todo el día, creyéndose que es el rey del inframundo, justificando el asesinato de un habitante de calle y de un pasajero en un bus.

Castillo: Sigámosle la corriente... entreguemos su alma al diablo.

La ciudad del Sagrado Corazón

Matías Salazar Mayorga

Viajando en el tren rojo, en las inmediaciones de una ciudad habitada por la penumbra sureña de la pobreza y la claridad norteña de los “estudiados”, condenada a vivir en “paz” con todo el mundo, obligada a soportar el día a día, donde el humo opaca las ideas y el sentido de la vida es sobrevivir.

El lema de esta ciudad resume sus problemas, “el miedo nos mantiene vivos”, la noche es escenario de cierre de tratos, fiestas, diversión, amor, asesinatos, robos, ente muchos otros aspectos que se oponen la idea de un mundo desarrollado.

Un jurgo de personas que creen ser chirriados, pero en realidad son víctimas de eventos pachucos, como madrugar y creer que este acto es una machera, salen corriendo a camellar, chicaneando ropa de segunda en el Volvo rojizo, quejándose del sistema, diciendo

cosas como “¡Ala!, que chanda de transporte”, pero al llegar a su empleo con rapidez, todo cambia por un “Ah carachas, esto es incómodo, pero sí que rinde”.



El cachifo de las zonas de los santos, San Cristóbal, toma su asueto para trabajar y salir adelante, mientras que el chico estudiado del Chicó Norte, toma su tiempo libre para aprovechar la pachorra que sus taitas le recompensan con videojuegos que vuelven al muchacho un muérgano.

Don José María Céspedes, “el general moribundo” como es conocido en la Cra. 7 # 11- 10, donde el ambiente cultural del arte y las sustancias lo convierten en lugar de llamas candelarias, don José se hospeda en su palacio donde no hay justicia, donde se discute por quién le hace más daño a su ciudad o a su



localidad, donde el más sabio es quien duerme más y no el que más sabe. El apodo de Céspedes “el general moribundo” se le atribuye porque desde la época de Rojas Pinilla la muerte lo persigue, ya sea en balas o en bacterias, se dice que tiene más de 100 años y ha evidenciado todos los problemas que recibe esta ciudad.

Al leer lo anterior, creerán que el narrador odia esta metrópolis, pero, al contrario, la amo, porque es la

ciudad donde nos criamos y donde está nuestro futuro. Con estas palabras quiero evidenciar mi desosiego por mi ciudad, por la extinción de nuestro bello dialecto. La muerte nos hace pucheros día a día, pero los demás solo la critican, la destruyen, la roban, la asesinan, abusan de ella, viven de ella, habitan en ella por un tiempo, trabajan en ella y su decir es “esta nevera es un caos”, aunque la realidad es que aquí hasta el caos es hermoso.



El marika soy yo

Kenny Quimbayo

Siete de la mañana, me encontraba en un lugar donde las esculturas angelicales desnudaban los muros que me rodeaban. Las pinturas de arte antiguo desgastadas como pierna de puta barata y con miradas empedradas mostraban un santo Queen, cuya pose morbosa desafiaba la solemnidad del entorno; solo se oía una y otra vez un estribillo constante de refranes: — *Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum...* — que repetía junto una multitud desconocida.

En mis manos colgaba una cadena de innumerables eslabones. Solía enredarme entre las sentencias tradicionales y volvía a mirar hacia adelante. Allí, tres perras con mantos tejidos con hilos de monotonía, tela áspera y sin gracia, orquestaban cada movimiento de la mano y cada palabra pronunciada al micrófono. El aire tenía un aroma a Doña Juana, la vieja esposa de San Cristóbal, donde se podía percibir una brisa muerta de perfume de san Andresito. Cada palabra que escapaba de sus labios

vibraba en nuestros filtros de maricona: esa mezcla imprecisa de deseo, ironía y trauma que afina lo que el mundo dice. Deslizándose como un susurro con tacones de aguja, dejando una huella brillante y viva, imposible de ignorar. Los eslabones de mi cadena parecían más pesados ahora, como si llevaran consigo los recuerdos de Elton John, Marsha Johnson y Gianni Versace. No obstante, algo indescifrable ocurría: ellas eran los únicos ovarios colgando en aquel recinto, mientras a mis flancos se alzaban exclusivamente sombras de virilidad. Era como si el universo hubiera parido un paño de testosterona en aquel lugar.

Un sonido empezó a retumbar en mis oídos, indicando que la multitud debía dirigirse como borregos enclosetados hacia las famosas aulas claustro. En ese instante, se hizo un silencio total. La perra mayor, Miriam Tovasca, se dirigía hacia nosotros pronunciando con gestos intensos e hipócritas: —bienvenidos,



jóvenes, a este sagrado recinto, donde el Señor les guiará, lejos de las tentaciones del mundo —. Aunque en teoría era un santuario, sabía que se transformaría en una de las famosas fiestas de Sean Diddy.

— Será un inicio inédito — escupía esas palabras, secas y ásperas, como si sus labios estuvieran desbordando polvo de una urna funeraria, un comienzo que alteraría la existencia de cada uno de nosotros. Sin embargo, ignoraba que este era mi punto de partida, el inicio del burdelazo y la desenfrenada licencia en un sitio donde los pensamientos, las palabras y las acciones se confinaban entre las gayolas de nuestro santuario homosexual. En el borde de lo no dicho, donde el silencio se convierte en la única verdad, en ese mismo instante donde los muros de la bartolina parecían susurrar secretos olvidados, comenzó mi viaje grindero, un viaje que se pondría hornifluyente, con tap-taps en el aire y sin foto anónima porque era real.

Era el alba de dar vida a lo que yacía sin vida, el parto de la mariconada, aunque yo ignoraba su

nombre en aquel entonces. Los pasillos, estrechos y oscuros, se brotaban como huesos de anoréxica. Cada paso resonaba en mi mente y mis ojos, afilados como espinas, escrutaban los espectros que me rodeaban. No eran más que sombras, almas desgastadas por el tiempo y el pecado de ser quien soy. “Nada distinto a lo común”, pensé, hasta que mi mirada se alzó. Allí, en un rincón de penumbra, estaba él: un hombre o, mejor dicho, un Celestino. Su piel macilenta parecía impregnada de un esmalte brillante, como si la luna misma hubiera derramado fracciones de ella sobre él. Pero lo que realmente me atrapó fueron sus cejas. Intensas y desbordantes, sus cabellos vibraban como un incendio en plena fiesta queer en theatron. Cada movimiento creaba chispas de pasión en su mirada y su mirada... Su mirada era un blackout de secretos y sudor, un callejón oscuro donde el mismo peligro tiene sexo con la adrenalina. Su nariz recta y proporcional era el puente hacia sus labios carnosos y sugerentes, como dos montañas que ansiaba escalar en ese instante, aunque la cordura me susurrara que era un desvarío. Su mandíbula, dura

y descarada, era la base de un templo clandestino, donde los rezos se gritaban entre dientes y gemidos. Y su estatura, imponente y vertical, desafiaba toda ley terrenal.

Un cuerpo tallado como si Lady Gaga hubiera puesto el drama y

Colton Haynes el vicio: pura perfección

descarada con sello de pecado. En ese instante, supe que no era una criatura con testículos común. Era un misterio envuelto en tela de lino, un juego sucio y tan

corroncho entre el altar y el deseo, donde cada mirada suya era un pecado esperando a ser cometido claramente por mí. Firme como un dios, pero con la debilidad de cualquier mortal. Y así, en ese pasillo de sombras, comenzó mi obsesión por el Celestino.

Al final de esa jornada de mierda, cuando las campanas sonaron como látigos en el aire, nos hicieron formar filas en el patio. El puto patio, un

rectángulo de cemento que olía a sudor, culpa y a orines de algún típico borracho de la Primera de Mayo. Allí estábamos, como borregos, con las cabezas gachas y las manos sudorosas. Entonces lo vi caminando con esa tranquilidad

irritante, como si no estuviera pisando el mismo suelo que nosotros. Parecía flotar, con su sotana negra ajustada al cuerpo, marcando la línea de unos muslos que... mierda, no quería pensar en eso, pero ahí estaba, quemándome la



mente.

— Se dirige a ustedes el Padre Steven — anunció Miriam Tovasca, con esa voz de cuervo moribundo que me provocaba arcadas. ¡El padre! No me lo podía creer. Ese monumento andante, tan inclinado a la belleza y al pecado era el rector del colegio. ¿Quién mierda había decidido meter a un hombre como ese en un lugar lleno de adolescentes



reprimidos? Era como tirar cerillos encendidos a un tanque de gasolina.

Mientras hablaba, su voz penetró mis oídos, suave pero firme, como una mano que te agarra del cuello justo antes de follarte. Hablaba de disciplina, de obediencia, de dios y de redención, pero yo no podía concentrarme en nada más que en sus labios, esos labios gruesos y pecaminosos que se movían como si estuvieran diseñados para provocar.

Y entonces, me miró. Fue un segundo, un puto segundo. Pero bastó para que mi corazón se detuviera y mi cabeza comenzara a llenarse de imágenes que no debía tener. Me imaginé en su despacho, con él sentado en ese escritorio enorme, con sus ojos oscuros clavados en mí mientras yo...

— ¡Maik! — gritó una voz detrás de mí, rompiendo mis alucinaciones de hongos coloridos.

Me giré sobresaltado y vi al celador, un tipo gordo y calvo que parecía odiar su propia existencia tanto como la nuestra.

— Pon atención, maricón de mierda. La palabra me atravesó

como una flecha, pero ya no dolía. No como antes, ahora, cada vez que me llamaban así, sentía un fuego crecer en mi pecho. Sí, soy maricón, ¿y qué? pero no lo dije. Solo lo pensé, porque todavía no tenía las huevas para gritarlo en su cara. Esa noche, en la soledad de mi cama estrecha y dura como un ataúd, no pude dejar de pensar en él. En el Celestino, en su mirada, en su voz, en el extraño poder que parecía tener sobre mí. Me odié por eso, me odié porque sabía que estaba mal, que no debía pensar en un sacerdote de esa manera, pero al mismo tiempo... ¿cómo podía evitarlo? Él era todo lo que yo quería tener, alguien fuerte, seguro y con algo de poder.

A la semana siguiente, tuve mi primer encuentro a solas con él. Fue en su despacho, un lugar oscuro e inundado de incienso, donde las paredes estaban llenas de crucifijos y cuadros de santos que parecían juzgarme con sus ojos pintados.

— Siéntate, Maik — me dijo con esa voz que me hacía temblar las piernas. Me senté frente a él sintiéndome pequeño, insignificante,

mientras él me miraba desde el otro lado del escritorio.

— Me han dicho que tienes problemas para seguir las reglas — dijo, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

— No es eso, padre. Es que...

— No me llames padre — metiendo la cucharada, acercándose hacia mí. Su cara estaba tan cerca que podía sentir su aliento caliente en mi piel. — Puedes llamarme por mi nombre.

Y ahí en ese momento, algo dentro de mí se rompió, o tal vez se liberó.

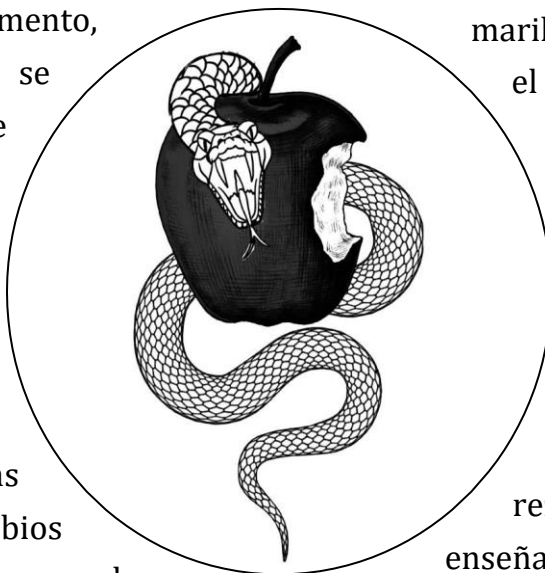
No sé cómo pasó exactamente, pero un minuto después, sus manos estaban en mi cara y las mías en su cintura. Sus labios eran exactamente como los había imaginado: suaves, firmes, desesperados. Su lengua se movía como una serpiente, explorando cada rincón de mi boca, mientras sus manos bajaban por mi espalda, apretándose contra él como si

quisiera fundirse conmigo. No pensé en nada más. No en dios, no en el colegio, no en las consecuencias. Solo en él, en su cuerpo contra el mío, en el calor de su piel, en el fuego que ardía entre nosotros y que nadie jamás podría apagar. Era pecado, era prohibido, pero en ese momento era lo único que me hacía sentir vivo.

Y así, con las paredes del despacho como testigos mudos, me pregunté: ¿el marika no era yo? quizás no al principio, quizás lo fui cuando confundí el altar con su cuerpo y la comunión con su saliva, pero no, el

marika no era tan solo yo, el marika también era él, él que temblaba al borde de su sotana como un ángel con el cielo negado, él que deseó con el cuerpo lo que su alma negó entre rezos, él que vino a enseñarme que la culpa es

solo un disfraz barato del deseo, yo... yo solo fui la chispa, la hoguera ya estaba encendida, tenía encima no solo su aliento sino una historia entera hecha de cadenas, silencios y fantasmas de santos rotos, una





historia escrita con el sudor de los que amaron mal, con el miedo de los que fingieron, con el grito sagrado de los que nunca pudieron amar a plena luz y ahora entiendo por qué su dios lanzó a su ángel favorito al infierno, no fue castigo fue despecho, porque no hay fuego más eterno que el del amor libre cuando se dice en voz alta, porque Sodoma y Gomorra no ardieron por el sexo sino por la cobardía de un pueblo que prefirió

callar antes que abrazar el deseo, porque no fue la lujuria lo que condenó a los hombres sino el miedo de vivirla y ahora lo sé: esa llama sigue viva en cada palabra no dicha, en cada beso que nos prohibieron, en cada cuerpo que se atreve a nombrarse y si el infierno es el precio por amar sin permiso, entonces hermana que arda lo que tenga que arder, porque EL MARIKA SOY YO.



Las huellas del silencio

Emma Hernández

He tratado de huir de mi historia durante años. He tratado de olvidarla, cambiar, evolucionar, pero entre más intento enterrar mi pasado, más rápidamente vuelvo a ese camino de oscuridad. Así que ahora intentaré no correr, estoy cansada de evitar mi pasado porque siempre está tocando mi puerta para recordarme quién fui y quién soy ahora.

Aunque me invade el pánico y siento cómo mi cuerpo tiembla al tener que enfrentarme a la realidad, lo haré junto con el recuerdo de mi madre, quien me abraza, besa y acompaña a través de Mar.

Soy Evangeline Rodríguez, una joven de 21 años de la ciudad de Bogotá, del barrio el Socorro. Actualmente vivo cerca de la Jiménez. No trabajo ni estudio. Suelo evitar mi existencia. Para mi fortuna, mi residencia es gratuita, me dan alimentación y todo lo necesario para vivir dignamente.

Para mi desgracia, ellos manejan mi vida tal y como quieren. Deciden qué actividades haré, a qué horas me bañaré, cuándo puedo salir; pero, a pesar de todo esto, mi habitación es mi lugar favorito porque puedo ser yo sin esconderme de los demás. Mi habitación es el único espacio en donde no me siento juzgada y cada vez que me atrevo a salir de él, todo colapsa.

Es una habitación amplia, las paredes son blancas porque no me dejan pintarlas, las cobijas también tienen ese color insípido que aburre. No tengo muchas cosas, solo la cama, mi diario donde escribo día y noche, y a Mar, quien me recuerda lo frágil que es la infancia, lo frágil que fui y el cuidado que recibí de mi amada madre.

En mi habitación hay una pequeña ventana en la cual puedo ver el sol, la luna y quienes me visitan eventualmente. En medio de la noche, después de estar observando la luna desde mi cama mientras abrazo a mi querida Mar, me quedo



dormida. Duermo, pero no siento que descanso, mi mente sigue procesando pensamientos que me consumen, que me destruyen y es, en ese momento, en donde un recuerdo invade mi mente.

En ese recuerdo estoy tomando una fotografía, paso mi dedo por la cara de dos personas que amé profundamente, a Amara y a Caín. Al tocar sus rostros con la yema de mi dedo puedo sentirlos cerca nuevamente y, mientras mis lágrimas corren por mi rostro, en un impulso de ira estrelló el cuadro contra la pared.

Las personas que están en esa foto son mis padres, los amé como a nadie y como nunca más podré amar. En esa fotografía tenía 5 años, era una niña muy alegre, estaba en medio de mis dos padres, mi madre, Amara, tenía el cabello negro, largo y rizado; su piel era blanca y en cada parte de su cuerpo estaba bañada de lunares. Ella solía vestir con pantalones que moldeaban su hermosa silueta, sus ojos, por los que se transmitían amor, eran cafés, sus labios, rosados. Era una mujer bella, gentil, dócil y

muy inteligente. ¡Cuánto llegué a amarla!

Mientras que él, mi padre, Caín, era todo lo contrario. En su rostro se contemplaba la iniquidad, su mirada transmitía odio. Era alto, moreno, siempre tenía el ceño fruncido, su voz era dura y contundente. Era guapo, sí, pero era una mala persona, si tan solo mamá lo hubiera visto antes, nos podríamos haber salvado de la desgracia que nos conllevaría estar con él.

Yo era una combinación de ambos: cabello rizado, negro, morena, con ojos cafés y dócil. Estudiaba en ese momento, estaba en primero y tenía muchos amigos. Me gustaba montar bicicleta, jugar con mis muñecas y, sobre todo, con Mar. Mamá me vestía como a una princesa: vestidos largos y bombachos que eran color pastel. Mi closet estaba repleto de este tipo de ropa, mis vestidos favoritos eran de color rosa, azul, lila y blanco.

En alguna ocasión, mi madre, que era profesora de español, me explicó que todo tiene un significado incluso lo que solemos ignorar. No recuerdo bien, era apenas una niña que

aprendía a leer, pero sí tengo en mi memoria los significados de estos colores y por eso eran mis favoritos.

El rosa representa la ternura, el afecto y la sensibilidad emocional. El lila se asocia con la espiritualidad, la introspección y la creatividad. El azul simboliza la calma, la confianza y la estabilidad, y el blanco expresa pureza, paz y simplicidad. Mamá decía que esos colores me representaban porque era una niña dulce, muy creativa, que confiaba en las personas y siempre vislumbraba por mi pureza.

Mi familia era unida. Todos los fines de semana viajamos, éramos los 3, siempre juntos, llenos de amor y de risas. Papá era un sujeto malhumorado, pero, aun así, junto a mamá se convertía en el hombre más maravilloso que podía existir.

Toda mi vida fui una niña consentida. Mi vida era perfecta, tenía a los mejores padres, quienes se amaban incondicionalmente, sin embargo, lo bueno nunca dura, o al menos eso dicen, cuando tenía 7 años, mi abuela paterna falleció.

A mí no me dolió en lo mínimo, no conocía a la señora, pues mis padres habían dejado de tratarla porque era odiosa con mamá. Caín, por amor y respeto a mamá, dejó de visitarla y desapareció de su vida.



De ahí en adelante, la dinámica de nuestra familia cambió. Caín nunca trabajo y luego se iba a tomar, a apostar o a hacer alguna cosa que lo distrajera. Tenía la conciencia aturdida. No lo culpo. Su mamá murió sin poder verlo, abrazarlo, besarlo por años, más de 10 años, supongo que era normal que se



sintiera culpable y considerará que todo lo había hecho mal.

Realmente no puedo culparlo por tratar de ahogar su dolor en cosas momentáneas. Mamá siempre intentó estar para él, incluso yo me esforcé por ser una hija amorosa y perfecta. Esa niña que nunca te causa problemas ni dolores de cabeza, pero Caín solo se alejaba más y más de nosotras.

El amor que sentía por Caín terminó de desvanecerse cuando, en medio de una discusión, escuche cómo golpeaba a mamá. Traté de ayudarla, pero no pude hacer nada. Terminé siendo agredida físicamente también, hasta que perdí la conciencia.

Cuando desperté, mamá estaba junto a mí. En sus ojos se veía el miedo, comenzó a curarme las heridas y, aunque era un momento trágico, fui feliz de saber que estaba bien y que era ella quien pasaba su suave mano por mis heridas. Era un alivio instantáneo, como si a través de su tacto me curara, como si ella fuera Dios.

Papá salía a tomar todos los fines de semana, así que esta historia de sufrimiento se repetía sin cesar. Hasta que un día se quedó en casa, en esta ocasión papá tomaría nuestro hogar para paganizarlo con sus acciones profanas. Los amigos de papá asistirán a la casa, verían un partido mientras comían lo que mamá preparaba y tomaban. Sonaba como un plan tranquilo, como si papá cumpliera su promesa de redimirse, pero creer en él era en vano y en lugar de reconstruir nuestro hogar, que se desmoronaba por sus malas prácticas contra mamá, terminó hundiéndonos en un caos sin fin.

Esa fue la noche en la que más miedo sentí, más de 5 hombres borrachos que no conocían el respeto rondaban por nuestra casa. Uno de los amigos de papá me observaba en cada movimiento, pensé que le gustaba mi vestido de flores blanco que era largo, con ese vestido me sentía como una mujer recatada, que se guarda, como si estuviera dentro de la cultura judía o tal vez musulmana. Esas culturas me parecían tan interesantes, las había visto en una clase y ahora no podía dejar de comparar mi vida con ellas.



Ese amigo se llamaba Jhon. Luego de estarme observando por un rato, le dijo algo a papá al oído, papá me miró con amor, pero su mirada cambió a una que transmite frialdad. Acto seguido, Jhon se dirige a mí y me alza como si fuera un costal de papas. Mamá, al ver esta escena, grita y le pide a papá que me ayude, a lo que él responde: “¡No te preocupes, cariño, Evangeline me ayudará a pagar una deuda que tengo!”

No entendía por qué estábamos solos en la habitación, por qué le ponía seguro a la puerta y por qué comenzaba a quitarse la ropa. Luego llegó mi turno de desvestirme y, cuando estaba completamente desnuda y sentía su cuerpo encima del mío, mamá entró. Le suplicó que no me hiciera nada, que todo lo que pretendiera se lo hiciera a ella. Así fue como terminé en mi habitación, sola, bajo llave.

Los gritos de mamá por el dolor sonaban de vez en cuando y sólo callaban cuando mencionaban mi nombre. El cuarto de mis padres estaba junto al mío, así fue como logré escuchar las voces de esos hombres y así fue hasta el amanecer.

No logré dormir ese día y nunca más desde ese día. No lograba comprender cuál fue el sacrificio que hizo mamá, por qué se veía triste, el cómo sus ojos ya no brillaban, ya no sonreía. Y así como Caín destruyó a la única persona que lo amó, asimismo quedé en la miseria cuando esos ojos color café me fueron arrebatados.

A pesar de todos estos años, mamá sigue siendo mi persona favorita. Cada día sueño con su imagen, con sus caricias, siento cómo pasa sus manos por mi espalda, ese calor de sus abrazos. A veces recuerdo cómo se sentía tener la nariz sucia de pastel porque era ella quien me untaba la tarta en la nariz, lo hacía en cada cumpleaños. Qué duro es fingir que estoy bien, que he superado su partida, pero no es así. No puedo dejar de pensar en ella porque fui yo la causa de su desgracia, cuánto hubiera dado por evitarle ese sufrimiento, porque su gran hazaña fue en vano. Desearía haber evitado que su vida colapsara para que no acabara con su existencia.

La despedida de mi querida Amara fue aún más dura de lo que pensé, quise quedarme aferrada al



ataúd, impedí varias veces que lo bajaran y que lo rellenaran de tierra. Simplemente no entendía cómo iba a vivir sin la persona que siempre estuvo para mí. Por otra parte, Caín me agarró entre sus brazos y me dejó llorar en su pecho, me prometió que cambiaría, que ya no habría más adicciones, solo seríamos él y yo siendo felices.

En ese momento le creí, tenía 10 años, solo me quedaba papá. No sé si me mintió descaradamente o el concepto que tiene de felicidad simplemente incumple con los derechos humanos. La casa nunca estaba sola, siempre estaba Caín con sus amigos y cada vez eran más amigos.

Ya no había fotos de mamá en la casa, la única que quedaba era una que estaba en mi cuarto. Que papá me arrebató diciendo que no servía de nada recordar el pasado, que dejará a mamá descansar porque ya estaba muerta y mientras yo me deprimía con su recuerdo, ella ya no existía ni pensaba en mí.

— ¿Por qué te deprimes en lugar de disfrutar tu vida, de pasar tiempo conmigo? Yo no te abandone,

entiende que tu mamá decidió acabar con su vida, tu no le importas y mientras tú lloras por una cobarde yo sigo aquí para ti.

No me gustó la forma en cómo hablo de mamá, pero tenía razón, ella decidió dejarme, fue ella... Toda mi desgracia era por ella, así que decidí guardar en el ático esa fotografía y a Mar.

Deje de vestirme con vestidos largos y bombachos. Papá me había comprado ropa, que acentuaban mi figura, ya tenía 15 y comenzaba a ser cortejada por muchos jóvenes. En algunos momentos por hombres mayores, lo cual me resultaba asqueroso. Papá siempre me pedía que usará faldas cortas cuando iban a venir sus amigos, me decía que “tenía que cerrar unos negocios” y que era más sencillo aprovecharse de sus clientes si lograban distraerse con unas lindas piernas. Aunque me incomodaba ser el centro de atención en un lugar lleno de hombres con más de 40 años, nunca me negué, porque con el dinero que conseguía papá podíamos vivir bien. A mí no me faltaba nada, siempre tenía ropa nueva, me compraba todo



lo que quería, así que hacerle un favor no estaba de más.

Todo comenzó a complicarse cuando los amigos de papá comenzaron a hacer comentarios fuera de lugar y llegó al punto más ofensivo cuando Jhon se me acercó demasiado y pasó sus manos por mi cuerpo. Le dije a papá y él simplemente me ignoró. Las faltas de respeto siguieron, me sentía tan incómoda que ya no salía de mi cuarto cuando ellos estaban en casa, ya no vestía con ropa pegada y corta.

Caín me dijo que Jhon había cerrado un negocio con él, que era demasiado bueno y que bajara al cuarto de él. Estuve esperando un rato sentada en la cama de mi papá, él entró con Jhon y le dijo que aprovechará, que aún era virgen y esta vez nadie se interpondría, que ni mi madre vendría a rogarle que no hiciera nada. Y que, así como había disfrutado hace años de violar a Amara, ahora podría hacerlo con alguien joven.

Fue ese momento en donde entendí todo, esa noche... Amará, mi mamá, me había salvado, por eso se veía triste siempre, esa debía ser la

razón de su suicidio. Y yo, que me había negado a recordarla con amor, me sentía tan culpable. Estuve navegando en mis pensamientos un rato.

Volví a la realidad cuando sentí que alguien me tocaba la cara, era Jhon, le supliqué que no me hiciera nada, que era un delito, pero no le importó, traté de huir de la habitación, pero en menos de nada Jhon me llevó y me amarró a la cama, también me puso un trapo en la boca porque estaba cansado de mis gritos.

Desgarró la ropa que llevaba puesta, comenzó a besar mi cuello y fue bajando, hasta que terminó haciéndome suya, cuando se terminó la tortura me dijo que haría lo posible para que Caín lo dejará ser mi único cliente. No entendía qué decía, pero me dijo que desde esa noche en que Amara se sacrificó por mí, había decidido dejarme crecer un poco más y venderme a sus amigos... No sé cuántas veces tuve que sufrir lo mismo con Jhon, llegó el momento en donde ya no trataba de huir, solo esperaba que pasara y cuando terminaba me iba a mi habitación.

Después de eso no quise salir de mi habitación, ya no quería ir a la escuela, no podía dejar de sentirme sucia. Luego, dejó de pasar solo con Jhon, Caín tenía más de 10 clientes para mí y yo no tuve opción de acceder.

Un domingo por la mañana, no pude más, supe que debía pedir ayuda, pero no podía salir de casa, así que debía ingeniármelas. Había soñado con mamá, ¿y si tal vez me estaba diciendo que terminará con todo? Agarré una navaja y comencé a hacerme heridas en la piel, cada vez salía más sangre, luego solo perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba en el hospital, traté de decir que estaba siendo agredida sexualmente por

varios hombres que le pagan a Caín, mi papá, pero el personal de salud no me creyó, en cambio llamaron a Caín y le dijeron que al parecer el haber perdido a mamá siendo tan niña me

había afectado psicológicamente, que sería mejor darme tratamiento.

Y así fue como terminé aquí, en este cuarto sin color, en una casa para gente loca, aunque no lo estoy, siendo drogada y teniendo lagunas mentales. Caín me trajo a Mar y desde ese momento volvió a acompañarme, ahora estamos solo las dos, esperando el día en que me den de alta o en que encuentre la forma de matarme.





Los tres espejos

Juan David Romero Espinosa

Luego de un largo viaje a través de la oscuridad, llegó el caballo con un hombre atado de pies y manos sobre el lomo. Ya estando en el suelo, con ayuda del corcel nocturno y su dentadura logró librarse de las riendas que lo amarraban. Encontró un lago que reflejaba las estrellas y frente a él, se levantaron tres marcos de madera. El agua lo invitó a elegir uno de los espejos.

El primero reflejaba una isla donde había mil náufragos, sintió su desespero, el hambre y su miedo de morir. Se apartó enseguida. El espejo de la mitad mostraba una amplia habitación con paredes de miel, donde se encontraba una cama inmensa llena de plumas, cadenas de oro y flores que perfumaban todo el lugar. Escuchó una melodía que lo llamaba a acercarse para tocar el cristal, pero fue más fuerte la curiosidad por ver qué había en el tercer espejo. En él se reflejaba la nada absoluta. Se sintió atemorizado, pues empezó a visualizar todas las

vidas posibles de distintas personas al mismo tiempo y ninguna era él.

Inmediatamente escogió el espejo de la mitad. Al tocarlo, se transportó a la cama, donde sintió un alivio que le adormecía. Las flores empezaron a envolverlo y sintió un gran placer que se mezclaba con el aroma a jardín divino. Pasaron días, semanas, tal vez meses, hasta que se vio a sí mismo esquelético y sin alma, quiso huir, pero los pétalos lo tomaron con más fuerza y cuando ya no quedaba mucho más del hombre, las flores lo expulsaron sin mucho recelo, como si fuera basura.

Cayó en la isla de los mil náufragos. Lleno de hambre y miedo nadó, nadó y nadó con desespero, pero era inútil, entonces volvió a tierra firme y notó que había un centenar de personas descansando en hamacas hechas con las mismas flores de la habitación. Se quiso acercar cuando un sujeto de grandes lentes redondos le advirtió que ya no habría vuelta atrás y lo invitó a poner algunas palabras en el barco de

letras que estaba construyendo junto a una pequeña comunidad. Su cuerpo parecía gritar por las ansias de descansar un poco más, pero su mente fue atraída por la incertidumbre: ¿Cómo podrían unas simples letras salvarlo y brindarle libertad?

Escuchó, interpretó y habló a su nueva comunidad. A lo largo de la conversación notó que el barco se fortalecía, así que les empezó a contar las historias de su abuelo, las anécdotas de su madre y su propia vida antes de los espejos y el caballo. Su narración se tornó tan atractiva que decenas de personas se levantaron de sus hamacas para ser parte de la construcción.

Todos huyeron de la isla cuando la embarcación estaba lista. Solo se

quedaron los que seguían cómodos sobre sus flores ya marchitas. De su cuerpo empezó a brotar una tranquilidad que lo hizo recordar la habitación de miel. Sin embargo, ahora era mejor, pues estaba acompañado y por primera vez se enfrentaba a la deriva sin temor. Unos cuantos días después, durante una noche de incontables constelaciones en el cielo, el mar apacible le recordó el viejo lago. Por un momento cerró los ojos, escuchó un estruendo sordo y cuando los abrió, se encontró a él mismo junto al lago reflejándose en el tercer marco, donde antes no había nada. El lago le dijo que ya estaba listo para enfrentarse al vacío y labrar su propio camino.



Agosto 08

Camilo Abril Leal

Solo, en el caos de su habitación, acompañado únicamente de un silencio que ensordecía su mente, se encontraba él. Estaba sentado en su cama, que tenía semanas sin ser arreglada, rodeado de pilas de ropa sucia e indiferente al repugnante olor de los platos de comida que no habían sido probados en días, estaba cansado de fingir que todo estaba bien. Afortunadamente llegaba la noche, la única que conocía su verdad, a la que no tenía que sonreírle ni mentirle, la fiel testigo de su inmisericorde insomnio, la que lo vio llorar una y otra vez mientras le gritaba desconsoladamente a su almohada.

Con la noche llegaron la nostalgia y los recuerdos que, como era costumbre desde hacía algunas semanas, lo acompañaban a escribir para dejar en el papel todo su sentir, ya que este pálido amigo no juzga, no señala ni da consejos vacíos, simplemente está a merced de quien busca refugio. Con su mirada apagada (esa misma que hacía pocos meses brillaba de ilusión) buscó el bolígrafo sobre el escritorio lleno de libros sin leer, polvo, desorden y analgésicos para su despiadado dolor de cabeza. Lo tomó ansiosamente con su mano temblorosa y finalmente, escribió:

«Agosto 08.

Ya pasó un mes, pero para mí el tiempo se detuvo. Está inmóvil, como ese reloj pintado en aquel cuadro de tu habitación. Quise detenerlo para esperarte, aun sabiendo que ya no vendrás. Lo detuve para aferrarme a nuestro último momento, justamente hace un mes. Un largo, interminable, injusto, doloroso, silencioso y vacío mes.

Aún recuerdo perfectamente aquel día y aquella noche en donde pude contemplarte y sentirte cerca, aunque sabía que era la última vez, que era nuestra despedida. Luego de escucharte, fui consciente de que me había



acomodado en una historia que no tenía lugar para mí y que debía irme, aunque estuviera aferrado a un amor que hoy duele más de lo que cura. Me preguntaste una y otra vez si estaba seguro de querer verte una última vez. Claro que lo estaba. Qué buena decisión tomé al hacerlo porque es uno de los recuerdos que más atesoro, aunque al mismo tiempo sea el que más me ha consumido en estos días.

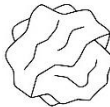


Hoy, después de unas semanas, comprendo que prometiste con miradas y huiste con silencios, incluso después de haberte mostrado cómo se quiere lo imposible. Simplemente te fuiste y solo me queda aceptarlo, sonreír en el día y llorar en la noche. Si es verdad que existe el infierno, debe sentirse como cuando amas a una persona y sabes que está mejor sin ti. Quiero saber: ¿qué me faltó? Te juro que yo sentí que te di hasta el alma. Esta pregunta hace su destructiva ronda en mi mente todas las noches y es la que se roba mi sueño sin ninguna intención de devolverlo. Sé que nunca tendré la respuesta; asumo que no fui suficiente. Lo que sí sé es que tuvimos una conexión única, pero no era nuestro momento y quizá, ya nunca lo será».



Con los ojos desbordados tomó el papel con rabia, tristeza, decepción e incertidumbre. Lo arrugó con todas sus fuerzas y lo arrojó a la colección de papeles que reposaban bajo su cama para luego hundirse en su

almohada hasta que llegara la hora de ir sonriente, nuevamente, a trabajar y desde allí anhelar que llegara la noche para escribir un nuevo capítulo.





Luke

Melissa Téllez Silva

Eran pasadas las 6pm del viernes 9 de junio cuando Beto volvía a casa luego de otro agotador día de trabajo. Su rol como veterinario en el lugar más prestigioso de la región ya no le producía la misma satisfacción que alguna vez tuvo. Había algo en la rutina que le generaba malestar, pero el conocimiento que traía consigo producto de años de estudio era la columna vertebral del lugar al que le dedicaba gran parte de su jornada. En días así recordaba con nostalgia su versión infantil que soñaba con ser un investigador nato sobre perros domésticos, profesión que perdió su encanto cuando llegó al punto más álgido de su carrera. Al entrar a su habitación fue recibido como de costumbre por Luke, perro que había rescatado hace aproximadamente dos años en un parque cercano a su casa. La tradición nocturna se basaba en pasar tiempo juntos, comer algo y prepararse para ir a dormir. A pesar de ello, sabía que ese día era el inicio de algo más grande y diferente para su vida y la investigación moderna.

En el gremio de los médicos veterinarios en años posteriores crecía un rumor que despertaba todo tipo de comentarios y debates existentes; se trataba de una posible investigación de un medicamento que permitía a los animales que la tomasen tener la capacidad hablar por la extensión de 24 horas, con única dosis y sin poderse repetir. El principal argumento para dicho experimento fue hacer más efectiva la atención a los animales al escuchar de primera mano cómo se sentían y así atacar el problema de raíz. Debido al evidente debate ético que generó la idea, ésta no fue bien recibida y seguidamente fue destinada a la clandestinidad. Beto sabía de primera mano los avances significativos que surgieron de aquella investigación, por lo que decidió empezar secretamente su prototipo varios años atrás para patentarlo y ser dueño del negocio. Proceso que logró culminar ese viernes 9 de junio.

Ya en su habitación, decidió examinar más detalladamente aquellas pastillas de color azulado que tanto empeño le había dado y que ahora finalmente reposaban en su mano. Era el primer prototipo que llevaba a casa, razón por la cual tenía una extraña mezcla de escepticismo y orgullo por su creación.

Beto había hecho un par

de pruebas

anteriormente con

algunas aves y

roedores, uno de sus

compañeros logró

conseguir un primate

que hasta ese entonces

había vociferado un par de

palabras, lastimosamente la cría era bastante agresiva con los humanos razón por la que suspendieron el proceso. Mentiría Beto al negar que se imaginó un par de veces probando el medicamento con su viejo amigo Luke. Considerando seguro el medicamento y matándole la intriga, decidió servir un postre nocturno a su amigo esperando al siguiente día para ver los resultados. Como el efecto se manifestaría en horas de la madrugada, decidió irse a dormir lo más pronto posible.



Ese día Beto tenía que estar más atento que nunca, había puesto una alarma muy en la madrugada para vigilar a su amigo. Al sonar la alarma, Beto se levantó y, al percatarse de que Luke no estaba a los pies de la cama como de costumbre, decidió ir a buscarlo. Recorrió las habitaciones

de su apartamento. Había un

pasillo largo con un

estudio, un cuarto de

invitados y

finalmente la

conexión a la sala de

estar. Beto no

encontró a su

compañero en estas

habitaciones, comenzó a

preocuparse pues tampoco respondía a su llamado. Decidió acercarse a uno de los baños y fue allí donde lo encontró, sentado frente al espejo de la ducha. Beto, un poco acelerado, se acercó haciéndole los mimos de siempre, disipó el silencio del lugar con un par de preguntas esperando escuchar algún sonido comprensible, pero Luke no respondía. Beto se calmó al recordar que su amigo no solía hacer mucho ruido, siempre fue un perro calmado y bastante servicial, pero a pesar de sus intentos, no logró alejar a su



amigo del espejo, acto seguido decidió ir por algo de comer un poco extrañado.

Parecía que Luke no quería alejarse del espejo. Pasaron largos minutos hasta que decidió salir y recostarse frente a su plato. Beto mientras lo atraía con comida seguía intentando hacerle hablar de todas las maneras posibles. Frustrado, Beto decidió dar un paseo con Luke, no lo tenía dentro de sus planes pues eran espacios que no consideraba controlables, pero en vísperas del mutismo de su mascota necesitaba hacer algo nuevo. Fueron al parque más cercano, en el paseo esta vez Luke no jugó con los demás perros del lugar, cosa extraña pues solía ser bastante activo al salir de casa. Tampoco intentó jugar con los niños que solían acercársele; pasó más de una hora y Luke no mostró indicios de habla, Beto se sentía un poco intranquilo, comenzaba a ver como su invento no parecía tener mayor efecto en caninos.

Ya en casa eran casi las 3 de la tarde, el medicamento tendría que haber dado efecto muy temprano en la madrugada, pero no había

conseguido que Luke le hablara. Se había quedado sobre el tapete frente a su amigo intentando llamar su atención, pero el perro no hacía más que mirarlo sin decir alguna palabra. Beto se preocupó pues no lo había escuchado ladrar ni una vez, intentó imitarlo, pero nada funcionaba, puso algo de música para distraerse, pensar y recostarse un poco.

— ¡No!

Un par de canciones después Beto escucho un “No” muy claro y muy cerca, se levantó en busca de Luke, estaba esta vez frente a la ventana vigilando un par de palomas en el balcón.

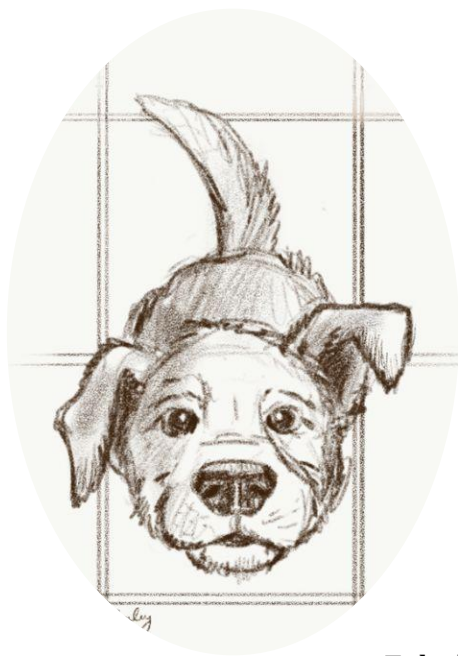
— ¿No? —exclamó Beto mirando a las palomas.

— ¡No! —ladró el perro.

— ¡No! —gritaba Beto de nuevo— ¡Puedes hablar Luke! ¿Qué más puedes decir?

Lastimosamente, no contestó. Las palomas volaron y Luke se alejó. A pesar de ello, Beto se sentía conforme: había escuchado a su mascota decir claramente “¡No!”. Emocionado, llamó a su amigo y

compañero de laboratorio, quien ya debía haber salido del trabajo. Al llegar, Beto lo puso al tanto de los hechos y le explicó su mañana y tarde. Caín intentó comunicarse con el perro desesperadamente, pero tampoco obtuvo respuesta. Su amigo comenzaba a sospechar de lo narrado por Beto. Acordaron comenzar a hacer pruebas en más animales y propusieron un par de modificaciones al medicamento. Ya en horas de la noche, Caín decidió tomar un taxi a su casa. Se encontraba cansado y un poco decepcionado.



Faltaban alrededor de 3 horas para que el medicamento perdiera todo su efecto y no había logrado verificar

algún dato novedoso, Beto estaba de nuevo frente a su compañero cuando este repentinamente se levantó y fue al espejo, Beto cansado decidió quedarse en la sala.

— Luke —Había hablado de nuevo. Frente al espejo, Beto lo señaló y dijo:

— Luke, ese es tu nombre.

— ¡Luke! ¡No!

— Sí, Luke es tu nombre.

— Luke no.

— Luke y no, parece que es todo lo que sabes decir.

— Quieto.

— Luke, no y quieto ¿Puedes decir alguna otra cosa? —preguntó un poco asombrado Beto ya que comenzaba a encontrar un patrón.

— Yo decir otras —Beto paró por un momento de respirar, había escuchado por primera vez a un animal hablar, miro por el reflejo del espejo los ojos de su mascota.

— ¿Luke? ¿Qué otras puedes decir?
—Beto estaba casi en lágrimas, mientras buscaba su teléfono.

— Siempre escuchar las mismas.

— ¿Siempre escuchar las mismas? —
Beto puso su teléfono grabando en el piso, sin embargo, no terminaba de entender lo dicho por su perro.

— Hoy tu hablar mucho.

— Sí, hoy tenía mi día para ti, anoche te di algo en lo que trabajo.

— Lo sé, hoy sentir extraño, hoy confundir, hoy ser usado.

— Tienes razón, Luke. Yo quise hacer esto hace mucho tiempo.

— Lo sé. Yo escuchar. Yo no entender ese ladrido antes, yo entender ese ladrido ahora.

Parecía que Luke, poco a poco, usaba más palabras. Al mismo tiempo que su habla se volvía más compleja y replicaba las coletillas de su amo, se mostraba más consciente de sí mismo, demostrando una actitud reservada y optimista. Beto, sorprendido, intentaba animar a su compañero a seguir hablando. Estaba incrédulo por la complejidad

del habla de su mascota. Al mirar el reloj, se dio cuenta de que tenía cada vez menos tiempo para poder hablar con Luke.

— Ustedes ladran y ladran de modo complicado. Nosotros aullamos, ladrar por ustedes y no entender. Solo entender cuando en verdad aúllan y gritan, ahí entender, ahí fijarse en lo que tienen al frente, ustedes no estar en lo que tienen delante, acarician sin decirnos por qué, gritan sin tener por qué, no hay manera de saber qué quieren, siempre estar en otra cosa de lo que están, siempre miran sin mirar, ladran a la nada, ahora que yo hablar entender otros ladridos, pero ustedes ser extraños, están en dos lugares y llevarnos con ustedes a ninguno de ellos, nosotros estar.

Beto lo escuchaba con una extraña mezcla de curiosidad, miedo y fascinación. Por un largo rato, no logró asimilar el volumen de ideas que su perro había tenido guardadas y que ahora expresaba sin reparo. Entre verbos mal conjugados y reclamos que ahora Luke aprendió a construir, Beto se percató de algo que hizo que su atención estuviese



más alerta: empezó a escuchar ladridos entre las palabras. Al ser estos más recurrentes, ambos quedaron viéndose fijamente mientras entendían lo que estaba pasando: el efecto de la pastilla

empezó a desvanecerse. Luke vociferó como nunca lo había hecho, pero luego de un rato lo único que se escuchaban eran ladridos en la habitación.

Crónica – Mi primer día de clase

Melissa Téllez Silva

Entonces me encontraba allí, justo entre el tablero y las filas interminables de sillas escolares que, desde la perspectiva de estudiante era el pan de cada día, pero desde esta nueva vista resultaba aterrador...

13 de septiembre de 2015

Luego de algunos días adaptándome a las actividades que me fueron asignadas en el servicio social del colegio, mi inocencia pensó que sería una semana como cualquier otra. Fui asignada como tutora de una profesora de primaria de los cursos cuarto y quinto, como me explicó la coordinadora. Personalmente me hubiese gustado estar a cargo de los refrigerios, pero, por la gran demanda que había en ese espacio, me asignaron tutorías en contra de mi voluntad. Mis obligaciones se resumían en sacar copias para los estudiantes, pasar notas en la planilla y ayudar a la profesora en lo que necesitara. Me sentía cómoda pero no me encantaba la idea de quedarme un par de horas

más en la jornada tarde del colegio IED Castilla. “Será sólo un mes” pensaba cada vez que, al salir de clase, me dirigía a los edificios de primaria. “Será sólo un mes, ¿qué podría salir mal?”



14 de septiembre de 2015

El día transcurría con normalidad, los niños del salón 403 corrían y jugaban mientras la profesora intentaba mantener el orden en el salón fallando en el intento. Cuando el timbre del recreo sonó, el salón se vació de manera inmediata.

— En las siguientes dos horas necesito que estés con los niños hasta la hora de salir, la coordinadora nos necesita con urgencia para una reunión — mencionó la profesora mientras borraba el tablero con cuidado.

— Vale profe, pero ¿qué se supone que haga con ellos? Nunca he manejado un curso y menos de primaria, conozco el nombre de algunos, pero hasta ahí.

— Sólo tienes que revisar sus tareas y cerrar con llave. Te irá bien.

La profesora me entregó los marcadores del salón como quien entrega un volante sin frenos. “Solo son dos horas” dijo y desapareció por la puerta. Ahí estaba yo: quince años, uniforme de décimo y al frente de un salón lleno de niños que aún creían que cualquier persona grande tenía todas las respuestas, o al menos controlar un grupo.

Nunca había estado al frente de una clase. Ni siquiera consideraba la posibilidad de estarlo, pero el servicio social no da opción: te lanza a nadar en la piscina del mundo real con flotadores hechos de buenas intenciones.

La primera media hora fue una mezcla extraña entre caos y comedia. Un niño preguntó si yo era la hija de la profesora, otro me pidió permiso para ir al baño y una niña me entregó un dibujo sin razón aparente. Intenté

seguir corrigiendo las tareas que me habían dado, pero rápidamente entendí que enseñar es más un arte de improvisación que un acto de lectura.

Opté por el camino de la supervivencia: usar los marcadores para dibujar una serie de líneas que rápidamente se convirtió en el juego del ahorcado. Para mi sorpresa, esta idea repentina captó la atención de las 35 criaturas que estaban frente a mí. Y cuando me percaté, los niños rieron mientras intentábamos completar la oración secreta antes de que sonara el timbre. Fue un caos... un caos adorable.



Cuando sonó el timbre, varios me rodearon para decirme que les gustó mucho el juego. “¿Vas a volver mañana?” me preguntaron. Me reí porque no sabía si sobreviviría una segunda vez. Salí del salón como de costumbre, pero con una sensación



nueva: el respeto profundo por
quienes enseñan todos los días y el
orgullo inesperado de haber sido,

aunque fuera por un ratito, parte de
esa misión.

La mordaza de Doña Susana

Catalina Millán

Doña Susana era una mujer que creía que todo era pecado, juraba que sus creencias eran correctas y que ella era perfecta ante los ojos de Dios, pero esta señora era todo lo contrario porque se dedicaba a “juzgar” a las personas por su físico, también utiliza malas palabras, no ayuda a las personas de su alrededor, aunque, cree que su fe la llevará al cielo y que no ha cometido ningún pecado. También falta comentar que es una mujer que tiene mucho dinero, por lo tanto, no es una persona de clase obrera.

Escena 1

Doña Susana, Fernanda (La que se encarga de la limpieza)

Doña Susana: *(Se pone a orar en el piso, en cuclillas coge de la mano su collar en forma de Cristo)* Dios padre todopoderoso creador del cielo y de la tierra...

Fernanda: *(Se pone a limpiar el polvo de la casa)* Piensa: ahora estamos pasando por muchas necesidades, necesito dinero para poder cubrir en gastos las necesidades de mi hija, se encuentra muy enferma ¿Y si le cuento a la señora Susana? Bueno, le contaré *(procede a pensar en silencio)*.

Doña Susana: *(Termina de orar se dirige donde Fernanda)* Saluda a Fernanda no de una manera amable, más bien mandona. Fernanda, ¿ya hizo lo que le pedí?

Fernanda: Claro si señora ya hice todo lo que usted me pidió, dejé la casa impecable... como usted me lo pidió.

Doña Susana: Bueno, perfecto, ahora necesito que me prepare un buen almuerzo.





Fernanda: Doña Susana, antes de hacer el almuerzo necesito pedirle un favor de todo corazón.

Doña Susana: Dígame.

Fernanda: Necesito pedirle que, si me hace el favor de pagarme por adelantado, de verdad mi hija anda muy enferma últimamente. Necesito realmente cubrir los gastos de su tratamiento.

Doña Susana: Probablemente eso no se va a poder cumplir, porque usted necesita cumplir con su trabajo ¿Que tal me lo deje tirado? No, señora, más bien pídale a Dios por su hija, para que le cure este mal del demonio ¿Quién sabe qué pecados cometió y su castigo fue estar así en esa situación? Ay, no, no, no.

Fernanda: Doña Susana ¿Qué le pasa? Mi hija jamás ha cometido tal situación, es más, mi niña es muy pequeña, la verdad me parece muy doloroso lo que acaba de decir. Respecto lo acaba de decir de “cumplir con mi trabajo”, yo lo he hecho de la mejor manera posible, se lo he demostrado muchas veces, *(Utiliza una manera sarcástica para decirlo)* pero le agradezco su ayuda.

Doña Susana: Bueno, bueno, pídale a Dios porque no hay nada más que hacer. Eso sí, sea fiel creyente en nuestro señor el resto del dinero no importa, las cosas vendrán por sí solas.

Fernanda: *(Piensa)* Esta señora “fiel creyente” Ni siquiera fue capaz de hacerme un favor.

Escena 2

Doña Susana: *(sale de su casa para ir a la iglesia)*

Juan (Persona vidente)

Margarita (Señora que vende dulces)

En el camino se va encontrando personas con las que, en un futuro, va a ocurrir una serie de sucesos.

Doña Susana: *(Va caminando por la calle, Con su mirada juzgona y critica)*.

Juan (persona invidente): *(Está esperando a que cambie el semáforo para poder pasar)* Por favor, alguien me ayuda a pasar la calle, si es tan amable.

Doña Susana: *(Se queda callada) (No dice nada).*

Juan: (Se da cuenta que hay una persona al lado de él) Por favor me puede ayudar a cruzar la calle o me puede avisar cuando el semáforo cambie de color.

Doña Susana: ¿Perdón? ¿Por qué tendría que ayudarlo?

Juan: Señora solo le estoy pidiendo que me ayude a pasar la calle ¿Qué problema tiene con eso?



Doña Susana: Usted sabe que Dios es la guía a todas nuestras inquietudes por lo tanto no necesita de mi ayuda.

Margarita: *(Escucha toda la conversación mientras que ella va en su carrito donde vende dulces)*
Venga, señor, yo lo puedo ayudar, no le preste atención a esa loca.

Juan: ¡Ay si! muchas gracias, se lo agradezco mucho.

Doña Susana: ¡Oiga! me trata de loca, usted sabe que Dios está en todos lados, él es la guía a todas las problemáticas.

Margarita: Sí, lo que usted diga. Ya sabemos que le falta un tornillo.

Doña Susana: *(La señora Susana sigue su camino)* ¿Cómo pueden contradecir el poder del señor? Esto es desagradable...

Escena 3

Doña Susana, el pastor de la iglesia, las personas de su alrededor

Pastor: ¿Sabe quién puede entrar al reino de los cielos?

Persona 01: Cualquier persona que no haya cometido ningún pecado.

Doña Susana: ¿Cuáles son esas personas?

Pastor: Se puede decir que todo lo que esté en contra de la naturaleza humana es decir la homosexualidad, la drogadicción, las personas que no den el diezmo.

Doña Susana: Estoy totalmente de acuerdo, también se deben incluir las personas enfermas, eso es un castigo que Dios les puso en el camino.

Escena 4

Doña Susana, médicos, enfermeros.

Doña Susana: *(No se puede levantar se siente muy rara)* ¡Ayuda no me puedo levantar! ¡Fernanda, ayuda! *(Recuerda que Fernanda dejó de trabajar hace unos días. Decide llamar a un número telefónico)*

Llega al hospital

Médico: *(Atiende a Doña Susana)* Lamento decirle, Señora Susana, que usted tiene una enfermedad.

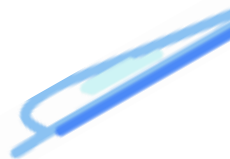
Doña Susana: No, no puede ser... eso es un pecado mortal.

Doña Susana: *(Se queda postrada en su cama)* ¡No puede ser! Ahora solo soy una enferma en este mundo, pagaré por todos mis pecados.

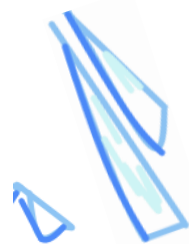




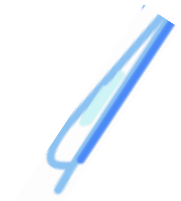
De trozo a trozo



Me iré,
Me iré, pero no del todo,
no para siempre,
partiré con el pecho abierto,
con el alma herida,
con el corazón latiendo despacio,
sin fuerzas,
como si hubiesen dejado la ventana
abierta y nadie la cerró a tiempo.



Me iré y el viento traerá a mi
memoria el sonido de tus pasos,
la fragancia que se quedó a vivir
por estos lados. Traerá a las pequeñas
lagunas que inundan mis ojos.
Traerá a mi jardín memorias tuyas,
alguna sonrisa, algún suspiro,
alguna palabra. Traerá el recuerdo
permanente de tu mirada, del color
café intenso que se esconde ante los
demás y se desnuda ante pocos.
Traerá al tiempo que fue testigo
de nuestras miradas, de nuestros toques,
de nuestros corazones.



—Respira hondo—



Son las 5 horas exactas, el momento en que siempre recojo mis cosas y me voy



Me iré,
pero no del todo, no para siempre
porque entraste sin tocar, sin pedir permiso
como si conocieras de memoria los pasajes
de mi corazón, y yo, dócil y peregrina
al cariño con el que me hablas, me dejé
arrastrar a un destino incierto.



Yo, fiel y sincera a mi lienzo, te dibujo
para no olvidar tu rostro, tu dulce sonrisa,
tu voz que se deja en estos escritos,
en estas letras, en estas líricas.



Me voy, pero no del todo.
Me fui y mi corazón se fue para siempre.

Michell Mundo



Entre gárgolas y gorriones

Las gárgolas se pasean sobre el peso de sus propias manifestaciones
Y siempre hay que encontrar una en el matorral de las ranuras
Como un vidrio enterrado que divide el plano en dos
Uno en índigo y el otro en rojizas premuras
Y en cada uno diferentes tipos de voz



El primero es el niño de las lilas
Del árbol del ojo del toro
El que pinta mosaicos, el de prosa
Las manos de hebilla
La oferta de oro
Los salmonelos de carcasa
Que dejan migas de macarrón
Y renacen ante el retamo espinoso
Dando luces a los pauperis
Son serpientes en reposo.



Detrás está la niña de la pringamoza
La otredad, la jovial, la moza.
La del *siyar* del tabasco.
La que sin ojos da abasto
Sentada esperando la esperada esperanza
Abriendo la pasarela de milongas
Del marinero y el capitán.
Esperando su día del santo.
Con el bombo y el redoblante cantar.





Es así que los gorriones se pasean sobre el peso de sus propias
ensoñaciones.

Solo hay uno del cuatro al cinco
Pero para el nueve faltan más de dos
Pero ya no hay más de donde mirar.

Eduard Rico



Espigas y carrileras

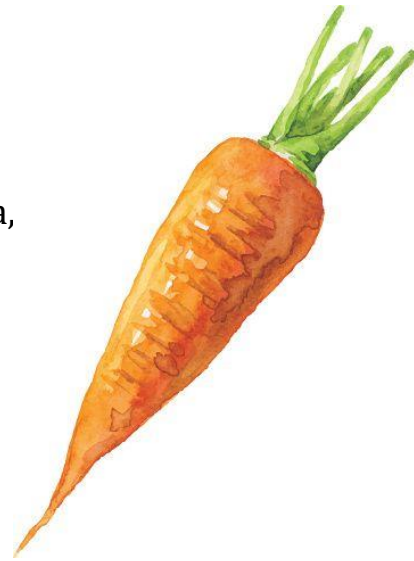


Recuerdo las palabras y los sueños,
peticiones que entre líneas son acercamiento,
historias que no se pueden tocar,
risas que me faltaron ver.

A los fundadores de mi vida;
la última vez que toqué sus manos,
sus blancos cabellos,
la última gelatina,
la última llamada en la “celebración” de mi vida,
un pintalabios que jamás conocí.

El retrato del dolor y los recuerdos,
juro que en las nubes los encuentro,
en los autos viejos,
en lo alto de las casas puntiagudas,
en los gusanitos,
en las zanahorias,
en los boleros.

Juro que los veo,
porque el último anhelo fue el recuerdo
el de la lágrima y la risa.



María José Veloza Maldonado

Mi pueblo querido

Tierra de ríos, sabanas y palmeras,
de las tardes doradas y brisas llaneras.
Donde la vida florece sincera,
pero el dolor te visita a su manera.

Te llaman “Cuna de la Libertad”
y en tus caminos brota dignidad.
Pero en tus venas hay tanta crueldad,
silencio, metralla, des-humanidad.

La tierra respira, la palma se inclina,
pero el pueblo llora en cada esquina.
Porque cada día, como cruel rutina,
alguien cae al suelo... y nadie se indigna.

Aquí el secuestro tiene apellido,
la extorsión se disfraza de ruido.
Y el gobierno, lento, sordo y dormido.
Mira de lejos lo que ha permitido.

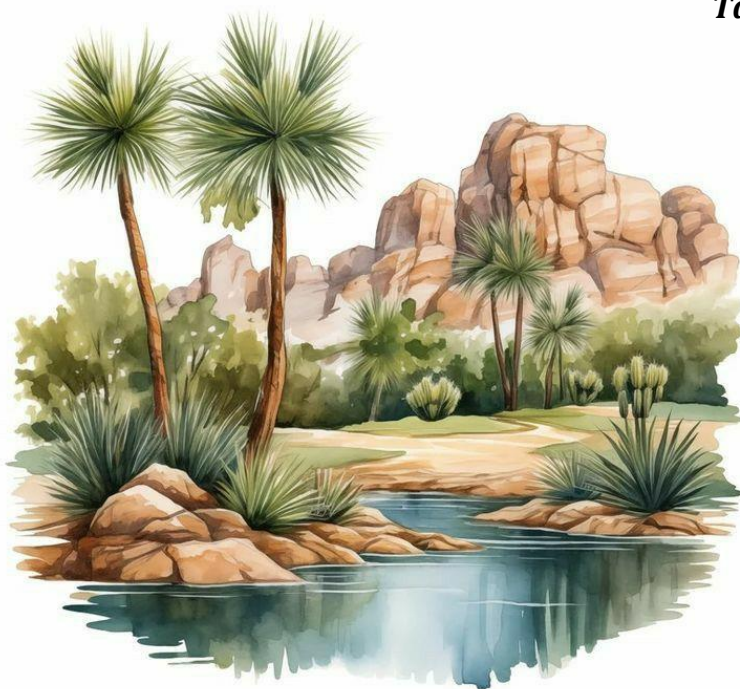
Te matan de día, de noche, al clamor,
y el estado se esconde tras su gran rumor.
Aquí no hay tregua, ni fechas sagradas,
el miedo gobierna las puertas cerradas.



¡Ay Tame! Tu gente no se doblega,
aunque la vida parezca una contienda.
Sigue en la lucha, firme como una tranquera,
mientras la injusticia la piel les despega.

Hoy te honro Tame, por ser tan leal,
por no rendirte ante el mal brutal.
Eres semilla, eres manantial,
y en tu lamento florecerá la paz real.

Tatiana Fajardo





Ojalá la vida no te encuentre inmune

Construye un legado cierto,
no maleable.

¡Qué innecesarias son las tragedias insustanciales!

La muerte te ilustra
en su silencio coherente.

Confía en la justicia obrando invisible,
sé implacable con lo diáfano aparente.

El lenguaje es laberintico,
dice más de lo que dice.

¡Qué innecesarias son las tragedias insustanciales!



Anderson Gómez Sánchez



La profundidad del no ser

Ciertos hogares ya no te acogen,
lo sabrás cuando renuncies
cuando optes por la muerte del tú común,
entonces te harás problema a lo conveniente,
las costumbres serán demolidas,
quizás debas desterrarte de ti,
gritar mientras cavilas sin que te advierta nadie.

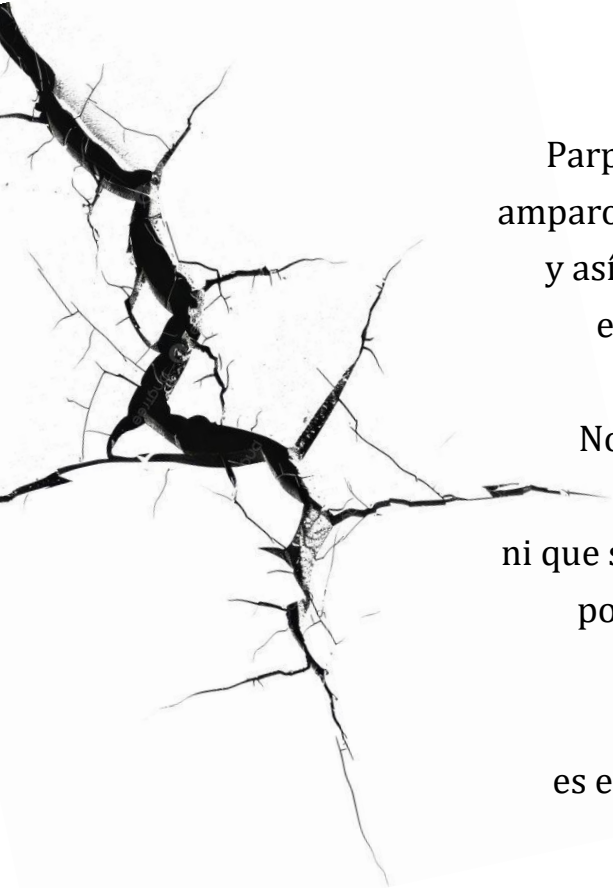
Ya no retornarás ni retomarás tu ahora,
eres la bestia que temías,
también el dios privado que deseabas ser.

Anderson Gómez Sánchez





Revelación



Parpadeo el día para hacerme carne,
amparo mi equipaje para perder el pasado
y así salir de mí para que todo llegue
en forma de difusas armonías.

No quiero que la música retenga
mis amores imposibles
ni que sus voces estén en tiempo presente
porque dejaron de ser perfectos.

La grieta en que convivo
es el altar donde te invoco: soledad.

Anderson Gómez Sánchez



la ausencia...

broth vanegas



Me encantó

-4.8-

Cuando recuerdo el pasado, no puedo evitar sentirme sola.
A veces pienso que no lo estoy completamente...
que algo camina conmigo.



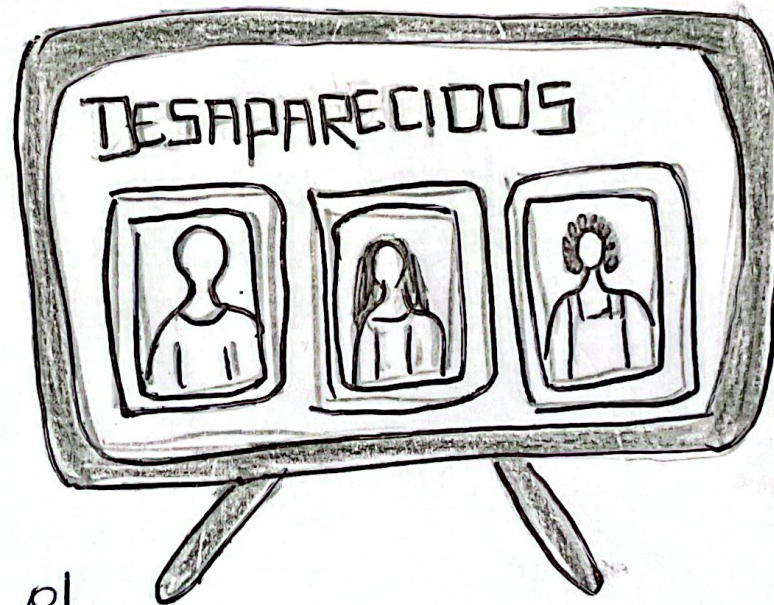
Aunque no pueda verlo.

Es un dolor que no
tiene nombre...

Algo que se
alarga detrás
de mí.



Algo que no me deja
ser del todo feliz.



Cuando prendo el
tele, aparecen rostros
que buscan ser encontra-
dos.

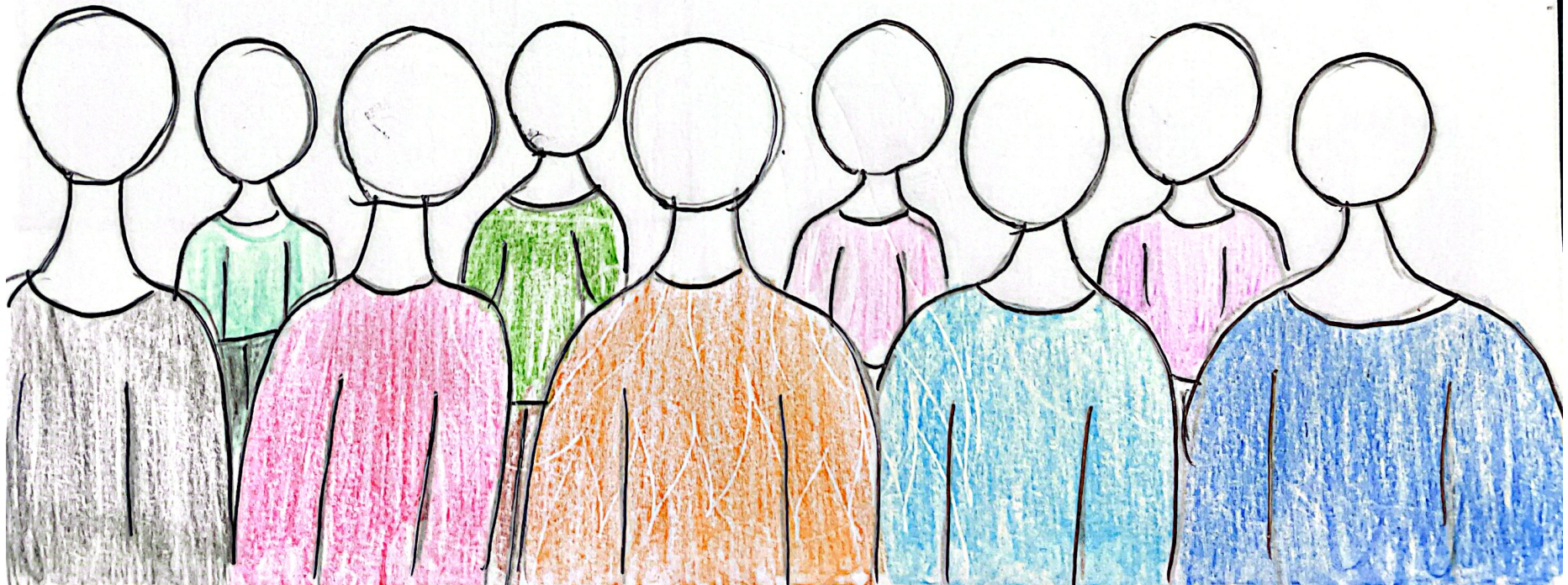


Yo los miro en silencio.
Encada rincón que recorro,
encada palabra que
pronuncio.

Por eso, siento que
algo me afecta.

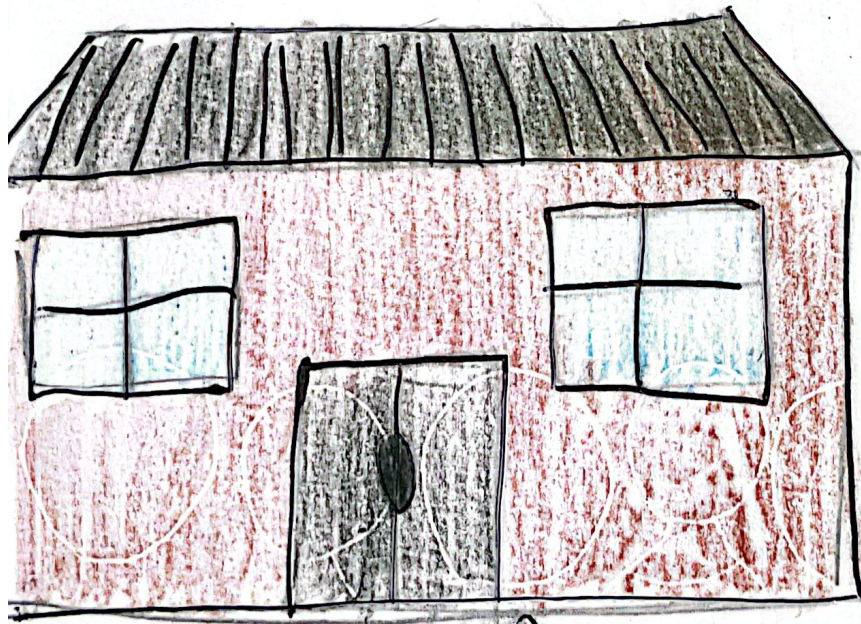
Hablar con los
demás cuesta

las palabras se atrapan
en mi garganta como si
temieran explicar, alzar la voz.



Incluso las paredes de mi casa
se sienten frías.

a veces yo me siento igual de fría, dura
y alejada.





y entonces entiendo:
lo que siempre me
acompaña
no es el miedo,
ni el silencio....
Es tu ausencia.

MI

- Excelente
narrativa
- Buena comprensión
del ejercicio 50

SUEÑO

ERA

SEGUIR

ESTUDIAR-

DO

Por: Angélica
García V.

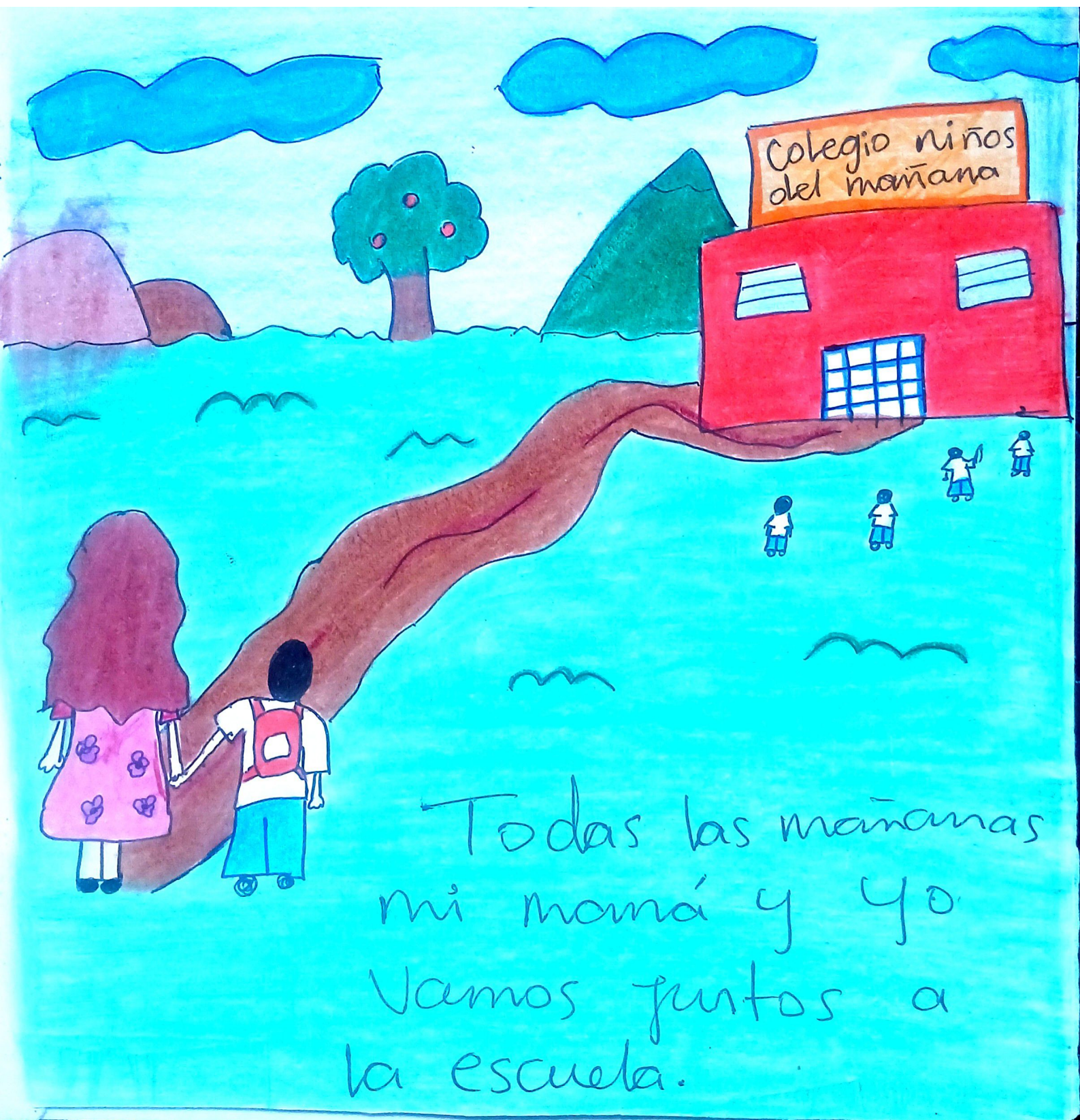
Hola, mi nombre es
Erick



y ella es mi mamá
María Isabel

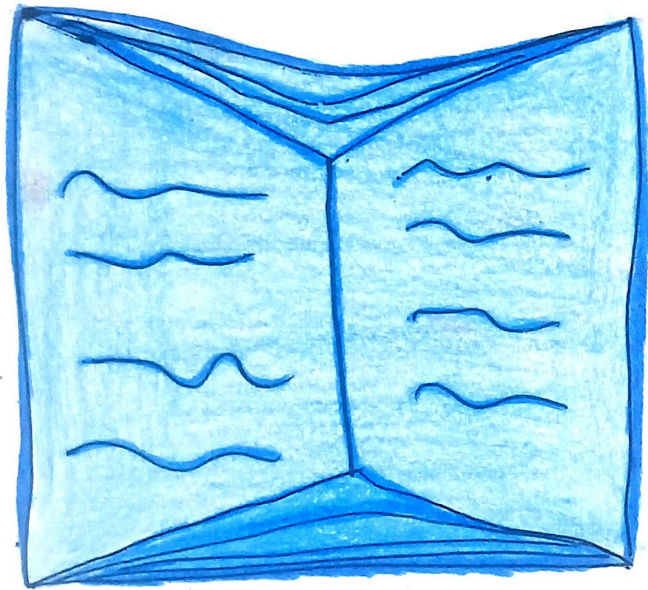


Ella es maestra



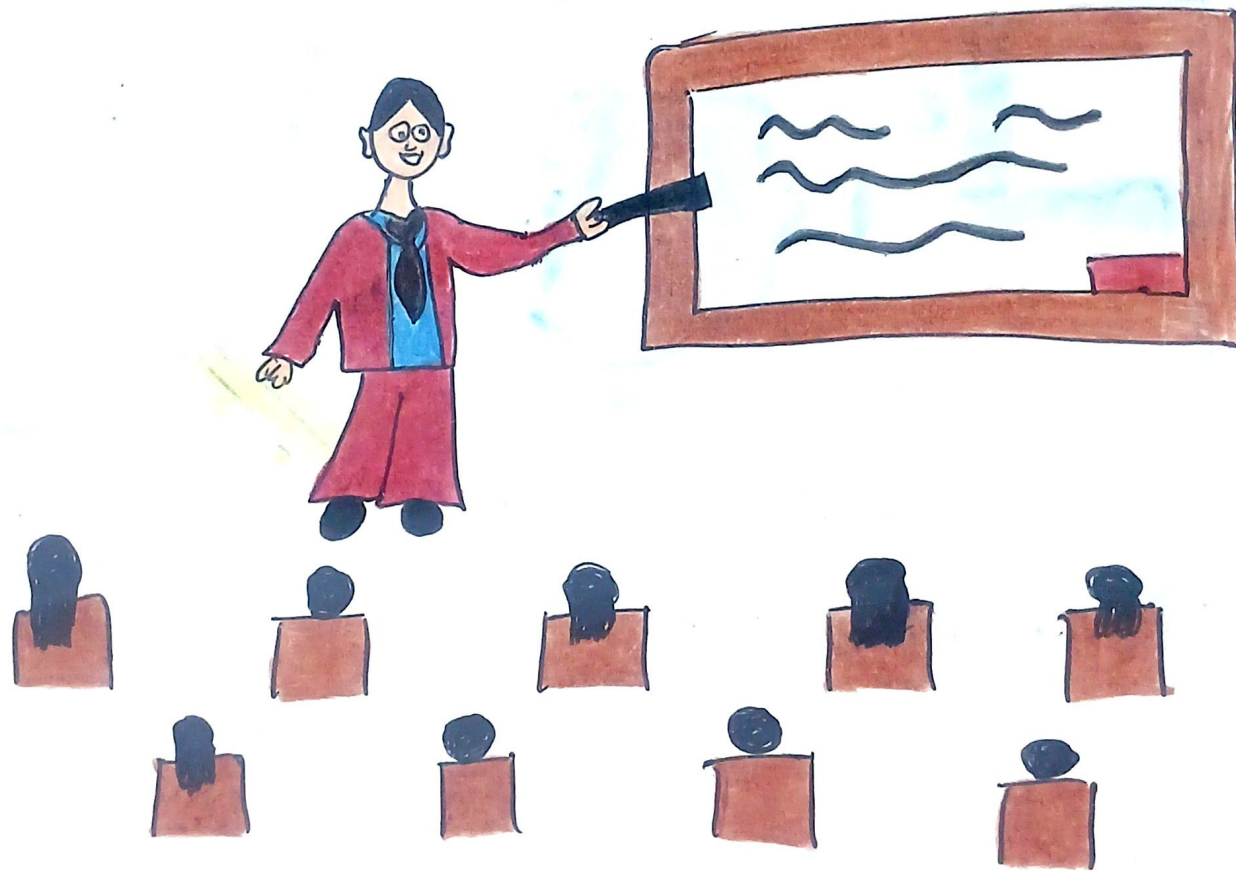
Todas las mañanas
mi mamá y yo
vamos juntos a
la escuela.

Ella se va a dictar clase
a un salón mas grande



y yo voy a aprender cosas
nuevas.

Cuando yo sea grande...
también quiero ser maestro



Un día personas malas entra-
ron a nuestra escuela



Mi mamá intento proteger a los
niños, y estas personas la
mataron

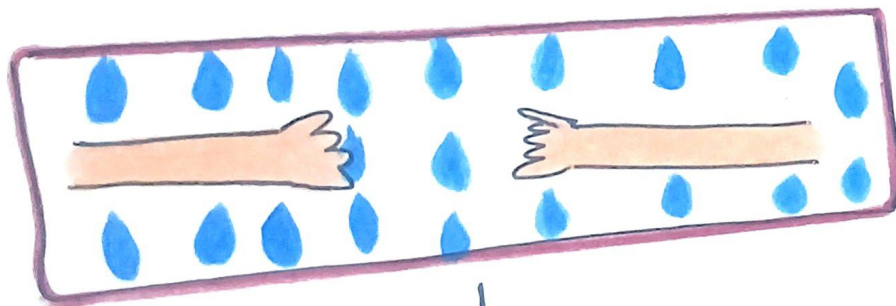
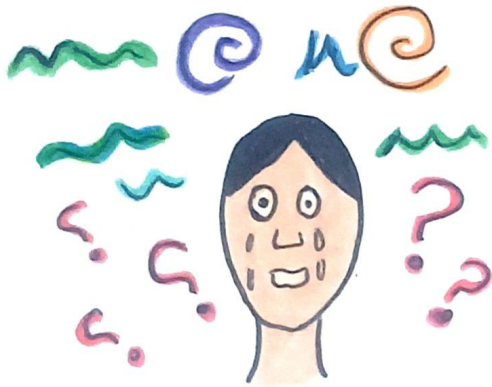
Desde ese día mi sueño
de estudiar para ser
Profesor



Se

apago...

Ya no hay Sueños en
mi interior



Solo dolor...

Fin



Taller de mitos y minificciones

Sobre los mitos, el ambiente y el animal

Anónimo

Los mitos se generaron para dar una explicación al impulso humano de dar una razón a nuestra propia existencia, intentando eliminar el sentimiento de incertidumbre al no conocer la causa de nuestra existencia y ocupación en un tiempo y espacio. La mayoría de veces lo atribuye a deidades o un ser supremo para acercarse a algo que todos tenemos en común, que somos seres con características distintas pero una forma existencial igual, pero no quiere decir que sea verdad solo se basa en realidades mezcladas con suposiciones para generar explicaciones de algo donde no se puede tener una respuesta absoluta.

Mi fuente de creación es el mar debido a que en mi perspectiva es el último lugar donde siempre termino individualmente de las circunstancias y solamente desde el final se puede ver todo el proceso

hecho hasta ahí, como los errores, aciertos, situaciones que se limitan a enseñar más allá de aportar o deconstruir dan una enseñanza que se comprende mediante la persona y es el lugar en el que siempre quiero terminar.

El jaguar convertido en mujer desarrolla una extrema atracción por la palmera, ya que al llegar al punto más alto de ella podía apreciar la calma que brindaba el mar. Cuando los disparos y cazadores se llevaron su libertad en una caja mal sellada que con una ola cayó donde nunca había esperado estar. En el mar donde después de ver cuatro paredes de madera deconstruirse sintió su cuerpo parar en el tiempo del agua y al asomar su cuerpo transformado que no sentía desde hace mucho, se dio cuenta que siempre quiso ver aquella palmera desde el mar.



Kintsugi

Anónimo

Los mitos se generan para darle un ¿por qué? ¿cuándo? ¿cómo? ¿quién? sobra la existencia y el propósito de la vida, ¿vinimos como seres intelectuales? ¿nos creamos y vivimos por intelectuales? Nuestra identidad es nuestro destino en la vida y a través de los mitos lo vamos descubriendo, por eso no somos perfectos, somos humanos que necesitamos un impulso o guía para seguir de pie sobre el camino imperfecto.

Mi fuente de creación es el amor, el amor de todos mis seres queridos, no necesito cantidad sino calidad, ya que mi amor por ellos hace que prospere y desarrolle mi identidad para si tener mi destino en la vida. Me casa de bloqueos para ser

valiente y no temerle a lo que espera sino a mis capacidades del momento, estar preparado.

La copa está rota, otra vez. Ya son tres veces en donde me encuentro en la oscuridad vacía, no siento, no veo, no huelo nada ¿estoy en la nada? No, estoy muerta... oh parece que me llama una dulce voz y cómo olvidarla si es la voz de mi mamá... perdón mamá necesitaba romper la copa, pero esta vez será diferente, dejare que la copa se llene por completo, no quiero dejarte sola, ese no es mi destino. Luces y voces aparecen, la copa se reconstruye con melancolía, vuelo y pronto mi mamá será libre, mi misión habrá terminado.



La noche eterna

Anónimo

Pablo, joven universitario conoce a María una chica linda e inteligente, su conexión tan repentina los llevo a compartir los siguientes tres años de su vida.

En una noche lluviosa, Pablo pierde el control que termina en un trágico accidente. Pablo despierta y pregunta por María, pero todos a su alrededor solo lloran sin respuesta, se da cuenta de su realidad y carga con una culpa infinita.

Los siguientes tres meses en su recuperación se negó a salir de su casa, sin afrontarlo. Cada noche sentía la presencia de María, todo era irreal. Después de varios meses conoce a Sofía, como un fantasma de lo que era María. Ella pasaba por algo un poco igual, ambos salen y viven

una nueva vida con una chispa de amor que surgía.

Después de un verano largo vuelven las noches lluviosas que lo atormentan y el recuerdo de lo sucedido llega a su mente, se desmaya y despierta en una clínica, confundido. Por una puerta entra María, al parecer ella no murió y Sofía no existía. Con entusiasmo y felicidad María lo abraza y le explica que estuvo una semana en coma, con confusión busca a Sofía, escritora que creo la “vida” que Pablo tuvo ese largo tiempo. Pablo nunca entendió la situación, pero decidió dejar a María, Sofía lo marcó, pero eso solo fue una historia que ella creo y nada más.



La declaración de una bestia

Anónimo

El ogro fuma solo con la razón, la misma que no lo deja en paz, ese humo no acalla esa voz. De repente, ve un destello en medio del humo, es un ángel que cautiva a la razón y lo despoja de la ira. Solo puede contemplarla, sabe que no estará en sus manos. Él se va, continúa desdichado, viaja por el mundo en su caballo, siempre acompañado de la odiosa razón y con la firme convicción, que al igual que la razón,

solo sigue siendo una bestia sin amor.

Se cruzaron, se vieron, se cautivaron, pero nunca se conocieron.

Declaró su amor, mirando la luna en sus ojos y como respuesta recibió una puñalada en el corazón justo cuando supo que ella había encontrado ya su *dasein*.

Lo eterno

María López R.

El día nublado era un presagio de la vasta tristeza venidera.

— ¿Qué tendré que hacer para regresar a los días cálidos, ese indicio de la plenitud de la existencia?

Luego se acerca a su mesa de noche, encuentra una nota misteriosa que le indica ir al cementerio, donde se encontraba motivo de sus días felices. Asimismo, la carta indica que cierre sus ojos,

puesto que así regresaría el motivo de sus días cálidos.

Y así...cerró los ojos.

De repente, llegó su hija y tiernamente le dijo:

— Incluso lo que solo habita en el recuerdo, ronda en nuestro presente simulando que todavía es y, a partir de allí, recorre la eternidad sin que este estado sea perturbado.



La lluvia del sentir

Angela María Camargo Gómez

Ella nació en un día lluvioso, en una casa abandonada. La luna esa noche alumbró más de lo usual. De repente, creció y descubrió que sentía más. Envejeció así. Murió sin aprender a sentir menos.

Entre sonrisas y escenarios: el sueño de una hija y la pasión de una madre

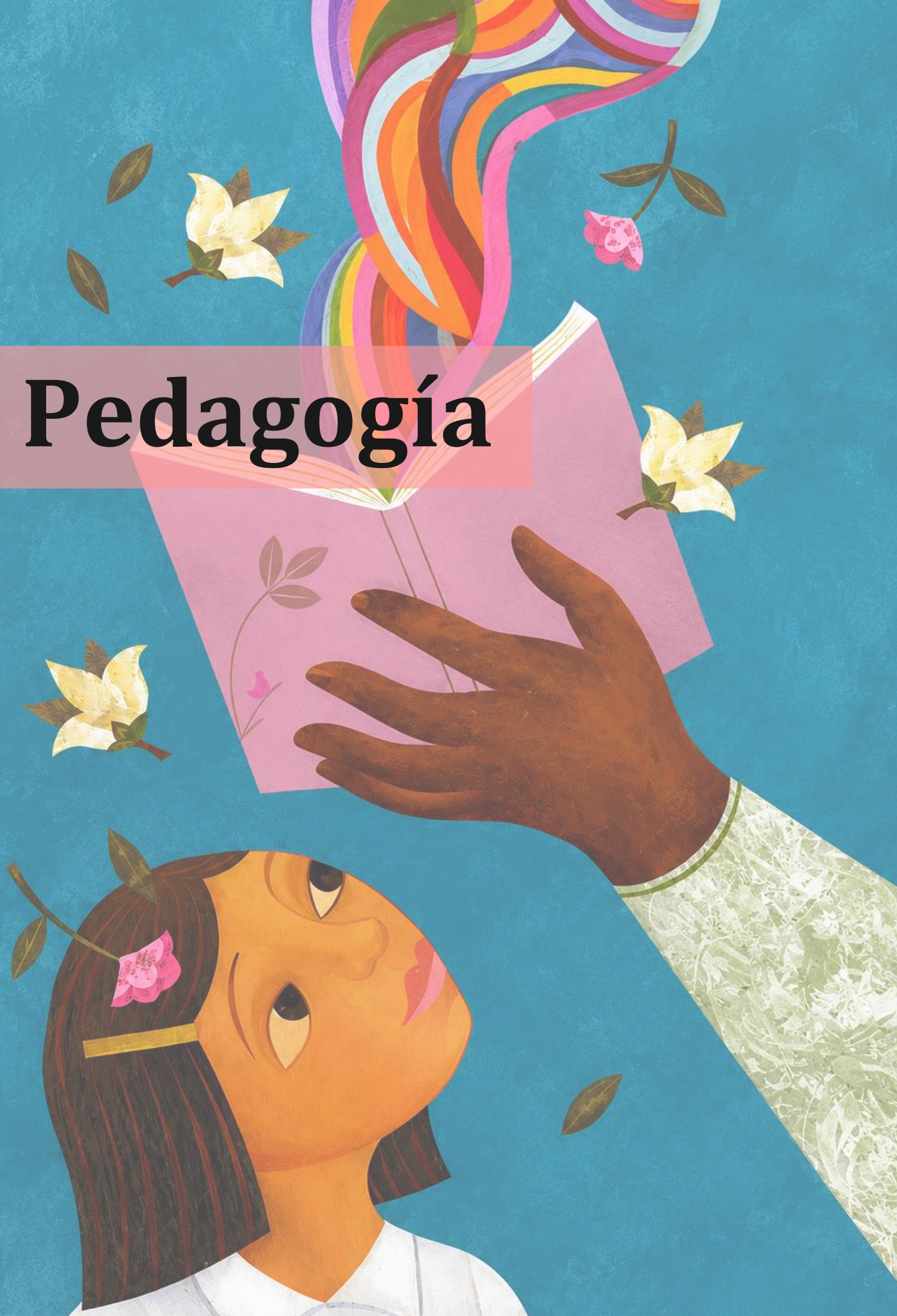
Sofía Morales

En un edificio vivía una joven con sus padres. Ella estaba en busca de lo que quería estudiar ya que aún no lo tenía muy claro, pero había un problema, su madre, porque quería que su hija estudiara actuación, ya que era su sueño frustrado y quería ver a su hija en la pantalla grande.

El padre de la joven se oponía rotundamente a lo que la madre quería porque él sabía que su hija

quería ser dentista. El día en que la madre se enteró de lo que iba a estudiar la joven, se enojó, le dijo que “donde no estudiara actuación se olvidara de que tenía madre”. El papá cuando escucho aquella barbaridad se fue de ese apartamento con su hija porque estaba destruyendo los sueños de la joven. Al final ella estudio odontología, se graduó al poco tiempo y ahora se lo agradece todo a su padre.

Pedagogía



Crónica de una vocación

Erick Jeffrey Londoño Ruiz

La historia de Roger Alexander Reyes Rojas comienza antes de que él mismo reconociera la fuerza de su vocación. Empieza en aquellas tardes de infancia en las que su madre llegaba con historietas y cuentos, sin imaginar que estaba sembrando en él una raíz profunda. A través de esas páginas, Roger descubrió que las palabras tenían un poder silencioso: podían resistir el paso del tiempo, podían sobrevivir al olvido. Desde ese entonces, aunque él no lo supiera aún, empezó a formarse el deseo de escribir para dejar huellas indelebles, para conquistar una forma íntima de eternidad.

Al graduarse del Colegio Salesiano de León XIII —lugar que más adelante lo recibiría de regreso como docente—, Roger ingresó a la Universidad Nacional de Colombia.

Allí, rodeado de libros, descubrió que su vida estaba inevitablemente entrelazada con la literatura. Lo que comenzó como una costumbre de lectura se transformó en una forma de entenderse a sí mismo. Ser escritor no surgió por ambición, sino como un acto profundamente humano: dejar constancia de lo vivido, fijar lo que la memoria puede traicionar, proteger las experiencias de la desaparición. Y también como una herencia materna, una continuidad de las semillas que ella había plantado con cada cuento entregado en su niñez.

La docencia, sin embargo, no fue su camino inmediato. No quería repetir la senda de sus padres maestros. Trabajó en la industria editorial, oficio al que todavía vuelve cuando el tiempo y los proyectos lo buscan. Pero la vida, que rara vez se

equivoca cuando insiste, terminó llevándolo a las aulas. Se vinculó primero a la Uniminuto en un proyecto de evangelización, luego fue trasladado a CEPLEC, y allí, rodeado de palabras, procesos lectores y estudiantes, entendió que ya era profesor sin habérselo propuesto. Como dice el mismo “pero nunca digas “de esta agua no beberé” agregando que “sin querer queriendo” terminó revelando lo que realmente era: un maestro de vocación.

Regresar al Salesiano de León XIII como docente de Lengua Castellana para los grados de noveno a once significó para él un círculo que se cerraba. Desde el aula donde alguna vez aprendió, ahora enseñaba. Y en ese regreso descubrió que la docencia no es un oficio heredado por mandato, sino una identidad que se construye en la práctica diaria: explicando, escuchando, equivocándose y volviendo a intentar.



Si se le pidiera definir su filosofía educativa, Roger la resumiría en una sola palabra: equilibrio. El equilibrio entre la exigencia y el afecto, entre la autoridad y la cercanía, entre lo planeado y lo inesperado. Para él, la enseñanza es un arte de medida y sensibilidad. “Ni tanto que queme al santo ni tan poco que no lo alumbre”, repite a menudo, imponer, sino acompañar con la cantidad justa de luz.

En su visión, la educación tiene un propósito mucho más grande que transmitir contenidos: debe formar seres humanos, inspirar valores, salvar —si es posible— de la indiferencia, de las crisis y de las sombras que rodean a las nuevas generaciones. Educar, para Roger, es transformar. Por eso cree que si un estudiante recuerda, años después, un concepto, una emoción o incluso una anécdota vivida en clase, ya se ha logrado algo valioso. Si recuerda su



esencia como maestro, entonces el propósito está cumplido.

Quienes han sido sus estudiantes lo perciben así. Uno de ellos lo describe con palabras que reflejan lo que, a Roger, no le gusta decir de sí mismo: “Lo conocí durante un semestre completo y descubrí a un docente dedicado, alguien que busca siempre una chispa de inspiración al enseñar. Habla con verdad, con crudeza cuando hace falta, pero también con una bondad que se siente auténtica. Cree profundamente en el aprendizaje por experiencias, y en cada relato deja ver que su vida ha sido un camino de descubrimientos propios”. Este mismo estudiante recuerda la historia de una lesión que Roger sufrió en un partido de fútbol por accidente. En vez de culpar al joven, reforzó su relación con él. No hubo regaños ni reproches; hubo comprensión. Enseñar desde el amor, incluso en la realidad más dura, es lo poco que queda de verdadera bondad en la docencia, dice con admiración.

No todos los encuentros con estudiantes son fáciles. Hay quienes

buscan aprender y otros que llegan con actitudes hostiles. Con los primeros, Roger adapta su metodología, repite explicaciones, cambia ejemplos, vuelve sobre lo esencial. Con los segundos, intenta primero el diálogo, y si no funciona, recurre a lo reglamentario. El aula de hoy exige PIAR, DUA, acompañamiento psicosocial, evaluaciones diferenciadas... herramientas que evidencian la diversidad del mundo estudiantil. Para él, lejos de ser una carga, representan la oportunidad de comprender múltiples realidades.

Uno de los desafíos más grandes que enfrenta es la velocidad con la que avanzan las tecnologías y la pérdida de respeto hacia la profesión docente. La sociedad ha ido debilitando la figura del maestro, volviéndola blanco de burlas o prejuicios. Roger insiste en que hay que devolverle la dignidad y la admiración que merece. El trabajo del maestro no es menor: es formativo, emocional, ético y humano.

A lo largo de su carrera ha visto pasar estudiantes que lo han marcado profundamente. La joven que hoy presenta deportes en televisión; la que se dedica a la política; el niño de quinto que le entregó una carta que todavía conserva; la alumna cuyo cuaderno era tan impecable que parecía una obra de arte. Y también están las huellas más duras —como la fractura en el partido— que muestran que enseñar es también arriesgar el cuerpo y el corazón. Pero quizá los recuerdos más valiosos son los de aquellos estudiantes catalogados como “problema”. Como decía Don Bosco, “no hay jóvenes malos; solo jóvenes que no saben lo buenos que pueden llegar a ser”. Roger tiene el don de ver esa bondad oculta. Uno de sus logros más conmovedores fue un estudiante de ingeniería civil con grandes dificultades para escribir. Después de incontables tutorías, logró un 4.0 en su trabajo final y lloró de la alegría. “Ese ensayo debe estar enmarcado en su habitación”, dice recordando ese día con emoción.

Como escritor, Roger también ha construido un camino significativo. Publicó Poética del

dolor, un libro donde la palabra se vuelve exploración íntima. En 2023 ganó el concurso de cuento breve y poesía de la UGC con “Cantaba” y en 2025 fue jurado seleccionando a los nuevos ganadores. Su vida, en ese sentido, fluye entre dos vocaciones que se retroalimentan: enseñar y escribir.

Cantaba

02

Roger Alexander Reyes Rojas

Cantaba. A eso era a lo que se dedicaba esa señora. Cantaba de oficio, aunque no era cantante. Era una convencida, eso sí, tanto como Josefina la cantora. Es más, podríamos decir que chillaba. La gente que pasaba por su lado, que subía o bajaba el puente, a veces, le dejaba una moneda de sobra en su tarro metálico. ¡Plinc! Una moneda. ¡Plinc, plinc! Dos de cien. Y la mujer seguía cantando, con sentimiento, con enjundia, con alma. Completamente desafinada. Yo la tuve que padecer varias veces. Nunca le di monedas a la pobre. Yo a veces tampoco tenía ninguna en los bolsillos. ¡Qué mal cantaba! En serio. No tenía afinación ni tempo ni matices ni idea de

La espiritualidad es su refugio. Cuando la docencia lo desborda, regresa a sí mismo para encontrar la calma. Sabe que la salud mental y emocional son esenciales, aunque la vida a veces se encargue de recordarlo a través de pequeñas transformaciones de problemas psíquicos en síntomas orgánicos de manera involuntaria, que terminan siendo gripa. Si pudiera hablarle a su yo del pasado, no le diría nada distinto a lo que hoy predica a sus estudiantes: equilibrio, fe, amor por la vocación, honestidad y humanidad. Porque una sociedad



mejor no nace de discursos, sino de personas que trabajan día a día para mejorar el mundo desde sus propias trincheras.

Así, entre relatos, cuadernos, cicatrices y poemas, Roger Alexander Reyes Rojas ha descubierto que su vida está hecha

de palabras y experiencias que coinciden en un mismo punto: enseñar desde la autenticidad y escribir desde el alma. No eligió la docencia de inmediato, pero la vida lo llevó a ella. Y hoy enseña aquello que lo salvó desde niño: la palabra, con toda su fuerza y su poder transformador.



Palabras que enseñan: una experiencia en Literatura y Cultura Colombiana

Alejandra Franco Paipilla

Iniciamos el segundo semestre del año 2025 con la mezcla habitual de expectativas, cansancio y curiosidad que acompaña a cualquier estudiante universitario que se enfrenta a un nuevo horario. Entre las materias que aparecían en mi plan figuraba una llamada Literatura y Cultura Colombiana. El nombre prometía algo: textos, historias, voces, tal vez debates sobre identidades y tradiciones. Pero la primera sorpresa llegó antes de siquiera sentarme en el salón.

El profesor asignado no aparecía. No sabíamos si se trataba de algo grave o simplemente una demora, pero la incertidumbre se quedó rondando entre los pupitres. La clase, sin embargo, no podía detenerse, así que una profesora encargada asumió la primera sesión. Entró con la seguridad de quien sabe que está reemplazando, pero no supliendo. Era apenas el umbral de un curso que se trasformaría con el

tiempo en una experiencia tan particular como entrañable.

La profe comenzó hablándonos de tres culturas indígenas de Colombia. Solo recuerdo con claridad a los pueblos de la Sierra Nevada de Santa Marta, quizá porque siempre me han generado algo de misterio. De las otras dos, mi memoria apenas sostiene la imagen de las comunidades que suelen encontrarse en Bogotá, bailando en los andenes, ritmos ancestrales, vendiendo collares tejidos con sus propias manos, pequeños fragmentos de identidad puestos sobre un hilo de chaquiras.

Esa primera clase fue interesante, como un mapa que se abre, un comienzo que no se sabe exactamente hacia dónde conducirá. La profesora también nos mencionó que debíamos leer la leyenda del Yuruparí, un mito que, debo admitir, confundió a la mayoría del grupo.



Había símbolos difíciles de descifrar, imágenes que parecían moverse con su propia lógica, como si el texto hubiera sido escrito para otro tiempo.

Pasaron unas semanas y el profesor continuaba sin aparecer. Su nombre empezaba a rodearse de un aire casi legendario: ¿quién sería? ¿Por qué no volvía? Hasta que un día, la monitora del curso nos explicó que se había lesionado el brazo y que lo tenía enyesado. Aun así, yo ya sabía quién era él, pues me dictaba otra materia los lunes. También sabía, porque él mismo lo decía sin recato, que era un hombre de referencias constantes: autores, libros, escenas, citas, pasajes que aparecían en su discurso como si convivieran con él en la cotidianidad.

No recuerdo con exactitud el nombre de su carrera, pero sé que es egresado de la Universidad Nacional en algo relacionado con estudios literarios. Y también sé que se enorgullece de su alma salesiana, algo de lo que habla con frecuencia, aludiendo a su paso por el Colegio Salesiano de León XIII. Quizá esa mezcla entre rigor académico y

espíritu comunitario es lo que más lo caracteriza: es evidente que es un profesor entregado, aunque nunca lo diga explícitamente. Se le nota.

Finalmente, después de varias semanas, el profe regresó. Entró al salón con el brazo enyesado y un cabestrillo. Pero su energía seguía intacta. No tardó en contagiarnos su entusiasmo por la literatura colombiana. Poco a poco fue reconstruyendo el ritmo del curso y, para sorpresa de todos, integró algo que se volvió parte fundamental de sus clases: la música colombiana.

Fue bastante interesante escucharlo: explicar un concepto literario y, sin previo aviso, poner una canción que funcionaba como puente cultural. Desde cumbias hasta bambucos, pasando por melodías que no escucho muy a menudo. A veces, incluso, nos mostró como cantaba con su papá y tenían un canal de YouTube donde subían sus interpretaciones. Esos pequeños detalles hacían que la clase pareciera más humana, más viva.

Uno de los primeros textos que estudiamos fue Ingermina, de Juan José Nieto. Recuerdo que el



profe mencionó que era considerada una de las primeras novelas en Colombia en combinar ficción con hechos históricos, y que allí comenzaban a consolidarse algunas narrativas fundacionales del país. A veces creo que él disfruta más de contarnos esas anécdotas históricas que de explicarnos conceptos, pero lo cierto es que así aprendía sin darme cuenta.

En una de las clases nos asignó algo que, sinceramente, me pareció un poco bobo en un inicio, leer el Himno Nacional de Colombia y hacer un análisis lírico. Contar sílabas, identificar versos, explicar vocabulario desconocido. Mi reacción interna fue un rotundo “¿Esto tan bobo para qué?”. Pero, como siempre, el profe tenía un propósito. Y cuando lo explicó, todo encajó. El himno exalta la libertad, y esa libertad está íntimamente ligada a los movimientos literarios que se gestaron en el siglo XIX, especialmente el Romanticismo. De pronto, un texto que repetimos mecánicamente desde la infancia se volvió un objeto de estudio lleno de simbolismos.

Nos habló también de Josefa del Castillo, una de las escritoras más destacadas del periodo colonial, de la novela María de Jorge Isaacs, de cómo la literatura, a veces sin intención, se convierte en una huella emocional de los pueblos.

Luego, llegó el momento de las exposiciones por grupos. A mí me tocó la “mala suerte” de quedar en el equipo encargado de presentar sobre el Nadaísmo. Y no sé si fue coincidencia, karma o simple ironía del destino, pero precisamente nuestro grupo no sabía cómo exponer la nada. Teníamos el tema, la presentación, la distribución, pero no la seguridad.

Cuando le propusimos al profesor dejar la exposición para la próxima clase, nos miró con una mezcla de decepción, como si pensara: “¿En serio?”. Y con total franqueza dijo: “Mientras los demás exponen, ustedes investigan. Igual pasan hoy”. Y así fue. Fuimos el último grupo, no la mejor presentación, pero al menos logramos explicar que el Nadaísmo no era la ausencia de todo, sino una postura crítica que buscaba romper



lo establecido: la educación tradicional, la moral, la iglesia, el arte rígido. Al final, el profesor reconoció que el tema era complejo y nos felicitó por intentarlo.

Más adelante, nos habló de María Mercedes Carranza, una voz potente y necesaria en la poesía colombiana, junto a otras voces femeninas que no han sido tan visibilizadas en la historia del país. Sus palabras sobre ella quedaron resonando en mi mente como un eco suave.

El curso dio un giro inesperado cuando el profe nos propuso realizar un taller en la Casa de Poesía Silva. Y allí todo tomó un nuevo matiz. Estábamos en un espacio distinto, con paredes cargadas de historia literaria, un lugar donde el silencio parecía tener textura. Hicimos ejercicios de escritura, exploramos la idea del título como umbral poético, aprendimos que el espacio en blanco también es parte del poema, que la emoción del autor determina el pulso del Romanticismo.

En esas sesiones descubrimos cosas que nunca hubiera imaginado:

la Guerra de los Mil Días, la entrada del modernismo con Gotas Amargas, la famosa Gruta Simbólica, y tantos otros fragmentos del país.

No suelo escribir. No es, ni de lejos, uno de mis talentos, mucho menos comparado con el del profe, que parece tener una fábrica de palabras funcionando en la cabeza todo el día. A mí, en cambio, me toca detenerme, borrar, pensar, volver a escribir y luego preguntarme si tiene sentido o no. Aun así, en medio de estos ejercicios descubrí algo: escribir también sirve para respirar, para darle forma a lo que uno siente y para sacar esas palabras que, por alguna razón, se quedan solo en pensamientos internos.

Mientras termino esta crónica, justo ahora, recibo una noticia que solo podía venir de él. El profe, que no nos podía dejar ir tranquilos, anunció que tendremos parcial. Sí, parcial. En este punto del semestre, cuando la mente ya está pensando en natilla, buñuelos, novenas y en no trasnochar más. Cuando todos estamos oficialmente en modo diciembre, él decide que todavía queda “algo por evaluar”.



Yo no sé si reír, llorar, o simplemente aceptar que esta es su manera de asegurarse de que no lo olvidemos. Porque claro, no podía despedirse sin dejar su toque personal: una última sorpresa, un último empujón, un último “ah, por cierto...”.

Y mientras leía el anuncio por el grupo de WhatsApp, entendí algo: la escritura, la literatura, las clases inesperadas, las lecturas complejas, las canciones al inicio, las exposiciones y ahora el parcial de cierre, todo forma parte de la misma enseñanza, una enseñanza que no siempre es cómoda, pero sí auténtica.

Ese curso fue todo menos común. Fue una mezcla entre historia, política, música, poesía, anécdotas, reflexiones y hasta advertencias sobre la vida docente. El profe, con su humor particular, siempre nos recordaba lo difícil que podía ser la profesión, pero también hablaba con cariño de los momentos bonitos que la acompañan.

Hoy, al mirar hacia atrás, solo me queda agradecerle por enseñarnos que la literatura no es

una lista de autores muertos, sino una manera de mirar el mundo, porque nos mostró que Colombia no solo se cuenta, se canta, se escribe, sino que se vive en las voces que han intentado comprenderla. Porque, incluso, con un brazo enyesado, regresó a lo que ama hacer: transmitir conocimiento.

Ahora que el semestre termina, siento que este curso fue una especie de viaje. Aprendimos sobre autores, movimientos literarios y contextos históricos, sí, pero también aprendimos sobre nosotros mismos, sobre cómo miramos el país, sobre cómo lo interpretamos y lo narramos.

Agradezco por un semestre fuera de lo cotidiano, por la música, las historias, las risas, los silencios, las lecturas, los caminos inesperados. Gracias por recordarnos que un buen docente no solo dicta una clase: deja huella. Y la tuya, salesiana, literaria, colombiana y profundamente humana, se queda en nosotros más allá del aula.

Quizá no sea escritora, quizá me cueste encontrar palabras, pero gracias a este curso descubrí que



escribir también es una forma de sostenerse, de entender lo que vivimos y, a veces, de reírnos un poco de nuestra propia tragedia universitaria. Y sí, puede que estemos cansados, que queramos vacaciones y que ese parcial nos caiga como baldado de agua fría o como diciembre sin buñuelo, pero también sé que, cuando todo pase, recordaré esta clase con ese humor

inevitable con el que uno recuerda lo que lo hizo crecer, aunque en el momento quiera correr.

En fin, así cierro esta crónica, con cansancio, con risa, con un parcial pendiente y con la certeza de que escribir, aunque no sea mi talento, terminó siendo una manera de entender mejor este semestre y a mí misma.

Textos de otras carreras

Crítica a la Escuela Nueva

Daniel Santiago Moreno Combita

Sharik Xiomara Vega Cifuentes

Licenciatura en Filosofía, Ciencias de la Educación

El modelo pedagógico conocido como la Escuela Nueva surge en contraposición a la escuela tradicional. Se presenta como una revalorización de las estrategias pedagógicas que conciben el aprendizaje como un proceso activo y centrado en el niño. En este enfoque, la figura del docente se reduce a la de un acompañante en el proceso de aprendizaje, pues se interpreta como una sublevación frente al poder tradicional del maestro y su rol de transmisor del conocimiento infantil (Dewey, 1916/2004, p. 31).

Fundamentalmente, John Dewey sostiene que “el niño es el centro de toda educación, y el papel del maestro consiste en orientar el proceso que se desarrolla desde su propia actividad” (Dewey,

1916/2004, p. 39). En consecuencia, la escuela debe configurarse como un espacio comunitario en el que los estudiantes vivan y cooperen en actividades con significado social (Dewey, 1916/2004, p. 32).

Desde esta concepción, tanto el conocimiento como su orientación quedan en manos del niño, quien dirige su propio futuro, mientras que el docente asume un papel de guía que acompaña el camino hacia el saber.

Este proceso educativo se desarrolla mediante metodologías como el aprendizaje a través de la experiencia, el enfoque práctico y útil, y el método experimental. Dewey afirma con claridad que “la educación es un proceso de vida y no una preparación para la vida futura; se aprende por la acción, por la



experiencia” (Dewey, 1916/2004, p. 6). Asimismo, advierte que “el conocimiento impuesto desde fuera, sin relación con la experiencia personal, se convierte en una carga extraña para el espíritu y no en un instrumento de desarrollo” (Dewey, 1916/2004, p. 45).

Con ello se pretende un enfoque en el que el estudiante sea producto de una construcción propia, orientada hacia una vida política y social activa.

Sin embargo, Royo (2020) sostiene que reducir al docente a un mero facilitador empobrece el proceso educativo, ya que deja en segundo plano la importancia del conocimiento sólido y estructurado que el maestro debe transmitir. Esta visión refleja, además, las condiciones precarias del magisterio y la escasa valoración social de su oficio, sobrecargándolo con tareas centradas en motivar o entretener, en lugar de enseñar con rigor. Según el autor:

“Se presenta la idea de que basta con motivar o entretener a los estudiantes para educarlos, cuando en realidad la construcción del

conocimiento exige constancia y profundidad” (Royo, 2020,).

En la misma línea crítica, Engkvist (2018) advierte que “la centralidad absoluta del estudiante sobre su aprendizaje conduce a una confusión entre educación y entretenimiento, debilitando así la disciplina, el esfuerzo y el valor de la enseñanza” (Engkvist, 2018,).

Desde esta perspectiva, se evidencia una idealización del rol del estudiante y una minimización de la autoridad docente que han contribuido a la crisis educativa. Esto conlleva el riesgo de formar estudiantes con menor preparación intelectual y escasa capacidad crítica.

Ambos autores coinciden en que la Escuela Nueva, bajo la idea de libertad y autonomía, busca emancipar al estudiante del control del docente, pero termina debilitando el pilar fundamental de la enseñanza: la transmisión de un conocimiento esencial que permita pensar, reflexionar y argumentar.

En cuanto a sus metodologías, es posible afirmar que la experiencia en la que se apoyan los jóvenes



carece de fundamentos que impacten significativamente en sus decisiones educativas. Esto se debe a la falta de saberes sociales, éticos y académicos, pues se otorga mayor valor a sus experiencias tempranas que a los conocimientos estructurados que la escuela tradicional debería brindar —como las ciencias sociales, la lengua y la lógica.

Desde una perspectiva contraria a la de Dewey, puede sostenerse que el niño no está en condiciones de aplicar valores como el respeto, la responsabilidad y la cooperación si no los ha aprendido previamente. Por ejemplo, un niño no puede practicar el respeto si no lo conoce, ni desarrollar la responsabilidad como una habilidad sin haber sido guiado en ello.

La autonomía del alumno resulta, por tanto, limitada si se basa únicamente en experiencias precarias que no le permiten comprender situaciones o realidades complejas. Además, el estudiante no logra integrar factores socio-políticos relevantes debido a su baja comprensión del contexto.

Finalmente, no debería ponerse en tela de juicio si es más importante enseñar sin conocimiento o conocer sin saber enseñar. La educación requiere un equilibrio: un docente que imparta discernimiento con rigor y un estudiante que se esfuerce por aprender y adquiera aprendizajes fundamentales para la vida en sociedad.

De lo anterior se concluye que, en contraposición a Dewey, tanto el rol docente como los fundamentos de la Escuela Nueva muestran carencias que afectan la formación de los estudiantes, volviéndola poco funcional para la vida social y personal, y limitando su comprensión crítica del mundo.

Asimismo, es comprensible que la construcción del conocimiento a través de este modelo pedagógico se quede limitada cuando se confía en exceso en la experiencia temprana del niño, sin integrar los saberes sistemáticos y la guía experta del docente. Esta falta de equilibrio entre libertad y rigor desemboca en una formación parcial, que puede estimular la



creatividad, pero corre el riesgo de descuidar la profundidad conceptual y la solidez intelectual necesaria para

enfrentar los retos de la sociedad contemporánea.



Educar en tiempos de máquinas

Yineth Sofía Rojas Delgadillo

Licenciatura en Educación Infantil

¿Cómo es la educación actual?

Si nos asomamos hoy a un salón de clases, lo primero que vemos no son solo niños, sino un montón de dispositivos. La educación actual está marcada por la tecnología, pero también por una prisa extraña. Parece que estamos en una carrera donde lo único que importa es cumplir con un programa o pasar una prueba estandarizada. El documento dice algo muy cierto: nos hemos vuelto expertos en la "lógica de la estandarización". En el día a día, esto significa que tratamos a los estudiantes como si fueran piezas de una fábrica; si un niño no rinde, se siente como una "parte deteriorada" que hay que arreglar o cambiar para que la máquina siga funcionando. Socialmente, esto es peligroso. Hemos subido el nivel de vida, tenemos mejores cambios, pero hemos descuidado lo que nos hace humanos. En el aula, esto se ve cuando un profesor se preocupa más por terminar el libro de texto que por

saber por qué un alumno llegó triste a clase. Estamos educando para "tener" un título, pero no para "ser" alguien con propósito.

¿Qué se ha perdido de la educación tradicional?

A veces pensamos que lo "tradicional" es solo filas de pupitres y silencio absoluto. Pero, según el texto, se ha perdido algo valioso: la preocupación por la existencia concreta. Antes, aunque fuera con métodos más rígidos, había un respeto por la transmisión de verdades y valores que daban un sentido a la vida. Hoy, en cambio, hemos caído en un "realismo científico" exagerado donde todo tiene que ser medible. Si no se puede poner en un gráfico, parece que no existe. Se ha perdido esa pausa para el "conócete a ti mismo" que mencionaba Sócrates. En el aula actual, rara vez hay espacio para que el alumno reflexione sobre su propia vida, su muerte o sus miedos; todo es



procesar información rápido para el siguiente examen.

¿Son sustentables con el tiempo?

Esta es la pregunta del millón. Las pantallas son geniales, pero si solo sirven para que el niño reciba información masticada, no son sustentables para el espíritu humano. El documento advierte que la sociedad tecnológica puede debilitar la calidad de nuestra vida si nos volvemos dependientes de ella. En el aula, vemos niños que saben usar un celular o computador a la perfección, pero les cuesta mirar a los ojos o trabajar en equipo. Una tecnología es sustentable solo si ayuda al niño a ser más libre y creativo, no si lo convierte en un "objeto" que una tecnología puede predecir. Si la tecnología solo sirve para "acondicionar" al alumno para que responda lo que el sistema quiere, estamos creando máquinas bien montadas, pero vacías de libertad.

Si no es conductismo, ¿qué otra manera existe?

En la cotidianidad, el conductismo es el "si haces la tarea,

te doy una carita feliz". Es efectivo para controlar, pero no para formar personas. El documento nos plantea una alternativa poderosa: el Personalismo. Esta "otra manera" se basa en entender que el niño es una persona, no un objeto de estudio. En un aula personalista:

- No se premia la repetición, sino la originalidad: El niño no es un repetidor; tiene pensamientos propios y debe aprender a mirar el mundo con ojos críticos.
- La libertad es una tarea: No es dejar que el niño haga lo que quiera, sino ayudarlo a que aprenda a elegir lo que realmente le ayuda a crecer.
- El error es parte del camino: No se sanciona el error como un fracaso del sistema, sino como una oportunidad para que el alumno domine mejor su destino.

Una mirada crítica-social: El encuentro con el otro

Socialmente, vivimos en una cultura del "yo". Sin embargo, el personalismo de Mounier nos dice que "el otro" no es un enemigo de mi libertad. En el aula, esto significa que el trabajo en grupo no es solo para



terminar una cartelera, sino para aprender que nos necesitamos para ser humanos. Es triste ver cómo en la actualidad la soledad crece mientras más cosas tenemos. Como dice Gabriel Marcel, a veces "el tener" nos quita "el ser". Una educación que de verdad mejore la sociedad debe enseñar al niño a dar, a comunicarse y a participar. Si el niño aprende que su actividad tiene una dimensión social, dejará de ver al compañero como un competidor y empezará a verlo como un hermano de camino.

Conclusión: ¿Cómo puede mejorar la educación?

La educación mejora cuando el profesor deja de ser un "superior" que inspira miedo y se convierte en un guía que estimula el desarrollo individual. No se trata de cambiar solo las computadoras, sino de cambiar la mentalidad. Necesitamos aulas donde se respire alegría y espontaneidad, donde la creatividad no sea vista como una "fantasía del momento", sino como un trabajo serio y riguroso para crear algo nuevo. Al final del día, el éxito de un sistema educativo no está en cuántos ingenieros o abogados produce, sino en cuántas personas libres, críticas y capaces de amar le entrega a la sociedad.



La influencia de la gran ciudad en la vida espiritual del hombre

Luis Fernando Ramos Ramírez

Arquitectura

Cuando comencé a estudiar arquitectura entendía la ciudad principalmente como un sistema compuesto por tramas, llenos y vacíos, movilidad, infraestructura y densidades. Con el paso de los semestres, y especialmente al profundizar en teoría urbana y pensamiento crítico, comprendí que la ciudad no es solamente una estructura física, sino una experiencia humana compleja que moldea comportamientos, emociones y también la dimensión espiritual. A partir de la lectura de Folliet (1958), entendí que la vida espiritual no se limita a la práctica religiosa formal, sino que abarca ese espacio íntimo donde el ser humano ejerce su libertad, construye sentido y se interroga por su trascendencia.

Históricamente, el cristianismo tuvo un origen urbano; surgió en ciudades activas del mundo antiguo donde el intercambio cultural y social era intenso. Sin

embargo, tras el declive de las grandes urbes, la experiencia religiosa se desplazó hacia el ámbito rural, donde la espiritualidad se integró a los ciclos de la naturaleza y a comunidades más estables. En esos contextos, la fe estaba profundamente ligada al territorio, al paisaje y a la repetición de tradiciones compartidas. Esta relación directa entre espacio y espiritualidad demuestra que la configuración física del entorno influye en la forma en que las personas viven su interioridad.

La ciudad moderna, en contraste, introduce transformaciones radicales. El tiempo deja de estar marcado por los ritmos naturales y pasa a organizarse según la productividad, el transporte y las dinámicas económicas. El espacio se fragmenta en zonas especializadas: áreas residenciales, comerciales, industriales y administrativas. Esta



fragmentación modifica la experiencia cotidiana y genera una sensación de aceleración constante. Como estudiante de arquitectura, he podido observar cómo la densidad, el ruido y la presión urbana afectan la forma en que las personas se relacionan consigo mismas y con los demás.

Folliet (1958) señala que la migración del campo a la ciudad implicó una ruptura con estructuras tradicionales de control social y religioso. En la metrópoli, la fe deja de ser simplemente heredada y se convierte en una decisión personal. Este proceso puede interpretarse como una pérdida de cohesión comunitaria, pero también como una oportunidad para el desarrollo de una espiritualidad más consciente y libre. La ciudad ofrece anonimato, pero también autonomía. Esa dualidad resulta central para comprender su influencia en la vida interior.

Otro aspecto relevante es la diversidad cultural que caracteriza a la gran ciudad. La metrópoli concentra múltiples visiones del mundo, religiones y expresiones

espirituales que conviven en un mismo territorio. Esta pluralidad genera tensiones, pero también enriquece el panorama espiritual. Desde la arquitectura, esto implica repensar los espacios de encuentro: ya no se trata únicamente del templo tradicional, sino de centros comunitarios, bibliotecas, parques y espacios públicos que permitan el diálogo y la construcción colectiva de sentido.

Sin embargo, no se puede ignorar que la ciudad también puede debilitar la vida espiritual. La desigualdad social, la precariedad de la vivienda y la carencia de espacio público de calidad afectan directamente la dignidad humana. Cuando el entorno urbano es hostil, inseguro o carente de naturaleza, se limita la posibilidad de introspección y de encuentro auténtico. Esta realidad me lleva a reflexionar sobre la responsabilidad ética del arquitecto: diseñar no solo para cumplir normas técnicas, sino para favorecer condiciones de bienestar integral.

En los últimos semestres he entendido que el urbanismo



contemporáneo debe incorporar criterios de sostenibilidad, bioarquitectura y diseño centrado en la persona. La integración de áreas verdes, la escala humana, la iluminación natural y los espacios de permanencia no son simples decisiones estéticas; influyen en la calidad de vida y en la posibilidad de cultivar una dimensión espiritual saludable. La ciudad puede convertirse en un espacio de alienación o en un escenario de crecimiento interior, dependiendo de cómo sea concebida y gestionada.

A modo de reflexión final, considero que la gran ciudad ejerce una influencia ambivalente sobre la vida espiritual del ser humano.

Puede erosionar tradiciones, fomentar la indiferencia y fragmentar la comunidad, pero también puede impulsar la libertad individual, la diversidad y nuevas formas de búsqueda de sentido. Comprendo que proyectar una ciudad implica asumir que cada decisión espacial tiene repercusiones humanas profundas. Diseñar espacios de encuentro, silencio y naturaleza dentro del tejido urbano no es un lujo, sino una necesidad para equilibrar la intensidad de la vida moderna. La ciudad, lejos de ser enemiga de la espiritualidad, puede transformarse en un escenario donde esta se renueve y se exprese de maneras más conscientes y auténticas.



La metrópoli como catalizador de crisis y renovación espiritual

Geraldine Sofía Mora Ortega

Arquitectura

Cuando uno se acerca al estudio de la ciudad, sobre todo desde la arquitectura, es muy fácil quedarse en los números, en las infraestructuras, en los sistemas. Sin embargo, leer *La metrópoli* en la vida moderna obliga a detenerse y pensar la ciudad desde otro lugar, mucho más incómodo: desde lo que le pasa al ser humano por dentro cuando vive en la metrópoli. Desde el inicio, el texto deja claro que la ciudad moderna no solo transforma el espacio, sino que impacta directamente la “vida espiritual del hombre” (Folliet, 1958, p. 9). Y esa idea, aunque escrita hace varias décadas, sigue siendo inquietantemente actual.

El texto parte de una comparación histórica que resulta clave para entender su postura. Durante siglos, el cristianismo occidental estuvo profundamente ligado a la vida rural. La fe se vivía casi como parte natural del día a día,

en relación con la tierra, los ciclos del tiempo y una comunidad estable que regulaba las conductas y creencias. Folliet explica que esta relación generó una forma de vida donde lo espiritual surgía del “diario contacto con el suelo” (Folliet, 1958, p. 11). No era una fe cuestionada ni elegida conscientemente; simplemente estaba ahí, integrada a la rutina.

Todo esto empieza a romperse con la aparición de la metrópoli industrial. El texto describe la gran ciudad como un “monstruo urbano”, y aunque el término puede sonar exagerado, tiene sentido cuando se analizan sus efectos. Ciudades como París, Londres o Nueva York imponen una nueva forma de vivir el tiempo: ya no se rige por el día y la noche, ni por las estaciones, sino por el reloj, por horarios fragmentados y precisos (Folliet, 1958, p. 12). Esta transformación no es solo técnica; es profundamente humana. El individuo urbano se desconecta de



los ritmos naturales y empieza a vivir bajo una lógica artificial que termina afectando su manera de sentir, pensar y creer.

A esto se suma el fenómeno del desarraigo. La llamada “ciudad hongo”, que crece rápidamente por la migración del campo a la ciudad, genera un choque fuerte en quienes llegan buscando mejores condiciones de vida. El texto señala que este traslado implica muchas veces un “derrumbe de la moral”, no porque las personas decidan conscientemente abandonar sus creencias, sino porque pierden el marco social que las sostenía (Folliet, 1958, pp. 23–24). En la ciudad, el anonimato reemplaza el control social del pueblo, y esa libertad, aunque inicialmente parece positiva, termina produciendo indiferencia frente a lo espiritual. No se deja de

creer por reflexión, sino por adaptación al entorno.

En conclusión, La metrópoli en la vida moderna plantea que la urbanización es, al mismo tiempo, un proceso de crisis y de posibilidad. La ciudad moderna puede generar indiferencia y ruptura, pero también abre el espacio para una renovación espiritual más consciente. El cierre del texto, al comparar este momento histórico con la experiencia de Pablo de Tarso, sugiere que el futuro de la espiritualidad no está fuera de la ciudad, sino precisamente en ella, en medio de sus tensiones y contradicciones (Folliet, 1958, p. 30). Desde la arquitectura, esta idea resulta fundamental: diseñar ciudad es intervenir directamente en la vida humana, incluso en aquellas dimensiones que no siempre se ven, pero que se sienten todos los días.



Proyectos y propuestas de investigación

Estrategias didácticas para la enseñanza de la lectura y escritura en aulas multigrado en escuelas rurales

Geimy Carolina Mejía Ultengo

Pregunta de investigación: ¿De qué manera la implementación de estrategias didácticas puede fortalecer los procesos de enseñanza y aprendizaje de la lectura y escritura en aulas multigrado de escuelas rurales colombianas?

Según los lineamientos de investigación de la Universidad la Gran Colombia y la carrera de Humanidades y Lengua Castellana, el proyecto de investigación de mi interés se basa según el lineamiento de Didácticas de la Lengua y la literatura. Puesto que, mi proyecto de investigación va centrado a las problemáticas que se presentan en el sector rural colombiano relacionándolo con prácticas y didácticas de aula que permitan a las

escuelas del sector rural transformar su educación.

En el sector rural, se evidencia que en el aula el docente debe enfrentar estudiantes de varias edades y niveles educativos. Generando desafíos tanto para los estudiantes como para el docente en su proceso de enseñanza-aprendizaje. Esto centrado en la lectura y escritura, debido a las diferencias de edades, ritmos de aprendizaje y niveles académicos.

Lo que se pretende lograr con esta investigación es poder analizar y proponer estrategias didácticas que favorezcan tanto a los estudiantes y docentes para la enseñanza de la lectura y la escritura en aulas



multigrado, teniendo en cuenta las características del sector rural y las necesidades de cada estudiante. Generando una transformación de las prácticas pedagógicas en el sector rural, permitiendo fortalecer la alfabetización y contribuyendo a que la educación en Colombia, en especial la del sector rural sea mejor.

Asimismo, con esta investigación se busca reflexionar sobre el papel que cumplen los docentes en contextos rurales en Colombia y generar diferentes herramientas pedagógicas que generen aprendizajes significativos en los estudiantes, evitando la deserción estudiantil en dichos contextos.

Esta investigación se desarrollará desde el enfoque cualitativo, ya que busca comprender las prácticas pedagógicas del sector rural, pretende analizar y proponer estrategias que contribuyan al mejoramiento de los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Objetivo general

Analizar e implementar estrategias didácticas contextualizadas que fortalezcan los procesos de enseñanza y aprendizaje de la lectura y la escritura en aulas multigrado de escuelas rurales.

Objetivos específicos

- Caracterizar las condiciones pedagógicas y las dificultades presentes en la enseñanza de la educación rural.
- Analizar las prácticas didácticas empleadas por los docentes para la enseñanza de la lecto-escritura en aulas multigrado
- Diseñar e implementar estrategias contextualizadas que respondan a las necesidades de los estudiantes en aulas multigrado.
- Evaluar el impacto de las estrategias en el fortalecimiento de los procesos de la lectura y escritura en los estudiantes.



La literatura infantil como herramienta pedagógica en la educación media

Laura Sofía Morles Gamboa

1. Identificación del propósito

Se define la importancia de la literatura infantil como medio para fortalecer la comprensión lectora, la empatía y la creatividad en los estudiantes de educación media. Se busca promover el gusto por la lectura y el análisis crítico de textos narrativos.

2. Selección del corpus literario

Se eligen obras representativas de la literatura infantil —cuentos, fábulas, leyendas o novelas breves— que aborden valores universales, conflictos cotidianos y temas cercanos a la adolescencia. La selección debe considerar diversidad cultural y accesibilidad lingüística.

3. Contextualización del texto

Antes de la lectura, se presenta el contexto histórico, social y cultural de la obra y del autor. Esto permite que los estudiantes comprendan el entorno en el que se

originó el texto y establezcan conexiones con su propia realidad.

4. Lectura guiada y participativa

Se realiza la lectura en voz alta o compartida, fomentando la interpretación colectiva. El docente orienta la comprensión mediante preguntas, pausas reflexivas y actividades que estimulen la imaginación y el pensamiento crítico.

5. Análisis literario y emocional

Los estudiantes identifican personajes, escenarios, conflictos y valores presentes en la obra. Se promueve la reflexión sobre las emociones que despierta el texto y su relación con experiencias personales o sociales.

6. Creación y expresión

A partir de la lectura, se desarrollan actividades creativas: dramatizaciones, ilustraciones, reescrituras, diarios de personajes o adaptaciones audiovisuales. Estas



acciones fortalecen la apropiación del texto y la expresión artística.

7. Evaluación y reflexión final

Se evalúa el proceso considerando la participación, la comprensión del texto y la capacidad

de relacionarlo con su entorno. Finalmente, se reflexiona sobre cómo la literatura infantil contribuye al desarrollo integral del estudiante y a la formación de lectores críticos y sensibles.



Literatura infantil y lectura de imágenes en el aula

Emma Hernández Barragán

Pregunta problema

¿De qué manera los libros álbum, ilustrados y silentes favorecen la construcción de significado en niños de tercer grado de primaria a partir de la relación entre imagen y texto?

Objetivo general

Analizar de qué manera la interacción entre imagen y texto en los libros ilustrados, álbum y silente contribuyen a la construcción de significado en niños de tercer grado de primaria

Objetivos específicos

- Identificar las características de los libros ilustrados, álbum y silente como recursos pedagógicos
- Identificar las características semióticas de los libros ilustrados, álbum y silente
- Observar cómo los niños interpretan imágenes y construyen significado según esto libros
- Fomentar la imaginación, la creatividad y el pensamiento crítico

en los estudiantes a través de actividades de lectura, diálogo e interpretación.

Justificación

El uso de libros ilustrados, álbum y silenciosos en el contexto educativo constituye una estrategia pedagógica significativa para fortalecer los procesos de comprensión lectora, especialmente en los primeros niveles de formación. Estos materiales permiten trascender la lectura tradicional centrada únicamente en el texto escrito, al integrar la imagen como un elemento fundamental en la construcción de significado. En este sentido, la interacción entre imagen y texto favorece procesos interpretativos más complejos, en los que el lector no solo decodifica, sino que también infiere, relaciona y crea sentido.

Desde una perspectiva constructivista, el aprendizaje se concibe como un proceso activo en el que el estudiante construye conocimiento a partir de su



interacción con el entorno (Piaget, 1972). Los libros ilustrados y álbum potencian este proceso al ofrecer múltiples entradas al significado, facilitando que los niños establezcan relaciones entre lo visual y lo verbal. Asimismo, el enfoque semiótico permite comprender que tanto la imagen como el texto funcionan como sistemas de signos que se complementan en la producción de sentido (Peirce, 1931-1958; Saussure, 1916).

Por su parte, autores como Aidan Chambers (2007) destacan la importancia de la conversación y la respuesta del lector en la experiencia literaria, lo cual se ve enriquecido en este tipo de libros al propiciar el diálogo, la interpretación y la participación activa del estudiante. De igual manera, los libros silenciosos, al prescindir del texto escrito, estimulan la imaginación, la creatividad y la capacidad narrativa de los niños, quienes deben construir la historia a partir de las imágenes (Arizpe & Styles, 2003).

En este marco, la presente investigación resulta pertinente, ya que no solo contribuye a

comprender cómo los estudiantes de tercer grado construyen significado a partir de la relación imagen-texto, sino que también aporta al fortalecimiento de prácticas pedagógicas innovadoras que promueven el pensamiento crítico, la interpretación y el gusto por la lectura.

Marco teórico

La presente investigación se sustenta en enfoques del desarrollo cognitivo, la teoría semiótica y la didáctica de la lectura, con el fin de comprender cómo los estudiantes de educación primaria construyen significado a partir de la relación entre imagen y texto en libros ilustrados, álbum y silenciosos.

En primer lugar, desde la perspectiva del constructivismo, Jean Piaget (1972) plantea que el conocimiento no se transmite de manera pasiva, sino que es construido activamente por el sujeto a través de su interacción con el entorno. En el caso de los niños de tercer grado de primaria, que se encuentran en la etapa de las operaciones concretas, el aprendizaje se favorece mediante



estímulos visuales y experiencias significativas que les permitan establecer relaciones, interpretar y organizar la información. En este sentido, los libros ilustrados y álbum constituyen herramientas pedagógicas pertinentes, ya que combinan elementos visuales y textuales que facilitan la comprensión y promueven procesos de pensamiento más complejos.

Por otro lado, desde el empirismo, John Locke (1690) sostiene que el conocimiento se origina en la experiencia. Esta postura resulta relevante al considerar que la interacción de los estudiantes con imágenes, narrativas visuales y textos contribuye a la formación de ideas y significados. Así, los libros con predominancia visual permiten ampliar las experiencias de los niños, favoreciendo la construcción de sentido a partir de la observación, la interpretación y la relación con su contexto.

En el campo de la semiótica, Charles Sanders Peirce (1931-1958) propone una concepción del signo como un proceso triádico compuesto

por el representamen, el objeto y el interpretante. Esta teoría permite analizar cómo las imágenes y los textos funcionan como signos que generan significado en la mente del lector. De igual forma, Ferdinand de Saussure (1916), desde la semiología, plantea que el signo lingüístico está compuesto por el significante y el significado, lo cual permite comprender cómo el lenguaje verbal se articula con otros sistemas simbólicos, como el visual, en la construcción de sentido.

En relación con la lectura de imágenes, autores como Arizpe y Styles (2003) destacan que los niños no son receptores pasivos, sino intérpretes activos de los textos visuales, capaces de inferir, anticipar y construir narrativas a partir de las ilustraciones. Esto resulta especialmente relevante en los libros álbum y silenciosos, donde la imagen no solo acompaña el texto, sino que en muchos casos lo reemplaza o amplía su significado.

Por su parte, Aidan Chambers (2007) resalta la importancia de la conversación literaria y la respuesta del lector como elementos



fundamentales en la formación de lectores críticos. Su enfoque propone que la lectura debe ser un acto compartido, en el que los estudiantes puedan expresar sus interpretaciones, emociones y reflexiones. En este contexto, los libros ilustrados y silenciosos favorecen el diálogo, ya que permiten múltiples interpretaciones y promueven la participación activa de los estudiantes.

Asimismo, Jorge de la Rosa aporta a la comprensión de la lectura como un proceso de mediación en el que intervienen factores culturales, sociales y pedagógicos. Desde esta perspectiva, el docente cumple un papel clave como mediador entre el texto (visual y verbal) y el estudiante, orientando la interpretación y promoviendo la construcción de significado.

En conjunto, estos enfoques permiten comprender que la lectura no se limita a la decodificación de palabras, sino que implica un proceso complejo de interpretación en el que convergen diferentes sistemas de signos. Por ello, el uso de libros ilustrados, álbum y silenciosos

en el aula no solo enriquece la experiencia lectora, sino que también fortalece habilidades como la comprensión, la imaginación, la creatividad y el pensamiento crítico en los estudiantes de educación primaria.

Marco conceptual

En la presente investigación se abordan una serie de conceptos fundamentales que permiten comprender la relación entre imagen y texto en los procesos de construcción de significado en estudiantes de educación primaria.

Libro ilustrado

El libro ilustrado se entiende como aquel en el que las imágenes acompañan al texto con el fin de complementar o reforzar la información presentada. En este tipo de libros, el texto suele tener un papel predominante, mientras que la imagen cumple una función de apoyo visual. En el contexto de esta investigación, los libros ilustrados se consideran un recurso inicial para analizar cómo los estudiantes relacionan elementos visuales con narrativas escritas.



Libro álbum

El libro álbum es un tipo de texto en el que la imagen y el texto mantienen una relación de interdependencia, es decir, ambos elementos se complementan para construir el significado global de la historia. Ninguno de los dos puede comprenderse plenamente de manera aislada. En esta investigación, el libro álbum resulta clave para observar cómo los estudiantes interpretan y articulan información visual y verbal en la construcción de sentido.

Libro silente

El libro silencioso se caracteriza por la ausencia total de texto escrito, por lo que la narración se construye exclusivamente a partir de imágenes. Este tipo de libro exige una participación activa del lector, quien debe interpretar, inferir y construir la historia. En el presente estudio, se utiliza como herramienta para analizar la capacidad interpretativa y creativa de los estudiantes frente a estímulos visuales.

Imagen

La imagen se concibe como un sistema de representación visual que comunica ideas, emociones y significados a través de elementos gráficos como formas, colores y composiciones. Dentro de esta investigación, la imagen es entendida como un signo que puede ser interpretado por los estudiantes, permitiendo la construcción de múltiples significados según su experiencia y contexto.

Texto

El texto hace referencia al conjunto de signos lingüísticos organizados que transmiten un mensaje de manera escrita. En el marco de este estudio, el texto se analiza en relación con la imagen, considerando cómo ambos elementos interactúan para generar significado en los procesos de lectura.

Relación imagen-texto

La relación imagen-texto se refiere a la interacción entre los elementos visuales y verbales dentro de un mismo discurso. Esta relación puede ser de complemento,



ampliación o contraste. En esta investigación, se analiza cómo dicha interacción influye en la manera en que los estudiantes comprenden, interpretan y construyen significado a partir de los libros.

Comprensión lectora

La comprensión lectora se entiende como la capacidad de interpretar, analizar y dar sentido a un texto, no solo desde lo literal, sino también desde lo inferencial y crítico. En este estudio, se amplía esta noción al incluir la lectura de imágenes como parte fundamental del proceso de comprensión.

Interpretación

La interpretación es el proceso mediante el cual el lector construye significado a partir de un texto o imagen, basándose en sus conocimientos previos, experiencias y contexto. En el caso de esta investigación, se considera una habilidad clave para analizar cómo los estudiantes elaboran sentido a partir de diferentes tipos de libros.

Semiótica

La semiótica es la disciplina que estudia los signos y los procesos de significación. Permite comprender cómo tanto las imágenes como los textos funcionan como sistemas simbólicos que transmiten significados. En esta investigación, la semiótica sirve como base para analizar la manera en que los estudiantes interpretan los elementos visuales y verbales en los libros.

Metodología

Enfoque de la investigación

La presente investigación se desarrolla bajo un enfoque cualitativo, ya que busca comprender cómo los estudiantes construyen significado a partir de la relación entre imagen y texto en diferentes tipos de libros. Este enfoque permite analizar las interpretaciones, percepciones y procesos de pensamiento de los estudiantes durante las actividades propuestas.

Tipo de investigación

El estudio se enmarca en una investigación de tipo descriptivo-interpretativo, dado que pretende identificar y analizar las habilidades lectoras de los estudiantes, así como los procesos de interpretación que desarrollan a partir de la interacción con libros ilustrados, álbum y silenciosos.

Población y muestra

La población está conformada por estudiantes de educación primaria.

La muestra corresponde a un grupo de máximo 10 estudiantes de grado tercero, seleccionados de manera intencional, teniendo en cuenta su participación y disposición en las actividades propuestas.

Técnicas e instrumentos de recolección de información

Para el desarrollo de la investigación se emplearán las siguientes técnicas e instrumentos:

- Encuesta diagnóstica:
- Se aplicará con el fin de identificar los gustos, intereses y hábitos de lectura de los estudiantes. Esta

información permitirá orientar la selección de los materiales y el diseño de las actividades.

- Talleres pedagógicos (intervenciones):
- Constituyen la técnica principal de recolección de información. A través de estos espacios se observará cómo los estudiantes interpretan, comprenden y construyen significado a partir de los diferentes tipos de libros.
- Observación directa:
- Permitirá registrar las actitudes, respuestas, interpretaciones y niveles de participación de los estudiantes durante las actividades.
- Diario de campo:
- Se utilizará para consignar de manera detallada los hallazgos, comportamientos y reflexiones surgidas en cada intervención.

Diseño de la intervención

La investigación se desarrollará mediante 9 intervenciones pedagógicas, organizadas por etapas, con el propósito de identificar, fortalecer y progresivamente desarrollar las habilidades interpretativas de los estudiantes.

Etapas 1: Conocimientos previos (3 intervenciones)

En esta fase inicial se busca explorar las habilidades de los estudiantes en relación con la lectura de imágenes y textos. Se indagará sobre sus formas de interpretación, comprensión y expresión, con el fin de establecer un punto de partida.

Etapas 2: Libro silente (2 intervenciones)

Se trabajará con libros sin texto escrito, con el objetivo de potenciar la interpretación visual, la imaginación y la construcción de narrativas propias a partir de las imágenes.

Etapas 3: Libro ilustrado (2 intervenciones)

En esta etapa se introducirán libros donde la imagen acompaña el texto. Se buscará fortalecer la relación entre lo visual y lo verbal, promoviendo una comprensión más integrada.

Etapas 4: Libro álbum (2 intervenciones)

Finalmente, se trabajará con libros álbum, en los que la imagen y el texto tienen una relación de interdependencia. Esta etapa pretende consolidar las habilidades desarrolladas, promoviendo interpretaciones más complejas y críticas.

Criterios de selección de los materiales

Los libros seleccionados abordarán temáticas que suelen ser complejas de explicar a los niños en el contexto social, con el fin de promover la reflexión, el pensamiento crítico y la construcción de significado a partir de situaciones significativas.

Procedimiento

El proceso investigativo se llevará a cabo de la siguiente manera:

1. Aplicación de la encuesta diagnóstica.
2. Desarrollo de las intervenciones organizadas por etapas.

3. Registro de la información mediante observación y diario de campo.

4. Análisis de las respuestas e interpretaciones de los estudiantes.

5. Identificación de avances en las habilidades de comprensión e interpretación.

Producción colectiva de textos multimodales

Al finalizar cada etapa de intervención, se propondrá una actividad de creación colectiva, en la que los estudiantes elaborarán un producto que corresponda al tipo de libro trabajado.

- Después del libro silencioso, los estudiantes crearán un relato visual sin texto.
- Tras el trabajo con libros ilustrados, elaborarán un texto

acompañado de imágenes que refuercen la narración.

- Finalmente, con el libro álbum, construirán una producción en la que imagen y texto se integren de manera interdependiente.

Esta estrategia tiene como propósito no solo evidenciar el nivel de comprensión alcanzado por los estudiantes, sino también fortalecer habilidades como la creatividad, la expresión, la construcción de significado y el trabajo colaborativo.

Asimismo, la producción colectiva permitirá analizar cómo los estudiantes:

- Organizan ideas
- Interpretan lo aprendido
- Articulan lo visual y lo verbal
- Construyen sentido de manera conjunta

Planeación de un Centro de Interés para fortalecer la lectura, la escritura y la oralidad en estudiantes de Ciclo IV

Jessica Prada

Introducción

Como estudiante universitaria de quinto semestre interesada en la educación y en los procesos de lectura y escritura, considero importante reflexionar sobre cómo se pueden fortalecer las habilidades comunicativas de los estudiantes desde el aula. En muchas ocasiones los niños, niñas y jóvenes presentan dificultades para expresar sus ideas, organizar sus pensamientos o comprender textos de manera crítica. Por esta razón surge la idea de desarrollar una propuesta pedagógica basada en un Centro de Interés que permita trabajar la lectura, la escritura y la oralidad de forma integrada.

Esta pequeña investigación tiene como propósito proponer una planeación que pueda aplicarse con estudiantes de Ciclo IV, en la cual se desarrollen diferentes momentos pedagógicos como “Pensarse y

pensarnos”, “Diálogo de saberes”, “Transformando realidades” y “Reconstruyendo saberes”. Estos momentos permiten que los estudiantes no solo aprendan contenidos, sino que también reflexionen sobre su contexto, compartan sus experiencias y construyan conocimiento de manera colectiva.



Desde mi perspectiva como futura docente, considero que la mediación pedagógica es fundamental, ya que el maestro cumple el papel de guía que acompaña el proceso de aprendizaje. A través de actividades relacionadas con la lectura de textos literarios, la producción escrita y la participación



oral, los estudiantes pueden fortalecer su capacidad para argumentar, opinar y expresar sus ideas en diferentes situaciones comunicativas.

Marco Teórico

Para sustentar esta investigación, se retoman tres ejes fundamentales que participan en la relación entre el interés del estudiante, la mediación del docente y la transformación social.

1. La pedagogía de los centros de interés.

Según Ovide Decroly, la enseñanza debe organizarse en torno a las necesidades naturales de cada estudiante. En esta planeación, el centro de interés funciona como el eje donde la lectura y la escritura dejan de ser ejercicios mecánicos para transformarse en herramientas de exploración del entorno.

2. El enfoque sociocultural y la mediación.

Desde la perspectiva de Vigotsky, el aprendizaje es un proceso social. La figura del docente como “guía” o “mediador” es crucial para crear una

zona de “desarrollo próximo”, en donde el diálogo de saberes permite que el estudiante alcance niveles de comprensión crítica que no lograría de una forma aislada.

Objetivos de la investigación

Objetivo general

Proponer una planeación pedagógica basada en un Centro de Interés que permita fortalecer las habilidades de lectura, escritura y oralidad en estudiantes de Ciclo IV.

Objetivos específicos

- Identificar estrategias que ayuden a mejorar la comprensión lectora y la producción de textos.
- Promover espacios de diálogo donde los estudiantes puedan expresar sus ideas y opiniones.
- Desarrollar actividades de mediación pedagógica que relacionen la literatura con la experiencia de los estudiantes.
- Motivar a los estudiantes a convertirse en lectores y escritores activos dentro de su contexto.

¿Por qué y para qué realizar esta investigación?



La razón principal para realizar esta propuesta es la necesidad de fortalecer los procesos de lectura y escritura en los estudiantes. En el contexto educativo actual, estas habilidades son fundamentales no solo para el aprendizaje académico, sino también para la participación en la sociedad.

Como estudiante de licenciatura, me interesa explorar estrategias pedagógicas que permitan que los estudiantes se acerquen a la literatura de una forma más significativa. Muchas veces la lectura se trabaja únicamente como una obligación escolar, pero a través de actividades dinámicas y participativas se puede convertir en una experiencia interesante y reflexiva.

Por esta razón, el Centro de Interés se plantea como una estrategia que integra diferentes actividades que permiten desarrollar el pensamiento crítico, la creatividad y la capacidad de comunicación de los estudiantes.

Población a la que va dirigida

Esta propuesta está dirigida principalmente a estudiantes de Ciclo IV, es decir, niños, niñas y jóvenes que se encuentran en niveles intermedios de formación escolar. También está pensada para docentes o mediadores pedagógicos que desean implementar estrategias para fortalecer las competencias comunicativas en el aula.

El trabajo con esta población es importante porque en esta etapa los estudiantes comienzan a desarrollar con mayor profundidad su capacidad de análisis, argumentación y reflexión.

Metodología

La metodología propuesta se basa en un enfoque participativo y reflexivo. La idea es que los estudiantes no sean únicamente receptores de información, sino que participen activamente en el proceso de aprendizaje.

Durante diez semanas se desarrollarán diferentes actividades relacionadas con la lectura de textos literarios dirigidos a niños y jóvenes, ejercicios de escritura creativa, análisis de historias y espacios de



conversación donde los estudiantes puedan compartir sus interpretaciones.

El papel del docente o mediador será orientar el proceso, motivar la participación y acompañar a los estudiantes en la construcción de sus propios textos y reflexiones.

La investigación se enmarca en un enfoque cualitativo con un diseño de investigación-acción pedagógica. Este modelo permite que, como investigadora y futura docente, pueda observar, intervenir y reflexionar sobre la práctica en el aula de forma simultánea.

Pasos por seguir en el desarrollo del Centro de Interés

1. Pensarse y pensarnos: en este primer momento se busca que los estudiantes reflexionen sobre sus experiencias con la lectura y la escritura.
2. Diálogo de saberes: se trabajan actividades de lectura y análisis de textos literarios para reconocer sus estructuras y significados.
3. Transformando realidades: los estudiantes producen textos orales o

escritos en los que expresan ideas relacionadas con su entorno.

4. Reconstruyendo saberes: se realiza una reflexión final donde los estudiantes comparten lo aprendido durante el proceso.

Evaluación

La evaluación se realizará de manera continua durante todo el proceso. Más que centrarse únicamente en una calificación, se buscará observar el progreso de los estudiantes en su capacidad para leer, escribir y participar en espacios de diálogo.

Algunos criterios de evaluación serán:

- Claridad y coherencia en la expresión de ideas.
- Organización adecuada de los textos escritos.
- Uso correcto de la ortografía y los signos de puntuación.
- Participación activa en las actividades propuestas.
- Capacidad para reflexionar sobre los textos leídos y sobre su propio proceso de aprendizaje.

Marco legal



Esta investigación se fundamenta en las directrices educativas nacionales de Colombia:

- La ley 115 de 1994 (Ley general de Educación): especialmente en el apartado de los objetivos de la educación básica respecto al

desarrollo de las capacidades de expresión, lectura y análisis crítico.

- Derechos Básicos de Aprendizaje (DBA): cumple con los estándares para el área de lenguaje en Ciclo IV, enfocados en la producción de textos con coherencia.



Redescubriendo el nicho literario

Lizeth Magerly Vanegas García

Objetivo general:

Fortalecer el uso pedagógico del nicho literario en el jardín infantil AeioTU mediante su reestructuración y la implementación de estrategias que promuevan el interés por la literatura y el cuidado de los libros en los niños y niñas.

Objetivos específicos:

- Identificar las dificultades presentes en el uso pedagógico del nicho literario dentro del jardín infantil.
- Seleccionar libros y materiales adecuados que respondan a los intereses y necesidades de los niños y niñas de primera infancia.
- Implementar estrategias pedagógicas e interactivas que favorezcan experiencias significativas de lectura y exploración literaria.
- Promover en los niños y niñas el cuidado de los libros y la apropiación del nicho literario mediante

pequeños liderazgos y experiencias compartidas.

- Evaluar los cambios generados en el uso del nicho literario a partir de la implementación de la propuesta pedagógica.

Línea investigativa:

El presente proyecto se enmarca en la línea de investigación ambientes de aprendizaje y literatura infantil, ya que busca analizar y transformar un espacio pedagógico del jardín infantil AeioTU para fortalecer experiencias significativas de lectura en la primera infancia.

Asimismo, se relaciona con la investigación pedagógica sobre los ambientes educativos como potenciadores del aprendizaje, tomando como referencia el enfoque Reggio Emilia, en el cual el entorno cumple un papel fundamental en la construcción de experiencias, interacciones y significados.

Metodología:



La metodología del proyecto tiene un enfoque cualitativo y pedagógico, basado principalmente en la observación y la reflexión sobre la práctica educativa dentro del jardín infantil AeioTU.

El proceso inició a partir de la identificación de situaciones relacionadas con el uso inadecuado del nicho literario, evidenciadas mediante la observación cotidiana y la documentación pedagógica. A partir de ello, se plantearon estrategias orientadas a resignificar el espacio y fortalecer su intención pedagógica.

Para la recolección de información se utilizaron instrumentos como registros de observación, diarios de campo, documentación fotográfica, listas de chequeo y conversaciones con maestras y familias, permitiendo reconocer intereses, necesidades y cambios en las dinámicas del nicho literario.

La intervención pedagógica se desarrolló mediante:

- Selección de libros acordes a la primera infancia.

- Incorporación de herramientas interactivas.
- Lecturas compartidas y mediadas.
- Promoción del cuidado de los libros.
- Fomento de pequeños liderazgos infantiles.
- Eliminación del nicho como espacio de espera.

Finalmente, se realizará un seguimiento continuo del proceso mediante la observación de cambios en la participación, el interés por la literatura y el uso del espacio.

En la experiencia AeioTU la propuesta pedagógica contempla un nicho literario, espacio creado y diseñado para que los niños y niñas vivan la literatura de acuerdo a sus intereses, gustos y exploraciones. Este espacio se convierte en un lugar acogedor que busca establecer un vínculo con los libros, la narración y el desarrollo del lenguaje desde una perspectiva activa y participativa.

La lectura en la primera infancia cumple un rol importante en el lenguaje, imaginación y construcción de nuevos significados. Al ser una pedagogía que pone al niño como centro de su propio



aprendizaje, la literatura no solo es vista como lectura de cuentos sino también con la exploración sensorial, la interacción con los libros y el descubrimiento de narrativas que emergen desde la experiencia cotidiana.

Sin embargo, en el jardín se ha observado mediante la práctica cotidiana que este espacio no siempre está siendo utilizado con la intencionalidad pedagógica para la cual fue creado. En algunos momentos, el nicho literario se convierte en un lugar de espera o en un espacio de juego que no necesariamente promueve el encuentro significativo con el mundo literario.

De acuerdo a esto, surge la necesidad de repensar el nicho literario, con el fin de fortalecer su uso pedagógico, rutinario y experiencial, resignificando el espacio en donde se involucre a los niños y niñas con la interacción literaria y capacidad de creación.

Este proyecto surge a partir de la reflexión sobre la práctica pedagógica y de la observación de la ocupación del espacio, permitiendo

así identificar situaciones que requieren un cambio en el cual se problematiza la realidad vivencial y educativa buscando así nuevas estrategias y herramientas que favorezcan experiencias de aprendizaje significativos.

Para AeioTU en la educación inicial los ambientes son potenciadores del aprendizaje que cumplen un papel fundamental en la construcción de experiencias y aprendizajes. Estos espacios son pensados y organizados intencionalmente permitiendo a los niños y niñas, explorar, investigar y construir significados con el adulto, con los pares y con el maestro.

Por esa razón, este proyecto propone una intervención pedagógica orientado la reestructuración del nicho literario, mediante la selección de libros adecuados para la primera infancia, la incorporación de herramientas interactivas y la planificación de proyecciones pedagógicas que permitan a las maestras integrar este espacio dentro de las experiencias de aprendizaje del aula.



El jardín infantil AeioTU se caracteriza por su método pedagógico basado en el enfoque Reggio Emilia de Loris Malaguzzi en la cual el niño y la niña son sujetos activos de su propio aprendizaje. Desde esta perspectiva, las experiencias educativas se organizan a partir de proyectos y exploraciones que emergen de los intereses de los niños y niñas.

Dentro de esta propuesta, los ambientes pedagógicos cumplen una función fundamental, ya que posibilitan la exploración, la creatividad y la construcción de conocimientos a través de la interacción con diferentes materiales y lenguajes. Para Malaguzzi (1963) los niños y niñas tienen la oportunidad de colaborar e interactuar con su entorno "Hay tres maestros de los niños: los adultos, otros niños y su entorno físico" explicando así, porque el nicho literario necesita una reestructuración para que, precisamente este ambiente sea potenciador de aprendizajes.

No obstante, en la dinámica cotidiana se ha evidenciado que este

espacio presenta algunas dificultades relacionadas con su uso pedagógico, entre ellas: Uso del nicho como espacio de espera para la recogida de los niños, manipulación inadecuada de los libros, lo que genera deterioro del material, falta de mediación pedagógica y escasez de recursos interactivos que incentiven el interés por la literatura.

Estas situaciones evidencian la necesidad de generar una propuesta que permita fortalecer el sentido pedagógico del nicho literario y potenciar su uso como espacio de aprendizaje. Frente a esta problemática, surge la siguiente pregunta orientadora del proyecto:

¿Cómo resignificar el nicho literario del jardín infantil AeioTU para que se convierta en un espacio pedagógico que promueva el interés por la literatura y el cuidado de los libros en los niños y niñas?

Siguiendo esta idea, se busca fortalecer el uso pedagógico del nicho literario en el jardín infantil AeioTU mediante su reestructuración y la implementación de estrategias que



promuevan el interés por la literatura y el cuidado de los libros

Para comenzar el proceso de transformación del nicho literario, se han implementado algunas estrategias iniciales: Se realizó una revisión de los libros disponibles en el espacio, priorizando aquellos que resultan más llamativos para los niños y niñas, como cuentos con ilustraciones, texturas o historias cortas, incorporación de herramientas interactivas, se han agregado algunos elementos que acompañan la lectura, como títeres, imágenes o materiales visuales que permiten recrear las historias y hacer más participativa la experiencia. De igual forma, se ha motivado a los niños y niñas que muestran mayor interés por la lectura a compartir los cuentos con el resto del grupo, fortaleciendo la participación y la construcción colectiva de las historias. Y se tomó la decisión de dejar de utilizar el nicho literario como lugar de espera para

la salida, con el fin de conservar su propósito pedagógico.

Algunas conclusiones preliminares es que, a partir de las primeras acciones implementadas, en primer lugar, se ha observado un mayor interés por parte de algunos niños y niñas en explorar los libros y participar en momentos de lectura compartida. En segundo lugar, se fomenta pequeños liderazgos debido a que los mismos niños comienzan a reconocer la importancia de cuidar los materiales y respetar el espacio literario. Asimismo, la resignificación del nicho como un espacio exclusivamente dedicado a la literatura ha contribuido a recuperar su intención pedagógica.

Si bien el proceso aún se encuentra en desarrollo, estas primeras estrategias evidencian que la reestructuración del nicho literario puede favorecer experiencias más significativas en torno a la lectura y la literatura dentro del aula.



Proyecto Educativo y Social: Cartografías emocionales

Juan David Romero Espinosa

Introducción

Este proyecto es una propuesta de intervención pedagógica para la clase Proyectos educativos y sociales: Práctica II. Se propone realizar una cartografía emocional y literaria, diseñada con el aporte de estudiantes de quinto de primaria del Colegio Técnico José Félix Restrepo Sede D. Se pretende trascender el mapeo físico para desarrollar una conciencia profunda del espacio habitado mediante el registro de sentidos, memorias y afectos comunitarios. Se articula el álbum ilustrado "Camino a casa" (Jairo Buitrago y Rafael Yockteng) con una metodología que busca desarrollar los tres niveles de lectura esenciales: nivel literal, nivel inferencial y nivel crítico.

Objetivo general

Fortalecer los niveles de lectura (literal, inferencial y crítico) y el sentido de pertenencia territorial en los estudiantes de grado quinto, mediante el diseño de una

cartografía emocional y literaria que integre la producción de microcuentos con herramientas digitales, para resignificar el entorno cotidiano del barrio como un escenario de memoria y creación estética.

Objetivos específicos

- Identificar las percepciones espaciales y el nivel de competencia lectoescritora inicial de los estudiantes, a través de herramientas de cartografía mental y talleres de saberes previos, para establecer una línea base de la intervención pedagógica.
- Fomentar la creación literaria de microcuentos y poemas mediante la lectura mediada del libro álbum "Camino a casa" y recorridos de reconocimiento sensorial (derivadas), con el fin de vincular la experiencia estética con la memoria local del barrio.
- Implementar una cartografía digital interactiva que compile las producciones literarias e

investigaciones de los estudiantes, evaluando el impacto de la propuesta en la resignificación del entorno y el fortalecimiento de su identidad territorial.

Instrumento diagnóstico

Se propone un taller inicial que permita establecer el estado de la conciencia espacial y la competencia narrativa de los estudiantes antes de la intervención. El primer componente es una cartografía mental: un dibujo del trayecto de su casa al colegio identificando lugares significativos.

Después, un ejercicio de personificación: “¿Qué dirían las calles si hablaran?”. Finalmente, una breve indagación sobre memoria local, “¿Qué sabemos sobre la fundación de nuestro barrio?”

Metodología y Marco normativo

La propuesta se integra con los Derechos Básicos de Aprendizaje (DBA) de Colombia para grado quinto, específicamente en el reconocimiento de identidades (DBA 3) y la producción de textos a partir de la experiencia (DBA 8).

Tabla 1. Actividades para el diagnóstico

HERRAMIENTA	ACCIÓN PÉDAGÓGICA	PROPÓSITO
La Deriva	Caminata de reconocimiento sensorial	Registrar sonidos, olores y puntos de intensidad emocional
Laboratorio literario	Taller de microcuento y poesía	Transformar el dato histórico en narrativa estética y subjetiva

Fuente: elaboración propia.

Producto final y evaluación de impacto

El cierre de este proyecto es la consolidación de un mapa digital interactivo donde cada lugar

seleccionado por el estudiante funciona como un nodo de significado que incluye datos reales y creación literaria.



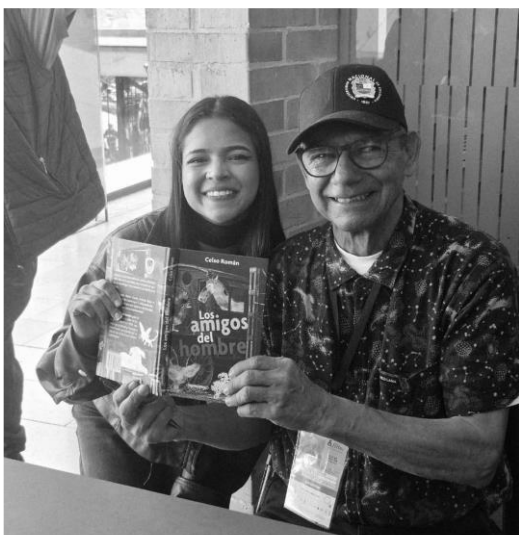
Como instrumento de salida y evaluación de impacto, se aplicará una matriz de evaluación que analice tres aspectos. Primero, cómo cambió la percepción del estudiante sobre el lugar después de investigarlo y

escribir sobre él. Cuál fue la evolución en el uso de géneros literarios breves. Y, por último, si hubo reconocimiento del valor patrimonial y humano de su comunidad.

La literatura como herramienta de sensibilización frente al maltrato animal en la educación primaria

Flor Nevada

El maltrato animal es una problemática global que afecta a millones de seres vivos, en especial aquellos que han sido domesticados, así mismo, se manifiesta en diversos contextos, la mayoría provenientes de la crianza y la falta de concientización desde la niñez en los espacios de educación escolar.



Aunque en los últimos años ha aumentado la conciencia pública sobre el bienestar animal, aún sigue siendo una problemática para tener en cuenta, y es que persisten vacíos significativos en los procesos educativos, especialmente en la educación primaria, donde el tema

del maltrato animal no se evidencia de manera contundente en el currículo ni en los lineamientos de formación colombianos.

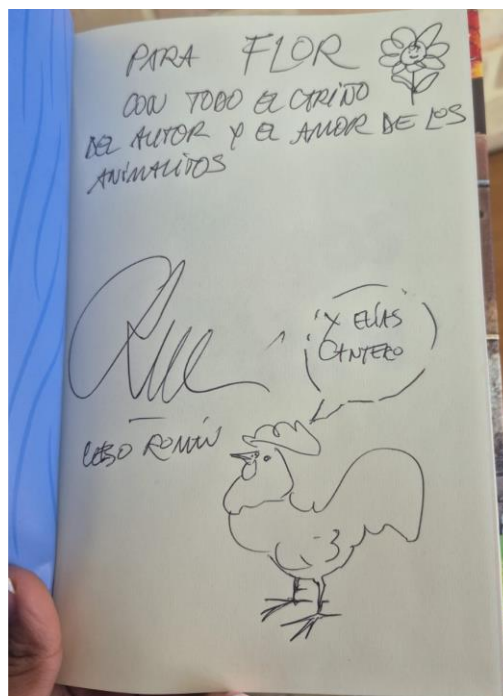
Esta ausencia de enseñanza y de concientización que se presentó, limitó en su momento el desarrollo temprano de valores primarios tales como la empatía, como el respeto y la responsabilidad (Competencias socioemocionales claves a desarrollar en el proceso formativo de los estudiantes) hacia los seres vivos que no son humanos, provocando de esta manera la normalización de conductas que son negligentes hacia los animales e incluso conductas violentas. Esto genera la necesidad de promover nuevos procesos de formación orientados hacia el desarrollo de competencias socio emocionales mencionadas anteriormente.

El presente proyecto surge a partir de la necesidad de reflexionar y actuar frente al maltrato animal como una problemática social y educativa que continúa afectando a millones de seres vivos en distintos contextos. A pesar de los avances en materia de protección y bienestar animal, todavía persisten prácticas de violencia, abandono y negligencia que muchas veces son normalizadas desde edades tempranas debido a la falta de procesos formativos orientados hacia la empatía, el respeto y la responsabilidad frente a los animales. En el ámbito escolar, especialmente en la educación primaria, este tema no siempre se aborda de manera profunda dentro de los currículos y lineamientos educativos, lo que limita la construcción de una conciencia ética y socioemocional en los niños y niñas.

Pregunta problema

¿De qué manera una intervención educativa basada en la literatura puede contribuir a la sensibilización y al desarrollo de actitudes de empatía y de respeto hacia los animales en niños y niñas de 8 a 10

en el contexto de la educación primaria?



Objetivo general

Diseñar, una intervención educativa basada en la literatura como herramienta de sensibilización para el fomento de la empatía y el respeto hacia los animales en niños y niñas de 8 a 10 años de edad en la educación primaria.

Objetivos específicos

- Realizar un diagnóstico de saberes y acciones que fomenten el respeto y la empatía hacia los animales dentro de un espacio escolar con niñas y niños entre los 8 y 10 años de edad.



• Establecer una secuencia didáctica que utilice textos literarios y actividades lúdico-narrativas para promover la reflexión crítica y el desarrollo emocional sobre el maltrato animal y el respeto hacia los seres sintientes.

• Producir material literario durante las intervenciones donde se ilustre por medio del libro álbum la importancia del respeto y la empatía hacia los animales.



Proyecto pedagógico para el desarrollo de la imaginación y la escritura creativa en estudiantes del colegio I.E.D. Rogelio Salmona.

Angélica Lizeth García Velandia

El proyecto Los Gabriel García Márquez del mañana surge como una propuesta pedagógica enfocada en el fortalecimiento de la lectura, la escritura creativa y la imaginación en los estudiantes. Esta iniciativa busca incentivar en los jóvenes el gusto por la creación literaria, permitiéndoles reconocer que la escritura no solamente es una herramienta académica, sino también una forma de expresión personal, emocional y creativa.

El proyecto tiene como principal objetivo guiar a los estudiantes en la construcción de sus propios escritos de manera imaginativa, autónoma y creativa, fortaleciendo así habilidades relacionadas con el pensamiento crítico, la interpretación, la creatividad y la capacidad de comunicar ideas a través de la palabra escrita. Asimismo, pretende despertar en los estudiantes una relación más cercana con la

literatura y con autores representativos como Gabriel García Márquez, tomando su legado como inspiración para que los jóvenes descubran el poder de las historias y de la imaginación.

Pregunta problema

¿Cómo puede contribuir la implementación de estrategias de aprendizaje basado en proyectos y creación literaria al fortalecimiento de la imaginación, la creatividad y la producción de historias en los estudiantes del colegio I.E.D. Rogelio Salmona?

Objetivos específicos

- Identificar el nivel de interés y las habilidades iniciales de los estudiantes frente a la lectura y la creación de historias.
- Analizar cómo el contacto con cuentos, relatos y narraciones previas estimula la imaginación y la



creación literaria en los estudiantes del colegio I.E.D. Rogelio Salmona.

- Diseñar e implementar actividades pedagógicas basadas en aprendizaje por proyectos que motiven a los estudiantes a crear sus propias historias.
- Fomentar el desarrollo de la imaginación, la creatividad y la expresión escrita a partir de la producción de cuentos y narraciones originales.
- Evaluar el impacto de las estrategias aplicadas en el desarrollo de la capacidad narrativa y la creatividad literaria de los estudiantes del colegio I.E.D. Rogelio Salmona.

Justificación

La escritura creativa es una herramienta fundamental para el desarrollo del pensamiento, la imaginación y la expresión emocional en los niños. Sin embargo, en muchos contextos educativos la escritura suele abordarse de manera mecánica, centrada únicamente en normas gramaticales y ortográficas.

Por esta razón, resulta necesario implementar estrategias pedagógicas que permitan a los

estudiantes descubrir el placer de crear sus propias historias, desarrollar su imaginación y construir narraciones auténticas y personales.

Este proyecto busca fomentar la escritura creativa a través de metodologías activas como el aprendizaje basado en proyectos, donde los estudiantes no solo consuman historias, sino que también se conviertan en autores y creadores literarios.

De esta manera, se pretende fortalecer y fomentar la creatividad, el pensamiento crítico y la capacidad de expresión de los estudiantes del colegio I.E.D. Rogelio Salmona, permitiendo que desde edades tempranas desarrollen confianza en su capacidad para imaginar, narrar y crear.

Metodología

- Enfoque: investigación cualitativa con enfoque pedagógico y creativo.
- Tipo de investigación: investigación-acción educativa.
- Estrategia pedagógica: aprendizaje basado en proyectos.



Técnicas de recolección de información

- Observación en el aula
- Producciones escritas de los estudiantes
- Actividades de creación narrativa
- Conversatorios y reflexiones grupales
- Espacios de socialización y diálogo reflexivo durante la elaboración del mural literario colectivo y las presentaciones narrativas de las historias creadas por los estudiantes.

Plan de acción

- Fase 1: Exploración

Actividad: Lectura de cuentos infantiles y narraciones cortas.

- Fase 2: Activación de la imaginación

Actividades: Inventar personajes fantásticos, crear mundos imaginarios, juegos de storytelling, completar historias incompletas

- Fase 3: Creación de historias propias

Actividad: Cada estudiante crea su propio cuento o historia.

Elementos: personajes, conflicto, desarrollo y final.

- Fase 4: Socialización de historias

Actividad: Creación y lectura de cuentos propios elaborados por cada estudiante.

Opciones: Narración oral de su cuento, presentación ilustrada de su historia (mientras el niño cuenta o lee su historia, va mostrando sus dibujos para ayudar a imaginar mejor lo que sucede), creación de un pequeño libro de cuentos del curso.

Resultados esperados del proyecto

Los estudiantes elaborarán un libro de cuentos colectivo, donde estarán los cuentos creados por cada uno de los estudiantes del curso. El libro contendrá los relatos escritos por los estudiantes, acompañados de ilustraciones de los personajes, escenarios y momentos importantes de sus narraciones.

Además, los estudiantes realizarán una presentación narrativa, en la que compartirán oralmente sus cuentos creados durante el proyecto. Cada estudiante contará su historia frente



al grupo, apoyándose en ilustraciones, dibujos o elementos visuales que representen los personajes y escenarios de su narración.

Finalmente, los estudiantes elaborarán un mural literario colectivo, donde expondrán fragmentos de sus historias, ilustraciones de los personajes, escenarios y frases significativas de sus creaciones.

Primera intervención pedagógica

El martes 14 de abril se realizó la primera intervención del proyecto “Los Gabriel García Márquez del mañana”, la cual funcionó principalmente como un espacio de apertura, acercamiento e introducción a la propuesta pedagógica. Durante esta primera intervención se esperaba conocer a los estudiantes, generar un ambiente de confianza y explicarles las bases fundamentales que deben tener en cuenta al momento de realizar creaciones literarias, especialmente en la construcción de cuentos e historias

Asimismo, se desarrolló una explicación acerca de la estructura básica del cuento y de algunos elementos esenciales de la escritura creativa, con el propósito de motivar a los estudiantes a reconocer la literatura como un espacio de imaginación, expresión y construcción personal. Del mismo modo, se aplicaron encuestas de intereses con el fin de conocer más a fondo la población estudiantil, identificando sus gustos, hábitos, intereses y habilidades frente a la lectura y la escritura.

Esta primera intervención permitió realizar un acercamiento significativo a los estudiantes y establecer las bases iniciales para el desarrollo futuro del proyecto pedagógico.

Durante la intervención realizada con los estudiantes, se desarrolló un espacio de aprendizaje dinámico y participativo enfocado en la escritura creativa. En un primer momento, se explicó a los estudiantes las partes fundamentales de un cuento, abordando elementos como el inicio, el nudo, el desenlace, los personajes,

el ambiente y el conflicto narrativo. Esta explicación permitió que los estudiantes comprendieran la estructura básica de una narración y reconocieran cómo se construye una historia de manera organizada y coherente.

La actividad generó participación e interés por parte de los estudiantes, quienes mostraron curiosidad frente al proceso de creación literaria y realizaron aportes relacionados con historias, personajes e ideas propias. La intervención también permitió crear un ambiente de confianza y cercanía, en el cual los estudiantes pudieron expresar libremente sus gustos e intereses frente a la lectura y la escritura.

Posteriormente, se aplicó la Encuesta de intereses diseñada específicamente para el proyecto Los Gabriel García Márquez del mañana, cuyo objetivo fue identificar los intereses, hábitos y habilidades de los estudiantes frente a la lectura y la escritura creativa.

La aplicación de las encuestas permitió conocer de manera más cercana las necesidades, intereses y capacidades creativas de los

estudiantes, convirtiéndose en una herramienta fundamental para orientar el desarrollo futuro del proyecto pedagógico.

Evidencias de la intervención

Figura 01. Socialización del proyecto Los Gabriel García Márquez del mañana con los estudiantes, mediante la explicación de la estructura básica del cuento y los objetivos de la propuesta pedagógica enfocada en la escritura creativa



Fuente: elaboración propia.

Figura 02. Aplicación de dinámica de integración Dos mentiras y una verdad, realizada con el propósito de fortalecer la confianza, el reconocimiento mutuo y la cercanía

entre los estudiantes y la docente en formación



Fuente: elaboración propia.

Reflexión crítica sobre la intervención

La intervención pedagógica permitió evidenciar que la escritura creativa continúa siendo una herramienta valiosa para despertar la imaginación, la autonomía y el pensamiento crítico en los estudiantes. Más allá de enseñar únicamente aspectos técnicos de la escritura, este espacio buscó generar en los jóvenes una conexión más cercana con sus ideas, emociones y capacidades creativas.

Además, la actividad permitió comprender la importancia de escuchar los intereses de los estudiantes y reconocer que cada uno posee formas distintas de

relacionarse con la lectura y la creación literaria. La encuesta aplicada funcionó como un medio para conocer sus gustos, dificultades y expectativas, posibilitando así que el proyecto pueda construirse desde las verdaderas necesidades e intereses de los participantes.

Igualmente, se evidenció que muchos estudiantes muestran entusiasmo cuando se les brinda la oportunidad de crear, imaginar y expresar sus ideas libremente, lo cual demuestra que la literatura puede convertirse en un espacio significativo de participación, identidad y construcción personal.

Proyección del proyecto a largo plazo

Actualmente, el proyecto Los Gabriel García Márquez del mañana continúa en proceso de desarrollo y construcción pedagógica. Las actividades realizadas hasta el momento representan un primer acercamiento hacia el fortalecimiento de la escritura creativa y el pensamiento crítico en los estudiantes.



A futuro, se espera continuar implementando estrategias, talleres y actividades que permitan incentivar en los jóvenes el amor por la lectura y la creación literaria, guiándolos para que puedan generar sus propios escritos de manera imaginativa, autónoma y creativa. Del mismo modo, se pretende que los estudiantes reconozcan la escritura como una herramienta de expresión,

reflexión y transformación personal y social.

Finalmente, el proyecto busca seguir construyendo espacios donde los estudiantes puedan descubrir el valor de sus ideas y comprender que cada historia escrita también puede convertirse en una manera de comprender el mundo y de darle voz a sus pensamientos y experiencias.



Reseñas críticas sobre el Repositorio de la Fundación Compartir

Reseña crítica del video “Educación se escribe con E de Equidad”

Emma Hernández Barragán

El video “Educación se escribe con E de Equidad” presenta una reflexión sobre la necesidad de construir un sistema educativo más justo, en el que se reconozcan las diferencias individuales de los estudiantes. Desde el inicio, se plantea que la educación no debe limitarse a brindar acceso, sino que debe garantizar condiciones equitativas que permitan a todos los alumnos desarrollar sus capacidades. Este enfoque resulta especialmente relevante en contextos marcados por desigualdades sociales, donde no todos los estudiantes parten de las mismas oportunidades.

Uno de los principales aportes del video es la explicación clara de la diferencia entre igualdad y equidad. Mientras la igualdad propone dar a todos lo mismo, la equidad implica reconocer las necesidades particulares de cada estudiante y ofrecerle lo necesario para su aprendizaje. Esta distinción es fundamental, ya que permite cuestionar prácticas educativas tradicionales que tienden a homogenizar a los estudiantes, ignorando sus contextos personales, culturales y económicos. En este sentido, el video logra transmitir un mensaje accesible y fácil de comprender, lo que lo hace adecuado para públicos amplios.



Además, se destaca el papel del docente como agente clave en la construcción de una educación equitativa. El video sugiere que los profesores deben adaptar sus estrategias pedagógicas, promover la inclusión y generar espacios donde todos los estudiantes se sientan valorados. Este planteamiento es acertado, ya que reconoce la importancia del trabajo docente en el aula. Sin embargo, también puede resultar limitado, pues parece atribuir gran parte de la responsabilidad al profesor, sin considerar completamente las condiciones estructurales del sistema educativo.

En este punto, surge una de las principales críticas al video. Aunque el discurso es sólido en términos conceptuales, se queda corto en el desarrollo de propuestas prácticas. No se profundiza en cómo aplicar la equidad en situaciones reales, ni se presentan ejemplos concretos que orienten a los docentes en su labor diaria. Asimismo, el video no aborda con suficiente profundidad factores como la falta de recursos, las políticas educativas o las

desigualdades territoriales, los cuales influyen directamente en la posibilidad de implementar una educación equitativa.

Por otro lado, el video cumple una función importante al generar conciencia sobre la necesidad de transformar la educación. Su lenguaje claro y su enfoque reflexivo invitan a cuestionar las prácticas tradicionales y a pensar en alternativas más inclusivas. Sin embargo, esta misma sencillez puede hacer que el análisis resulte algo superficial, dejando de lado la complejidad del problema.

En conclusión, “Educación se escribe con E de Equidad” es un video que aporta una reflexión valiosa sobre la importancia de la equidad en el ámbito educativo. Destaca por su claridad conceptual y su capacidad para sensibilizar al espectador. No obstante, presenta limitaciones en cuanto a la profundidad del análisis y la falta de propuestas concretas para su aplicación. A pesar de ello, constituye un punto de partida importante para comprender la necesidad de una educación más justa e inclusiva.



Reseña crítica del video “Cuento mi cuento”

Emma Hernández Barragán

El video “Cuento mi cuento” presenta una narrativa centrada en la experiencia personal como herramienta de expresión y reflexión. A través del relato, se evidencia cómo contar la propia historia no solo permite comunicar vivencias, sino también construir identidad y generar conexión con otros. Este enfoque resulta significativo, especialmente en contextos educativos y sociales donde la voz individual muchas veces es ignorada o minimizada.

Uno de los principales aciertos del video es resaltar el valor de la narración como medio de aprendizaje y autoconocimiento. El acto de “contar el propio cuento” se presenta como una forma de reconocer la trayectoria personal, de darle sentido a las experiencias y compartirlas con los demás. Esto no solo fortalece la autoestima, sino que también promueve la empatía, ya que permite comprender diferentes realidades desde una perspectiva más humana. En este sentido, el video logra transmitir un mensaje

claro sobre la importancia de escuchar y ser escuchado.

Asimismo, el contenido puede interpretarse como una invitación a replantear la educación tradicional. En lugar de centrarse únicamente en contenidos académicos, se propone dar espacio a las historias de vida de los estudiantes, reconociendo que cada individuo tiene un contexto único que influye en su aprendizaje. Este planteamiento es valioso, ya que promueve una educación más inclusiva y significativa, donde el estudiante no es solo receptor de información, sino protagonista de su propio proceso.

No obstante, el video también presenta algunas limitaciones. Aunque la idea central es poderosa, el desarrollo del contenido se mantiene en un nivel más emocional que analítico. Es decir, logra impactar y generar reflexión, pero no profundiza en cómo integrar este enfoque narrativo de manera concreta en los espacios educativos o sociales. La falta de ejemplos



prácticos o estrategias específicas puede dificultar la aplicación de estas ideas en contextos reales.

Además, el video podría haber explorado con mayor profundidad las dificultades que enfrentan muchas personas para contar su historia, como el miedo, la falta de confianza o los contextos que limitan la expresión. Incluir estos elementos habría enriquecido el análisis y aportado una visión más completa del tema.

En conclusión, “Cuento mi cuento” es un video que destaca por

su enfoque humano y reflexivo, resaltando la importancia de la narración personal como herramienta de expresión, aprendizaje y conexión social. Si bien su contenido logra sensibilizar y transmitir un mensaje significativo, se queda corto en el desarrollo de propuestas prácticas y en el análisis de las dificultades reales. Aun así, constituye un recurso valioso para promover una educación más consciente, inclusiva y centrada en las experiencias de cada individuo.



Reseña crítica del video “Enseñanza de Proyectos de aula para preescolar desde la plataforma YouTube, Institución Pablo Herrera”

Emma Hernández Barragán

El video “Enseñanza de Proyectos de aula para preescolar desde la plataforma YouTube, Institución Pablo Herrera” presenta una propuesta pedagógica centrada en el uso de herramientas digitales, específicamente YouTube, como apoyo en el desarrollo de proyectos de aula en educación preescolar. A lo largo del contenido, se evidencia cómo la integración de recursos audiovisuales puede fortalecer los procesos de enseñanza-aprendizaje, especialmente en etapas tempranas donde el componente visual y dinámico resulta fundamental.

Uno de los aspectos más relevantes del video es su enfoque en el aprendizaje activo. Se plantea que los proyectos de aula permiten a los niños participar de manera más significativa en su proceso educativo, ya que no se limitan a recibir información, sino que interactúan, exploran y construyen conocimiento a partir de experiencias concretas.

Este enfoque es coherente con las tendencias actuales en educación, que promueven metodologías más participativas y centradas en el estudiante.

Asimismo, el uso de YouTube como herramienta pedagógica se presenta como una estrategia innovadora que responde a los intereses de los niños en la actualidad. Los recursos audiovisuales facilitan la comprensión de los contenidos, captan la atención y permiten presentar la información de manera más atractiva. En este sentido, el video destaca una adaptación pertinente de la educación a los entornos digitales contemporáneos, lo cual es especialmente importante en un contexto donde la tecnología forma parte de la vida cotidiana.

Sin embargo, a pesar de sus aportes, el video presenta algunas limitaciones. En primer lugar, se



enfoca principalmente en mostrar la experiencia y sus beneficios, pero no profundiza en los posibles riesgos del uso de plataformas digitales en la educación infantil, como la sobreexposición a pantallas o la falta de control sobre los contenidos. Este aspecto es fundamental, ya que el uso de la tecnología en edades tempranas requiere una mediación cuidadosa por parte de los docentes.

Además, el video podría haber desarrollado con mayor profundidad la estructura de los proyectos de aula, explicando paso a paso cómo se planifican, ejecutan y evalúan. Aunque se presenta la experiencia de manera general, falta un nivel más detallado que permita a otros docentes replicar la propuesta en sus propios contextos educativos. Esta ausencia limita su utilidad como guía pedagógica concreta.

Por otro lado, es importante reconocer que los proyectos de aula son una estrategia ampliamente

valorada en educación, ya que promueven el desarrollo integral de los estudiantes, incluyendo habilidades sociales, cognitivas y emocionales. En este sentido, el video se alinea con enfoques pedagógicos actuales que buscan un aprendizaje más significativo y contextualizado.

En conclusión, el video ofrece una propuesta interesante sobre la enseñanza en preescolar mediante proyectos de aula apoyados en herramientas digitales como YouTube. Destaca por su enfoque innovador y por promover un aprendizaje activo y participativo. No obstante, presenta debilidades en cuanto a la profundidad del análisis y la falta de orientaciones prácticas detalladas. Aun así, constituye un recurso valioso para reflexionar sobre el papel de la tecnología en la educación inicial y la necesidad de adaptar las metodologías a las nuevas realidades educativas.



Reseña crítica del video “Mejorando el indicador de pruebas saber a través de la lectura” presentado por la docente Dilia Vanegas

Mariana López Riaño

En el video propuesto, se evidencia un recurso interesante del aprendizaje de las matemáticas, esto a través de los diferentes lenguajes del área, haciendo énfasis en los dibujos y los organizadores gráficos para hacer de una fácil resolución de ejercicios de lógica matemática.

Es una propuesta congruente y eficaz, debido a que focaliza las distintas maneras del aprendizaje de los alumnos de grado noveno, asimismo, pretende que ellos tengan una perspectiva de las matemáticas como un ejercicio ameno, preciso y breve de entender. Esto es bien sabido ya que algunos de sus estudiantes demostraron sentirse bien durante y en los resultados del ejercicio.

Este recurso didáctico podría funcionar para más asignaturas académicas, ya que sería un ejercicio de asociación en el que cada estudiante, a la hora de realizar la

evaluación o cualquier ejercicio de alguna asignatura, asocie los diseños y dibujos con el tema central. Asimismo, sería más llamativo el tema para algún estudiante a quien no le agrada del todo algún área o tema en específico. Sin embargo, ¿qué tan eficaz podría ser este recurso para todos los estudiantes de una misma aula? Es inevitable que para el docente diseñar un recurso como este, sea una doble tarea, debido a que este tendrá que ser muy preciso a la hora de elegir cada dibujo, es decir, tendría que evitar caer en la trampa de que el dibujo se convierta simplemente en decoración y no en un ejercicio complementario y transversal al tema, a ello se le adiciona que, estos dibujos podrían ser sobre estimulantes para aquellos estudiantes que se les dificulta concentrarse, por lo que el docente tendrá que jugar con el color de la imagen para que esta sea puntual y



entendible para lo que se pretende enseñar. Es importante resaltar el papel activo que debe tener el dibujo, de tal forma, el dibujo debe estar acorde a la edad y al nivel académico, también, cada estudiante tendrá que hacerse una idea del porqué del dibujo en el tema y qué explicación lógica podría darle para que finalmente lo asocie con el tema dado.

En conclusión, para que este ejercicio sea exitoso, previamente a realizarlo, el docente debe tener en cuenta que el dibujo no es la competencia del tema; lo

complementa y sirve como un elemento que hace que el estudiante se ajuste a tal recurso sin que los factores anteriores alteren los resultados de este ejercicio. Por supuesto, se reafirma la buena estrategia de la docente Dilia Vanegas, debido a que sus estudiantes muestran su postura de satisfacción, no sólo con los dibujos, también los organizadores gráficos que develan qué tan breve puede ser entender las matemáticas por medio de la precisión y la puntualidad tanto del organizador gráfico y el dibujo, como del tema dado.



Reseña crítica del video “Sobre ruedas” presentado por los docentes Andrés Romero y Sandra López.

Mariana López Riaño

En este video se percibe una preocupación por el medio ambiente, es por ello por lo que los maestros Andrés Romero y Sandra López, dirigen el proyecto “Sobre ruedas”, este busca que los niños y jóvenes, por medio de elementos reutilizables o, incluso desechables, decoren cada rincón de su institución educativa, asimismo, los estudiantes de grado décimo y undécimo podrían realizar su servicio social haciendo mejoras en las instalaciones educativas y optimizar la situación ambiental que, a fin de cuentas, afecta al contexto general del lugar donde residen.

Este proyecto motiva de forma distinta a cada estudiante, ya que no sólo podrían ver lo que se lleva a cabo como una obligación académica, también activa su creatividad y estarían dispuestos a cambiar la imagen de la institución, al mismo tiempo incentivan a sus compañeros a continuar con el proyecto. Ello no se queda dentro de

la escuela, es un ejercicio que conlleva a la profundización del ejercicio docente, haciendo hincapié en el cambio del hábito de cada estudiante desde sus hogares.

Este proyecto le da una visión utilitaria de aquellos residuos sólidos que muchas veces desechamos sin tener conciencia de que podemos reutilizarlos y mejorar las condiciones climáticas y ambientales de nuestro contexto. Sin embargo, este proyecto podría llevarse a cabo no sólo a nivel escolar, también comunitario. Por ejemplo, este proyecto podría funcionar en poblaciones vulneradas, no sólo para cambiar el aspecto del entorno, sino generar conciencia en más habitantes. Asimismo, el proyecto humanizaría y concientizaría aún más, si estos residuos se usaran para darle una camita y comida a animales que viven en la calle, esta posición denota en cada habitante y en cada estudiante la preocupación por el



medio ambiente y por cada ser que habita en su contexto.

En síntesis, el proyecto “sobre ruedas” es una estrategia sostenible y un ejercicio académico extracurricular, que genera impacto

en cada miembro de la comunidad, no sólo escolar, sino a nivel social. Con ello, estos dos docentes reivindicarían la importancia de integrar a los demás miembros de las familias de los estudiantes para que sea un trabajo en conjunto.



Reseña crítica del video “Experiencias transformadoras en evaluación en preescolar”

Mariana López Riaño

En el video anterior, se tiene como propuesta el registro de logros y nuevos aprendizajes por medio de bitácoras. No obstante, esto se lleva a cabo de manera virtual; los niños en sus casas registran todo lo aprendido en sus clases. De tal forma, ello es una estrategia de evaluación, en la que los docentes miden los conocimientos que adquirieron sus alumnos por medio de la evidencia; la bitácora.

Es una estrategia interesante y, asimismo, benéfica, tanto para el maestro, como para el alumno. Aquí, el alumno sentirá una motivación e interés por sus clases, ya que él verá en su bitácora todo lo que ha podido aprender a través de su maestro y el acompañamiento de sus padres. Por otro lado, será una evidencia para el docente, no sólo de lo que el niño aprende, sino cómo este se vincula con su alumno y genera una conexión emocional por medio de su ejercicio docente.

Pese a que sea una buena estrategia, esta podría traer consigo ciertas complicaciones. Inicialmente, esta estrategia fue propuesta para el aula virtual en un contexto rural, sin embargo, ¿qué sucede con los niños que no cuentan con una red de internet en su hogar? Aquí no generaría un aprendizaje tan significativo, ya que la estrategia estaría dirigida a aquellos estudiantes que disponen de los medios suficientes para educarse desde casa. Siendo así, esta estrategia debería remodelarse (siendo el caso de la ruralidad). La intención sería que ningún niño se excluyera de la estrategia de las bitácoras, es por ello que se deben crear varias alternativas. Por ejemplo, aparte de las video clases, debería implementarse la alternativa de comunicarse con aquellos niños que no cuentan con conexión a Internet, pero sí cuentan con un móvil; esto permitiría realizar llamadas con los niños, lo que le brindaría la oportunidad de registrar



su experiencia con las bitácoras. En segunda estancia, motivaría más al niño si no se define una nota, sino que les daría “caritas felices” y una retroalimentación reconociendo el desarrollo del niño frente a las bitácoras sin que se excluya los que tengan poca o una nula conectividad.

Concluyendo así, la estrategia es relevante para la noción

socioemocional de los niños de preescolar, en la que no se desligan los aspectos académicos; puesto que ambas se complementan en el ejercicio de enseñanza-aprendizaje. No obstante, para que sea un verdadero aprendizaje significativo, hay que entrar a considerar aspectos del contexto sociocultural en el que los menores se encuentran.



La dimensión espiritual del educando frente a la intelectual

Juan Camilo Cerón Zambrano

Valencia Prado, Paola Alejandra. Inserción de las estudiantes y sus familias en la vida celebrativa de la Iglesia Católica. Fundación Compartir (YouTube), 14 de noviembre de 2020. <https://www.youtube.com/watch?v=2cE3Q6mWSkI>

Se realiza un análisis crítico sobre el video titulado Inserción de las estudiantes y sus familias en la vida celebrativa de la Iglesia Católica, publicado por la Fundación Compartir en el que se evidencia una desarticulación de la dimensión religiosa y la intelectual de los estudiantes de la institución educativa. El análisis se va a realizar de forma entrelazada entre lo propuesto en el proyecto educativo y los aspectos en los que se encontraría la desarticulación con la dimensión intelectual.

Este video presenta un proyecto educativo orientado a la fe, la caridad y la esperanza de la comunidad educativa del colegio Claretiano Santa Dorotea, para estudiantes de los grados: cuarto, quinto, sexto y décimo. Como material didáctico utilizaron material audiovisual (videos), los

cuales fueron compartidos con los estudiantes.

La intención del proyecto educativo era la explicación y motivación de los tiempos litúrgicos de la iglesia católica (temporadas y fiestas que celebran el culto público de la iglesia) durante el tiempo que duró la pandemia del COVID-19. En consecuencia, se entiende a la fe como el pilar fundamental de esta comunidad educativa, debido a que se considera como el camino sano y seguro para llegar a la virtud (Sánchez, 1988); no obstante, en el video no se presenta como la dimensión espiritual favorece al desarrollo cognitivo, social y emocional de los educandos, ni tampoco, como la fe se articula con la educación formal que debe prestar una institución educativa.



Deja de lado aspectos como la formación integral contemplada en la Ley 115, la cual estipula que la educación debe favorecer la totalidad de las dimensiones de los alumnos (cognitiva, emocional y social). Esto se debe a que el proyecto al orientarse en la espiritualidad deja de lado el conocimiento y las competencias sociales con las que debe contar un ciudadano. Lo anterior resulta un problema en términos académicos, ya que se le está dando prioridad a una dimensión en la que no se proponen criterios claros de evaluación, colocando en el centro de la educación no el desarrollo humano, sino que corre el riesgo de caer en una dogmatización de una comunidad.

Asimismo, el proyecto está mediado por las TIC (tecnologías de la información y las comunicaciones) lo que es acorde con el contexto global en el que se encontraba la sociedad en el año 2020. No obstante, no se desarrolla a profundidad la medición cualitativa o cuantitativa de los productos entregados por los alumnos, se entiende que es una dinámica de

reflexión compartida entre pares; sin embargo, como educadores no se debe dejar de lado la formación y evaluación de procesos y competencias de las áreas del conocimiento.

De la misma manera, la recomendación de un seminario vacacional con orientación religiosa resulta una manera práctica y apropiada para profundizar en lo trabajado durante este periodo, de igual modo, la articulación de los padres dentro de la visualización y divulgación del material es pertinente para fortalecer el aprendizaje, debido a que los estudiantes pueden realizar charlas junto con sus padres.

En definitiva, el proyecto educativo es coherente con el momento histórico por el que estaba pasando la institución educativa y la sociedad en general, también se resalta el ejercicio conjunto de la comunidad educativa para fortalecer la dimensión espiritual de los estudiantes. Aun así, al centrarse solo en una dimensión religiosa se dejaron de lado aspectos cognitivos, sociales y emocionales de los



estudiantes; de igual forma, en cómo se plantea esta propuesta y se generó contenido audiovisual para fortalecer los valores católicos del colegio, esto evidencia una debilidad en ese mismo empeño por

articularlos con la educación en áreas específicas, tampoco se observa cómo se pueden articular de manera transversal o vertical en el currículo académico de la institución.



La educación no es solo diversión

Juan Camilo Cerón Zambrano

Fundación Compartir. (2020, noviembre 14). *Escape Room: en busca de la pócima perdida* [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=j_tBaOMrgg8

Se realizará un análisis crítico sobre el proyecto educativo titulado *Escape Room: en busca de la pócima perdida*, el cual fue publicado por la Fundación Compartir, permite evidenciar un enfoque constructivista en el que se trabaja con los intereses de los estudiantes, además se observa al maestro como un mediador o jalador del aprendizaje, el trabajo fue realizado con estudiantes de la localidad de Bosa en el año 2020.

El planteamiento educativo es innovador, sin embargo, presenta una sobrevaloración de lo lúdico en detrimento del conocimiento teórico, para demostrar esto se va a realizar en dos momentos: primero se destacarán los aciertos de la propuesta; y en el segundo, se manifestarán las preocupaciones y se cuestionarán algunos aspectos de este.

El video presenta una propuesta educativa orientada a la resolución de problemas mediante la actividad de *escape room* que combina aspectos como la narrativa y la gamificación. Además, se articula un podcast titulado chicharra, que tiene tres capítulos, los cuales contienen pistas para el desarrollo del *escape room*.

Lo que se pretende es el desarrollo y la profundización de los intereses de los estudiantes, el enfoque epistemológico que se prioriza es el orientado a las áreas de filosofía, tecnología y ciencias. Los docentes observan en cada uno de los retos presentados en el proceso de enseñanza-aprendizaje como una oportunidad no como una amenaza. El conjunto de esta idea pretende generar habilidades para el siglo XXI, motivando a los profesores a realizar clases más didácticas.



La propuesta didáctica presentada, a pesar de estar bien articulada con las “nuevas” tendencias educativas, está dejando de lado el conocimiento teórico, el cual es fundamental para una correcta comprensión de los procesos cognitivos a desarrollar en los estudiantes. Es decir, se está obviando la importancia de la teoría en la educación, como base de cualquier actividad humana. La reducción del proceso educativo a lo lúdico puede limitar la función formativa y epistemológica de la escuela que es generar conocimiento. Asimismo, es deber del docente conocer que existen contenidos temáticos que pueden requerir de una estructura más rígida en la enseñanza, como por ejemplo los procesos de lectoescritura desde un nivel mecánico.

Enfocar el proceso de enseñanza-aprendizaje en lo lúdico o en los juegos, representa un riesgo para el propio estudiante en su proceso de formación, debido a que es necesario estructurar una buena base de conocimientos alrededor de las actividades, es decir, cada una de

las acciones desarrolladas en el ámbito educativo debe estar secuenciado en niveles cognitivos (taxonomía de Bloom), para un correcto proceso de asimilación y acomodación (Piaget) en el cerebro del alumnado. Si solo se enfoca en lo divertido puede dificultar la adaptación a actividades menos estimulantes como la lectura, la escritura o la resolución de problemas matemáticos.

Por otro lado, el plan de formación pretende generar habilidades para el siglo XXI, en el video no se expresan o se ejemplifican cuáles son esas habilidades necesarias para los retos de este nuevo siglo. Lo anterior, representa una debilidad de la estrategia, puesto que demuestra que se carece de los objetivos generales y específicos, como consecuencia corre el riesgo de reducirse a una actividad lúdica sin ningún componente académico. Es un acierto querer integrar los medios digitales de difusión para la educación; sin embargo, sigue estando desconectado de un carácter pedagógico al no mencionar de



forma clara y concisa cual es el producto de esta intervención.

En conclusión, la propuesta educativa resulta en una forma atractiva de acercarse a los estudiantes, también es un hecho que es mucho más fácil acercar la educación si los estudiantes están involucrados de manera activa en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Sin embargo, no se puede dejar de lado el aspecto teórico de la

educación, se debe reconocer que los estudiantes no son una tabula rasa, para poder trabajar desde esos conocimientos previos, pero no se puede ignorar que el estudiante también debe acercarse a los conocimientos centrales de una disciplina para poder acercarse a un mundo lleno de retos que no implican solo la diversión, sino también el compromiso y el aburrimiento.



La conexión entre lo lúdico y la teoría

Juan Camilo Cerón Zambrano

Fundación Compartir. (2020, noviembre 3). Noticiero JIT Kids, Colegio Jorge Isaacs [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=QK2Byvbv3hc>

A continuación, se presentará el proyecto educativo titulado Noticiero JIT Kids desarrollado en el colegio Jorge Isaacs durante la pandemia del COVID-19 en Colombia. En esta estrategia se puede observar un enfoque constructivista en el que el estudiante es el centro del proceso de enseñanza-aprendizaje; el plan didáctico pretende cerrar una brecha de desigualdad social con relación a la posibilidad de conectividad a las sesiones asincrónicas predominantes en este momento histórico mediante la creación y divulgación de un noticiero relacionado con las temáticas vistas en clase.

La intención del presente texto es evaluar la implementación del noticiero, además se pretende exaltar los aciertos de los docentes al evaluar de forma correcta su contexto y buscar una solución

lúdica sin dejar de lado la parte teórica.

La propuesta pedagógica presentada permite que los estudiantes exploren sus habilidades creativas y narrativas junto con el acompañamiento de sus padres, mediante la realización de un video, en el cual los estudiantes toman el papel de reporteros, lo que les permite no solo expresarse, sino también reforzar sus aprendizajes en las sesiones virtuales, debido a que el contenido de este debe ser la creación de una noticia referente a lo visto en cada clase. La periodicidad del proyecto es semanal, y no solo consta de la interacción del alumnado, sino de una participación activa del docente como mediador del conocimiento y como participante del proyecto mediante la edición y grabación del noticiero.

La planeación de la actividad junto con su implementación es un



acierto y un ejemplo de innovación pedagógica, sacando a los estudiantes del entorno monótono de la escuela, aprovechando la virtualidad para maximizar el proceso de enseñanza-aprendizaje de los estudiantes. Además, permite la participación de toda la comunidad educativa, y el desarrollo integral de los educandos.

Ahora bien, cabe preguntarse por las limitaciones del proyecto. Es importante repensar el diseño del proyecto luego de la pandemia, dentro de esta realidad la virtualidad es la única manera en la que se pueden realizar las clases, esto es una limitante debido a que no se piensa en la utilidad del proyecto fuera del contexto histórico, el éxito de este sería la posibilidad de expansión; sin embargo, se debería plantear la posibilidad de extenderlo después de la pandemia, debido a que resulta ser un ejercicio de evaluación diferenciado enfocado en

la transmisión de los conocimientos aprendidos por parte de los estudiantes.

También, se debería pensar de una manera transversal en toda la institución, permitiendo que sean los estudiantes de cursos superiores los que desarrollen el material para los estudiantes de cursos inferiores, lo que favorecería el desarrollo de habilidades comunicativas y sociales por parte de toda la institución, no solo de los más pequeños.

En conclusión, los profesores de esta institución educativa fueron acertados en la planeación y ejecución del proyecto educativo, a pesar de estar dirigido a estudiantes de transición, fue dirigido y acompañado correctamente, lo que a lo mejor causo una mayor apropiación de los conocimientos vistos en clase. Resulta importante resaltar la correcta integración entre lo lúdico, lo pedagógico y lo teórico en este proyecto.



Reseña crítica: Herramientas pedagógicas en pandemia

Juan David Romero Espinosa

La siguiente reseña crítica tiene como objetivo analizar la importancia y pertinencia de las herramientas pedagógicas diseñadas durante la pandemia del Covid-19 en tres instituciones educativas distintas, las cuales se evidencian en los videos publicados por la Fundación Compartir: El arte de escribir en tiempo de pandemia, Historias de vida y Facebook, más que una red social. El texto se dividirá en los siguientes momentos: un breve resumen de cada video que expone de qué trata cada intervención, seguido de un análisis crítico y concluyendo con el juicio sobre la pertinencia que tienen estas experiencias en el contexto de la clase Gestión de Proyectos Educativos y Sociales.

El arte de escribir en tiempo de pandemia fue un proyecto educativo desarrollado por la Institución Educativa Departamental Rural La Plazuela, ubicada en el municipio de Cogua, Cundinamarca.

Este proyecto buscó fortalecer la creación de textos, el análisis y los procesos de lectura y escritura durante el confinamiento. El propósito era unir a las familias y mejorar su calidad de vida mediante la expresión escrita. Luego de emplear estrategias de trabajo en equipo para hacer llegar las circulares y guías pedagógicas a los hogares, se recibieron 2.700 trabajos escritos y dibujados por parte de estudiantes, padres de familia, docentes y administrativos; de los cuales se seleccionaron 250 que conformaron la primera edición del periódico institucional titulado El Eco Escrito.

Esta experiencia tuvo un impacto muy significativo en la comunidad y eso se ve reflejado en la participación activa por parte de la comunidad educativa, fue un gran acierto democratizar la actividad haciendo un esfuerzo para llevar hasta los hogares las guías sin el uso de internet. Los escritos recopilados



sirven como testimonios históricos sobre cómo el coronavirus transformó la vida cotidiana y la manera de dar y recibir educación en el ámbito rural. Es una experiencia significativa que destaca la importancia de la transversalidad de la lectura y la escritura en todas las áreas del plan de estudios, siguiendo los lineamientos del Ministerio de Educación Nacional.

Por otro lado, en el video Historias de vida, se detalla la estrategia pedagógica implementada por la IED Técnico Comercial José de San Martín. Al principio, la docente habla de los principales inconvenientes de la comunidad educativa durante la pandemia y enfatiza la falta de programas de educación a distancia y las brechas tecnológicas. La institución enfrentó problemas como la deserción escolar y una fuerte carga emocional en la comunidad, lo que obligó a dar un giro a las prácticas docentes. Se creó una propuesta basada en el aprendizaje integral mediante la formación de nodos (Lógico, Crítico y Creativo). Esta estructura permitió integrar diversas áreas del conocimiento en un solo proyecto,

flexibilizando la evaluación y el currículo. El ejemplo del video muestra el nodo creativo, que desarrolló una guía basada en la historia de vida real del empresario Arturo Calle. A partir de su trayectoria, áreas como religión, artes, educación física y educación empresarial diseñaron actividades conjuntas.

La aplicación de estas guías permitió que los alumnos trabajaran en sus propios proyectos productivos pedagógicos, fomentando habilidades como el liderazgo, el manejo de finanzas y la ética empresarial. Se demostró que el trabajo por nodos y el aprendizaje basado en historias de vida fueron la mejor solución para reinventar el quehacer pedagógico y responder a las necesidades de los estudiantes en un momento de crisis. A pesar de que el proyecto se desarrolló de una manera significativa, la presentación empleada para el video deja mucho que desear estéticamente, ya que es incómoda de leer e interpretar.

Por último, el video titulado Facebook, más que una red social, presenta la experiencia de la docente



Marisela Castro Suárez, de la Institución Educativa Departamental Integrado de Pulí (Sede Urbana Rafael Pombo), quien utilizó las redes sociales para superar las barreras de comunicación durante la pandemia. La comunidad de Pulí, Cundinamarca, enfrentaba serias dificultades de conexión a internet. Los padres de familia del grado transición realizaban un gran esfuerzo económico para comprar paquetes de datos y mantenerse comunicados vía WhatsApp. Al notar que la mayoría de las familias tenían acceso a Facebook, la docente implementó esta red social como una herramienta de motivación. El objetivo fue crear un espacio para compartir las actividades escolares y dar mayor profundidad a los contenidos de los proyectos pedagógicos.

La iniciativa resultó gratificante, con una respuesta positiva de los padres. El grupo de Facebook sirve como evidencia del trabajo realizado y del progreso de los niños de preescolar. La docente concluye que la falta de conectividad equivale al aislamiento del progreso. Hace un llamado al gobierno para

que preste más atención a las necesidades tecnológicas de las comunidades rurales y de provincia, lo que lleva a una reflexión, y es que a pesar de que los maestros muchas veces tienen la capacidad de resolver problemas de forma efectiva, hay problemas estructurales que no deben ser ignorados por el bien común.

En conclusión, estas tres experiencias demuestran que la gestión de proyectos educativos y sociales es exitosa cuando prioriza la lectura del contexto sobre la infraestructura técnica, pues tanto la creación literaria en Cogua como el aprendizaje por nodos en San Martín y el uso estratégico de redes en Pulí evidencian que la innovación pedagógica radica en la capacidad de adaptar el currículo a las realidades humanas y territoriales, convirtiéndose así en referentes fundamentales para nuestra clase al validar que un proyecto es pertinente sólo si logra transformar las limitaciones estructurales en oportunidades de cohesión comunitaria y aprendizaje significativo.



Reseña crítica sobre material audiovisual de la Fundación Compartir

Alison Daniela Prieto Rodríguez

El video “*Zombí matemático*” presenta una explicación didáctica del análisis de funciones matemáticas, pero usando un enfoque creativo y cercano, probablemente con una narrativa o personaje (el “zombi”) para hacer el tema más interesante.

El contenido de esta estrategia, se usa en centrar cómo se analiza una función matemática a partir de sus elementos principales como el dominio, raíces o intersecciones y demás características matemáticas, esto con el propósito de hacer de la educación un proceso más didáctico en el que los estudiantes se motiven a continuar con su aprendizaje sin que lo vean como algo tedioso o difícil de aprender.

El video logra hacer un tema complejo más accesible, lo cual es clave en matemáticas. Su mayor acierto es combinar explicación

técnica con creatividad, algo que facilita el aprendizaje.

En general, es un video educativo útil que busca enseñar el análisis de funciones de forma clara y entretenida. Es ideal para reforzar conceptos o introducir el tema, especialmente para estudiantes de secundaria.

Por su parte, el video “*Emisora Stereo San Benito*” presenta la explicación de un docente sobre la creación o funcionamiento de una emisora radial, probablemente en un contexto educativo. A través de un formato sencillo, el expositor muestra elementos básicos relacionados con la producción de contenido radial, apoyándose en herramientas tecnológicas como un computador y software de audio.

El contenido parece centrarse en cómo organizar y transmitir información mediante una emisora, destacando la importancia de la comunicación, la planificación y el



uso de recursos digitales. Además, el video puede estar vinculado a un proyecto escolar o institucional, en el que se busca que los estudiantes comprendan cómo funciona una emisora y cómo pueden participar en ella.

El estilo es claro y directo, lo que facilita la comprensión, especialmente para estudiantes. Aunque es un video corto, logra transmitir la idea de que la radio sigue siendo un medio importante para informar, educar y conectar a las comunidades.

El video “Aprender juntos” presenta una propuesta educativa centrada en la importancia del aprendizaje colaborativo dentro de una institución escolar. A través de la intervención de una estudiante (Katerine Franco), se expone cómo el

trabajo en equipo y la participación activa favorecen el desarrollo académico y personal.

El contenido destaca que aprender no es un proceso individual, sino colectivo, en el que compartir ideas, escuchar a otros y construir conocimiento en grupo permite una mejor comprensión de los temas. Este enfoque coincide con prácticas educativas actuales que buscan fortalecer la interacción entre estudiantes mediante recursos audiovisuales y digitales

El video utiliza un lenguaje sencillo y cercano, lo que facilita que cualquier espectador, especialmente estudiantes, entienda el mensaje. Además, su formato breve hace que la información sea directa y fácil de asimilar.



El uso de la radio como mediación educativa en contextos contemporáneos

Lizeth Magerly Vanegas García

En el municipio de La Vega surge una experiencia pedagógica en la Escuela Normal Superior de Junín llamada Conexión educativa: acompañamiento remoto por radio, con el fin de ser utilizada de distintas formas y que pudiera “reusarse” como un mecanismo accesible, en el cual participaran todos los miembros de la comunidad. A lo largo del proyecto, se dio apertura a un laboratorio investigativo, se escogieron temas transversales y se contó con invitados que enriquecieran este espacio.

Esta estrategia pedagógica me resulta útil de acuerdo con la vía que propone, la cual es una educación remota. Esta herramienta permite enriquecer distintos espacios que no necesariamente coexisten dentro de un aula física. Al tratarse de una modalidad remota y contar con un escenario diferente donde se propicia el aprendizaje, posibilita pensar más allá de lo que ocurre en el aula de clase.

De esta forma, al ser una estrategia pensada en un contexto postpandemia, donde maestros y estudiantes se vieron vulnerables ante la falta de recursos pedagógicos, se evidencia cómo los docentes buscaron resolver esta situación a través de una herramienta “cercana”, con el fin de incentivar el aprendizaje. Esto resulta especialmente significativo en estudiantes que, en muchos casos, no utilizaban el computador con fines académicos. Así, esta estrategia permite innovar en estos escenarios, fortaleciendo el interés por participar.

Por otro lado, surge la duda de si el interés de todos los estudiantes puede ser igual o realmente autónomo frente a la reutilización de un medio como la radio, el cual ha perdido relevancia ante el auge de las TIC, que ofrecen acceso más rápido y directo a la información. Además, es importante cuestionar la idea de que los jóvenes no poseen un



interés genuino por aprender, ya que este desinterés puede estar más relacionado con las estrategias pedagógicas utilizadas que con los estudiantes en sí.

En conclusión, es una herramienta que permite generar

espacios dinámicos de aprendizaje; sin embargo, se queda un poco corta frente a los desafíos actuales relacionados con el interés y la motivación de los estudiantes en contextos mediados por nuevas tecnologías.



Aprendizaje activo a través de la educación musical

Lizeth Magerly Vanegas García

En el Colegio Parroquial Nuestra Señora del Consuelo, el profesor César Bran Herrera, músico, presenta su proceso pedagógico y artístico desarrollado en una fundación, en el cual evidencia cómo se pueden fortalecer los procesos de aprendizaje a través de la música. Asimismo, muestra cómo los estudiantes se hacen más partícipes de su proceso formativo mediante esta forma de enseñanza en un contexto postpandemia.

Esta herramienta se puede comprender como una estrategia de aprendizaje activo, en la que el estudiante participa de manera directa en la construcción de su conocimiento. Además, al involucrar instrumentos musicales, la creación de sonidos y melodías rítmicas dentro de los procesos de aprendizaje, se transforma la enseñanza en una experiencia diferente y significativa. Esto permite vincular especialmente a aquellos estudiantes interesados en la música, evidenciando que su ritmo

de aprendizaje se relaciona con sus intereses y motivaciones.

Al tratarse de una propuesta postpandemia, también posibilita innovar en escenarios tanto virtuales como presenciales. Desde el enfoque musical, el docente no solo enseña contenidos, sino que también fomenta la construcción de sentido en el aprendizaje. En primer lugar, al incluir instrumentos, se promueve que los estudiantes tomen una actitud activa frente a lo que desean aprender. En segundo lugar, se destaca el acompañamiento de las familias, quienes han mostrado interés y apoyo hacia esta propuesta, fortaleciendo así el proceso educativo.

Por otro lado, al ser una clase asincrónica, existe el riesgo de que algunos estudiantes pierdan el interés, debido a los tiempos de atención, que pueden disminuir rápidamente si no hay una mediación constante o estrategias que mantengan la motivación.



En conclusión, el uso de la música como herramienta pedagógica favorece la participación, la motivación y el aprendizaje significativo; sin embargo, requiere

de estrategias complementarias que mantengan el interés de los estudiantes, especialmente en contextos asincrónicos.



Enseñar desde la necesidad, transformar desde la acción

Lizeth Magerly Vanegas García

En la Red Oriéntanos Arauca surgió el proyecto de radionovela “Secretos en familia” como una estrategia pedagógica dirigida a niños, niñas y jóvenes araucanos durante el contexto de la pandemia. Esta iniciativa se enfocó especialmente en poblaciones con bajos recursos económicos y en familias rurales, quienes se vieron mayormente afectadas por la falta de acceso a herramientas tecnológicas y a una educación virtual de calidad. Frente a esta realidad, los docentes, haciendo uso de sus propios recursos y motivados por su compromiso social, elaboraron guiones y contenidos radiales con el propósito de fortalecer su quehacer pedagógico y garantizar la continuidad de los procesos educativos en contextos adversos.

Este proyecto nace intrínsecamente desde el aula, lo que significa que no surge como una imposición externa, sino como una respuesta auténtica a una necesidad

identificada por los propios docentes. Son ellos quienes, al reconocer las dificultades de sus estudiantes, decidieron actuar de manera creativa e innovadora, buscando alternativas accesibles para su comunidad. En este sentido, la radionovela se convierte no solo en una herramienta pedagógica, sino también en un medio de comunicación cercano, significativo y culturalmente pertinente. Además, evidencia cómo la vocación docente y el compromiso con la educación pueden trascender los límites y generar propuestas transformadoras.

Un aspecto relevante de esta experiencia es que inició de manera local logró expandirse a otros escenarios comunicativos, siendo transmitida en distintos espacios periodísticos y radiales. Esto permitió no solo ampliar su cobertura, sino también fortalecer el impacto social del proyecto, llevando



mensajes educativos y reflexivos a un público más amplio.

En conclusión, este tipo de proyectos demuestra que las transformaciones educativas reales surgen cuando existe un trabajo conjunto entre la escuela y la comunidad. La participación activa de las familias, docentes y

estudiantes permite construir aprendizajes más sólidos y pertinentes, respondiendo a las necesidades del entorno. En este caso, la propuesta no solo impacta en el ámbito académico, sino que también fortalece aspectos sociales, culturales y emocionales en los participantes.

Grafo al colegio





Crónicas Liceo Octavio Paz

Dirección: Camilo Abril Leal

Aprender a soltar entre botellas

Sara Sofía Lozano León

Grado décimo

Desde que nací, estuve en una familia donde la prioridad era la cerveza. Muchas veces los veía sufriendo por dinero, pero en aquella casa de Bosa que construyó mi abuelo, pasaban sus penas entre botellas. Cuando una gota de alcohol entraba en ellos, discutían sobre cosas del pasado, resentimientos sobre infidelidades o temas que hacían dudar de la verdad; conversaciones que siempre terminaban en gritos y lágrimas y, de vez en cuando, en golpes y amenazas. Mis tíos y mi madre vivieron en ese ambiente por años, el cual se mantiene hasta la actualidad.

A mis tíos les marcó ese entorno donde la cerveza era la prioridad de mis abuelos. Aun así, crecieron y estudiaron. Mi tío Stiven, formó su propia familia y se fue al barrio Galán, a la casa de los padres

de su pareja. Más tarde nació mi prima Samantha, una niña a quien mi tío, por el trauma de no haber tenido nada de pequeño debido a la preferencia de sus padres por el licor, le dio todo lo que pudo.

Por otra parte, esta mi mamá, quien permaneció junto a mis abuelos. A diferencia de mi tío Stiven, mi papá fue quien decidió ir a vivir a la casa donde crecí. Mi mamá quedó embarazada a los veinte años y fue ahí cuando llegué al mundo. Fui la primera nieta, sobrina e hija en ambas familias, pero no tuve la misma suerte de Samantha; mis papás apenas eran unos niños y decidieron no estudiar. Por último, está mi tío Beimar, el mayor de todos; él se enfocó en sus estudios, logró lo que quería y, en 2018, junto con mi madrina, se fue de la casa.

Debido a la gran diferencia económica y de atención, crecí con un resentimiento hacia mi prima; la menosprecié y traté mal cada vez que se me permitía hacerlo. Sin embargo, encontré un problema más grande que me marcaría significativamente: el contraste entre tenerlo todo y no tener nada, una gran diferencia entre Samantha y yo. A pesar del esfuerzo que hacía para que me dieran las cosas, no las recibía, mientras veía cómo a Samantha se las daban sin esfuerzo alguno. Sin importar la situación, yo solo quería tenerlo todo, pero ¿qué era tenerlo todo?

Nunca pude resolver esa pregunta, pero a través de la búsqueda de aceptación pensé que podía hacerme notar y obtener algún fruto de mi esfuerzo. Sin embargo, de nuevo, para todos era más importante una cerveza y todo lo que

yo hacía quedaba en nada, mientras que Samantha, sin importar lo que hiciera, lo tenía todo.

A partir de estas vivencias, mi personalidad se volvió bastante clara: busco la perfección en todo y la aceptación de las personas, porque siento que sin eso nada está bien. Por otro lado, la ausencia de mi papá y la influencia del alcohol en mi familia provocaron que tuviera un odio y un resentimiento inmenso hacia ese entorno. Decidí dejar de darle importancia a ese tema, ya que me generaba un estrés que me hacía actuar inadecuadamente con quienes me rodeaban, y opté por aceptar que esta era mi vida. Aun así, reconozco que todos estos sucesos afectaron negativamente lo que soy ahora, pues me volvieron una persona hiriente y rencorosa con quienes percibo que me hacen daño.





Aprendí a no temblar

Johan Gabriel Gómez Cendales

Grado décimo

Nunca olvidaré aquella fría noche en la que tuve mucho miedo, pero decidí ser valiente. Siempre he tenido una muy mala relación con mi padre; él decidió irse cuando yo era muy pequeño. Por eso crecí con mi madre y mi hermano mayor. A pesar de que mi padre no estuvo, mi hermano fue como una figura paterna para mí, mi pilar y apoyo. Él siempre ha estado para mí como un padre; sin embargo, siempre me pregunté: ¿por qué decidió irse?, ¿por qué él es así?, ¿no soy importante para él?, ¿será que no le importo?

Desde que tengo memoria vivo con ellos dos y, la verdad, es mejor así. Él es alcohólico y muy agresivo. Mi familia me contaba que malgastaba el dinero y golpeaba a mi madre y a mi hermano; no tengo memoria de esto ya que era tan solo un bebé, pero no me cabe duda de que era un monstruo. Recuerdo que cuando iba al colegio, en la primaria, me preguntaban: "¿Usted no tiene papá?". Incluso, una vez le dije a mi

madre que volviera con mi padre porque yo quería tener uno.

Hace tres años la esposa de mi papá murió. Era una mujer muy trabajadora y bondadosa, rubia y muy linda. Falleció justo dos días después de mi cumpleaños, sin saber que eso cambiaría mi vida. Mi padre estaba muy mal, pues era una relación de nueve años. Incluso estuvimos unos días con mi hermanastro, que estaba aún peor. Tras el entierro, mi hermanastro se fue con su familia materna y mi padre se quedó unos días en nuestra casa. Ahí surgió la idea de que yo viviera unos meses con él para que no estuviera solo.

Acepté por lástima, pero fue la peor decisión de mi vida. Estuve allí cuatro meses que fueron un infierno. Él bebía cada noche y llegaba a insultarme; me decía que yo no era su hijo, que era un error y que ojalá nunca hubiera nacido. Un día, mi madre fue a visitarme y él, en su estado de embriaguez, empezó a



gritarle. La tensión subía y yo veía cómo él se acercaba a ella de forma amenazante.

Recuerdo que estábamos en el comedor. La luz amarillenta iluminaba la mesa y eso me recordó una vez que él peleó con mi madrastra muy fuerte y el piso quedó lleno de sangre. Pensé que eso mismo le podría pasar a mi mamá, la persona que más amo. No me importó ser pequeño y débil; me paré, lo empujé y me puse en su contra con mucho miedo. Pero valiente no es aquel que no tiene miedo, sino quien se arriesga a hacer algo teniéndolo. Él me empujó, pero no me caí. Cuando vi que mi madre ya había salido, yo también salí con ella. En ese momento llegó mucha familia y yo sentía mucha adrenalina.

Al final del día me fui con mi madre. Recuerdo cómo la sensación de estrés subía por mis piernas hasta mi cabeza; jamás había sentido tanta

rabia. Recuerdo la impotencia de no poder pelear justamente contra él y que, además, llegara toda mi familia a apoyar a ese monstruo.

Una vez con mi madre, regresé a mi casa materna. Ella se veía tan hermosa; yo sé que tenía mucho miedo, sin embargo, no quería parecer débil conmigo al lado. Ella es la mujer que más amo en el mundo y no dudaría en dar mi vida por ella. Después fui por mis cosas como un ladrón mientras él trabajaba; sin hacer daño, simplemente me estaba yendo. Así cerré una etapa inolvidable en mi vida. Esta experiencia me marcó e hizo quien soy. No sé si algún día podré sanar eso y perdonar al hombre que tanto daño ha hecho a mi madre, a mi hermano y a mí. A ese hombre viejo y egoísta. Sin duda alguna, me hubiera gustado tener un padre presente, pero comprendí que las peores cicatrices están en el interior.



La despedida y el regreso de la nueva era

Valeri Sofía López Amariles
Grado décimo

Todo empieza en el 2024, un sábado, un día normal. Yo estaba entrenando voleibol, pero en los últimos entrenamientos no me había ido tan bien y era frustrante. La verdad, ese sábado fue la gota que derramó el vaso; no me salía nada y tomé la decisión de dejar el voleibol.

Ese día llegué a mi casa y le conté a mi mamá la decisión que había tomado. Ella quedó sorprendida, pero no me quiso decir nada. En ese entonces no pensé que me afectaría, pero esas risas, esos regaños y esos momentos inolvidables en los entrenamientos empezaron a generar nostalgia en mí. Comencé a arrepentirme, aunque no pensaba volver.

Pasaron dos días y ya nada era normal; todo me hacía falta. Entonces mi mamá y mi papá se me acercaron y me dijeron:

—Está bien que te hayas salido, pero ya se nota la falta que te hace —dijo mamá.

—Sé que es frustrante, pero es normal fallar —agregó papá.

Sentí que algo me llamaba a volver, como una voz que decía: “tú puedes, te necesitan”. Pero yo seguía cerrada a regresar al voleibol y no podía controlar la frustración. Hasta que un día alguien tocó la puerta.

—¡Toc, toc!

—¿Quién es? —pregunté con un tono suave.

—Alguien que quiere que vuelvas con nosotras —respondió una voz al otro lado de la puerta.

Cuando abrí, no lo podía creer.

—¿Tú qué haces aquí?

—Vine para que volvieras —dijo mi capitana.

—¿Volver a dónde? —pregunté, tratando de ocultar mi interés.

Ella entró y se sentó conmigo. Tras un momento de silencio, me dijo:

—Si de verdad no te importara, no estarías aquí buscándome. Desde que me fui, se siente un vacío; los extraño todos los días.

En ese momento comencé a llorar. Sí las extrañaba, sí quería volver, pero tenía miedo de fallar otra vez.

—No voy a volver. Ya tomé una decisión. Por más que me hagan falta, no quiero volver a sentir que no sirvo.

Ella se levantó y, antes de irse, solo dijo:

—Si quieres volver, te estaremos esperando con los brazos abiertos.

Regresé con mi madre y le dije:

—Voy a volver al voleibol, pero a otro club.

—Está bien, si eso es lo que quieres —respondió ella con apoyo.

Cuando entré al otro club, todo se sentía raro. Sin embargo, un día mi entrenadora me dijo:

—Vale, buenas noticias. Un club quiere hacer un intercambio contigo, y es un club muy bueno.

—¿De verdad? ¡Qué felicidad! —respondí emocionada.

Cuando llegué a ese nuevo club, mis antiguas compañeras se quedaron sin palabras. Al verme, corrieron a abrazarme.

—¡Volviste! —decían con alegría.

—Sí, volví y no me volveré a ir, lo prometo —respondí.

Mi capitana me abrazó tan fuerte que, entre sus brazos, sentí que me decía: “te esperé por mucho tiempo y te extrañé demasiado”. Aprendí que no debo dejar lo que realmente amo por un momento de frustración; que es normal fallar y que tener personas que te apoyan y quieren lo mejor para ti es algo sumamente valioso. Hoy en día entiendo que también es importante descansar, aprender de los errores y seguir adelante.



La ausencia marca de por vida

Juan Pablo Morales Triviño
Grado décimo

Yo nací el 19 de septiembre de 2011, momento en el que mis padres aún estaban juntos. Durante mis primeros años, mi familia parecía estar bien y yo crecía en un ambiente tranquilo. Sin embargo, al cumplir los dos años, debido a problemas familiares, mis padres decidieron separarse, marcando el inicio de una nueva etapa en mi vida. Desde entonces, crecí al lado de mi madre, Johanna, una mujer guerrera, trabajadora y honesta que siempre ha luchado por darme lo mejor.

Físicamente, ella es una mujer de aproximadamente 1.60 de estatura, de piel blanca, tiene 36 años, el cabello negro, no muy largo y ligeramente crespo, que casi siempre lleva suelto. Su rostro es ovalado, con ojos oscuros que reflejan una mirada muy dulce; sus cejas son delgadas y su nariz es recta. Suele mantener una expresión serena y sociable, aunque su rostro también deja ver un carácter fuerte. Tiene hoyuelos en sus mejillas que resaltan cuando sonríe; viste de

manera sencilla, acorde a su personalidad, y su voz es fuerte, lo que refleja seguridad y firmeza.

En mi infancia, yo era un niño muy alegre, pero con el paso del tiempo comenzaron a surgir preguntas sobre la ausencia de mi padre: ¿por qué no estaba?, ¿dónde se encontraba?, ¿por qué no regresaba? Esas dudas empezaron a ocupar un lugar importante en mi mente. Aunque mi madre siempre ha intentado que no me enfoque en esa ausencia, yo siento un vacío que nadie ha podido llenar. Mi mamá es una mujer increíble que me lo ha dado todo, y no la culpo por haberse separado de mi padre; entiendo que cada persona vive las cosas de manera diferente. Sin embargo, también he tenido que enfrentar situaciones difíciles que han dejado huellas profundas en mí, momentos que no se borran con el tiempo y que, de alguna manera, aún me persiguen en silencio.

Han sido experiencias que me obligaron a crecer antes de lo que esperaba, llevándome a tomar decisiones apresuradas y, en ocasiones, equivocadas. Me he equivocado más de lo que quisiera admitir y hay elecciones que todavía pesan en mi conciencia; recuerdo constantemente lo que pudo haber sido diferente. No obstante, en medio de ese arrepentimiento, también he aprendido a no quedarme detenido en el pasado. Sigo avanzando, cargando con mis errores, pero intentando transformarlos en lecciones que me permitan ser una mejor versión de mí mismo.



Hoy en día, ese vacío sigue presente. Cuando veo a otras personas con sus padres, siento una nostalgia difícil de explicar, pero la guardo para mí porque pienso que, como hombre, no debo demostrar debilidad. Aunque hable con mi padre, reciba sus mensajes o su apoyo económico, sé que eso no reemplaza lo que realmente me ha hecho falta. Desde pequeño, lo único que he querido es tener a alguien que me apoye de verdad, alguien que esté ahí en todo momento. Y para mí, ese alguien deseado siempre ha sido mi padre. Este es un vacío que, aunque he aprendido a sobrellevar, sé que de alguna manera me acompañará siempre.



Religión

Evanyelith Vergara Díaz
Grado décimo

Una habitación desgastada, muy característica; en ella se encuentran dos camas casi juntas. No hay cocina, no hay sala. Solo una pequeña mesita de noche sirve como separación entre ambas camas y, arriba de esta, una Biblia. Familia religiosa. La casa está vacía; mis padres trabajando y mi hermana y yo, estudiando. No éramos las personas más sociables; sin embargo, a la hora del receso, nos quedábamos juntas.

Las horas pasan y la habitación permanece vacía hasta el anochecer. Mi hermana y yo somos las primeras en llenar ese vacío. Al entrar a esa habitación no hacíamos mucho, tal vez casi nada, solo lo que cualquier niña haría: cambiarse de ropa y pasar el resto de la noche jugando. Recuerdo nuestro peluche favorito, una especie de oso muy pequeño con la nariz alargada al que poníamos en múltiples situaciones.

La habitación solo cuenta con nuestra presencia mientras las horas

pasan y la noche se torna más oscura. Finalmente, mis padres llegan. Dependiendo del día, esto era negativo o positivo ya que, en algunos casos, mi madre llegaba cansada por causa del trabajo y, sobre todo, por pasar tiempo con su amante. Mi padre llegaba ebrio, mareado y actuando de manera irregular; siempre tomaba.

Discutían, solo que con una extraña diferencia a lo que conocemos como una discusión casual: el silencio. Nunca había gritos, nunca había golpes; solo un silencio abrumador que le afirmaba a cada niño que algo iba mal. Mamá no cocinaba, tal vez estaba demasiado cansada para hacerlo. Así que mi hermana y yo simplemente nos acostábamos.

En medio de la oscuridad, de ese silencio, yo buscaba la Biblia. La tomaba entre mis manos, cerraba los ojos y rezaba. Rezaba con una fe que solo un niño puede tener, con la



esperanza de que alguien allá arriba me escuchara.

—"Dios, por favor, solo quiero una cosa: que mis padres ya no discutan, que mis padres no se separen".

Esto, que era un gesto más que nada para protegerme, con el paso del tiempo se convirtió en una rutina. Esa desesperación se repetía cada noche con cada situación que iba mal. Y siempre pedía lo mismo, lo único que me hacía feliz en ese entonces. Hasta que un día las cosas simplemente fallaron; todo se quebró. El deseo no solo no se cumplió, sino que fue algo doloroso. Nunca cambió nada; las discusiones siguieron hasta que mi madre y mi padre se separaron. Esto me rompió.

Ver a mi padre llorar mientras tomaba y a mi madre insistiendo en que nos fuéramos con ella fue lo peor. Aún tengo esa imagen en mi cabeza; aún duele. Mi hermana

aceptó ir con mi madre y yo, por otro lado, le dije:

—"Mamá, acepto ir contigo solo si me prometes que no tendré otro papá".

—"Te lo prometo" —respondió ella.

Aunque, para mi desgracia, ese mismo día la promesa se rompió y llegamos a la casa de su amante. Una casa blanca, vacía, nueva. Lloré, lloré demasiado ese día. No podía aceptarlo, no lo asimilaba. Ese mismo día prometí una cosa: no volver a creer ni depender de un Dios, porque con ese hecho tan simple me di cuenta de que alguien externo no puede mejorar las cosas. Dejé de creer en la magia, en lo sobrenatural, y todo esto gracias al simple hecho de que el único deseo de mi "yo" de niña nunca se cumplió. Esta creencia y decepción fue aumentando con el paso del tiempo...



Si la vida tiene sentido, ¿la muerte puede arrebatárnoslo?

Diego Gibran Castaño Quintero
Grado décimo

Era una noche normal del 2020. Estábamos en el segundo piso de mi casa con mi mamá, mi tía, mi abuelo y mi primo menor. Mientras los adultos hablaban en la sala, absortos en su conversación sobre los problemas económicos y las deudas causadas por la pandemia, mi primo y yo jugábamos y bromeábamos como los niños que éramos, como si no tuviéramos ninguna otra preocupación salvo jugar, hacer tareas y dormir. Yo solía acostarme a las 8:30 p. m., pues tenía un horario estricto de sueño en esa época; sin embargo, entre la charla de los adultos y el juego, llegaron las 10:00 p. m. Mi mamá, al percatarse de la hora, decidió irse a dormir y llevarme con ella, ya que al día siguiente yo tenía clases virtuales y ella debía trabajar. Al llegar a la cama, mis párpados se sentían pesados, como si intentaran cargar un ladrillo, hasta que finalmente la somnolencia se apoderó de mí y caí en un profundo y tranquilo sueño.

Aproximadamente en la madrugada del día siguiente, me desperté mientras mi tía me llevaba en brazos. Me sentía desorientado, ya que me había despertado de forma repentina y ella no quería decirme qué estaba ocurriendo. Fui llevado al cuarto de mi primo mayor, quien en ese momento no estaba en la casa. Mi tía me acostó en la cama y dejó encendido el televisor, donde pasaban esas caricaturas clásicas que solo transmiten a esas horas. Recuerdo estar viendo los dibujos animados mientras pensaba en por qué me habían cambiado de habitación y por qué mi tía tenía los ojos rojos y brillantes, como si hubiera estado llorando.

De un momento a otro, comencé a llorar, como una mecha que había sido activada de repente. En ese momento, mi tía entró a la habitación y me vio; algo que hasta entonces solo había visto mi mamá por mis berrinches. Pero esta vez las lágrimas no eran de tristeza común;

eran como si estuviera soltando una carga que había retenido por horas. Aquella noche marcó el inicio de una profunda duda sobre la fragilidad de la vida.

Conforme pasaron los años, mi mentalidad cambió drásticamente. Pasé de ser el niño que obligaban a ir a la iglesia, creyente en Dios, a ser el niño, ya casi adolescente, ateo que cuestionaba todo. Tenía una mentalidad que podría llamarse pesimista, al decir que nada importaba porque en cualquier momento moriríamos y todo nuestro esfuerzo habría sido en vano.

Con el tiempo, esta mentalidad fue evolucionando y me di cuenta de que la muerte no es un castigo, sino un proceso natural de la vida que me negaba a aceptar. Recuerdo haber

vivido al menos dos años con episodios de ansiedad al pensar en la finitud de la existencia; pensaba que, si moría, no podría volver a jugar, a comer, a dormir y, sobre todo, a ver a mi familia. En esos momentos, llegaba llorando a los brazos de mi mamá buscando confort en medio de la tormenta que atravesaba mi cabeza, mientras ella me explicaba, día tras día, lo mismo, diciéndome una frase que me marcó para siempre:

“Hay que vivir y disfrutar la vida. Si vives con angustia y miedo, cuando estés en tu lecho de muerte te vas a arrepentir de haberte preocupado por cosas que aún no habían pasado”.





Sola era más seguro

Danna Kamila Márquez Camargo
Grado décimo

Era una noche fría del año 2024. La casa estaba en silencio, pero no era un silencio tranquilo; era uno de esos silencios pesados que quedan después de una discusión. Mi mamá lloraba en su habitación y yo estaba encerrada en el baño, sentada en el piso, intentando dejar de llorar mientras una pregunta daba vueltas en mi cabeza: ¿Por qué nunca fuimos suficientes para que él cambiara? Esa pregunta me acompañó durante muchos años.

Todo comenzó mucho antes, cuando yo era pequeña. Mi mamá siempre me contaba que el día en que nací fui la mayor alegría de mis padres, especialmente para mi papá. Sin embargo, todo cambió cuando nació mi hermano; desde ahí comenzaron las preferencias y también las actitudes de mi papá que, poco a poco, me fueron haciendo daño.

Crecí viendo cómo mi mamá lo perdonaba una y otra vez. Él prometía cambiar, decía que ahora sí

todo iba a ser diferente, pero siempre terminaba pasando lo mismo. Las noches en mi casa estaban llenas de peleas y gritos; algunas veces hasta llegaba la policía. Mientras tanto, mi hermano lloraba pidiéndole a mi papá que no se fuera de la casa. Yo veía todo eso en silencio.

Nunca hablaba de cómo me sentía porque siempre ponía primero a mi hermanito. Intentaba distraerlo o hacerlo sentir mejor para que no le afectaran tanto las cosas. Tampoco quería contarle a mi mamá mis sentimientos, porque sentía que ella ya tenía demasiados problemas encima y no quería ser una carga más.

Con el tiempo, todo el peso de la casa cayó sobre mis hombros. Me convertí en el apoyo de mi mamá y en la protectora de mi hermano, pero en ese proceso me olvidé de mí misma. Empecé a sentir que mi felicidad no era importante, que lo único que importaba era que ellos estuvieran



bien. Pero esa noche en el baño algo cambió. Entendí que no importa cuánto ames a alguien, no puedes obligarlo a ser una mejor persona si él no quiere.

A la mañana siguiente, mi papá intentó hablar con nosotros. Usó las mismas palabras de siempre, intentando causar lástima. Recuerdo que una vez le dije:

— Papá, estas son las consecuencias de sus actos. Acéptelas y déjenos en paz. Estamos cansados.

Él me respondió:

— Ustedes son mi vida, Kamila. No puedo vivir sin ustedes.

Y yo solo pude responderle:

— Si realmente lo fuéramos, no habría hecho todo lo que hizo.

Hasta hoy, él no ha vuelto a la casa y casi no tengo contacto con él. Su ausencia me enseñó, desde muy pequeña, a no depender de nadie más que de mí misma, a no pedir ayuda por más que la situación esté fuera de mi alcance y a dejar de

perdonar mil veces a las personas con la vana esperanza de que algún día cambien. También me enseñó, de la manera más dolorosa, que no siempre el amor es suficiente para que alguien decida ser mejor.

Entendí que perdonar no significa permitir que sigan lastimándote, y que a veces alejarse también es una forma de amor propio. Crecí aprendiendo a ser fuerte por necesidad, no por elección, y aunque muchas veces me hizo falta un padre, eso me ayudó a convertirme en una persona más consciente e independiente, con la certeza de que merezco tranquilidad y respeto. Comprendí que no es mi responsabilidad cargar con los errores de los demás, ni mucho menos tratar de justificarlos cuando son plenamente conscientes de sus acciones. Aprendí que hay batallas que no me corresponden y que las personas solo cambian cuando realmente lo desean. Desde entonces, dejé de esperar versiones distintas de gente que siempre termina siendo la misma.



Una tarde con ella

Juana Valentina Reina Gómez

Grado décimo

A lo largo de mi vida y crecimiento, he estado acompañada y rodeada de personas maravillosas que me han guiado y han influido en gran parte de lo que soy ahora: mi forma de actuar, de pensar o incluso la forma en que me expreso o reacciono socialmente. Sin embargo, existe una persona en específico que me ha moldeado y me ha forjado en cada aspecto de mi vida, en mi personalidad, mis gustos, mis pensamientos y muchas otras cosas más; una persona que, desde niñas y muchas veces sin darse cuenta, forjó y creó a una persona desde cero.

Nathalia, mi hermana, es una persona con capacidades y habilidades increíbles; es un mundo entero por descubrir y he tenido la fortuna de poder descifrarlo. Desde el primer día que llegué al mundo, ella se ha encargado de hacer mi vida mucho más divertida. Con ella, las tardes de juego después del colegio eran indispensables en mi rutina: descubrir música o artistas nuevos, jugar en nuestro portátil —que

generalmente era "robado" de la habitación de mi tío— y dejarme llevar por las ocurrencias que se le presentaban en cada juego. Con estas y muchas otras actividades, convertimos la casa en un espacio en donde solo existían nuestras carcajadas, imaginación y unión. Crecer con ella y aprender de ella hizo que, de cierta manera, desarrollará una dependencia a su compañía; inconscientemente, y siendo una niña, empecé a vivir por ella.

Las tardes comenzaban desde que salíamos del colegio. Cabe aclarar que tenía que esperar una hora a que ella saliera de sus clases, ya que nos llevamos tres años de diferencia. Una vez juntas, caminábamos hacia casa y, apenas cruzábamos la puerta, el mundo exterior desaparecía. Nuestro lugar sagrado era un mueble construido por mi abuelo, mi papá y mi tío; era alto, de madera y tenía cinco cajones de gran tamaño para guardar cuantas cosas quisiéramos. Estaba

forrado con papel de regalo de varios programas de televisión. Con el paso del tiempo y con la llegada de las navidades, fuimos llenando el mueble en su totalidad, haciendo que pareciera nuestra propia juguetería. Nos parábamos frente a él, lo mirábamos de arriba abajo escaneando qué juego sería el elegido para comenzar la tarde.



Es así como entre juegos de mesa, canciones, muñecas, internet y una cámara, convertíamos la tarde en una especie de juego interminable e imborrable en donde solo había espacio para nuestras risas, travesuras, pequeñas peleas e imaginación. Se volvía emocionante pensar cuál sería el siguiente juego o actividad que haríamos luego de

terminar la actual. Durante esa época el mundo se sentía diferente, yo me sentía diferente; recuerdo los días más rápidos, la luz más clara y los colores más vívidos. La energía del mundo era distinta; la música de ese momento era una mezcla de electrónica y pop que, al reproducirla mientras transcurría la tarde, nos hacía transportarnos directo al videoclip del tema.

Hoy en día recuerdo esta época con un cariño y una nostalgia inexplicables. Ninguna de las dos se preocupaba por nada y eso hacía que viviéramos la una para la otra, sin ninguna otra obligación o estrés adicional. Como lo mencioné anteriormente, sentía el mundo diferente.



Decisiones difíciles

Sara Samay Sánchez Castellanos

Grado undécimo

El 8 de agosto de 2025 entré a estudiar cuidado estético. Para llegar a esta decisión debo decir que pasé por un proceso muy complicado de introspección. Normalmente no se valoran tanto este tipo de medidas, pero es una de las decisiones más importantes en la vida de cualquier persona: encontrarse en esa crisis de no saber hacia dónde direccionar tu vida, sentir que el tiempo pasa más rápido de lo normal y que, a medida que este avanza, te conviertes en una carga más pesada; el miedo irracional a intentarlo y fracasar, o a no lograr alcanzar lo que la sociedad nos ha vendido como el “éxito”.

Enfrentarse a las críticas de personas despectivas y el deseo de hacer sentir orgullosos a los seres queridos son incertidumbres que genuinamente te llevan al límite, al estrés y a sobrepensar de manera constante. Afortunadamente, en mi caso, fue un proceso en el que me sentí muy acompañada, pero, sobre todo, supremamente respaldada. Sabía que la decisión que tomara

estaría bien y no me sentiría juzgada, al menos no por mi mamá; pero, aun sabiendo esto, las palabras de mi papá cuando le hablé sobre esta opción no dejaban de rondar en mi cabeza.

Mi mamá, a pesar de que siempre fue una mujer muy dura conmigo—inclusive, si antes de este acontecimiento me hubieran preguntado por ella, diría que es una mujer llena de traumas y heridas, frívola, poco amorosa y muy hiriente—, se comportó extrañamente comprensiva durante toda esta crisis.

Un día estaba sentada en la sala de mi casa, que normalmente era el lugar donde me sentaba a pensar a solas y en silencio absoluto. Probablemente me gustaba por su cómodo sillón café en forma de "L", su cobija blanca tejida por mi abuela, una mesa color madera con tres cajones que sostenía el televisor de tamaño considerable, una mesa de centro con muchas flores, un



ventanal con cortinas negras y sus paredes que, por alguna razón, son de diferentes colores y sostienen múltiples cuadros de mi familia y mi niñez. De toda la casa, este era el lugar donde tenía más recuerdos; tenía un aire de nostalgia que hacía aún más difícil pensar en el futuro.

Ella se sentó en el otro extremo del sillón, pero yo estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera lo noté. Me tomó por sorpresa cuando dijo:

—¿Qué le pasa últimamente? Está ahí toda callada y usted habla más que un perdido cuando lo encuentran —dijo en un tono de preocupación, aunque he de admitir que pensé por un instante que solo estaba siendo sarcástica—. ¿Todavía no sabe qué hacer con lo del curso?

Negué con la cabeza haciendo un gesto de tristeza y mi mayor esfuerzo por no llorar. Sentía que hacerlo era mostrarle debilidad, y yo me había encargado de crear una barrera entre nosotras para que pensara que era muy fuerte, que no me dejaba afligir por nada y que no la necesitaba.

—Y lo más triste es que de eso se trata la vida: de tomar decisiones difíciles —continuó ella—. Lo primero que tiene que hacer es entender que no puede tener contento a todo el mundo. La gente siempre va a hablar y a juzgar, pero está en usted qué tanto va a dejar que eso le afecte.

—Es que si fuera cualquier persona no me importaría, pero es mi papá —dije con la voz quebrada y los ojos llorosos—. Me duele mucho que diga que todo esto son bobadas y que, si quiero terminar siendo una "manicurista de mierda", entonces no soy su hija.

—A Diego nunca nada en la vida lo ha tenido contento, ni siquiera cuando usted nació ¡ja! si le contara el problema para ponerle el nombre... El punto es que él ya decidió vivir su vida así, amargado. Él ya decidió lo que quería hacer el resto de su vida y yo también, pero ahora es su turno. Piense en todas sus opciones y, de todas, escoja la que la haga feliz, no la que me haga feliz a mí, ni a su papá, ni a nadie, porque solo usted va a ser quien viva su vida. Si después de eso su elección

sigue siendo esta, tenga por seguro que yo y la familia —los que de verdad somos su familia— vamos a estar orgullosos y la vamos a apoyar. No le tenga miedo a decepcionar a su papá; al fin y al cabo, lastimosamente, él nunca ha querido conocer realmente a la hija tan

he querido, sin importar si mi cariño era o no correspondido. Su opinión ha tenido más peso en mi cabeza que cualquier otra. Mi papá nunca ha estado realmente presente, sé que me da dinero y compartimos tiempo juntos, pero como padre me hace falta. Desde niña, siempre que lo veía, llegaba a la casa con el corazón y los



maravillosa que tiene. Nunca ha querido estar en ese corazón tan grande y puro que usted tiene, pero, a pesar de eso, usted siempre lo lleva ahí y lo tiene presente. Eso demuestra todas las ganas que tiene de amar y todo el amor que tiene para dar, pero, aunque duela, hay personas que simplemente no lo merecen. Ámese más a usted y a ese talento que lleva en sus manos y menos a quienes la hieren y le rompen el corazón, así la vida los haya hecho de la misma sangre.

Esto me hizo replantearme todo de nuevo. Era cierto: siempre lo

sueños destruidos y corría a los brazos de mi abuela. Ella era una mujer que siempre olía a vainilla, usaba sacos de lana y faldas largas; su cabello era negro con canas y sus manitos siempre estaban calientes. Me consolaba hasta que me quedaba dormida, pero yo era muy pequeña para entender: ¿Por qué quienes más debían amarme en el mundo eran tan crueles conmigo? ¿Algún día eso iba a ser diferente? ¿Había algo mal conmigo?

Creo que son preguntas que aún me hago de vez en cuando y que



no he podido responder completamente, pero sí entendí que no siempre quienes te hacen daño merecen una justificación.

Al final, decidí ser feliz. Lo sé porque lo compruebo todos los días con esa sensación que me llena el alma al hacer mi trabajo, esa misma alma que un día estaba tan rota que no tenía forma. Hoy puedo decir que estoy completamente orgullosa de lo que he logrado. No necesitaba que nadie más se sintiera orgulloso; solo necesitaba estarlo de mí misma. Esta elección me trajo miles de discusiones, pero mi respuesta

siempre fue la misma: “no voy a cambiar de opinión”.

Aunque todavía no he culminado mis estudios en su totalidad, sé que voy por buen camino. También sé que en un futuro me voy a agradecer a mí misma por haber tomado estas decisiones difíciles que espero me sigan ayudando a crecer, a forjar mi carácter, a entender el mundo, a quererme más a mí y menos a quienes solo destruyen desde la impotencia y, finalmente, a convertirme en una mujer tan fuerte y valerosa como mi mamá y como mi abuela.



Donde el silencio florece

Laura Alejandra Calderón Sierra
Grado undécimo

Mi historia no empezó con grandes palabras, sino con un silencio que se volvió la banda sonora de mi vida entera. De niña, mi casa era una burbuja de cristal donde el mundo exterior se sentía como un paisaje lejano y, a veces, amenazante. Mis papás, con la intención de protegerme, sin darse cuenta me tejieron un refugio tan estrecho que terminaron enseñándome a sentirme más segura en mi propio mundo que afuera. Así, mi timidez creció como una enredadera de sombra, enredándose en mi voz y asfixiando mi verdadera esencia, silenciando aquellas palabras que nunca me atreví a pronunciar.

Cuando entré al colegio por primera vez, hice de la puerta del salón mi escondite. Me quedaba ahí, observando desde ese límite cómo los demás ya estaban sentados, riéndose y hablando sin esfuerzo. Sentía que había llegado a un lugar donde todos hablaban un idioma diferente que yo no lograba descifrar. Escuchaba con atención y

observaba, pero no lograba sentir que pertenecía a aquel lugar. Por eso, sin dudarlo, acepté la compañía de la primera persona que se acercó; me aferré a ella como quien se sujeta de una rama plagada de espinas, prefiriendo aguantar el dolor de las heridas con tal de no estar sola en un mundo desconocido.

Aunque en el fondo presentía que esa primera “amiga” no me trataba de forma sincera, sino como a alguien que debía seguirla a ciegas, permití que su sombra me cubriera. Durante mucho tiempo, mi identidad se diluyó en la suya; dejé de ser yo para convertirme en el reflejo de lo que ella quería. El miedo a ser rechazada era más fuerte que mi deseo de ser libre.

Sin embargo, los años pasaron y ese silencio que antes me asfixiaba empezó a transformarse. Al llegar al grado undécimo, algo dentro de mí cambió. Comencé a entender que no necesitaba encajar en los moldes de los demás para ser valiosa. El



proceso ha sido lento y, a veces, doloroso, pero he aprendido a soltar esas ramas con espinas que tanto me lastimaban.

Hoy, mi voz ya no está atrapada. He descubierto que el silencio también puede ser un espacio para florecer, un lugar donde puedo escucharme a mí misma sin el ruido de las expectativas ajenas. Aprendí a disfrutar de mi propia compañía y a entender que estar sola no es lo mismo que sentirse sola. Hay una paz inmensa cuando dejo de compararme con los demás, aunque sea por un momento, y empiezo a mirarme con más compasión que juicio.

He empezado a mirar el trasfondo de mi vida y he logrado entender que mi salud mental es lo primero. Ya no busco que las niñas “lindas” me acepten, ni que un niño me mire para sentirme bonita; ahora busco enfocar mi propia mirada. Aún no me he cerrado al tema del amor, pero ya logré entender que, antes de esperar que alguien me quiera, necesito aprender a elegirme y a reconocer cuánto valgo sin depender de nadie más. Empecé a

preguntarme qué me gusta, qué pienso y qué quiero, intentando escuchar por primera vez mi voz por encima de todo lo demás.

Todavía hay días en los que dudo, en los que todo se vuelve más pesado y sigo sin entender del todo quién soy realmente. Pero, a diferencia de antes, ya no me quedo bloqueada en el mismo lugar.

¿Quién soy?

Soy alguien en pleno proceso de descubrimiento y sanación. Una persona que está aprendiendo a reconocerse poco a poco, sin la urgencia de querer desaparecer entre los demás. Este año no es solo el fin de una etapa escolar, sino el proceso de dejar atrás a esa niña que se escondía en las esquinas para abrirle paso a alguien que decide arriesgarse por completo, que se permite fallar y que aprende de cada intento. Aunque no siempre salga victoriosa, hoy tengo el propósito de caminar con la frente en alto, lista para seguir adelante y construir, cada día, la mejor versión de mí misma.



El primer vuelo

Jeanpierre Bernate Fonseca

Grado undécimo

Bogotá, 5:14 a. m., viernes 13 de enero de 2021. Terminal 1, Aeropuerto El Dorado.

Llegamos al aeropuerto más cercano de Bogotá: El Dorado. Desde lejos se veían luces bastante brillantes en un lugar amplio, mucho más grande que los centros comerciales que conocía. El ambiente del sitio era una mezcla de niebla y un poco de lluvia; parecía bastante apagado para ser un lugar de viaje, pero esto se debía al clima habitual de la ciudad en la madrugada. Era un viaje importante para todos, ya que celebrábamos el cumpleaños de mi sobrina. En ese momento yo tenía doce años y viajaba con mis padres. Mi madre, Matilde, vestía un saco negro que siempre usaba y una chaqueta azul con tonos crema en los botones y cintas, la cual resultaba bastante llamativa; como era costumbre, tenía bastante frío y llevaba puestos unos jeans grises con tenis del mismo color y suela rosada, comprados recientemente por su comodidad. Mi padre, Juan, llevaba su característica

chaqueta de cuero que ya había perdido parte de su color por los años de uso; vestía un pantalón jean café oscuro prácticamente nuevo y unos tenis azules de hace algún tiempo.

Al entrar al lugar, la sensación de estar allí era de mucha intriga y curiosidad. Nos acercamos a las pantallas para buscar nuestro vuelo, que tenía como destino San Andrés Islas. Una vez lo encontramos, nos dirigimos a la zona de abordaje. Después de un tiempo, anunciaron nuestro vuelo y nos preparamos para entrar al avión. Al ingresar, sentí un vacío en el estómago y una sensación de miedo combinada con alegría. Mi asiento era el 14F, justo al lado de la ventana. Mientras el avión carreteaba por la pista, mis manos sudaban y mi corazón latía con fuerza. Cuando los motores rugieron y el avión despegó, sentí cómo la gravedad me empujaba contra el

asiento; fue una sensación increíble ver cómo la ciudad se hacía cada vez más pequeña hasta desaparecer entre las nubes.

natural en las rocas. También fuimos a un lugar turístico donde casi terminamos en una pelea, pues nos estaban obligando a comprar algo



El vuelo duró aproximadamente dos horas. Durante el trayecto, me distraje observando el paisaje desde las alturas: las nubes parecían montañas de algodón y el azul del cielo era más intenso de lo que jamás había visto. Al acercarnos a la isla, el panorama cambió por completo. El mar de los siete colores se desplegaba ante mis ojos con tonos que iban desde el azul profundo hasta el verde cristalino. Al aterrizar, el calor del Caribe nos recibió de inmediato, contrastando fuertemente con el frío que habíamos dejado en Bogotá.

En la isla, conocimos diversos lugares. Visitamos el Hoyo Soplador, donde vimos cómo el agua salía expulsada con fuerza por un agujero

solo por estar en el sitio. Esto nos disgustó a todos y resultó en una discusión con la gente local, quienes hablaban en creole. Este es el idioma nativo de la isla; según la historia, al ser un punto de encuentro en la conquista española, francesa y portuguesa, los idiomas se mezclaron entre los esclavos para comunicarse sin que sus captores entendieran.

Durante el tiempo que estuvimos en la isla, y ya que no podía salir a discotecas, decidí pasar el tiempo dibujando. En mis dibujos plasmé la sensación de estar en un lugar nuevo; me sentía bastante alegre de conocer algo diferente, aunque con un sentimiento de nostalgia por saber que debía irme



pronto. Sentía mucha curiosidad por investigar más sobre todo lo que veía. Al final de la semana, terminé un último dibujo donde integré casi todo lo que experimenté en el viaje.

El viaje de regreso fue similar al de ida, con el leve cambio de que la hora y el sentimiento ya no eran de pura felicidad, sino de nostalgia por lo disfrutado y por las personas que

conocimos. Fue un viaje increíble que quedó marcado como mi primer vuelo. Generó en mí la necesidad de conocer más lugares, viajar más y dibujar cada cosa que me genere emociones. Además, este viaje dejó a mi familia más unida y con una nueva perspectiva sobre las pequeñas cosas a las que normalmente no les prestamos atención.



El propósito de cada mañana

Carlos Julián Cardona Pérez
Grado undécimo

Una mañana fría como esta, donde el frío me estremecía cada vez más y el olor a café recién hecho iniciaba a impregnar la casa y recorrer mi cuarto, no era una mañana común. Me desperté con un cansancio inmenso que me consumía segundo a segundo, pero aun así debía levantarme con un propósito: ayudarle a mi padre en el trabajo. Sin darle muchas vueltas al asunto, decidí pararme de mi cama, agarrar mi toalla y dirigirme al baño. Me lavé los dientes como de costumbre; el agua estaba tan fría como la de un manantial. Una vez terminé, me metí a la ducha. Comencé a bañarme con agua tibia y, aunque seguía bajo de ánimos por no haber descansado todo lo que esperaba, poco a poco el agua me fue relajando y liberó la tensión de mi cuerpo, haciéndome sentir cada vez más ligero. Estaba con los ojos cerrados pensando en por qué decidí hacer eso y arrepintiéndome de haber tomado esa decisión, hasta que escuché la voz de mi madre:

— ¡Julián, muévale que les va a agarrar la tarde! Hoy no se me va a ir sin desayunar ni me lo va a dejar servido.

Así que me apresuré, salí de la ducha, me vestí y me dirigí al comedor. El caldo de fideos aún tibio sobre la mesa me esperaba. Me senté, tomé la cuchara y empecé a comer. Poco después, mi padre comenzó a pasarme las cosas que necesitaba para poder trabajar allá: un jean oscuro, una camiseta manga larga y unas rodilleras acolchadas para poder arrodillarme sin lastimarme.

En el transcurso del camino hacia el trabajo, el frío de la mañana golpeaba mi rostro mientras observaba cómo la ciudad comenzaba a despertar. Mi padre, con su paso firme y decidido, me guiaba a través de las calles aún semivacías. Al llegar al taller, el olor a metal y aceite se mezclaba con el aire fresco. Mi padre se detuvo frente a una de las estructuras y, con una mirada llena de orgullo y paciencia,

comenzó a explicarme las tareas del día.

— Mira, Julián —dijo, señalando una pieza metálica—. Aquí es donde comienza todo. La precisión es clave, cada detalle cuenta.



Me sentí un poco abrumado por la magnitud de la tarea, pero la confianza que mi padre depositaba en mí me dio el impulso necesario. Empezamos a trabajar codo a codo. El sonido de las herramientas y el calor del esfuerzo compartido fueron borrando el cansancio que sentía al despertar. A medida que avanzaba la mañana, fui comprendiendo no solo la técnica, sino también la dedicación y el sacrificio que mi padre ponía en su labor diaria.

Cada vez que me equivocaba, él estaba allí para corregirme con una palabra amable y una demostración práctica. “No te preocupes, hijo, así se aprende”, me

decía. Esas palabras se quedaron grabadas en mi mente, dándome la seguridad para seguir intentándolo. Mi primer día fue trabajando y acompañando a mi padre durante dos meses completos en los que estuve aprendiendo un poco de todo. Era sorprendente entender cómo algo que se ve tan simple o normal llevaba tantos procesos detrás; me volaba la cabeza pensar que en algún momento podía llegar a tener los mismos conocimientos que mi padre.



Un día, sin esperarlo y sin darme cuenta, ya manejaba y conocía casi a la perfección todo el camino de ida y de regreso. Conocía todos los procesos que necesitaba una carrocería: lijar, pulir, polichar, enmasillar e incluso pintar. Gracias a mi padre, había podido dominar lo que en algún punto quise hacer. Así que él, al darse cuenta de que ya me sabía manejar solo, decidió ponerme a trabajar a la par: mientras él hacía una carrocería,



yo me encargaba de otra. Logramos una eficiencia mucho mayor y me gané el respeto de muchos en la empresa por haber aprendido tanto en tan poco tiempo y a tan corta edad.

Al final de todo, supe realmente todo el esfuerzo que hacía mi padre para poder levantarse todas las mañanas tan temprano

para alistarse, cargar todos esos implementos e ir a trabajar en cicla. Cumplía con su labor y aun así debía devolverse en cicla en un recorrido de 40 minutos. Ahí realmente conocí la pasión y el deseo de salir adelante para poder devolverle todo ese esfuerzo a mis padres y darles la vida que se merecen, por todas las veces que han hecho cosas desgastantes por mí.



La vez que cambió mi vida

María José Cifuentes Cabulo
Grado undécimo

El ruido de la música del apartamento de los inquilinos me desconcentraba, cada vez se iba haciendo más fuerte, hasta que, de repente, se detuvo. Tomé un suspiro profundo, pues sin ruido todo sería más fácil para estudiar para el simulacro del pre-ICFES que tendría al día siguiente. Esa noche me sentía ansiosa y con un ambiente más pesado de lo normal; la luz parecía estar igual de cansada que yo. En un instante, observé por la ventana y me di cuenta de que Bosa continuaba con su ritmo habitual: motos que resonaban de forma exagerada, perros paseando por la calle y personas que regresaban a sus casas después del trabajo.

En ese momento, me desenfocué por completo de lo que estaba haciendo y sentí la fragilidad de sostener un estilo de vida. No lo niego, tuve pensamientos de querer más sin detenerme a pensar en todo lo que ya tenía. Tomé un sorbo de agua y froté fuertemente mis ojos para volver a mi tarea principal; no

era el momento de distraerme. Paseé la mirada lentamente por mi cuaderno y observé los procesos y símbolos matemáticos, frustrándome porque no entendía nada. La matemática era tan exacta que no permitía el más mínimo error, pero debía intentarlo; no quería decepcionar a mis padres con mis resultados una vez más.

Al final, estudiar siempre había sido mi única responsabilidad, y ahora lo era más que nunca. No se trataba solo de una obligación, sino de un sueño: tener un excelente puntaje para ingresar a la Javeriana y estudiar la carrera de mis sueños. Mientras repetía mis apuntes en voz alta, escuché que tocaron la puerta de mi habitación dos veces.

—Adelante —respondí.

—Aún sigues estudiando, ya son las once. Recuerda que debes descansar para que mañana no te duermas en la prueba, mi cielo —dijo mi madre mientras se sentaba en el borde de la cama.



—Lo sé, pero por más que intento ponerle lógica a lo de matemáticas, no puedo; es muy difícil y te prometí que iba a mejorar —respondí sin siquiera voltear a mirarla, esperando que escribir notas de repaso me diera mágicamente el conocimiento necesario.

Todo se quedó en silencio, lo cual me pareció extraño. Mi madre siempre ha sido una mujer cuya presencia se nota apenas llega; no pasa desapercibida. Miré de reojo y la vi sentada, con la mirada perdida en los patrones color café del piso. En el fondo, sabía perfectamente por qué estaba así.

—Mami, ¿pasa algo? —pregunté.

Levantó la mirada y me observó fijamente; sus ojos reflejaban una mezcla de angustia, frustración y desespero.

—Majo, no sé cómo vamos a hacer este mes —dijo con voz cansada.

—¿Ahora qué pasó, mami? —respondí.

—Amor, son las cuentas, día a día llegan más —dijo tomando su cabeza entre las manos—. Todo me está

cayendo encima, no sé cómo voy a manejarlo.

El ruido de la calle desapareció, fue como si todo se detuviera por un momento. Me sentí prisionera de la incertidumbre sobre el futuro de mi familia y el silencio se volvió incómodo. A inicios de diciembre, a mi abuela le detectaron un tumor cerebral, noticia que devastó a todos. Mi papá se hizo cargo por completo de ella. Aunque era injusto que solo él asumiera esa responsabilidad entre siete hermanos, entendíamos la gravedad y nadie renegó; lo importante era ayudar a mi abuela. Sin embargo, las consecuencias llegaron: mi papá renunció a su empleo y dejó a mi mamá sola con todos los gastos sobre sus hombros.

—Amor, en serio, yo no quiero que jamás te falte nada, ni a ti ni a tu papá, pero como van las cosas, cada vez las veo más difíciles.

Me quedé callada y volví a mirar mi cuaderno, pero ahora entendía mucho menos lo que tenía escrito.

—Ma, yo entiendo, no te preocupes; solo es una mala racha. Estoy segura de que todo se arreglará —dije mientras sostenía su mano.

Ella dejó escapar una pequeña risa y dijo: —No, mi Majo, tú no entiendes nada.

Tenía razón. Hasta ese momento, yo no había aprendido a valorar ni a estar agradecida. Nunca me había faltado nada, cada vez que quería algo, aparecía en mis manos sin esfuerzo. Para mí la vida era fácil y nunca pensé en el esfuerzo detrás de lo que tenía. Pero desde esa noche, nada fue igual.

—A veces uno cree que todo es cuestión de querer, pero muchas veces eso no alcanza.

Sus palabras me golpearon como un choque de realidad, más fuerte que cualquier bofetada. Recordé las veces que dije: “el pobre es pobre porque quiere”. Hoy ya no pienso así. Aunque creo en el esfuerzo, entiendo que las oportunidades no caen del cielo y

que es fácil juzgar cuando nunca te ha faltado nada.

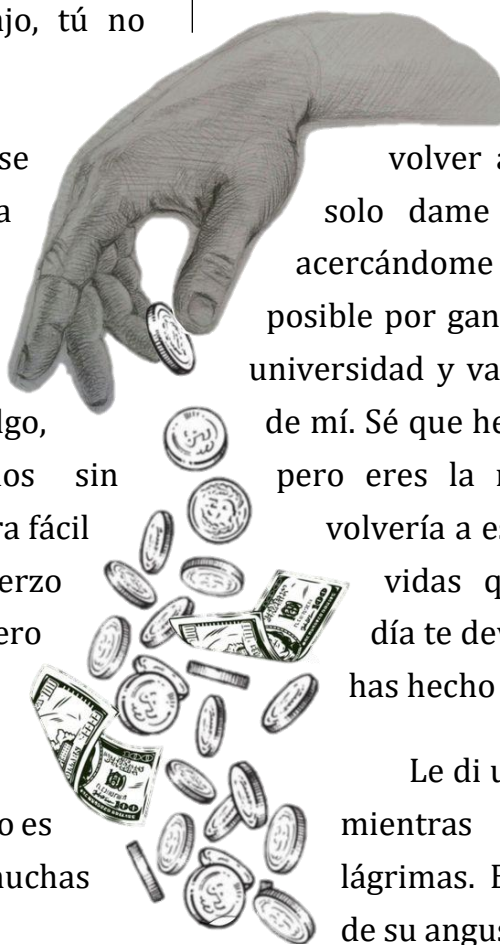
Eran las doce de la noche. Miré a mi madre y detesté verla tan cansada y sin su brillo habitual.

—Te juro que a ti jamás te va a volver a hacer falta nada, solo dame tiempo —le dije acercándome a ella—. Haré lo posible por ganarme el cupo en la universidad y vas a estar orgullosa de mí. Sé que he cometido errores, pero eres la mejor mamá y te volvería a escoger en todas las vidas que existan. Algún día te devolveré todo lo que has hecho por mí.

Le di un beso en la frente mientras escondía mis lágrimas. Ella sonrió a pesar de su angustia y respondió: —

No debes preocuparte por eso. Así se esté acabando el mundo, haré lo imposible para que nunca te falte nada.

Cuando se retiró, me quedé sola y confundida. Esa noche entendí que la vida no es color de rosa, me sacaron de la caja de cristal donde





siempre me habían cuidado. Por primera vez comprendí que no todo se trataba de mis caprichos o metas, sino del sacrificio de quien trabaja con amor por su hija.

El estudio dejó de ser una carga fastidiosa, ahora le tengo cariño y pasión a lo que hago para entregar siempre mi cien por ciento. Aunque a veces me dé pereza hacer una tarea, comprendo la importancia de ser agradecida porque todo lo que

me rodea es fruto del amor. Hoy mi familia se ha recuperado económicamente, pero nuestra calidad de vida cambió. Todo esto me enseñó que la vida no es igual para todos y que hay personas que, aunque se esfuercen el doble, no tienen las mismas oportunidades porque las condiciones no están de su lado. Cada familia tiene sus propias luchas internas y busca, día a día, la manera de solucionarlas.



Qué tan difícil...

Sofía Rivas Rodríguez
Grado undécimo

¿Qué tan difícil es ser niño? Me preguntaba esto mientras entraba a mi habitación, en la que hay una cama grande con un cubrelecho azul, un mueble marrón con un televisor gris encima y una mesita al lado, llena de mis peluches. Esta habitación la comparto con mi mami, aquella persona que suelo ver apenas unas pocas horas al día.

Pero no importa, porque tengo a mis amigos peluches: Pancho, un oso blanco que, por el uso de una niña de seis años, ya se ve gris; y Pirinola, una vaca que suelo ubicar al lado del marrano rosado y despelucado que alguien, alguna vez, me regaló. Así como ellos, tengo otros diez peluches sobre esa mesita marrón. Cada vez que llego a mi casa y me dirijo a mi habitación, los pongo sobre la cama en un orden específico, pues cada uno posee una personalidad diferente que yo misma les inventé. Lo hago con el único objetivo de no sentirme sola.

Suelo hablar mucho, pero no siempre tengo personas que me escuchen; sin embargo, mis peluches nunca me interrumpen ni me piden que guarde silencio. Al contrario, ellos son los que más me escuchan. Creo que por eso me he preguntado tantas veces: ¿qué tan difícil es ser niño? Se supone que solo debo estudiar, hacer tareas e ir al colegio, pero es difícil cuando ocurren burlas y señalamientos constantes que los adultos suelen pasar por alto, pensando que solo somos niños y que eso es “normal”.

De hecho, se burlan de mí por estar despelucada. Las niñas piensan que no me baño, pero es todo lo contrario: mi mami me levanta a las cuatro de la mañana para bañarme y alistarme antes de irse a trabajar. Como yo entro más tarde al colegio, suelo acostarme otro rato y por eso me levanto con el cabello alborotado. He tratado de explicarles que no es falta de aseo, sino que mi mamá trabaja mucho y no puede arreglarme justo antes de irme a

estudiar, pero ellas no pueden entenderlo; sus mamás están todo el día con ellas, y sus papás también. Yo, en cambio, no tengo a mi papi presente, y es algo por lo que aún me pregunto: ¿por qué es tan difícil quererme y estar conmigo?

A pesar de todo, trato de mantenerme positiva. De todos modos, ya tengo a Pancho y a Pirinola. Ellos siempre han estado conmigo, al igual que mi cobija térmica azul con un oso estampado; con ella me cubro cuando estoy sola en casa y me dan ganas de llorar. De hecho, lloro mucho, más de lo que debería; sobre todo cuando me molestan o me dejan sola en el colegio porque soy "la niña fea". Quisiera llegar a mi casa y gritar: "¡Mami, te necesito!", pero ella en muchas ocasiones no está. Suelo esperar y guardar mis lágrimas para soltarlas en un "abrazo de oso" de ella, pero, para mi sorpresa, a veces la que está llorando al llegar a casa es mi mamá.



La veo con los ojos hinchados, la piel pálida y sin esa gran sonrisa que la caracteriza; ahí entiendo que algo no está bien y asumo que lo mejor es dejar mis lágrimas para después.

—¿Qué es todo ese desorden, Sofía?

—¿Tras de que llego cansada de trabajar y usted tiene la habitación así? — exclamó mi madre con un tono que mezclaba tristeza y rabia, una sinfonía inusual que para otros podría ser un ataque, pero yo sé que solo quiere mostrarse fuerte.

—Perdón, mami, estaba jugando con mis peluches y se me olvidó acomodarlos, pero no llores, prometo no volver a desordenar nuestro cuarto —declaré con un nudo en la garganta y unas ganas infinitas de llorar.

—Yo no estoy llorando por eso, Sofía. Su papá no ayuda; no ha mandado ni un peso para usted y ahora me toca pagar pensión, onces, arriendo y servicios... Ya hasta los calzones rotos tengo —respondió ella—.



Estoy mamada de hacer aseo, me duele todo y la gente no es consciente: limpio para que otros lo vuelvan mierda en dos minutos.

La rabia en sus ojos se desbordó en lágrimas y mi tristeza aumentó. ¿Cómo mi padre podía ser tan inconsciente? El hombre que otros ven como un gran militar —alto y serio—, en realidad no lo es. En seis años de mi vida no ha sido capaz de ser responsable por la hija que decidió engendrar.

—Mami, si quieres yo te ayudo a trabajar y así ya no te va a doler nada —dije tratando de apoyarla.

—Sofía, usted solo tiene seis años. Lo único que necesito es que me deje dormir y que cumpla con el colegio. Usted debe ser una buena estudiante.

Mi mamá decía esto mientras se arropaba con el cubrelecho azul para intentar dormir. Yo abracé a Pancho y de él recibí el abrazo que necesitaba. Ese día aprendí que la mejor forma de ayudarla era no ser un problema; debía ser una buena estudiante y tratar de ser feliz para

no poner más peso sobre sus hombros.

Así que no volví a ir despelucada al colegio. No porque ella trabajara menos, sino porque, aunque me seguía levantando a las cuatro de la mañana, ya no me volvía a acostar. Me ponía a estudiar y a hacer tareas; necesitaba mejorar. No importaba si era fea para los demás, solo debía ser inteligente. Las burlas no cesaron, pero aprendí a llorar bajo mi cobija azul, abrazada a Pancho, para que mi mamá no notara mi tristeza. Convertirme en un problema para ella nunca pasó por mi mente. Pero lo que sí persiste es la pregunta: ¿qué tan difícil es ser niño si solo tengo que estudiar y aguantar para no ser una carga más?

Hoy, diez años después, me sigo levantando a las cuatro de la mañana para estudiar y ser una buena estudiante. Sigo esperando que mi papá quiera ser mi papá, aunque ahora estoy más resignada, conservando la ilusión de esa niña de seis años que anhelaba protección. Sigo tratando de no ser un problema; de vez en cuando trabajo para ayudar a mi mamá.



Todavía lloro mucho, solo que ya no comparto habitación con ella. Pancho está en una mesita, pero ya no me abraza; mi cobija azul la uso poco. Ahora lloro frente al celular, preguntándome si de verdad es tan difícil ser adolescente. Las cosas han cambiado: a veces me tiemblan las manos y siento que el corazón se me sale del pecho cuando siento que no soy lo suficientemente inteligente

por una nota baja, a pesar del esfuerzo.

Pero, ¿qué más da? Tengo que esforzarme más; el futuro de mi mamá y el mío dependen de eso. Ya no quiero que ella haga más aseo; quiero ayudarla de verdad, que deje de llorar y que ambas dejemos de preguntarnos:

¿Qué tan difícil es sanar?



Un piano, un reto

Salomé Méndez Romero

Grado undécimo

Era una tarde soleada de un sábado cualquiera cuando fui a visitar a mis abuelos maternos, aquellos que con un abrazo al saludar generan una sensación de amor y protección. Su casa tiene un ambiente tan placentero que se siente una tranquilidad y paz que no se tiene en otro lugar. De pronto, llegó mi tía Sandra un poco afanada, con un vestido negro elegante y un lindo peinado. Su afán me generó intriga, ya que ella suele ser una persona calmada; cuando se ve estresada o de afán es porque algo importante está pasando. En su brazo derecho colgaba un estuche negro, prominente y de forma rectangular, lo que me causó aún más curiosidad: ¿qué era esa cosa tan grande?

Debido a que yo era una niña curiosa de tan solo 8 años que quería saber el porqué de todo lo que sucedía a su alrededor, empecé a observar. Detrás de ella venían mis primos Manuel —aquel hombre que desde pequeño me protegía y con

quien compartía grandes momentos de risas y juegos; era como el hermano mayor que no tenía— y Estefi, mi prima favorita, con quien pasaba horas bailando series y cantando desafinadamente las canciones que nos gustaban en ese entonces. Ambos iban vestidos de manera elegante: él con un smoking negro que resaltaba su gran estatura mientras cargaba un soporte metálico de color negro oxidado; y ella con un corto vestido rosa claro, accesorios en oro y un lindo peinado. Intrigada por la situación, pregunté: "¿Hacia dónde se dirigen?".

Mi tía, con un tono de voz agitado por la prisa, me contestó:

— Princesa, junto a tus primos vamos a una presentación en la iglesia Santo Tomás de Aquino, ubicada en La Aurora. ¿Deseas acompañarnos?

Curiosa por saber de qué trataba dicha presentación, me levanté del sofá prontamente,

acomodando mi cabello crespo, corto y un tanto alborotado por el viento, al igual que mi vestido largo de mariposas que en ese entonces era mi favorito. Ya lista, decidí acompañarlos.

Una vez en la iglesia, empecé a detallar cómo era por dentro. Me sorprendió lo grande que era, los colores que tenía y las grandes figuras religiosas que me hacían sentir que me juzgaban con su mirada, seguramente por las travesuras que hacía y los secretos que no les contaba a mis padres. Luego, entramos a un salón pequeño donde hacía frío y no había imágenes que me señalaran, lo cual me tranquilizó un poco. Me acomodé en las primeras sillas al lado de mi tía para poder ver todo más cerca. Allí pude ver que mis primos estaban acompañados de otros niños de su misma edad y de un señor que, al parecer, era el profesor. Aquel hombre portaba un traje elegante de color negro que hacía juego con su barba.

Todos tenían un instrumento musical diferente, lo cual me generaba mucha intriga. Quería

saber qué eran esos objetos, por qué eran distintos y por qué sonaban extraño. El profesor se presentó brevemente y todos prestamos atención. Empezamos a escuchar las presentaciones de cada alumno con su respectivo instrumento. Después de dos actos, fue el turno de mi primo Manuel, quien interpretó una bella melodía que con cada nota estremecía las fibras de nuestro corazón. La interpretó en ese objeto rectangular que estaba apoyado en la estructura metálica oxidada. De inmediato, aproveché para preguntarle a mi tía: "¿Qué es eso?".



Ella me explicó que era un instrumento musical llamado piano. Para no interrumpir más, me quedé callada y seguí prestando atención

como nunca antes lo había hecho. Mi prima Estefanía interpretó la "Oda a la alegría", lo cual me generó un gran asombro y admiración. Una vez finalizada su intervención, siguió una chica llamada Sara quien, al igual que yo, tenía el cabello crespo, aunque el suyo era más largo. En su piano interpretó "Para Elisa". Al oírla, sentí mucha emoción al ver cómo se movían sus manos para crear esa melodía que conmovía a todos.

Al finalizar, el profesor agradeció a los asistentes por ser parte del proceso musical de sus familiares. Durante el camino a casa, escuchaba con atención las felicitaciones de mi tía hacia mis primos y cómo ellos le agradecían su apoyo. Yo no decía ni una sola palabra, ya que aún no terminaba de procesar todo lo que había escuchado y sentido.

Al regresar a casa, quedó rondando en mi cabeza la idea de si yo también podría tocar el piano. Sin pensarlo más, le comenté la idea a mi madre, quien estaba en la cocina

preparando un almuerzo que olía estupendo. Emocionada, le dije:

— ¡Mami, mami! Quiero tocar el piano como mis primos y hacer presentaciones como ellos.

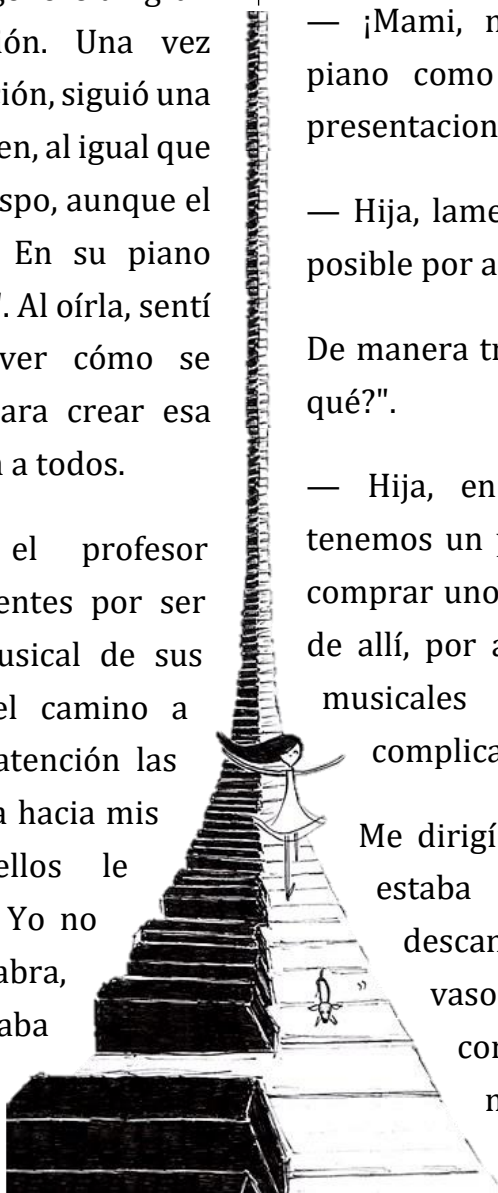
— Hija, lamentablemente eso no es posible por ahora —me respondió.

De manera triste, le pregunté: "¿Por qué?".

— Hija, en estos momentos no tenemos un piano ni el dinero para comprar uno. Además, vivimos lejos de allí, por aquí no hay academias musicales y el transporte es complicado.

Me dirigí triste a la sala, donde estaba mi tía Sandra descansando y tomando un vaso de agua fría. Le comenté lo que dijo mi mamá y me puse a llorar. Mi tía me abrazó y me prometió ayudarme

a encontrar una solución. Pasaron tres meses en los que no dejé de pensar en el piano; quería sentir esa alegría del público al decirte: "¡Tocas muy bonito!".



Un día, mi tía me llamó para contarme que había convencido a mi madre de iniciar clases en la iglesia, ya que esa academia era una fundación y alquilaban los instrumentos a bajo costo. Además, resultó que mi papá tenía un piano pequeño guardado que me servía para iniciar el nivel básico. El sábado siguiente madrugamos para realizar la matrícula. No me importó el sueño porque estaba decidida a aprender. Mi profesor, Jonathan, me ayudó a armar el piano y me advirtió que el proceso no sería fácil, pues requeriría de mucha disciplina, esfuerzo y práctica diaria.



De ahí en adelante, madrugué todos los sábados a las 10:00 a. m. durante tres años, empezando en 2018. Fueron años de mucho esfuerzo para cumplir con mis deberes académicos y con el piano. Durante ese tiempo aprendí técnicas

y melodías, aunque a veces me frustraba ver que a mi compañera Sara le resultaba más fácil aprender. Sin embargo, mi esfuerzo dio frutos y logré mi primera presentación pública.

Ese día los nervios me invadían. Me sudaban las manos y temblaba levemente mientras escuchaba los aplausos para los demás. El profesor me anunció:

— A continuación, veremos la presentación de una estudiante nueva, Salomé Méndez, quien nos va a interpretar en el piano una bella melodía llamada "El vals de los elefantes". Démosle un fuerte aplauso. Salomé, sal y muestra tu talento.

— Sí, profe —respondí.

Estaba demasiado nerviosa, pero me llené de valentía. Me senté y empecé a tocar. El silencio era absoluto y sentía las miradas fijas sobre mí, tal como las figuras religiosas de la iglesia. Al finalizar, todos me aplaudieron y una señora del público me dijo que tocaba muy lindo. Mis padres lloraban de emoción entre el público. Bajé de la



tarima y corrí a sus brazos; sus palabras de orgullo me llenaron de satisfacción y borraron cualquier rastro de miedo.

El profesor me felicitó y me comentó que, debido a mi avance, necesitaba un instrumento de más octavas. Mis padres accedieron a alquilar uno mejor y, para la Navidad de ese mismo año, me sorprendieron con un piano profesional. Fue uno de los mejores regalos que he recibido. Con él logré interpretar melodías complejas, alcanzando el nivel de Sara e incluso superándolo tiempo después.

En la actualidad ya no tomo clases, pero de manera autónoma toco las piezas que me gustan. Ha sido una experiencia retadora pero llena de aprendizajes. Cada vez que toco para mis padres, les agradezco por apoyarme; ellos me recuerdan lo orgullosos que están y que llegaré lejos con dedicación. Mi objetivo ahora es interpretar canciones aún más difíciles y tocar ante públicos más grandes. Al ver videos de cómo empecé, me doy cuenta de cuánto he avanzado y me hace feliz saber que esa niña de ocho años logró cumplir su sueño. Todo lo que pasé valió la pena.



Un secreto envuelto en una cobija

Laura Calderón Sierra
Grado undécimo

La casa estaba llena de vida. Un ambiente festivo invadía cada rincón, como si la genuina alegría de los invitados hubiera despertado una energía cálida en todo el hogar. En la sala, decorada con globos y serpentinas de vibrantes colores, el aire estaba lleno del murmullo de las risas y las conversaciones entrelazadas; era un ir y venir entre un sinfín de anécdotas, donde todos participaban con risa y nostalgia, celebrando con especial afecto el cumpleaños de mi tío. Conocido en el círculo familiar por ser alguien entusiasta y divertido, él no paraba de hablar y animar aún más el ambiente.

Este animado entorno, lejos de quedarse quieto, se extendió hasta la cocina, que albergaba el bullicio y la prisa de los preparativos finales. Allí, el aroma intenso de la lasaña, el plato favorito del cumpleaños, invadía todo el espacio, mezclándose con el calor de la estufa y el tintineo de los platos y cubiertos. Parecía una celebración cualquiera, una de esas

reuniones familiares destinadas a convertirse en un recuerdo alegre, sin saber que aquella noche sería la última de la vida que conocía y de quien yo era antes de su llegada.

Al día siguiente me desperté con un agotamiento tan pesado que parecía hundirme en la cama, como si todo mi ser quisiera seguir en ese lugar cómodo y calentito junto con mis cobijas, mis peluches y mi pijama. Mi cuerpo me susurraba que siguiera acostada, pero mi mente me decía que ya era hora de levantarme. Logré ponerme de pie y me dirigí hacia la sala; allí el panorama era completamente distinto al de la noche anterior. Ya no había globos, ni risas, ni música; el silencio se había apoderado de la casa, volviéndola un tanto extraña y solitaria.

Me senté en el sofá café de la sala a esperar a que mis padres llegaran. Después de un largo rato, escuché el sonido de las llaves y la puerta abrirse. Me puse de pie rápidamente y vi entrar a mis padres,



pero algo había cambiado: mi mamá cargaba algo o, más bien, a alguien: mi hermano menor.

Lo que sentí en ese preciso instante fue indescriptible; no me alcanzan las palabras para asegurar cómo me sentí. Lo único que sé con seguridad es que, al verlo ahí, mi mundo se reinició por completo. Ese pequeño niño que dormía plácidamente en su cobija no era solo una nueva vida, era el comienzo de un giro en mi historia.

Ser hermana mayor no fue un cuento de hadas; no voy a mentir, hubo momentos complicados, noches de llanto, cambios en la rutina y una sensación extraña de sentir que ya no era el centro de atención. No todo fue color de rosa; tuvimos que aprender, poco a poco y sobre la marcha, a reconstruir una nueva dinámica familiar y a sobrellevar todas las dificultades que

se nos cruzaran en el camino. No obstante, en medio de esos días de caos, aprendí que la verdadera familia no es aquella que es perfecta, sino la que tiene la capacidad de mantenerse unida y aprender cuando el panorama cambia.

Hoy, al recordar ese día, no solo veo la llegada de mi hermano, sino el momento en que dejé de ser la protagonista única de mi infancia. Pasé de ser una niña un tanto consentida a convertirme en alguien capaz de cuidar, entender, compartir y, sobre todo, de valorar el amor incondicional que nos mantiene unidos. Me quedo con la certeza de que, aunque la normalidad se quiebre, siempre podremos construir algo más fuerte, auténtico y especial. Ese giro en mi historia fue, sin lugar a dudas, el mejor comienzo que he tenido.

Crónicas Colegio Tirso de Molina

Dirección: María José Veloza

Tablas y vibraciones

Emily Prieto Ríos

Las audiciones llegaron sin estarlas buscando, así que entré a ese lugar al cual llaman la madre de todas las vibraciones, por la que los artistas del tempo o los sensibles del sonido o los del oído enfermo que logran ver métricas en un lápiz que cae a diez mil pasos de distancia. Después de un largo momento, de tomarme el tiempo de mirar la tabla de madera debajo de mis pies pensando muy bien cómo hacer que fluya lo involuntario, eso que se vuelve sentir tras cada pisada para provocar que la gente sienta lo mucho que me apasionaba dicha sublimación.

Llegó el día en que conocía la madera que iba a pisar para darle orgullo a aquellos motivos por los que comenzó el amor por el ruido, y mientras veía y recibía la más alta intención de otros queriendo hacer

sonar la madera, llegué a tocarme la punta de los pies con la cabeza sin siquiera reclinar mi espalda, llegué entonces al punto de éxtasis más luminiscente sin pensar que, la primera tribuna que tuve, pude ver y sentir; estaba reviviendo el diverso talento de las personas correctas, pero sobre todo, a la nobleza de una en especial, de la cual no solo adquirí el querer hacer sonar la madera, sino

cargarla
en mi
bolsillo en
forma
cilíndrica
alargada con esa
tinta que me llena el
corazón, y así querer
hacer que mi muñeca
bailase en un plano.





Él, pudo criar dos generaciones, pero ese día, yo pude verlo observándome entre la multitud, entre todas esas sillas que tanto me asustan, pero con él y su tranquilidad me sentí más acogida que nunca, las tablas de madera rechinaron a mi favor a tal punto que las termitas aplaudieron.

Hoy, siete años después de ese momento, fue cuando me di cuenta de esa fotografía en que aparecía mirándome cuando nadie más lo estaba haciendo, porque yo era él, y siempre fui la protagonista de todo, y así pude realmente darle todo el significado a lo que es el amor, acompañado de ese cafetal que logró que todos pudiéramos sentirnos acogidos por él.

Lo que el cuerpo esconde en sus celdas frías

Daniela Hernández Ramírez

Remontémonos unos meses antes, varios, varios meses atrás, aproximémonos a 2 diciembres pasados, ¿te ubicas?, ahí mismo, donde tu presencia aún se conservaba en el ambiente cercano de nuestra hoguera, lánguida hoguera, tus chispas agotaban, llegaba el final del fósforo, la llama de tu vida despilfarrando tus cenizas en aires con aromas dolientes de luto.

Allí te encontrabas, arrastrando tus esfuerzos por aún subsistir entre tus malignidades físicas que impedían la expansión de tu esperanza por respirar un día más. En ese cuarto frío y hostil que se convirtió en tu calvario, cárcel agonizante de tu cantar, no te hallaba, te sentías invisible, no porque no te presenciara, al contrario, porque los escalofríos que emanaba mi cuerpo al entrar en tu

celda me daban a comprender que tu vida, amortecida por la lucha constante por aún subsistir; era aquella sombra que hallaba merodeante por esas cuatro esquinas.

Cuando finalmente toda la malignidad te consumiÓ, encontré la celda vacía, con la reja abierta, lo que significaba que ya no privaba de la libertad a nadie, se había convertido en una especie de lugar solemne que entre sus cuatro esquinas atesoraban el más indigno recuerdo de vida de un magnífico ser.

Ya no estabas, finalmente esa alma merodeante se había desvanecido, haciendo que en mis recuerdos se rebobinara tu alma original, esa que estaba llena de nobleza y expansibilidad.





Zimwi

Arit Mariana Peñuela Hernández

“Gotas de sangre caían lentamente sobre mi rostro. El tiempo se volvía eterno y la ansiedad se apoderaba de mi cuerpo”.

En una ciudad postapocalíptica, los animales y las plantas se habían convertido en los nuevos dominadores del planeta... ¿A qué se debía este cambio? No es del agrado de muchos que te cuente esta historia, pues como ya podrás imaginar, la odisea del hombre lo condujo a su propia extinción. Guerras, enfermedades y su ambición desmedida destruyeron lo que alguna vez fue el hogar humano. Pasaron millones de años antes de que la Tierra lograra repoblarse y regenerarse.

En todo ese tiempo, la vida evolucionó, plantas jamás vistas llenaron de color los rincones desolados de la ciudad, los animales, aunque no transformaron del todo su aspecto físico, sí evolucionaron en su sentir. Ahora podían pensar, sentir y comunicarse en un único idioma universal; pero antes de continuar, permíteme presentarme. Soy Raksha, un gorila que cada noche

relata leyendas a sus nietecitos: una pantera y un pequeño tigre, no compartimos lazos de sangre, pero la madre de mi hija, una osa con un gran amor maternal y dedicación, los adoptó y los ha criado junto a su actual compañero de vida.

Esta noche, mientras sus padres disfrutaban una cita romántica, me han dejado al cuidado de los niños y aprovechando que estamos a vísperas del *Wildween*, les contaré la leyenda más aterradora que se susurra en distintas partes del mundo; debo advertirles que existen muchas versiones de esta historia, pero yo narraré la que mi abuela me contó hace mucho tiempo. Así que, pequeños, enciendan la fogata y acurrúquense, porque esta historia... es de ultratumba. Mis nietos, emocionados, gritaron y, al segundo siguiente, se acurrucaron a mi lado.

Entonces comencé:

Como toda historia, hubo una vez una familia conformada por un matrimonio de leones: su primogénito Kai, un cachorro demasiado prepotente para su edad, y, sorprendentemente, habían adoptado a una cría de

hiena, era un machito muy tímido y tierno llamado Sisu. Esa peculiar familia vivía en la antigua África, a simple vista parecían felices y amorosos, pero la realidad era muy distinta, a

pesar de haber evolucionado tras la desaparición de los humanos, aún conservaban su lado más primitivo: eran crueles, despiadados, guiados por el instinto y la violencia. Sisu sufría todo tipo de torturas por parte de sus padres y su hermano, cuando escaseaba el alimento, incluso llegaban a arrancarle pedazos de carne para calmar el hambre, era evidente que no lo querían, la verdad es que lo habían adoptado por despecho y resignación.

Tiempo atrás, su hijo biológico había desaparecido en algún rincón de la sabana, en su búsqueda, los

leones hallaron a una cría de hiena abandonada. Movidos por el vacío y la esperanza, lo criaron con aparente amor... hasta el día en que encontraron a Kai, su verdadero hijo.

Desde entonces, todo cambió, la forma en que lo miraban, el tono con que le hablaban, el amor que alguna vez sintió: todo se transformó en desprecio. Palabras llenas de odio y actos crueles reemplazaron el afecto que conocía.

El tiempo pasó, y ambos machos crecieron, Sisu se convirtió en un joven callado, cabizbajo, lleno de heridas que no se veían. Kai, en cambio, era altivo, presumido, encantador y prepotente, no aceptaba un “no” como respuesta y todo lo que deseaba, lo conseguía. Además, como todo drama adolescente, ambos se enamoraron de Akira una hermosa elefante rosa. A pesar de que Sisu era tan misterioso e introvertido Akira cayó ante sus encantos, de ahí, el ambiente estaba lleno de amor y



ternura, pero alguien no tomó bien la noticia y lleno de celos y envidia.

Kai desapareció, duró días y por supuesto que la pareja de leones lo buscaban día y noche y culpaban a Sisu por no rechazar a Akira para que su hermano y ella fueran pareja... Los días transcurrían llenos de gritos y lamentos...Pero hubo una noche, en la que Sisu soñó con su madre, aquella que murió cuando tan solo era un bebe, esa madrugada parecía que algo lo llamaba y lo hipnotizaba.

Él, decidido a seguir lo que lo

llamaba, recordaba tan

bien esa noche

porque al segundo

siguiente se

encontró comiendo

un cadáver con una

violencia y un

instinto tan salvaje

que no conocía esa

faceta de sí mismo. Gotas de

sangre chorreaban de su hocico, esa

carne era exquisita y al segundo

siguiente cayó inconsciente. Al

despertar se encontró en una cueva

amarrado, se encontró cara a cara

con el cadáver de su hermano, a lo

cual habló para sí mismo y comentó:

— Gotas de sangre caían lentamente sobre mi rostro.

El tiempo se volvía eterno y la ansiedad se apoderaba de mi cuerpo, no sabía dónde estaba, todo era tan ajeno y desconocido en este entorno que me empezaba a asfixiar...hasta que escuche una voz a lo lejos, era la voz de ¿mis padres?

— Señora Saraí, queremos que sufra, que pague, que llore lágrimas de sangre...



Sisu no entendía que había hecho solo tenía

memoria de aquel

poder que lo

enamoraba y lo

llamaba, quería

resolver todas sus

dudas, pero para

saberlo tenía que

colaborar, en un principio

la señora Saraí se comportó

atenta era una lechuza muy sabia y

amigable pero su cueva era

demasiado tensa y mal vibrosa.

Al encontrarme consciente

parecía tener un juego planeado y me

liberó, yo me hice el despistado y me

dijo que si reconocía al joven león, yo

negué con la cabeza, ella me dejó ir de esas ataduras, me dijo que pasaríamos una semana increíble y así fue; me sentí amado y apreciado, en mi pasadía por su morada meditamos y sentí una sensación extraña, pero decidí no dar relevancia, y continuar con la diversión cada noche veía las estrellas y aprendía de aquellas que nos perseguían a todo lado que nos dirigíamos.

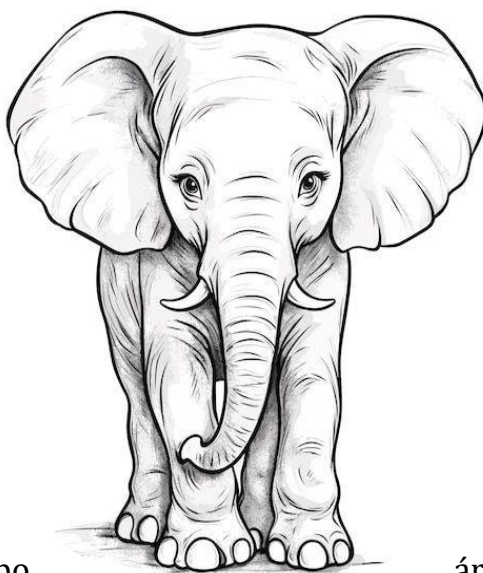
Al caer dormido una voz me llamaba y yo me dejaba guiar, tal parece que en estos sueños permitía que aquella voz se apoderara de mi cuerpo y, al dejar controlarme, me sentía poderoso y omnipotente, invencible. De repente despertaba.... Hasta que llegó el último día, él estaba demasiado triste al tener que marcharse, pero como si de magia se tratase la voz lo llamó y cayó en una hipnosis y ambición profunda, corrió hasta apoderarse de aquel poder, al

instante cayó y vio a sus padres y a.... ¿Akira?

Reían sin cesar, algo macabro ¿no lo creen? Intentó levantarse, pero al parecer no tenía fuerza, como pudo se levantó y estaba ahora en una cueva distinta con una bella laguna en su interior. Al ver su reflejo era un saco de huesos, los presentes percataron su acción, solo reían y lo miraban.

Estaba aterrado, solo quería huir y al intentarlo, una voz que no era suya apareció en su cabeza; era la de su hermano que le decía que se matara, que se ahorcara en un viejo árbol. De repente empezó a escuchar demasiadas voces maldiciéndolo, bautizándolo como Kalum, que significaba en su antigua cultura “muerte o maldición”.

Antes de su exilio, y antes de perder su cordura, los tres sujetos le confesaron la tan temida verdad, él jamás se había conformado en una relación con Akira, está solo había





sido amable y realmente enloquecía por Kai. En un arranque de celos Sisu, en una noche sin luna, le arrebató la vida a su hermano cometiendo un acto atroz cegado por su odio y envidia, sus padres encontraron una escena que parecía una pesadilla, el hocico de Sisu envuelto en sangre y pedazos de carne atascados en sus colmillos.

La madre leona no pudo soportarlo y mandó a realizar un trabajo de brujería, quería que Sisu sufriera como ella lo sentía en aquel momento al perder a su gran amor, Akira fue cómplice de ello y la señora Saraí era un invento para jugar con él. Las voces eran aquel trabajo de brujería que buscaba que cayera en la locura y le provocaron una terrible esquizofrenia y disociación de su realidad.

Sisu estaba destrozado, les dijo que él no era capaz de eso, que eso era una calumnia, una trampa de Kai, suplicaba y rogaba que le creyeran. Pero no se puede tapar el sol con un dedo, todo lo relatado era cierto, lo golpearon hasta que agonizó antes de que los tres desaparecieran ante la vista de Sisu,

él le dijo a Akira que era su mayor y mejor enemiga, que la amaría por todas las vidas y universos posibles.

Ella solo lo miro, le escupió y le dijo

— En ninguna vida, idiota, púdrete y sufre. Estas condenado, eres una maldición y lo pagaras caro.

Él quedó destrozado y parece ser que el objetivo de esos tres no era que muriera, sino que sufriera, pronto se recuperó y se relata que divagó años y años hasta que envejeció. Se dice que, durante todo lo que divagó, había cedido ante la locura y antes de ceder dijo:

— El amor es un arma de doble filo, la envidia un veneno letal y mortal y el odio un puñal para el corazón. Me arrepiento porque en esta vida no logre mi felicidad, pero quiero que el que me esté oyendo luche y viva en plenitud, que sea lo que no fui y se enorgullezca de su esencia, y se crea la película en la que viva, ya que las falencias no son un problema para el anhelo del corazón, yo ya no tengo solución soy y seré un Kalum para toda la eternidad.



Finalmente, al caer ante los delirios, cumplió el deseo de su hermano y se colgó en el viejo árbol. Se dice que cada noche de *Wildween* aparece su cuerpo colgado y se desata para recorrer y recordar el homicidio de su hermano. Además, se dice que continúa en busca de Akira, se escuchan en la madrugada, antes del amanecer, sus lamentos y sus ruegos por el amor no solo de Akira sino también el de sus padres, es solo su niño interior rogando por atención y cariño para sentir, al menos para proporcionarle a su frío corazón un poco de calor.

— Abuelo, pero ¿Por qué aparece en Wildween? —Lo interrumpieron sus nietos.

— Bueno, es bien mencionado que fue un castigo ancestral por atentar contra la vida de su hermano y, por otra parte, se dice que su alma esta penando y jamás podrá salir de aquel trance, bueno eso ha sido todo niños. Fin

— Abuelo y ¿crees que eso fue cierto?

— Tal vez sí o tal vez no, pequeño, tal vez hay cosas que no se escriben en papel y lápiz, pero la tierra lo recuerda todo.

Al terminar el fuego se encendió a altitudes enormes y asustó al pequeño tigrecito, apagaron todo y se fueron a dormir, pero... había algo que los observaba macabramente entre los arbustos.

Ese ser que quiere ser

¿Quién es ese ser que está esperando a ser él?

Que comprende
entiende, pero no está clara su mente
ese, aquel que le da miedo ser con quien ese ser quiere ser

A ese ser de tanto querer
no ha dado ese cien por cien
pues le da miedo ser él... se ha perdido
dicen que hay que buscarlo en algún lugar
pero mejor dejarlo allá para que en ese rincón de la soledad
se pueda transformar
que salga como ese ser que cada momento quiere disfrutar
que pierda ese miedo a expresar
que se llegue a valorar y así
se dé cuenta lo importante que es para los demás

Les he de recordar
todos habitaremos aquel lugar de temor
aún sin más, es hora de la pesa soltar,
pеса que no te deja avanzar.
Reza, pero aun así te has de equivocar

Llegó la hora de prosperar
les pido, por favor
no tengan miedo de manifestar
Hagan... Vivan...
generen ese algo más
recurran al más allá
donde puedan ser y ya.

Adrian Zahid Oviedo Muñoz

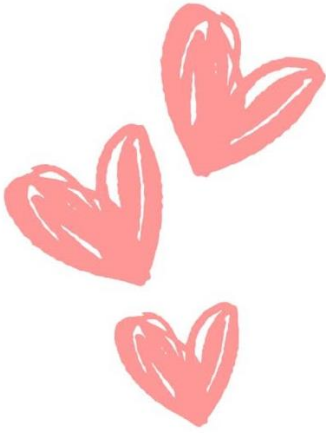


Disolverse

Tengo miedo...

¿miedo a qué?

A perderme a mí misma en medio de todos,
a disolverme en las historias ajenas
como si nunca hubiera sido mía la voz que ahora callo.

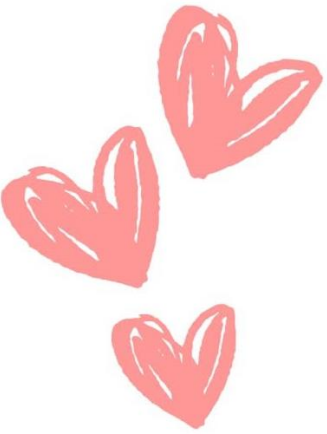


Siempre escucho, siempre resuelvo,
recojo pedazos de otros corazones
y los intento coser con mis propias manos,

aunque las mías sangren en silencio.

Me desgasta... sí, me desgasta,
pero hay algo en mí que mira al lado
cuando alguien se siente solo.

No sabemos qué pasa por la mente de las personas,
y quizás por eso me vuelvo refugio,
una especie de hogar improvisado
para quienes no encuentran dónde quedarse.



Soy como una antena,
capto gestos, silencios, miradas rotas,
emociones que no se dicen, pero gritan...
las siento todas, como si fueran mías.

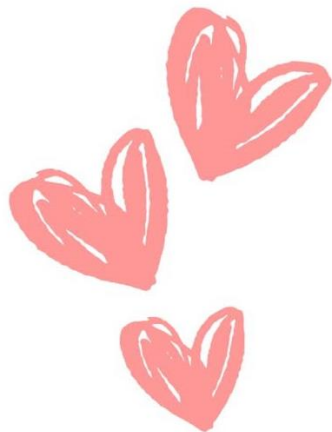
Pero entonces me pregunto:

¿quién capta las mías?

¿quién se detiene a leer mi silencio
cuando también estoy cayendo?



Me olvidé de mí
por poner a los demás primero,
me llené de historias que no eran mías
hasta no reconocer la propia.
Me sobrecargo, me pierdo, me diluyo...
y, aun así,
hay una parte de mí que sonrío
cuando logra aliviar un poco el peso de alguien más.



No es la primera vez
que me pierdo en una oscuridad sin salida,
en un lugar donde ni mi propia voz me encuentra...
y, aun así,
seguiré dando lo que pueda,
seguiré siendo abrigo en medio del frío,
aunque mi alma sangre en silencio,
por quienes
nunca estuvieron para mí.

Porque ayudar también es mi forma de amar,
aunque a veces a ese amor
le cueste encontrarme de nuevo.

Sofía Cáceres



Mi hogar

Te pienso, te extraño,
es un dolor que no aprende a irse,
que se queda conmigo
como una herida que respira en silencio.

Me llegan tus recuerdos...
y un peso en el pecho me invade,
como si el aire se volviera más denso
cada vez que pronuncio tu nombre en mi mente.

No logro aceptar que te fuiste.
Dime... ¿por qué te fuiste?
Veo a los demás sonreír con sus madres,
y yo solo bajo la mirada,
o volteo al cielo,
buscando encontrarte entre las nubes,
imaginando que aún me ves,
que aún me escuchas.

Recuerdo la noticia...
ese instante que partió mi vida en dos,
cuando supe que te ibas,
cuando el miedo se volvió realidad
y mi corazón no supo cómo sostener tanto dolor.

Jamás olvidaré cómo dolió,
cómo sentí que todo se derrumbaba,
como si mi mundo, sin aviso,
dejará de tener sentido.





Y luego... verte ahí,
en ese ataúd frío y ajeno,
fue como mirar una mentira
que mi alma se negaba a creer.

No pude aceptar que no volvería a verte,
que tus abrazos ya no me encontrarían,
que tu risa no volvería a llenar mis días,
que nuestras conversaciones se quedaron
suspendidas en un tiempo que ya no existe.

Quise tocarte...
esperando que despertaras,
que todo fuera un error,
una pesadilla de la que pronto saldríamos juntas.
Pero no...

Y desde entonces camino con tu ausencia,
aprendiendo a vivir con este vacío,
con esta nostalgia que no se apaga,
con este amor que no sabe dónde ir
porque ya no tiene a dónde llegar.

A veces te hablo en silencio,
a veces te lloro en secreto,
y a veces...
solo cierro los ojos
y finjo que aún estás aquí.
Porque, aunque te fuiste...
sigues siendo mi hogar.



Sofía Cáceres

Vacío

Vacío y silencioso con sueños fugaces,
en uno de estos, tú vas
en un avión volando
y lentamente
con tus palabras quemando
mi corazón, lo vas perforando lentamente
degradándolo y matándolo...



Vacío
¿acaso tu corazón vale?
Si es así
demuestra de qué está hecho
Si de oro o diamantes
aunque esos no valen más que el corazón bombeante que un día
me arrebataste ...

Vacío si estás vivo
ven y devuélveme el mío que, aunque sea un ratito,
yo quiero volver a sentirme vivo... vacío
¿ya tu interior revisaste?
¿Viste todos los corazones que te robaste?



Vacío en el interior de mi ser
eres una mancha que no he podido borrar
un recuerdo inquebrantable que por las noches viene a atormentarme...



Vacío, espero algún día poder olvidarte....

Mariana Andrade

Melodía

Melodía, antes día a día me aturdías con tu bella sinfonía y me olvidaba de lo miserable que era mi vida

Melodía, que a mi vida traía alegría y esperanza a los días sin clima

Melodía, que un día desapareciste ¿acaso te fuiste?

Melodía se fue un día sin compañía y regresó la herida de muerte.

Después de ese fatídico día no volviste a ser mi alegría, fuiste un tormento que a mi mente hacía llorar a escondidas

Melodía, ¿regresarías, aunque no sea la misma?

Me robaste el poco cariño que tenía

¿Algún día me la regresarías?

Absorbiste toda mi vida y mi compañía,
me marchitaste día con día.

En silencio estoy sin ti, estoy en una melancolía, tu bella melodía ya no es el faro de mis días y mi rayo de luz ya no está en compañía.

No te pido que vuelvas, pero sí que me olvides,
tendrás un espacio en mi mente, serás un recuerdo candente
con la memoria y la gente te morirás lentamente.

¿Acaso algún día me pensaste?

Melodía no seas tan egoísta y recapacita, que de tus heridas antes era adicta
A mi melodía le hace falta compañía, pero esa ya no eres tú que un día se
marchó a escondidas.

Melodía a tu pentagrama ¿no le falta una nota con vida? te la he quitado por
arrebatar me la poca vida que tenía, ahora me marchó con tu corazón sin vida....



Mariana Andrade

An illustration featuring four stylized characters reading books. At the top left, a person with dark hair and a tan complexion is shown from the chest up, holding an orange book. Below them, a person with red hair and glasses is reading a green book. To the right of the red-haired person, a person with dark skin and short dark hair is reading a blue book. At the bottom right, a person with long dark hair is reading a pink book. The background is a solid light yellow color. A semi-transparent blue rectangular box is overlaid on the upper right portion of the image, containing the text 'Textos de afuera'.

Textos de afuera



Cuentos y textos UNIMINUTO

Dirección: Jonathan Caicedo Girón

Adiós, mi amor

Andrea Guarín

Me llamo Julieta. Mi padre me puso este nombre porque le encantaba leer a William Shakespeare o, bueno, por lo menos es lo que me daba a entender cada vez que lo veía sentado en el portón de la finca, con un libro en la mano.

—Esto es Romeo y Julieta, de William Shakespeare, querida. Cuando crezcas un poco más lo entenderás —me decía esbozando una enorme sonrisa.

He crecido, ahora tengo 18 años y sigo sin entender, pues mi padre se fue un día y nunca me enseñó a leer.

Sabes bien que mi madre tampoco aprendió a leer ni a escribir. En la finca nos dedicamos únicamente a nuestros cultivos y a nuestras gallinas: teníamos una hectárea de plantación de cacao, un pedacito de tierra con palos de

aguacate y muchos arbolitos de naranja y limón alrededor de nuestra casa, sin olvidar, por supuesto, a nuestro gran manzano. Como nuestra finca quedaba al final de la colina, nos permitía ver la luna y las estrellas tan cerca, como si abrazaran nuestros sueños. Digo “quedaba” no porque la finca se haya ido de allí, sino que es un “quedaba” porque de ella solo quedan los recuerdos.

A veces oíamos la radio que traía aquel soldado, siempre furioso por beber cerveza o la limonada fría que mamá, corriendo, le ofrecía; pero nunca entendíamos mucho lo que se emitía en aquel radiecillo: parecían disparos, parecían gritos, parecían risas, parecían cantos, parecían a veces pisadas a través de las hojas y también parecían a veces voces de esperanza.



—Quédense tranquilas, que mientras yo tenga mi bebida bien fría, no les va a pasar nada —decía aquel hombre de botas y uniforme cada vez que mamá me escondía detrás de ella.

Un día, el soldado llegó como siempre furioso por su bebida fría.

—¡Subir esta colina es una mierda! ¡Tráiganme mi cerveza! —dijo él, entre agotado y afanado al mismo tiempo.

Pero ese día no estaba solo: muchos hombres vestidos igual, de botas y uniforme, venían detrás de él, ruidosos, a carcajadas, y portando grandes armas. Se veían poderosos, grandes y respetables entre comillas. Tú, que ese día en la mañana me llevaste un ramito de flores que robaste de la vecina, y con quien, con el último rocío de inocencia que nos quedaba, nos encontramos bajo aquel gran manzano, sin meditarlo siquiera quedaste embelesado, fascinado por aquel poder que percibías de esos hombres, tanto que no pudiste resistirte a seguir la orden de aquel soldado de portar una de sus grandes y terroríficas armas.

Esto en realidad es una carta, una carta para ti, que seguiste los mismos pasos de mi padre; una carta para ti, que con tiernos labios llenaste de besos mis días; una carta para ti, que, temblando de falsas ilusiones, te uniformaste y te fuiste, dejando huellas en la tierra de duras e inolvidables botas de cuero.

En este instante, estoy sentada a la luz de la última vela que queda en el pueblo, la del señor Genaro Cuellar, el viejo maestro de español de la escuelita a la que tú y yo nunca llegamos a asistir, quien muy amablemente me está escribiendo esta carta para ti. Nunca aprendí a leer, nunca aprendí a escribir, pero aprendí a amar, a amarte a ti, a pesar de todo, a pesar de tus decisiones, a pesar de que ayer apretaste ese gatillo para demostrar tu coraje y tu virilidad en el estómago de mi madre.

En tu cara solo veía satisfacción y en el rostro de los demás vi lo mismo; vi que definitivamente habían matado a cientos de madres del pueblo; hasta a la vecina a la que una vez le robaste un ramito de flores también le



arrebataste la vida. No sé por qué me dejaron viva a mí; supongo que he de agradecerte, pero no quiero, no quiero agradecer por tanta crueldad, por tanta soledad, ni a ti, ni a mi padre, ni a tus estúpidos amiguitos de botas y uniforme, que además terminaron por quemar nuestros cultivos y cocinar nuestras gallinas.

Ni siquiera sé si esta carta te encuentra. Ni siquiera sé si sabes leerla; nunca te pregunté si sabías leer y escribir, pero necesito sentir que te envió un mensaje de alguna u otra forma, necesito sentir que te hablé, ya que verte a los ojos me da terror y estar a tu lado me impide hablar del puro y físico miedo que ahora me produces.

Me llamo Julieta, y seguiré llamándome así, así no lo sepa escribir, así no lo sepa leer. Me iré de

aquí, me iré a la capital, me iré a Bogotá. Un camioncito nos está esperando en la carretera. Dijeron que no lleváramos mucho equipaje porque entonces no habría suficiente espacio, pero nadie llevará ni una bolsa; nadie tiene nada, ni siquiera esperanzas, y no nos podemos quedar, porque ya nada es nuestro, todo es de ustedes.

Si algún día me encuentras y me ves caminando al lado de un gran hombre, no te vayas a enfadar y a apretar de nuevo ese gatillo, pues ese hombre no será mi amante ni mucho menos un hombre al que yo le dé un amor a medias. A ese hombre le daré todo lo que ya no me queda, le daré mi vida entera, le daré todo el amor que no recibí, pues ese hombre es nuestro hijo, pero no le hablaré de ti.

Adiós, mi amor.



La página en blanco del 402

Juan José Triviño Velásquez

El tinto en el vaso de icopor ya estaba más frío que el *hpta*, pero Elena lo apretaba contra las manos como si fuera el único calor que iba a sentir en ese lunes de mierda. Los pasillos del colegio siempre olían a lo mismo a esa hora: a humedad vieja, a cera barata y a ese humo de las busetas que suben rugiendo por la principal. Subió las escaleras con el maletín pesándole como una cruz en el hombro, contando cada escalón hasta llegar al cuarto piso. El salón 402 ya la esperaba con sus ventanas remendadas con cinta y ese reloj de pared que parece que se queda quieto a propósito para amargarle a uno el turno.

Elena dejó sus corotos sobre el escritorio y se quedó mirando las carteleras. Estaban llenas de frases de superación, de «alcanza tus sueños», con colores bien chillones, un visaje que le parecía una burla frente al cielo gris que se colaba por los vidrios. Ella no era de las que vendía pajaritos en el aire. Su camello no era ofrecer cuentos de

hadas, sino darle a los pelados herramientas para que la calle no se los tragara vivos. Siempre decía que la educación no es un camino de rosas, sino una balsa remendada para no dejarse hundir en un río que baja con de todo.

—Bueno, abran los cuadernos y juiciosos —ordenó con esa voz que, aunque suave, cortó de una vez la recocha del grupo.

Sus ojos pasaron por las filas hasta que se detuvieron en el tercer puesto. Julián, que siempre era el primero en sacar la cartuchera, hoy estaba ahí como estirado, mirando para el techo. Tenía unas ojeras que le llegaban al piso y los nudillos pelados, como si hubiera estado dándose madera todo el fin de semana. Sus manos tapaban un papel doblado con un sello oficial, de esos que nunca traen nada bueno para la casa. El silencio del chino no era de pura flojera; era ese silencio de cuando uno ya siente que nació con la sal encima y que todo está perdido.



Elena se le arrimó despacio. Se sentía la tensión entre la urgencia de seguir con el tema y la pesadez que salía de ese rincón. Sabía que el manual de convivencia y el papeleo de la Secretaría le pedían avanzar, pero esa terquedad que le ha quedado después de tanto darle a la tiza la obligó a parar. Se sentó en la silla de al lado, para quedar a su misma altura.

—¿Qué pasó, Julián? ¿Hoy se le acabaron las palabras o qué, mijo? — le preguntó pasito, para que los otros no empezaran a montarla.

— Es que no le veo el sentido, profe —respondió Julián sin mirarla—. Mi hermano ya se fue pal hueco y a mi vieja le toca matarse doce horas en una cocina *pa'* no tener ni *pa'* los pasajes. Afuera las cosas no se arreglan rayando una hoja de cien pesos. El mundo real no es como los cuentos que usted nos trae aquí, profe. Aquí la vuelta es otro precio, no sea ilusa.

Elena miró el papel sellado sobre la mesa y luego los ojos apagados del muchacho. No le salió con el mismo discurso de las carteleras.

— Tiene toda la razón, mijo —le dijo con la verdad por delante y el pelado levantó la cabeza, extrañado de que no le echara la cantaleta de siempre—. El mundo afuera es una porquería y a veces es bien injusto con los de abajo. Pero si deja esa página en blanco, mijo, le está regalando el esfero a los demás para que ellos escriban su final. Y le aseguro que esa gente no le va a tener ni un poquito de lástima.

Julián apretó los labios y soltó un suspiro pesado. Se quedó mirando el cuaderno como si estuviera decidiendo entre la vida y la muerte. Al final, el chino tomó un esfero. No hubo gracias, ni sonrisas, solo el sonido seco del cuaderno al abrirse. Elena regresó al tablero, sintiendo un airecito de esperanza, creyendo que por fin le había ganado una batalla a la calle.

La clase siguió, pero Julián no escribía sobre la lección. Rayaba con desespero, con el ceño fruncido y los dientes apretados, como si estuviera sacándose un clavo del pecho. Elena lo miraba de reajo, respetando ese momento, pensando que tal vez la catarsis estaba funcionando. Al sonar

el timbre del descanso, Julián salió disparado, sin despedirse de nadie.

Al terminar la jornada, mientras Elena recogía sus cosas, el alma se le fue al piso. Vio que Julián no había vuelto del recreo, dejando el cuaderno botado en el puesto. Al acercarse, no encontró ninguna historia de superación; solo un «Gonorreas todos» rayado con tanta rabia que la hoja se había roto, y la citación judicial tirada en el suelo, pisoteada.

Al salir del salón, escuchó a lo lejos las sirenas de un carro de

policía bajando por la principal, justo hacia donde vivía el muchacho. Afuera empezó a llover con una furia que inundaba los andenes, y Elena vio cómo la balsa que ella tanto intentaba remendar se desbarataba entre sus manos. Bajó las escaleras en la oscuridad, sabiendo que mañana habría un puesto vacío y que, por más que escribiera, la calle ya le había ganado el pulso de la peor forma posible.

Fin.





Juegos en tierra de nadie

I

Sebastián León Monroy

A Julián le enseñaron primero a guardar silencio que a leer. Tenía diez años y vivía en una casa de madera levantada sobre pilotes torcidos, en una vereda escondida entre montañas húmedas donde la neblina bajaba temprano y parecía tragarse los caminos. Era la década de los noventa, pero eso era algo que allá no importaba mucho: el tiempo no se medía por años, sino por cosechas, por lluvias... y por los días en que nadie disparaba.

En la pequeña escuela rural había un radio viejo que a veces funcionaba. La profesora lo encendía para que los niños escucharan noticias de ciudades lejanas como Medellín o Bogotá. Hablaban de bombas, de narcotráfico, de carteles, de hombres poderosos que aparecían en televisión. Julián no entendía todo, pero sí algo: lo que pasaba allá también estaba pasando, de otra forma, en su vereda.

Allí, el sonido más común no era el canto de los pájaros, sino el

rugido de motos que llegaban sin luces, cortando la noche como sombras rápidas. Nadie salía cuando eso pasaba. Nadie preguntaba.

Su mamá decía que no mirara por la ventana cuando escuchara voces extrañas.

— No todo lo que uno ve se puede olvidar —le repetía.

Su papá, cuando todavía estaba, hablaba poco, pero cuando lo hacía, su voz era firme. Decía que todo iba a estar bien, que algún día se irían a un lugar donde Julián pudiera estudiar tranquilo. Pero un día dejó de estar. No hubo despedidas, ni cuerpo, ni explicación. Solo un silencio más pesado que los otros.

Desde entonces, la casa se volvió más pequeña, más oscura.

Julián entendía más de lo que los adultos creían. Sabía que los hombres armados no eran policías, aunque a veces usaban botas parecidas. Tampoco eran simples ladrones. Eran algo distinto, algo que

mandaba sin necesidad de uniforme. Aprendió a reconocerlos por la forma de hablar, por cómo miraban, por el miedo que dejaban detrás.

escaseaba y la presencia del Estado era apenas un rumor. En cambio, los hombres armados sí estaban: organizaban, imponían, castigaban.



También sabía que en los cultivos no todo era comida. Había parcelas escondidas, más arriba en la montaña, donde crecían plantas que nadie debía tocar. No eran como el maíz ni la yuca. Esas plantas tenían vigilancia, hombres con radios y un silencio distinto, más tenso.

Una vez le preguntó a su mamá por qué esas plantas eran tan importantes. Ella dudó antes de responder:

— Porque la gente en las ciudades paga mucho por eso... y aquí se paga con la vida.

En los años noventa, decían algunos adultos, esa era la única forma de sobrevivir. Los precios del café habían caído, el trabajo

Una tarde, mientras jugaba con una pelota vieja hecha de trapos amarrados, Julián vio algo que no olvidaría. Una camioneta blanca, polvorienta, llegó hasta el borde de la vereda. Varios hombres descargaban sacos grandes, pesados. No eran sacos de maíz. Olían fuerte, químico, extraño.

Uno de los hombres lo vio. Tenía una sonrisa fácil, pero los ojos fríos.

— ¿Y usted qué, chino? —le dijo—. ¿No ayuda?

Julián no respondió. Se quedó quieto. El hombre se acercó, sacó un billete arrugado y se lo puso en la mano.

— Para que se compre algo.



Julián quiso devolverlo, pero no pudo. Sintió que negarse era peligroso. Así que lo guardó en el bolsillo sin decir nada. Esa noche, cuando su mamá encontró el billete, el silencio de la casa se rompió.

— ¿De dónde sacó esto? —preguntó, con la voz quebrada.

Julián no supo qué decir. Solo bajó la mirada. Ella lo abrazó, pero no era un abrazo de consuelo, sino de miedo.

— Eso no es plata limpia —le dijo—. Eso cuesta vidas.

Esa frase se le quedó clavada. Pero al día siguiente no había qué comer. El arroz se había acabado, y el mercado más cercano quedaba a horas caminando. Su mamá miró el billete durante largo rato, como si se quemara. Al final, lo usó. Compraron arroz. Y comieron.

Julián entendió entonces algo que no se enseñaba en la escuela: en su mundo, el bien y el mal no siempre estaban separados. A veces, estaban mezclados en el mismo plato.

Con el tiempo, empezó a notar más cosas. Vecinos que se iban de un

día para otro. Otros que aparecían muertos río abajo. Casas vacías que nadie reclamaba. Conversaciones que se cortaban cuando él entraba. Nombres que no se podían decir en voz alta.

El conflicto no era una palabra grande para él. No era política, ni ideología, ni historia. Era el miedo constante de su mamá. Era la ausencia de su padre. Era aprender a agachar la cabeza cuando pasaba una moto. Era entender que había preguntas que no se hacían. Era crecer demasiado rápido.

En los años noventa, mientras en las ciudades hablaban de carteles y de guerras contra el narcotráfico, en lugares como su vereda la guerra no era noticia: era rutina. La droga no era un concepto lejano, sino el centro de todo. Era lo que traía a los hombres armados, lo que alejaba a los que querían vivir en paz, lo que rompía familias como la suya.

Y así, sin darse cuenta, Julián dejó de ser niño. No porque quisiera, sino porque en su mundo, la infancia era un lujo que nadie podía permitirse.



Cicatrices que no duermen

II

Sebastián León Monroy

Miguel había sido soldado durante quince años. Ingresó siendo apenas un muchacho, a finales de los años ochenta, cuando en el país la palabra “guerra” ya no era una metáfora, sino una rutina. Para cuando llegaron los noventa, ya había aprendido a caminar la selva sin hacer ruido, a distinguir entre un sonido natural y una emboscada, a dormir con un ojo abierto y el arma siempre cerca.

Había recorrido zonas donde el mapa era apenas una sugerencia. Había cruzado ríos turbios, marchado bajo lluvias interminables y visto caer compañeros en enfrentamientos que duraban segundos, pero dejaban marcas para toda la vida. En muchas de esas operaciones, el objetivo era el mismo: destruir cultivos ilícitos, dismantelar laboratorios escondidos entre la vegetación, perseguir a hombres que se confundían con la selva.

En esos años, escuchaba por radio noticias de lugares como Medellín y Cali, donde el narcotráfico parecía tener nombres propios y rostros conocidos. Pero en el terreno, la guerra era distinta: no había grandes jefes visibles, solo hombres armados, jóvenes reclutados, campesinos atrapados en medio.

Miguel siempre creyó que estaba haciendo lo correcto. Pensaba en su esposa y en su hijo cada vez que salía a una misión. Imaginaba que, de alguna manera, todo ese sacrificio servía para que ellos pudieran vivir en un país más tranquilo. Les escribía cartas cuando podía, aunque muchas nunca llegaron. En ellas prometía volver, prometía que todo valdría la pena.

Pero la guerra no avisa cuándo termina para uno. Cuando finalmente regresó, después de años de servicio, lo hizo con el cuerpo intacto, pero con algo más difícil de nombrar, quebrado por dentro. Traía

cicatrices que no se veían, recuerdos que no se apagaban. Y una esperanza: volver a casa.

Pero la casa ya no era la misma. La puerta estaba cerrada, las paredes descuidadas, el silencio instalado como un habitante más. Los vecinos lo miraban con una mezcla de respeto y lástima. Nadie le decía nada directamente. Hablaban en voz baja, evitaban sostenerle la mirada. Hasta que alguien, finalmente, le contó. Su hijo se había metido “en cosas malas”. Esa fue la frase. Ambigua. Suave. Insuficiente.

Miguel insistió, preguntó, exigió respuestas. Entonces supo más: que el muchacho había empezado trabajando como mensajero, que después comenzó a ganar dinero fácil, que cambió, que se volvió distante, que la droga no solo pasaba por sus manos... también empezó a consumirla. Y una noche, simplemente, no volvió. Nadie sabía si lo habían reclutado, si lo habían matado, si estaba perdido en alguna ciudad. Solo desapareció, como tantos otros en esos años.

Su esposa no soportó la incertidumbre. La angustia la fue consumiendo poco a poco.

Enfermedades que empezaron como dolores pequeños se convirtieron en algo más grave. Pero más que el cuerpo, fue la tristeza lo que la venció. Murió meses después, esperando noticias que nunca llegaron.

Miguel llegó tarde para todo. Para despedirse. Para evitarlo. Para



salvarlos. Sintió, por primera vez, que la guerra lo había seguido hasta su propia casa. Durante semanas, no salió. Se quedaba sentado, mirando las paredes, como si en ellas pudiera encontrar respuestas. Recordaba cada operación, cada misión. Los cultivos que había destruido. Los hombres que había capturado. Los enfrentamientos en los que había disparado sin dudar.



Siempre creyó que estaba protegiendo a su país. Pero ahora todo se mezclaba. ¿De qué había servido, si su propio hijo había terminado atrapado en lo mismo que él combatía?

El enemigo ya no tenía rostro. Ya no eran solo los grupos armados escondidos en la selva. Era algo más grande, más difuso. Era la pobreza que empujaba. El abandono del Estado en regiones enteras. Las decisiones desesperadas de quienes no tenían otra opción. Era el dinero fácil que seducía, la falta de oportunidades que cerraba caminos.

Miguel empezó a entender que el conflicto no terminaba en el campo de batalla. Seguía en las calles de ciudades como Bogotá, donde jóvenes como su hijo llegaban buscando algo mejor y encontraban lo contrario. Seguía en las casas vacías, en las madres que esperaban, en los padres que no regresaban a tiempo. La guerra también se libraba en silencio. Y esa era la más difícil de ganar.

Con el tiempo, Miguel dejó de hablar de honor y de patria. Ya no repetía los discursos que había aprendido en el ejército. Esas

palabras le parecían lejanas, ajenas. Ahora hablaba de pérdidas, de lo que no se recupera.

Se volvió un hombre silencioso. Caminaba por el pueblo sin rumbo claro, saludando con la cabeza, evitando conversaciones largas. Algunos lo veían como un héroe. Otros, como un recuerdo incómodo de una guerra que muchos preferían olvidar.

Pero él no podía olvidar. Cada noche, cuando cerraba los ojos, no veía enfrentamientos ni enemigos. No recordaba los disparos ni las órdenes. Veía a su hijo. Lo veía más pequeño, corriendo detrás de él, riendo, pidiéndole que no se fuera otra vez. Y luego lo veía mayor, distante, perdido en un camino que Miguel no supo detener.

Y en ese sueño repetido, su hijo siempre le hacía la misma pregunta:

— ¿Por qué no estuviste ahí?

Miguel nunca tenía una respuesta. Porque había sobrevivido a la selva, a la guerra, a la muerte... Pero no había logrado sobrevivir al recuerdo.



Cadáveres al servicio del crimen

III

Sebastián León Monroy

Andrés entró al ejército con orgullo. Tenía apenas dieciocho años cuando juró bandera, con la mirada firme y el pecho inflado de convicción. Había crecido escuchando historias de honor, de sacrificio, de hombres que defendían a su país incluso a costa de su vida. En los años noventa, cuando la guerra parecía estar en todas partes, él quería ser parte de la solución. Creía en la bandera. Creía en la justicia. Creía que estaba luchando por un país mejor.

En el entrenamiento le enseñaron a disparar, a obedecer, a no dudar. También le enseñaron algo más silencioso: a no cuestionar demasiado. En ese momento, no le pareció extraño. Pensaba que la disciplina era necesaria, que en la guerra no había espacio para las dudas. Durante sus primeras misiones, todo parecía claro. Avanzaban en grupos, siguiendo órdenes precisas, entrando en zonas donde la selva se cerraba como una

trampa. Allí, el enemigo tenía rostro: hombres armados, campamentos escondidos, cultivos ilegales. Era fácil dividir el mundo en dos partes. Ellos eran los buenos. Los otros, los malos.

En algunas noches, mientras montaba guardia, Andrés escuchaba historias de operaciones en regiones cercanas a Medellín o rutas que conectaban con Cali. Hablaban de toneladas de droga, de rutas internacionales, de dinero que parecía infinito. Él lo escuchaba como algo lejano, como una guerra paralela que no tocaba directamente su labor. Hasta que dejó de serlo.

Todo empezó a cambiar en una operación en la que perdieron a tres compañeros. Fue un enfrentamiento rápido, confuso, violento. Disparos cruzados, gritos, órdenes que se perdían entre el ruido. Cuando terminó, el silencio fue más pesado que la batalla.



Andrés vio los cuerpos de sus compañeros tendidos en el suelo, inmóviles, todavía con el uniforme manchado. Sintió rabia, tristeza, pero también una especie de resignación. Le habían enseñado que eso podía pasar. Que era parte del deber.

Lo que no entendió fue lo que vino después. Esa noche, algo en el ambiente se sentía distinto. No era solo el duelo. Había movimientos extraños, órdenes dadas en voz baja, miradas que evitaban encontrarse. Algunos superiores parecían más preocupados por otras cosas que por despedir a los caídos. Los cuerpos no fueron tratados con el respeto que Andrés esperaba. No hubo ceremonia. No hubo palabras. Solo prisa.

Una madrugada, mientras no podía dormir, Andrés salió de su posición. El campamento estaba en penumbra, iluminado apenas por linternas cubiertas. Caminó unos metros, siguiendo voces apagadas. Y entonces lo vio. Varios hombres rodeaban las bolsas donde estaban los cuerpos. No estaban rezando ni despidiéndose. Estaban abriéndolas. Al principio no entendió. Pensó que

era un procedimiento, algo técnico. Pero luego vio los paquetes. Pequeños, bien envueltos, compactos. Droga. Mucha droga.

Los estaban metiendo dentro de las bolsas destinadas a los cuerpos de sus compañeros muertos. Andrés se quedó paralizado. Sintió que el aire le faltaba. Dio un paso atrás, intentando no hacer ruido. Su mente buscaba explicaciones, excusas, algo que hiciera que lo que estaba viendo no fuera real. Pero lo era. No eran los enemigos quienes la transportaban. Eran ellos. El mismo sistema en el que había creído. El mismo uniforme que llevaba puesto.

Durante días, intentó convencerse de que había sido un error. Una decisión aislada. Algo excepcional en medio del caos de la guerra. Pero no lo era. Empezó a notar patrones. Conversaciones cortadas cuando él se acercaba. Rutas que no coincidían con los informes oficiales. Operaciones que parecían tener objetivos distintos a los que les decían.

Era una práctica. Una red. Un secreto que muchos conocían... y nadie denunciaba. La guerra,



entendió, no era solo contra el narcotráfico. También lo alimentaba.

Esa idea lo rompió por dentro. Cada vez que se miraba el uniforme, ya no sentía orgullo, sino una incomodidad creciente. Recordaba el día en que juró servir a su país, y sentía que esa promesa se había distorsionado en algo irreconocible. Ya no sabía de qué lado estaba. Ya no sabía si había un “lado correcto”.

El conflicto dejó de ser una lucha entre buenos y malos. Se convirtió en una maquinaria compleja, donde intereses ocultos se mezclaban con discursos de justicia, donde la vida humana podía valer menos que la mercancía que se movía en silencio.

Andrés empezó a aislarse. Hablaba menos, observaba más. Cada decisión se volvía un dilema. Cada orden, una duda. Pensó en denunciar. Imaginó acercarse a un superior, contar lo que había visto, exigir una explicación. Pero también vio las consecuencias. Recordó historias de soldados que “habían tenido problemas”, que habían sido trasladados, silenciados, olvidados. En algunos casos, algo peor.

El miedo empezó a acompañarlo. No el miedo al enemigo en la selva, sino a sus propios compañeros. A la estructura que lo rodeaba. A un sistema que parecía protegerse a sí mismo a cualquier costo.

Y entonces entendió lo más duro. Lo peor no era lo que había visto. Era saber que, si hablaba, podía desaparecer sin dejar rastro. Podía terminar convertido en otro cuerpo más, en otra bolsa cerrada... usada incluso después de muerto. Como aquellos a quienes decían honrar.

En las noches, Andrés ya no dormía. Se quedaba mirando la oscuridad, escuchando cada sonido del campamento, sintiendo que en cualquier momento alguien podría descubrir que él sabía demasiado. Había entrado al ejército creyendo en una causa. Pero ahora vivía atrapado en una verdad que no podía decir.

Y en ese silencio, comprendió que hay guerras que no se libran con armas... sino con la conciencia.

La clase nunca terminó

Deibis Yuliana Lugo Córdoba

— Hoy es el día —pensé. Me miré al espejo perfeccionando mi peinado; llevaba puesta una camisa blanca impecable y unos tacones de punta afilada, ya lista para salir. Antes de cruzar la puerta, revisé mis manos y tomé mi maletín para después aventurarme a mi primer día como maestra de la ETITC (Escuela Tecnológica Instituto Técnico Central).

Al llegar, sonó el timbre con una estridencia que me heló la sangre. A través de las ventanas, Bogotá respiraba una tensión eléctrica. Las noticias hablaban de bombas y toques de queda; el miedo era una niebla invisible que se colaba por las rendijas. Sin percatarme, ya estaba frente a mi salón asignado: salón 4B. Tomé el pomo de metal frío con la mano temblorosa, en ese momento me sentía de nuevo como la niña de doce años que buscaba refugio tras la figura imponente de su padre.

Tomé aire y entré. Cuarenta pares de ojos me recibieron,

cargados con el escepticismo propio de la adolescencia y la pesadumbre de la situación fuera de los muros. El salón olía a tiza, a madera vieja y a sudor encerrado de las mañanas frías. Mis tacones resonaron en el suelo del aula mientras caminaba hacia el escritorio. Dejé mi maletín en el asiento y saqué el ejemplar ya desgastado de *La vorágine* que había pertenecido a mi padre y lo puse sobre la mesa. El silencio era denso, desafiante.

— Buenos días —dije, con una voz más frágil de lo que hubiera deseado—. Me llamo Helena, soy su nueva profesora de Filología.

Nadie respondió. Un chico en la primera fila empezó a tamborilear nerviosamente con un lapicero sobre su pupitre. El ruido empezó a multiplicarse, un contagio de ansiedad. Sentí que el pánico me cerraba la garganta. ¿Qué hacía yo allí? ¿Cómo pretendía hablar de poesía y selvas devoradoras en un país que parecía estarse devorando a sí mismo en las noticias de la

televisión? La sombra de mi padre me pareció, de repente, una montaña imposible de escalar. Estuve a punto de dar media vuelta y salir corriendo.

Fue entonces cuando miré el libro. Estaba abierto por la primera página y, en el margen, con la caligrafía nítida y elegante de mi padre, había una anotación a lápiz que yo nunca había notado antes: «La literatura no es para escapar del mundo; es para armarse de valor y enfrentarlo».

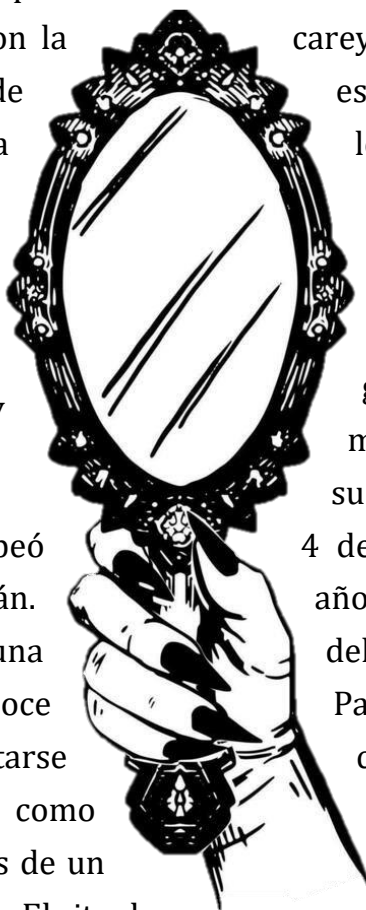
El recuerdo me golpeó con la fuerza de un huracán. Ya no estaba en 1990. Era una mañana común de mis doce años; veía a mi papá alistarse para ir al colegio, era como presenciar los preparativos de un actor antes de salir a escena. El ritual comenzaba a las cinco y media de la mañana. Lo escuchaba desde mi cuarto: el roce de la navaja sobre su piel con la precisión de un cirujano, el sonido del agua hirviendo y, finalmente, el crujido del almidón. Se ponía sus camisas blancas, impecables, y elegía una de sus

corbatas delgadas. Pero lo más importante eran sus manos. Antes de salir, las revisaba: ni una mancha de tinta, ni una uña descuidada.

— Helena —me decía siempre mientras se ajustaba los anteojos de carey—, un maestro es un espejo. Si el espejo está sucio, los niños no podrán ver la belleza de lo que se les enseña.

Luego, salíamos al garaje. Allí descansaba su mayor orgullo, después de sus libros y de mí: un Renault 4 de color azul cielo. En esos años, ese carro era el símbolo del progreso, el «amigo fiel». Papá lo consentía más que a cualquier cosa. Lo pulía con una bayetilla hasta que el capó brillaba a tal punto que podía reflejarse frente a él. Juntos, subíamos y recorríamos las calles empedradas camino a la escuela.

A veces, cuando mis clases terminaban temprano, me escabullía hasta el salón donde él daba clases. Me quedaba quieta, pegada a la puerta, escuchando. Mi padre no





dictaba clases: él libraba batallas. Un día lo oí hablar sobre La vorágine. No leía fragmentos, los actuaba. Su voz se volvía profunda, frondosa como la selva, y los muchachos —muchos de ellos con los zapatos rotos y el hambre marcada en las ojeras— se quedaban en un silencio absoluto, hipnotizados.

Él no quería que memorizaran fechas de nacimiento. Él quería que entendieran que la literatura era la única forma de ser libres en un país que empezaba a doler por la violencia y las desigualdades. Una vez lo vi regalarle su propio ejemplar de Cien años de soledad a un joven que no tenía con qué comprar un cuaderno. «Llévalo —le dijo—, este libro vale más que cualquier nota. Léelo y cuéntame si encontraste a Macondo en tu propio barrio».

La tragedia llegó un miércoles de octubre, de esos en que la lluvia en Bogotá parece no tener fin. No fue una muerte poética, como las de sus libros. Fue un accidente absurdo en la carretera, un choque que apagó su voz de repente. El Renault 4, su adoración, quedó reducido a una

montaña de metal azul entre la niebla.

El impacto en el colegio fue algo que nunca podré olvidar. El día del entierro, el cielo estaba gris. Yo estaba allí, parada frente al féretro, sintiendo que el mundo se había quedado sin palabras porque el hombre que me las enseñó ya no estaba. De repente, vi aparecer una marea de uniformes grises con blanco. Cientos de estudiantes, desde los más rebeldes hasta los más tímidos, llegaron al cementerio. No había ruidos, solo un sollozo colectivo que pesaba más que la tierra.

Yo estaba quebrada. Sentía que ser la hija del profesor Juan era ahora una carga demasiado grande, un vacío que nada llenaría. Fue entonces cuando se me acercó un muchacho alto, de manos ásperas, uno de los que mi padre mencionaba como «un diamante en bruto». Me miró con una tristeza profunda pero serena y me dijo:

— No llores como quien pierde a un padre, Helena. Lloro como quien hereda una antorcha. Tu papá no se fue, nos dejó a cada uno de nosotros un incendio en la cabeza. Él me enseñó que, aunque no tengamos nada, somos dueños de nuestra historia. Ese es su legado.

Cuando ese chico me dijo esas palabras entendí lo que mi padre me había dicho un día en vida.

— Helena, mira allá —me dijo, señalando a un grupo de niños limpiando vidrios en el semáforo—. A veces me pregunto si lo que hago tiene sentido. Les enseño metáforas a muchachos que mañana podrían estar ahí, o peor, en medio de una guerra.

Yo, con mi lógica infantil, le respondí:

— Pero, papá, a ellos les gusta cómo lees. Se quedan quietos.

Él sonrió, una sonrisa triste pero llena de determinación. Acarició el volante de su carro adorado y me miró seriamente.

— No se trata de que se queden quietos, Helena. Se trata de darles una dignidad que nadie les puede quitar. Se trata de que, cuando miren la suciedad del mundo, sepan que dentro de ellos hay algo limpio y bello: el pensamiento. Ese es el verdadero motor, mucho más potente que el de este carrito azul.

Mi mente regresó al aula. El tamborileo de los lapiceros continuaba, pero el miedo se había evaporado, reemplazado por una certeza ardiente.

Mi padre no me había dejado una carga: me había dejado una brújula.

Recogí el libro de la mesa. No busqué mi plan de clase. Me paré frente al grupo, asumiendo la postura que él me había enseñado sin saberlo: los hombros erguidos, la mirada directa, las manos dispuestas al gesto.

— Sé que afuera el mundo parece estarse rompiendo —les dije, y esta vez mi voz sonó firme, profunda, un eco exacto de la voz del profesor Juan—. Y sé que muchos de ustedes





se preguntan qué sentido tiene estar aquí encerrados.

El tamborileo cesó. El chico de la primera fila levantó la vista.

— Tiene todo el sentido — continué—. Porque mientras haya una bomba allá afuera intentando silenciarnos, aquí adentro vamos a hacer ruido con las palabras. Vamos a aprender a pensar para que nadie más piense por nosotros. Vamos a heredar la antorcha.

Abrí La vorágine y empecé a leer. La selva de José Eustasio Rivera empezó a invadir el salón de clases, tal como la selva de mi memoria se había fundido con el recuerdo de mi padre y su Renault 4 azul. Al terminar el primer párrafo, miré a la clase. El silencio ya no era desafiante; era un silencio de respeto, de inicio, de vida.

En ese momento, mi yo de doce años y mi yo actual se abrazaron. Supe, con alegría en los ojos, que yo no estaba empezando mi

carrera; estaba continuando la de él. La labor docente no había muerto con el accidente, simplemente había encontrado un nuevo par de manos para seguir puliendo el espejo.

He decidido ser docente no por nostalgia, sino por aquella frase que aquel estudiante me regaló en el funeral. Entendí que la muerte de mi padre solo fue el inicio de su multiplicación. Cada vez que entro al salón de clases y veo los rostros de mis alumnos —llenos de dudas, de sueños— siento que el Renault 4 azul sigue rodando por algún lugar de mi memoria.

Ser maestra ahora es mi forma de mantener viva la antorcha. Al igual que él, busco que mis estudiantes encuentren en las letras un refugio contra la realidad exterior. Hoy, al abrir el libro y ver el silencio expectante de mi clase, sonrío. Sé que mi padre está aquí, en el eco de mi voz, recordando que enseñar no es un trabajo, sino la forma más noble de desobedecer al olvido.



Dios y la hija del docente haciendo patria en la Colombia profunda

Carlos Daniel Riay Martínez

En el año 1989, un maravilloso 20 de septiembre, nació esta figura en una escuela, hecho particular, ya que su padre aún es un docente que lucha en pro de la educación y por amor a su patria.

Allí, en la escuela Camilo Torres, sede de la Institución Educativa Agustín Nieto Caballero, en la vereda La Libertad, municipio de Tame, Arauca; nació esta valiente mujer rodeada de libros, estudiantes y mucho amor de unos padres primerizos.

Su niñez transcurrió muy normal, muy feliz, rodeada de muchos seres queridos y animales de la finca. Realizó su primaria en la escuela donde nació; su maestro era su padre, quien le enseñaba a muchos niños de la vereda. Fue la época más feliz de su vida: la primaria, los compañeritos, los caballos, el burrito en el que cargaban la comida que vendían para el pueblo, ordeñando vacas,

domesticando becerros, cuidando sus perros. La vida fue color de rosa hasta sus 12 años, cuando tuvo que salir a estudiar el bachillerato en el pueblo y empacó en su maleta sus sueños e ilusiones de estudiar su bachillerato y luego la universidad para prepararse como una excelente veterinaria, ya que la movía el amor por los animales.

Esa fue una de las épocas más tristes y difíciles de su vida, en la que se evidenciaba que tenía poca resiliencia. Sufrió demasiado la estigmatización social por su condición de campesina; a ello se le sumó que muchos maestros le hicieron *bullying*, al igual que los estudiantes e incluso llegó a sufrir acoso sexual por parte de un docente. Pasaron tantas cosas que la devastaron, siendo tan solo una niña de 12 años, pero en medio de esta situación encontró algunos maestros que la valoraron, la apoyaron y, sobre todo, la escucharon y la entendieron, aunque en los últimos días ya ni hablaba; tan solo ellos

comprendieron todo lo que le pasaba y fueron esa tabla de salvación que la rescató en medio de ese mar de problemas. Es ahí cuando comprendió que ser maestro es una responsabilidad muy seria que puede contribuir a la vida de las personas o, simplemente, acabar con la vida de alguien.

Terminó graduándose del bachillerato a sus 19 años en la Institución Educativa Agustín Nieto Caballero, en la modalidad de sabatinos. Fue un largo proceso, pero, en fin, llegó a un feliz término.

Pasaron 5 años y, cuando ya tenía 24 años y un hijo de 4 meses, decidió prepararse para brindarle un futuro, siguiendo el instinto de su corazón, que era ser maestra, salvar vidas, así como salvaron la suya algunos maestros tan dulces que se presentaron en su camino.

Empezó a estudiar en la Normal María Inmaculada en Arauca,

desplazándose desde su ciudad natal, y allí vivió un proceso también bastante complejo, ya que estudiaba de noche y de día trabajaba para sostenerse y sostener a su hijo de tan solo 4 meses. En ocasiones le

tocaba llevarlo a las clases cuando no conseguía quién se lo cuidara. En una ocasión, una docente le llamó la atención delante de todos los compañeros y le dijo

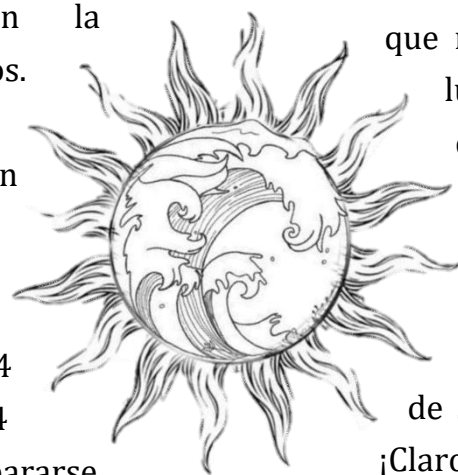
que estaba en el lugar equivocado, que se fuera a criar ese muchachito, a ser madre de familia y nada más,

que no debería estar en ese lugar; y ahí fue cuando

despertó más su determinación porque tenía un sueño y ese rechazo que recibió encendió más sus ganas de superarse. ¡Que si lloró!

¡Claro que sí! Su corazón se rompió en mil pedazos, se sintió sola, porque en realidad estaba sola, y fue ahí cuando su resiliencia se empezó a forjar de hierro.

Estaban empezando a cursar el último semestre de la Normal cuando la coordinadora la escogió para ofrecerle trabajo y, por



supuesto, aceptó, pero en ese último semestre quedó embarazada de su segundo hijo y, al final, terminó con honores. Los maestros que un día la recriminaron, el día del grado la felicitaron y le dieron mención de honor y un gran reconocimiento, debido a que demostró ser una madre ejemplar y se desempeñó excelentemente en su labor académica asignada, a la vez que cumplió con las actividades académicas propuestas.

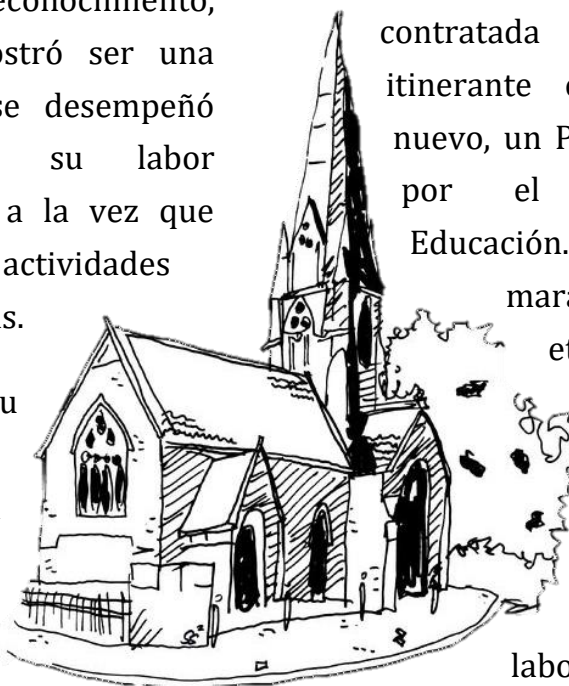
Luego de su grado en la Normal, se dedicó a la maternidad por un año. Una vez que su hijo ya podía quedarse en casa con la niñera, empezó a trabajar como auxiliar pedagógica particular. Le trabajaba a su padre, maestro de maestros, en la sede La Amistad, escuela que pertenece al Agustín Nieto Caballero de Tame. Trabajó allí durante unos 4 años, tiempo en el cual culminó su Licenciatura en Pedagogía Infantil de forma semipresencial con la Universidad del Tolima. El 2022 fue un año duro, pero ya contaba con una resiliencia un poco más avanzada y

obtuvo su título en la ciudad de Yopal, Casanare.

Participó en el concurso docente del posconflicto; en esta ocasión logró aprobar el examen. Luego de un tiempo de espera, fue contratada como maestra itinerante en un programa nuevo, un Plan Piloto iniciado por el Ministerio de Educación. Esto fue algo maravilloso; fue la etapa más aventurera de su vida profesional, ya que la educación era casa a casa. Su labor como maestra

era visitar a cada estudiante llevando toda la pedagogía por medio de las actividades rectoras: el juego, el arte, la literatura y la exploración del medio para afianzar los saberes previos que los niños ya poseían.

Ser maestra itinerante para la ruralidad y la ruralidad dispersa le permitió ampliar su concepto de la vida, de la pedagogía, de las comunidades y del entorno en el que estaba inmersa. A la par con esta





experiencia, empezó a estudiar la maestría en educación inclusiva e intercultural, la cual le venía perfectamente como una herramienta fundamental en la realización de su quehacer pedagógico, ya que brindaba un mundo de posibilidades para trabajar con las comunidades, logrando sacar adelante este Plan Piloto, destacándose como una maestra rural aguerrida y tenaz a la hora de lograr los objetivos pedagógicos planteados por el Ministerio de Educación. Fue tan grande el impacto pedagógico que viajaron a Bogotá a presentar informe de las actividades y los logros obtenidos en la comunidad; fueron homenajeados y galardonados como los valientes luchadores de la Colombia profunda. Estos procesos fueron acompañados por el doctor Roberto Melo, líder de primera infancia en Arauca, y la doctora Fernanda Barandica, de Bogotá, líder del plan piloto de maestras itinerantes de la ruralidad y la ruralidad dispersa.

Estaba trabajando para el Ministerio de Educación, pero era por contrato anual. Su alma seguía

inquieta en la persecución de sus sueños: ser una maestra rural de básica primaria. Fue entonces cuando volvió y se presentó al siguiente Concurso Docente y, por la misericordia de Dios, pasó; pero esta vez, llevada por los sentimientos, el agobio y la desilusión que a veces le causaba su familia, aplicó para Casanare, tratando de tomar distancia de su familia. Después de un largo proceso, llegó la audiencia y, por desconocimiento y pagando las novatadas, fue a parar a la Institución Educativa Carlos Lleras Restrepo, sede Villa Julia, en el municipio de Hato Corozal, departamento de Casanare, y tuvo que viajar muy lejos de su Tame natal, pero cumplió su sueño de estar nombrada en una escuela rural, y su familia empezó a valorarla; la extrañaron mucho y ella a ellos también.

Al llegar a la escuela de sus sueños, se encontró con un panorama muy diferente a lo que esperaba: encontró niños con extraedad escolar y niveles académicos muy bajos, lo cual la llevó a innovar en procesos de aprendizaje e incluso tuvieron que

aplicar la estrategia de desaprender para aprender de nuevo. Fue un reto para ella, sobre todo también por las condiciones en las que estaba la escuela, que no era más que un salón.

Con el tiempo, realizó gestiones, peticiones y trabajo con la comunidad, y lograron

construir una cocina; también cuentan con el servicio de restaurante

escolar PAE.

Debido a que las casas están muy lejos unas de otras y, sobre todo, de la

escuela, tiene a los niños en cuidado temporal con el permiso de los padres y el apoyo de ellos; igualmente, esto quiere decir que los niños estudian por la mañana y por la tarde e incluso algunos fines de semana, ya que viven a más de 6 horas de camino y la gran mayoría son hijos de encargados de fincas o hatos, así que los padres no tienen tiempo para llevarlos y traerlos a la escuela.

La escuela está ubicada en la vereda Villa Julia, municipio de Hato Corozal, departamento de Casanare, habitada por personas amables, llaneros que hacen sentir como en

familia.

Dependen económicamente de la ganadería. En la

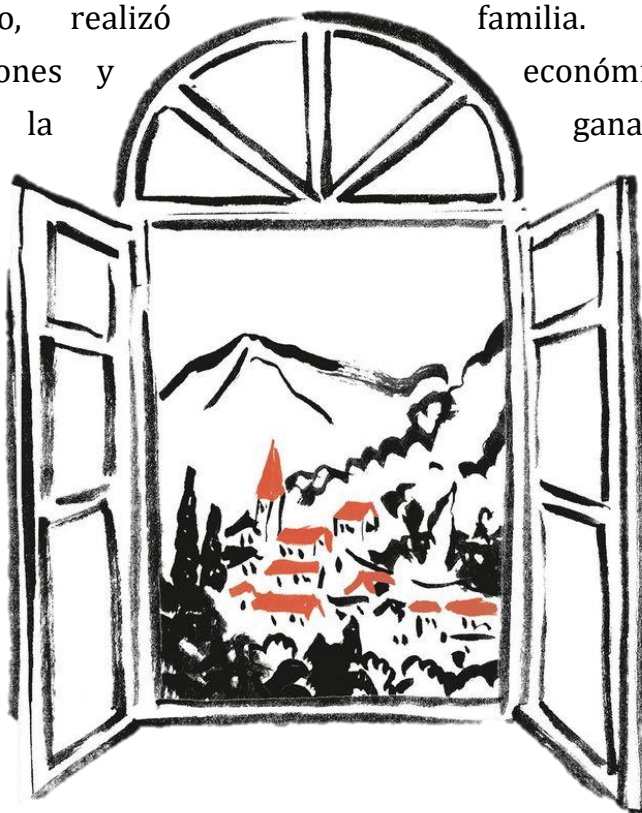
vereda

predomina la sabana y el monte; es una vereda llena de naturaleza, rica en flora y fauna.

En algunas ocasiones, los chigüires

llegan hasta la cancha de la escuela, así

como también es común el avistamiento de aves de la región en grandes cantidades: picures, lapas, osos palmeros, cachicamos. En más de una ocasión han sido perseguidos o atacados por marranos salvajes y, por las noches, los arrulla el rugido de los felinos dueños y amos del lugar, como los jaguares o tigres mariposa, los pumas, los tigrillos y los cunagueros, y todo el concierto de aves en sus cantos nocturnos.





Con mucho esfuerzo culminó su Maestría en el año 2025. Se le dificultó un poco debido a la conectividad, ya que en la escuela donde laboraba no había luz. Por medio de muchas gestiones, tocó muchas puertas; fue rechazada en muchas ocasiones, pero al final, gracias a Dios y a la perseverancia, lograron obtener una planta solar para la escuela y también internet por parte del gobierno.

Empezó hace 3 años con 2 estudiantes, incluyendo a su hijo, y hoy en día, gracias al desempeño de la maestra, el apoyo de la comunidad en la creación de infraestructura y, sobre todo, a las garantías como el cuidado temporal —que incluye cuidar a los estudiantes 24 horas los 7 días de la semana, implementando doble jornada académica—, la escuela ha crecido. Les da desayuno y cena; el almuerzo lo prepara la señora Olga Infante, manipuladora contratada por el PAE, teniendo en cuenta que es la única vecina cercana, quien vive a 40 minutos caminando de la escuela.

Ha sido un reto estar trabajando en dicha institución, ya que se ha tenido que separar de su esposo y su hijo mayor. Tiene que

pasar por muchas travesías: en verano, en la moto; en invierno, se transporta por vía acuática en una falca o canoa. A menudo los viajes duran un día entero. Todo esto lo hace en compañía de Dios y de su hijo menor de 10 años. En dichos viajes se enfrentan a muchos peligros del terreno, principalmente de todas las fieras que habitan esta región, incluyendo que es una zona roja golpeada por el conflicto armado. Cuando viajan en invierno, tienen que cabalgar 3 horas desde el río sabana adentro hasta llegar a la escuela. No es fácil; hay noches en que le cuesta conciliar el sueño, piensa mucho en su familia, su hijo, su esposo, sus padres y hermanos, recuerda a sus abuelos. Le es difícil estar tan lejos, pero con la ayuda de Dios sigue haciendo patria en aquella Colombia profunda, en un acto de vocación, resistencia y creatividad pedagógica, llevando la batuta como líder y gestora comunitaria. En ocasiones ha tenido que ser enfermera, líder espiritual; una de las acciones que más le gusta es potenciar la riqueza cultural, siendo un puente entre el saber académico y los saberes netamente criollos de la región.



Donde nadie volvió a tocar la puerta

Rosa Alejandra Correa Albarracín

Camilo creció en un pueblo donde la vida se aprendía al instante, sin necesidad de libros ni maestros que lo explicaran. Allí uno sabía, desde que echaba a caminar, que mirar de más o preguntar sin cuidado podía costar muy caro o traer problemas. Cuando el viento traía el ruido de los disparos desde la loma o pasaban esas camionetas silenciosas con los vidrios bien oscuros, lo correcto era bajar la mirada y seguir el camino, fingiendo que uno no veía ni oía nada.

El pueblo estaba atravesado por una carretera vieja y destapada y un río ancho que parecía dividir el mundo en dos partes. Por fuera, el paisaje era de un verde intenso y se veía tranquilo, pero por dentro se sentía una cosa rara en el ambiente, como si el aire mismo estuviera cargado de susto. Era un miedo que no se iba ni durmiendo, se quedaba pegado en el cuerpo y en la mente, y costaba mucho quitarlo.

En su casa, la prudencia era la única ley que se cumplía siempre. Su mamá siempre tenía una maleta a medio armar en un rincón, escondida detrás de la ropa, lista por si había que huir antes de que saliera el sol. Guardaba allí lo indispensable: algo de ropa vieja, comida guardada y los papeles importantes envueltos en plástico para que no se mojaran. No era por ser miedosa, era pura necesidad para sobrevivir.

Su papá, hombre de pocas palabras y manos duras de tanto trabajar la tierra, solo hablaba cuando era de verdad necesario. Cuando la tarde se ponía fea y el tableteo de las armas se sentía cerca, solo les decía con voz seria: «Agáchate, mijo y no mire *pa'rriba* ni haga ruido». Camilo comprendió rápido que ser valiente no estaba en gritar ni pelear, sino en saber quedarse quieto y callado esperando que pasara el peligro.

Desde muy niño se dio cuenta de que había verdades que era mejor

no descubrir del todo. La gente hablaba en voz muy baja, casi susurrando, como si las paredes tuvieran oídos y las sombras pudieran delatar lo que se decía. Todos sabían lo que pasaba realmente, pero nadie se atrevía a nombrarlo en voz alta porque las palabras también podían ser peligrosas y traer consecuencias malas.

Pero hubo una noche que se le grabó a fuego en la memoria y nunca se le borró. El ruido fue tan fuerte que parecía que la tierra misma temblaba. Se oían gritos que partían el silencio, órdenes feroces y carros pasando rápido con motores que rugían como bestias salvajes. Su papá le tapó la boca con la mano para que no hiciera ni un pío y se quedara bien quieto. Nadie pudo pegar ojo esa noche.

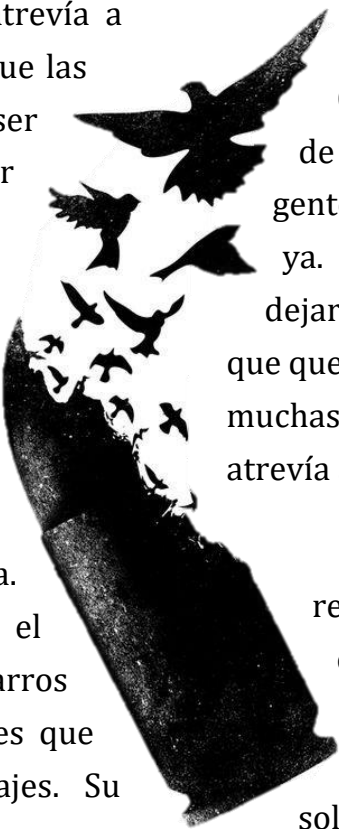
Al amanecer, la realidad los golpeó con crudeza y dolor. La tienda de don Álvaro amaneció toda dañada, llena de agujeros de bala y todo revuelto por dentro, como si hubiera pasado un vendaval o una

tormenta muy fuerte. El dueño no aparecía por ningún lado y nadie supo dar razón de él. Unos decían una cosa, otros decían otra, pero al final nadie preguntó más ni buscó respuestas porque daba miedo.

Fue ahí cuando Camilo empezó a entender de verdad que en ese lugar la gente desaparecía de la nada y ya. Se iban sin decir adiós, sin dejar rastro ni carta, y lo único que quedaba era un vacío inmenso y muchas preguntas que nadie se atrevía a hacer.

Luego llegaron los retenes, esos controles que convertían cualquier camino en una trampa. Un día que iban en el bus viejo, bajo un sol que partía la cabeza y quemaba la piel, los pararon y los hicieron bajar a todos. No eran policías ni nada oficial: traían armas y cara de pocos amigos. Separaron a los hombres de las mujeres como si estuvieran contando ganado.

Se llevaron a don Rojas, el señor que siempre viajaba vendiendo café y que conocían de toda la vida. Le dijeron que era solo





para «hablar» y hacer unas preguntas, pero todos en el fondo sabían que eso no tenía vuelta atrás y que no lo volverían a ver. Nadie dijo nada, nadie se quejó, porque era mejor no llamar la atención.

Con el tiempo, uno terminaba acostumbrándose a lo que no debería ser normal. Aprendías a ver cosas terribles y tragarte el llanto, seguir caminando con el peso en el pecho como si nada hubiera ocurrido. Era la única forma de seguir respirando y que no les pasara nada a uno también.

Una tarde, caminando cerca de la orilla del río, vio algo que le heló la sangre y que jamás olvidaría. Varios hombres vestidos de oscuro cavaban huecos grandes y profundos, bien alineados bajo el sol caliente. No sembraban nada, no construían ninguna casa ni cerca. Cuando lo vieron espiando, uno le apuntó con el arma y le gritó feo que se fuera y no mirara para ese lado.

No hizo falta que le explicaran nada: lo entendió todo de una. Aquel era el lugar donde la guerra enterraba sus secretos, la fosa donde iban a parar los que sobraban o los

que se equivocaban de bando. Esa imagen se le quedó clavada en la mente para siempre.

Ni siquiera en el colegio se podía uno refugiarse de la realidad. Un profesor intentó hablar de justicia y derechos y cosas bonitas, pero de pronto sonó un estallido muy cerca que hizo temblar los vidrios y todo el mundo se tiró al piso asustado. Después de eso, nadie volvió a tocar esos temas y mejor volvieron a las matemáticas. Las palabras bonitas no servían de nada cuando afuera llovía plomo.

Poco a poco los pupitres se fueron quedando solos y vacíos. Unos partían hacia la ciudad buscando seguridad y un futuro mejor; otros simplemente dejaban de ir y ya. Las listas se hacían cada vez más chicas y nadie preguntaba «¿dónde está?», porque la respuesta a veces era demasiado dolorosa o peligrosa de saber.

La cosa se puso más tensa cuando empezaron a aparecer los papeles pegados en las puertas y postes. Eran amenazas escritas que decían que tenían plazo para irse del pueblo, que quien no estuviera de

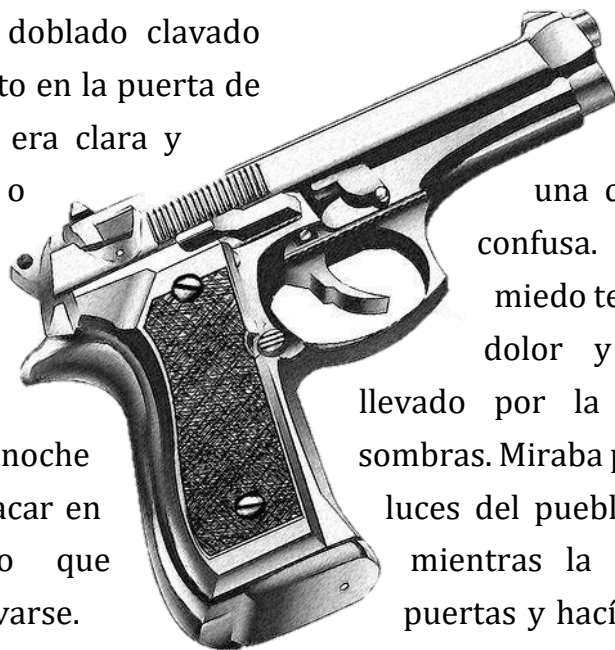
acuerdo que se fuera lejos y rápido. Que allí mandaban ellos y la ley la ponían ellos solos. En cada casa se vivía con el alma en vilo, hablando bajito y desconfiando de todo.

Una madrugada muy fría, dejaron un papel doblado clavado con un cuchillo justo en la puerta de su casa. La orden era clara y directa: salir o desaparecer. Su papá leyó el aviso y se puso pálido del susto que le entró de golpe. Esa noche empezaron a empacar en silencio lo poco que podían cargar y llevarse.

Pero ya era tarde. Llegaron ellos. Golpearon la puerta con mucha furia, gritando que abrieran o la tumbaban a patadas. Entraron sin pedir permiso, rompiendo todo lo que encontraban y alumbrando con linternas directo a los ojos. Buscaban a los hombres de la casa para llevárselos.

Su mamá lo abrazaba con desesperación, llorando y suplicando que era solo un niño, que no tenía nada que ver, pero allí no había

corazón ni piedad, solo frío y armas. Se llevaron a su papá primero, arrastrándolo por el suelo como si fuera un trapo viejo que no servía para nada, y luego se lo llevaron también a él.



Camilo recuerda ese momento como una cosa muy oscura y confusa. Solo recuerda el miedo terrible, los gritos de dolor y cómo caminaba llevado por la fuerza entre las sombras. Miraba para atrás y veía las luces del pueblo que se alejaban, mientras la gente cerraba las puertas y hacía como que no oía ni veía nada.

Pasaron muchísimos años, una eternidad casi, antes de que pudiera volver a pisar esas tierras que lo vieron nacer. Cuando regresó ya era un hombre hecho y derecho, con la piel curtida por el sol y el viento y el corazón lleno de recuerdos difíciles de borrar.

Caminó despacio por las calles y todo se veía igual por fuera: las mismas casas, el mismo polvo en el suelo, el mismo río corriendo con



agua fresca. Pero se sentía diferente, había un silencio muy pesado en el aire, como si la gente todavía tuviera miedo de respirar fuerte o hablar alto por si acaso volvía a pasar lo mismo.

Se paró en la orilla mirando correr el agua y entendió bien la lección que le había dejado la vida. Que la guerra no fue solo tiros y muertos y sangre derramada. Fue haber aprendido a vivir agachados y con miedo constante, fue tener que agachar la cabeza para sobrevivir y

acostumbrarse a ver que se llevaban a la gente y tener que seguir como si nada.

La puerta de su casa nunca volvió a abrirse como antes, con alegría y tranquilidad. Perdió su color y su brillo. Y desde aquella noche tan mala y tan triste, nadie volvió a tocarla, porque la marca que dejaron el dolor y el susto ahí se quedó para siempre, grabada en la madera y en la historia de todos los que vivieron para contarlo.



Los muros del aula 402

María Fernanda Castrillón Ruiz

El distinguido profesor Jorge Arreola no enseñaba Historia del Arte; él la padecía como una enfermedad crónica que se agudizaba los martes a las seis de la tarde. El aula 402 de la Facultad de Humanidades era un espacio de baldosas amarillentas que exhalaban un olor a papel viejo y a encierro, un lugar donde el tiempo no corría, sino que se estancaba en los rincones junto al polvo de la tiza. Ese martes, la luz del sol entraba por los ventanales altos con una palidez de hospital, cortando el salón entre franjas de luz y sombra que hacían que sus estudiantes parecieran figuras estáticas, remotas, carentes de volumen y dimensión. Arreola, con el saco de pana desgastado en los codos, la voz cansada y agrietada por décadas de monólogos, se detuvo frente al tablero mientras sentía que su rol como docente se había convertido en un rito vacío, una misa negra donde la vocación por su labor era un cadáver que él intentaba reanimar sin éxito ante una audiencia de sombras que apenas

parpadeaban tras el brillo de sus teléfonos.

En la primera fila, el puesto de Coronado —un joven de mirada inquisitiva que solía ser el único cable a tierra de Arreola— estaba inusualmente vacío. Sin embargo, sobre la madera rayada del pupitre descansaba un cuaderno de cuero negro, abierto de par en par. Arreola, impulsado por una curiosidad que rozaba lo invasivo, se acercó mientras seguía recitando de memoria fechas, tratados y autores antiguos. Al bajar la mirada al papel, las palabras se le atascaron en la garganta: no eran apuntes de clase. El cuaderno contenía una bitácora detallada de los últimos cinco minutos de vida del profesor Jorge, escrita con una caligrafía idéntica a la suya, que decía: «El doctor Arreola siente una punzada en el pulmón izquierdo, teme que el cáncer de su padre haya vuelto por él. Ahora, mira hacia la ventana y finge que reflexiona, pero en realidad cuenta los segundos para que den las seis».



El profesor retrocedió un paso, golpeando la mesa de madera. El estruendo no despertó a los estudiantes; ni uno solo se inmutó, ni levantó la cabeza, no hubo ni siquiera un murmullo. El silencio en el aula 402 se volvió sólido, una masa física que le oprimía los oídos. Desesperado por romper el trance, Arreola caminó hacia el ventanal para buscar el aire que corría por todo el campus. Al asomarse, el mundo exterior le proyectó una imagen que le heló la sangre. Abajo, en la plazoleta central, la multitud de estudiantes se movía en una coreografía perfecta y macabra: todos, absolutamente todos, vestían su mismo saco de pana, con el mismo desgaste en los codos, caminaban con su mismo encorvamiento, dando pasos de agotamiento y cargando el mismo maletín de cuero descosido. Era una ola de Jorge Arreola repitiéndose hasta el infinito, un ejército de clones pedagógicos marchando hacia una biblioteca que parecía tragárselos.

Preso del pánico, Arreola corrió hacia la puerta del salón, pero su mano no encontró el metal de la chapa. Donde debía estar la salida,

ahora solo había más pared, más tablero verde repleto de fechas, nombres y talleres que él mismo había escrito años atrás, lleno de capas de tiza acumuladas. El aula se había cerrado sobre sí misma. El espacio se distorsionó; las filas de asientos empezaron a crecer hacia el techo, convirtiéndose en una especie de anfiteatro vertical donde los estudiantes, ahora desprovistos de sus teléfonos, lo miraban con ojos que no eran más que cuencas llenas de grafito.

—Profesor —dijo una voz que brotaba de todas las gargantas al unísono, haciendo que Arreola se desplomara en su silla, ese lugar que siempre le había dado poder, ahora se sentía como un trono de espinas. Se miró las manos y notó que sus huellas dactilares se estaban borrando y estaban siendo sustituidas por finas líneas de texto impreso. La realidad del aula se desmoronaba: las paredes empezaron a pelarse y caerse como si de piel muerta se tratara, revelando que detrás no había ladrillos, sino estantes infinitos cargados de expedientes con su nombre. Cada año de su vida laboral



era un tomo, cada examen corregido, cada libro leído, todas y cada una de sus planeaciones de clase, su propia carne encuadernada.

En ese momento, la figura de Coronado apareció en el fondo del salón, pero no era el joven brillante de siempre: era un anciano, envuelto en una toga deshilachada, sosteniendo un espejo frente al rostro del profesor. Arreola no vio su reflejo; vio un aula vacía, un tablero limpio y una tiza que escribía sola un nombre que ya no recordaba.

—Usted siempre nos dijo que el saber es de lo que sobrevive el hombre —susurró el anciano—. Bien hecho, doctor, usted no es un hombre, es la institución.

El sol terminó de ocultarse, pero el aula 402 no quedó a oscuras. Una luz blanca, fría y artificial brotó de la piel de Arreola, quien ahora permanecía inmóvil, convertido en una columna de mármol y apuntes. Cuando el guardia nocturno pasó por el pasillo y miró por la pequeña ventana de la puerta, solo vio un salón impecable, con un cuaderno de cuero negro sobre el primer pupitre y una sombra extrañamente realista presidiendo la mesa del maestro. El guardia suspiró y siguió su camino recorriendo cada pasillo, sin notar que, al alejarse del salón, aquella sombra comenzaba a derramar una lágrima de tinta negra que al caer se fundió para siempre con la madera del escritorio.



El aula que no imaginé y el miedo que sí

Leidy Yolima Jiménez Arévalo

Durante la universidad, todo parecía más fácil de lo que realmente era. Ser docente se sentía como algo alcanzable, casi claro: aprender, prepararse, hacer las cosas bien... y luego enseñar. Así, tal cual, en ese orden, como si la realidad fuera tan siquiera a respetar ese mismo camino. Pero no todo era tan tranquilo como parecía. Había noches en las que Diana no pensaba en clases, ni en estudiantes, ni en libros. Pensaba en el futuro, en si realmente iba a conseguir trabajo, en las deudas que empezaban a aparecer, en su familia, en lo que esperaban de ella, en lo que ella misma se exigía en silencio. Y, entonces, sin avisar, llegaban esas voces, persistentes, incómodas y casi inevitables: «Usted no puede», «Usted no lo va a lograr», «¿Y si no consigue nada?». Intentaba ignorarlas; a veces lo lograba, otras veces no. Pero, aun así, seguía, porque había algo más fuerte que el miedo, aunque no siempre supiera nombrarlo.

Y entonces llegó el día del grado. Diana lo recuerda con una nitidez extraña, como si ese momento perteneciera a otra vida: la elección del vestido, las fotos con sus compañeros, las risas nerviosas, los abrazos largos de quienes habían compartido años enteros de esfuerzo. Su familia estaba ahí, orgullosa. Su mamá no dejaba de mirarla como si en ese momento todo hubiera valido la pena; su papá le apretó el hombro con fuerza, sin decir mucho, pero diciendo todo. Ese día, ser docente se sentía hermoso, posible, suficiente.

Pero la sensación duró poco, porque después del diploma vinieron las preguntas, y luego, la realidad. Diana entendió que no bastaba con haber terminado, que ahora tenía que enfrentarse a algo que ningún profesor en la universidad le había explicado del todo: el Concurso Nacional Docente, un proceso largo, incierto, lleno de filtros, exámenes y esperas, en el que no solo se jugaba su vocación, sino

también la posibilidad de un salario digno, de una estabilidad que no parecía tan segura como la había imaginado. Los nervios llegaron ahí, no en el grado, no en los aplausos, sino en ese momento silencioso en el que comprendió que empezar no era tan sencillo como parecía.

Y, aun así, siguió. Presentó las pruebas, esperó, dudó y un día, cuando ya no estaba segura de nada, llegó la llamada. Había pasado. La habían llamado. Esa noche casi no durmió; pensaba en todo lo que venía: su primer salón, sus estudiantes, su forma de enseñar. Volvió a sus apuntes, a sus cuadernos, a todo lo que había aprendido y empezó a imaginar. Se imaginó estudiantes atentos, interesados, levantando la mano; se imaginó explicando con seguridad, siendo escuchada, logrando que sus palabras tuvieran sentido. Planeó cada clase con cuidado, pensó en actividades, en dinámicas, en formas de hacer todo más cercano. Incluso, pensó en

pequeños detalles: frases en el tablero, decoraciones sencillas, maneras de hacer del aula un lugar distinto.

En medio de todo eso, algo cambió dentro de ella. Las deudas, por un momento, dejaron de pesar tanto; pasaron a un segundo plano. Pero su familia no; al contrario, la sentía más presente que nunca: en cada idea, en cada clase planeada, en cada intento por hacerlo bien. No como una presión, sino como una fuerza, como una emoción que la impulsaba a seguir, incluso cuando dudaba. Todo, en su mente, parecía posible, casi perfecto.

Hasta que llegó el primer día. Cuando Diana se paró frente al salón 603 sintió que el mundo le quedaba grande. El ruido la golpeó antes de poder decir una sola palabra; nadie la miró, nadie notó las frases que había escrito con dedicación en el tablero, nadie pareció interesado en





ese esfuerzo silencioso que ella había preparado durante días. Todo aquello que había imaginado no estaba ahí.

— Buenos días... —dijo, casi como una pregunta.

El saludo se perdió en el aire y en ese instante todo lo aprendido, todo lo planeado, todo lo soñado pareció quedarse corto.

Las primeras semanas fueron un intento constante por sostener algo que se deshacía entre sus manos. Planeaba cada clase con dedicación, explicaba con esfuerzo, insistía, pero el salón no respondía. Las hojas en blanco comenzaron a acumularse sobre su escritorio como una forma silenciosa de rechazo; los cuadernos incompletos, las miradas perdidas, los cuerpos ausentes, aunque estuvieran ahí, todo le decía lo mismo: no estaba logrando llegar.

Un día perdió el control.

— ¡Silencio! —gritó, golpeando el escritorio.

El salón quedó en pausa, no por respeto, sino por sorpresa.

— Si no quieren aprender, entonces díganlo.

Desde la última fila, Juan soltó una risa corta.

— ¿Aprender qué, profe? —dijo—. ¿Para qué sirve eso?

Algunos rieron. Diana sintió el golpe. No respondió; solo volvió al tablero, terminó la clase y salió antes de tiempo.

Esa tarde se quedó sola en el salón. Miró las sillas vacías, el tablero, las palabras que había escrito esa mañana con tanta ilusión, y sintió, por primera vez, que tal vez no era suficiente.

Al día siguiente intentó ser más estricta: impuso normas, exigió silencio, anotó nombres. Funcionó, pero el aula se volvió fría, correcta... pero sin vida.

Una mañana encontró a dos estudiantes peleando antes de empezar la clase. Los separó como pudo.

— ¡Esto no puede seguir así! —dijo, alterada.

Uno de ellos la miró fijamente.

— Profe, usted no entiende nada.

Esa frase se le quedó adentro. Esa noche no pudo dormir. Pensaba en todo: en lo que había aprendido, en lo que estaba pasando, en la distancia entre una cosa y la otra. Y entonces lo entendió: no era que la teoría estuviera mal, era que no era suficiente.

Al día siguiente llegó sin plan de clase.

— ¿Qué les pasa? — preguntó.

El salón la miró con desconfianza. No como estudiantes... como personas. El silencio fue largo, hasta que Sofía habló:

— Es que a veces uno no puede pensar en estudiar... porque tiene otras cosas en la cabeza.

— ¿Cómo cuáles? —preguntó Diana.

— Profe, problemas... en la casa... golpes... hambre... dinero... cosas.

Y entonces, todo empezó a aparecer: historias, cansancio, responsabilidades que nadie veía. Ese fue el primer quiebre.

Días después, Diana propuso escribir algo propio. No obligó, invitó. Juan fue el primero en levantar la mano.

— Profe... ¿si escribo algo feo, no se va a burlar?

— No — respondió—. Aquí nadie se burla.

Cuando leyó su

texto, el aula cambió.

— Mi mamá dice que yo soy el hombre de la casa... pero yo no sé ser eso.

Su voz tembló. Nadie se rió, nadie interrumpió. El silencio, esta vez, estaba lleno.

Diana dejó de intentar cumplir únicamente con lo que debía enseñar para empezar a comprender a quién





estaba enseñando. A partir de ese momento, nada fue perfecto, pero sí fue real. Las clases comenzaron a construirse desde ellos: leían, escribían, hablaban, pero ahora había sentido. Había escucha. Había lugar.

Un viernes, al final de la jornada, encontró un papel sobre su escritorio. No tenía nombre:

«Profe, gracias por no rendirse con nosotros».

Diana sonrió, no porque todo estuviera resuelto, sino porque, por

primera vez, entendía de verdad lo que significaba ser docente.

Afuera, Bogotá seguía igual, pero adentro, en ese salón, algo había cambiado. Ya no se trataba solo de enseñar palabras, sino de reconocer que, antes de cualquier intento de enseñar, ya había historias esperando ser escuchadas.

Diana miró el aula una vez más, en silencio, y entonces lo entendió. No era el aula que había planeado, no era el aula que había soñado, pero era, sin duda, el aula que no imaginó y el miedo que sí.



El dolor de un recuerdo

Kevin Estiph Rivera Bohórquez

Oh, hermoso río, río del Cauca, cómo se ve bajar esa corriente con fuerza, cargada de sangre; sangre que se borra con el agua al momento en que se van los recuerdos de esa espantosa guerra que se ha vivido durante muchos años en esta región. Región donde hemos sido felices con mi familia, porque son nuestras raíces, las cuales han estado por décadas en este lugar.

«No olvides de dónde eres, hijo», palabras de papá José que retumban en mi memoria, sobre todo desde aquel día tenebroso en que no supimos más de él. Yo tenía cinco años, un día normal en que papá salía a trabajar para traer el sustento a nuestro hogar.

Recuerdo que ese día yo jugaba fútbol descalzo con mis amigos y hermanos cuando, de repente, escuchamos una balacera. Todo se volvió angustia y confusión en unos segundos. Mamá Rosa, angustiada, nos agarró con mis hermanos y nos metió a la casa, haciéndonos esconder debajo de la

cama mientras los disparos rompían el silencio de nuestro campo sagrado.

Desde ese escondite, al ver a mi mamá angustiada, llorando y orando para que estuviéramos a salvo y para que papá José regresara sano y salvo, en mi cabeza de niño se empieza a formar una pregunta que hoy en día aún no logro responder: ¿por qué pasa esto en el lugar de felicidad donde solo se respira aire puro?

Duramos horas, horas frías y eternas debajo de la cama, juntos con mis hermanos y mi mamá, esperando a que esa pesadilla terminara pronto, pero, lo más importante, esperando escuchar la voz de papá José volviendo a casa y sentir esa felicidad de que estuviera sano y salvo con nosotros.

Llegó la noche. Una noche silenciosa, triste, en que mis hermanos, mamá Rosa y yo no decíamos ni una sola palabra del miedo de todo lo que estaba



pasando. Mi mente solo repetía cada anécdota o historia de nuestra tierra, ya fuera del río, de los cultivos y de otras cosas que siempre contaba mi papá, donde todo lo relacionaba con el amor que él sentía por su tierra y lograba transmitir con sus palabras ese lugar hermoso donde vivíamos y donde nuestra familia creció de generación en generación.

Han pasado más de veinte años desde ese día, y esas historias nunca se me han olvidado. Aún sigo esperando a que papá regrese; sus historias viven en mí, hacen que este lugar siga siendo seguro, porque, sin

importar qué tan peligroso pueda ser, para mí es seguro, porque amo donde vivo y sigo vivo gracias a este lugar. Cada mañana despierto y huelo a esa tierra húmeda donde se cultiva y crece el amor que le tenemos al campo, donde, por más que sea olvidada por el gobierno y por el resto del país y señalada por ser una zona de peligro por presencia de fuerzas armadas, a nosotros no nos importa seguir aquí, porque este es el lugar donde vivimos felices, el lugar de nuestros antepasados que cada día cultivamos para que no quede en el olvido.



El legado de Alejandro

María Fernanda Ramírez Rodríguez

En el año 2630, El Gran Distrito estaba lejos de parecer un lugar del futuro. No había avances ni brillo, solo ruinas. Las calles, agrietadas y cubiertas de polvo, mostraban las huellas de una guerra que lo había consumido todo. Las casas, a medio caer, se sostenían como podían, y el hambre era tan común como el miedo.

Pero aquella guerra no había comenzado de un día para otro.

Con el paso de los años, el costo de vida había aumentado hasta volverse imposible para la mayoría. Las oportunidades eran escasas y todo lo valioso, como el alimento, el agua o la tecnología, quedaba en manos de unos pocos: los altos mandos. Mientras ellos acumulaban, el pueblo sobrevivía con sobras... o simplemente no sobrevivía.

El abandono se convirtió en rabia y la rabia en conflicto.

Así comenzaron las disputas entre territorios. Ya no se luchaba por poder ni por ideales, sino por lo

único que garantizaba la vida: la tierra fértil y el alimento. Los enfrentamientos no buscaban prisioneros ni acuerdos. Buscaban arrasar, tomar y quedarse con lo poco que aún podía producir.

En medio de ese colapso, surgió lo que se hacía llamar la República Central. Prometía reconstrucción y equidad, pero terminó convirtiéndose en un sistema de control absoluto. Los altos mandos administraban los recursos, decidían quién recibía alimento y quién no, y justificaban cada decisión en nombre de la estabilidad. El pueblo, debilitado por la guerra, no tuvo cómo oponerse.

Con el paso del tiempo, la República Central reorganizó los territorios bajo su dominio. Las antiguas ciudades perdieron sus nombres y su historia, reducidas a simples zonas administrativas. Ya no eran lugares con identidad, sino piezas dentro de un sistema que priorizaba el control.

Fue así como uno de esos territorios pasó a ser conocido oficialmente como Distrito 7, aunque entre sus habitantes, con los años, comenzó a llamarse El Gran Distrito. El nombre no surgió por grandeza, sino por ironía. Era “gran” no por su riqueza, sino por la magnitud de su abandono, por la cantidad de personas que sobrevivían en condiciones extremas y por la extensión del olvido en el que había quedado.

Con el tiempo, las leyes se endurecieron. El robo de alimentos fue declarado como uno de los delitos más graves. No porque fuera el peor crimen, sino porque amenazaba el control del sistema. La República entendía que, si uno robaba y sobrevivía, otros lo intentarían. Y el miedo era más útil que la justicia.

Por eso, los castigos dejaron de ser proporcionales. Se volvieron ejemplares. No buscaban corregir, sino advertir. En ese mundo,

sobrevivía quien podía... y casi siempre, el más fuerte.

Alejandro y Diego crecían en medio de ese paisaje. Eran hermanos de la misma madre, pero de padres distintos, dos ausencias que nunca lograron comprender del todo. Diego era impulsivo, pero también el más esperanzado. A pesar de todo, creía que las cosas podían cambiar.

Hablaba más, confiaba más y muchas veces era quien insistía en seguir adelante cuando todo parecía perdido. Alejandro, en cambio, era más callado y observador. Había aprendido a desconfiar del mundo. Pensaba antes de actuar y entendía que sobrevivir implicaba tomar decisiones difíciles. Sin embargo, su lealtad hacia su hermano y su madre era inquebrantable.

A pesar de sus diferencias, se complementaban. Diego era la esperanza. Alejandro, la resistencia.

Vivían con su madre, aferrados a lo poco que les quedaba.





Era una mujer marcada por el cansancio, con el rostro endurecido por los años y la guerra, pero con una mirada que aún conservaba ternura. Sus manos, ásperas y desgastadas, hablaban de todo lo que había tenido que hacer para mantenerlos con vida. No era una mujer de muchas palabras, pero en sus silencios había cuidado. Siempre encontraba la forma de darles algo, aunque eso significara quedarse sin nada para ella. Para Alejandro, era fortaleza. Para Diego, era refugio. Pero en El Gran Distrito, incluso el amor podía ser castigado.

Una tarde, su madre no regresó a casa. La encontraron en la plaza central, rodeada de soldados y miradas indiferentes. Había intentado robar un trozo de pan.

No era la primera vez que pasaban días sin comer. Esa semana, el racionamiento había sido reducido una vez más y lo poco que llegaba apenas alcanzaba para quienes servían a los altos mandos. Ella ya había intentado todo: intercambiar objetos, pedir ayuda, incluso dejar de comer para alimentar a sus hijos. Pero esa vez no quedaba nada. No

robó por ambición. Robó porque sus hijos llevaban días sin comer.

La condena fue inmediata.

Alejandro y Diego no alcanzaron a despedirse. Solo entendieron que, si se quedaban, correrían la misma suerte. Esa misma noche huyeron.

El viaje los llevó hacia un desierto interminable. Durante días caminaron sin rumbo, sobreviviendo con casi nada. Pero el cuerpo tiene límites. Diego fue el primero en caer. Alejandro lo sostuvo hasta el final. Cuando comprendió que ya no respiraba, el mundo volvió a quebrarse.

El hambre regresó, más cruel que nunca. Alejandro se arrodilló junto a su hermano.

— Perdóname...

Apoyó su frente contra él.

— No va a ser en vano... Te lo prometo. Voy a vivir... y voy a buscar un mundo donde nadie tenga que hacer esto para sobrevivir. Un mundo con justicia... con equidad.

Y, con el corazón roto, hizo lo necesario para sobrevivir. Mientras se alimentaba del cuerpo de su hermano, se prometió a sí mismo que aquello no sería en vano.

Desde entonces, caminó por ambos. Cuando el desierto terminó, Alejandro ya no era el mismo. Había perdido todo, pero había ganado un propósito. Con el tiempo, otros se unieron a él. Así nació la Resistencia

de Ceniza. No era un ejército, ni una organización formal. Era un grupo de personas que había decidido dejar de sobrevivir en silencio. Se movían entre territorios, rescatando a quienes habían sido abandonados, compartiendo alimento y protegiendo a los más vulnerables. En ocasiones, interceptaban los cargamentos destinados a los altos mandos y los redistribuían entre el pueblo. No lo hacían por rebeldía, sino por necesidad. Para ellos, el alimento no era un privilegio, sino un derecho.

También creaban pequeños espacios seguros donde la gente

podía reunirse sin miedo, donde por un momento la ley de la fuerza dejaba de imponerse. No buscaban el enfrentamiento, pero tampoco lo evitaban cuando era inevitable. Su lucha no era por poder. Era por dignidad.

Pero el sistema respondió. La persecución comenzó. Algunos lo protegían como líder, otros lo traicionaban por miedo. Y con cada huida, quedaban muertos atrás. Alejandro decidió dejar de huir.

La batalla fue breve, pero suficiente. El poder lo capturó. Lo llevaron a la horca. Antes de morir, dijo:

— Yo vi morir a mi madre por un trozo de pan.

— Vi a mi hermano caer... porque este mundo decidió que no merecía vivir. (Pausa) — Y aun así... estoy aquí. No para pedirles que resistan. Sino para que dejen de aceptar esto como normal. (Levanta la voz)

— ¡El hambre no es ley!

— ¡La injusticia no es destino!



— ¡Y ustedes no nacieron para vivir arrodillados! (Mira al pueblo, más firme) —Pero también les digo algo... No solo son culpables quienes oprimen. También lo son quienes miran... y no hacen nada.

— Quienes bajan la cabeza.

— Quienes aceptan.

— Quienes prefieren sobrevivir en silencio mientras otros mueren. (Con fuerza) —A ellos también los condeno. (Silencio breve) Porque un mundo injusto no se sostiene solo por los poderosos... sino por el miedo de los que nunca se atreven a cambiarlo. (Más intenso)

— Si tienen miedo... háganlo con miedo. Pero háganlo. No por mí. Por ustedes. Por los que ya no están. (Pausa final)

— No peleen por venganza...peleen para que nadie más tenga que vivir esto. (Últimas palabras, firmes)

— Que la dignidad sea más fuerte que el miedo. Y esta vez... háganlo valer.

Ese día murió. Pero no terminó nada.

La Resistencia de Ceniza creció. Se volvió imparable. Dejó de ser solo un grupo disperso y se convirtió en una red organizada. Ya no actuaban únicamente por impulso, sino con estrategia. Aprendieron a moverse sin ser vistos, a comunicarse entre territorios y a coordinar acciones sin exponerse innecesariamente. No buscaban enfrentamientos directos, sino debilitar poco a poco el control de la República Central. Se infiltraban en los sistemas de control y alteraban los registros de racionamiento para que más personas pudieran acceder al alimento, rompían rutas de abastecimiento hacia los altos mandos y protegían zonas donde la gente comenzaba a organizarse por sí misma.

Pero lo más importante no fue la fuerza. Fue la idea.

Cada acto de justicia, cada alimento compartido, cada vida protegida, comenzó a cambiar la forma en que las personas veían el mundo. Lo que antes parecía imposible —ayudarse, resistir juntos, desafiar el sistema— empezó

a convertirse en una realidad. El miedo no desapareció, pero dejó de ser suficiente para controlar a todos.

Poco a poco, más territorios dejaron de obedecer. Algunos soldados comenzaron a desertar. Incluso dentro del sistema, hubo

quienes dejaron de sostenerlo. La

República Central, que durante años había gobernado mediante el miedo, comenzó a resquebrajarse

desde adentro. Y cuando finalmente cayó, no fue por una sola batalla... sino por la suma de pequeñas resistencias que, con el tiempo, se volvieron imposibles de contener.

No crearon un mundo perfecto, sino uno más justo.

Cuando la República Central cayó, no todo se resolvió de inmediato. El hambre no desapareció de un día para otro, ni las heridas dejaron de doler. Durante un tiempo, el silencio fue extraño. La gente ya no obedecía por miedo... pero tampoco sabía del todo qué hacer con su

libertad. Habían pasado años sobreviviendo, no viviendo.

Fue entonces cuando algo empezó a cambiar. No desde la fuerza, sino desde la necesidad de entender.



En los primeros refugios que antes servían para esconderse,

comenzaron a reunirse grupos pequeños. Al

principio, solo compartían historias:

cómo habían

sobrevivido, a quiénes habían perdido, qué habían visto. Era una forma de no olvidar. Pero poco a poco, esas reuniones se transformaron. Alguien enseñó a otro a leer con restos de carteles viejos. Otro empezó a escribir nombres, fechas, recuerdos... para que no se borrarán. Algunos niños, que nunca habían conocido otra cosa que no fuera el miedo, comenzaron a hacer preguntas. Y por primera vez, hubo quienes se detuvieron a responderlas.



Entonces lo entendieron. La República no solo los había controlado con hambre, sino también con ignorancia. Les había quitado algo más que recursos: les había arrebatado la capacidad de cuestionar, de imaginar algo distinto, de pensar por sí mismos. Y sin eso... el control siempre encontraba la forma de volver.

Por eso, decidieron que esta vez sería diferente. No bastaba con repartir alimento, no bastaba con haber resistido. Había que enseñar. No como antes, no como un privilegio de unos pocos, sino como una forma de proteger lo que habían logrado. Porque un pueblo que entiende, que pregunta, que

recuerda... es mucho más difícil de someter.

Así, entre ruinas y reconstrucción, nacieron los primeros espacios de aprendizaje. No tenían paredes firmes ni libros suficientes, pero tenían algo más importante: la decisión de no repetir el pasado.

En la Nueva Alejandría, aprender dejó de ser un lujo y se convirtió en una forma de resistencia.

Sobre las ruinas del pasado, nació una nueva ciudad: La Nueva Alejandría. No como homenaje a un hombre... sino como el legado de una promesa.



El nombre de mi hijo

Dana Julieth Aros Zapata

El 17 de abril del 2008 me quitaron a mi hijo. Nadie me preguntó después cómo se sentía la soledad, la incertidumbre, la venganza. Pero yo lo siento tan clavado en mi pecho que, a pesar del tiempo que ha pasado, no puedo olvidar el dolor.

Mi marido, Alberto, me dijo que podía soportar todo lo que me pasara en la vida solo teniendo esperanza. Y me aferré al recuerdo de mi niño en mis brazos, de sus primeras palabras, del latido de su corazón cuando comenzaba a llorar, de todo lo que podía quedarme de él. Aun así, no fue suficiente. Nada lo es.

Juan Esteban ya no está. Ya no lo veo caminando por la casa, hablando, pasando el rato con sus amigos, riendo por todo y por nada. Mi hijo, el que salió de mis entrañas, puede que ahora esté muerto. Mientras me siento en el comedor a tomarme un tinto, pienso en él. Cuando era niño, cuando era adolescente, cuando me lo quitaron.

Recuerdo que aquel día hacía un frío congelante, como suele pasar en Bogotá. Juan había salido esa mañana con mucho afán, hablando emocionado sobre una entrevista de trabajo que había conseguido, algo que iba a cambiar nuestras vidas. Pero cuando me dijo eso, juro por Dios que sentí un terror tan profundo que subía por mis venas y me daba escalofríos. Todavía lo siento al recordarlo. Quise gritarle a Juan que no se fuera, que esperara, que tal vez se tomara un tinto conmigo. Lo que fuera para retenerlo a mi lado. Sin embargo, no dije nada, porque alguna parte racional en mí pensó que solo eran ideas. No había lógica en mi miedo, eso creí.

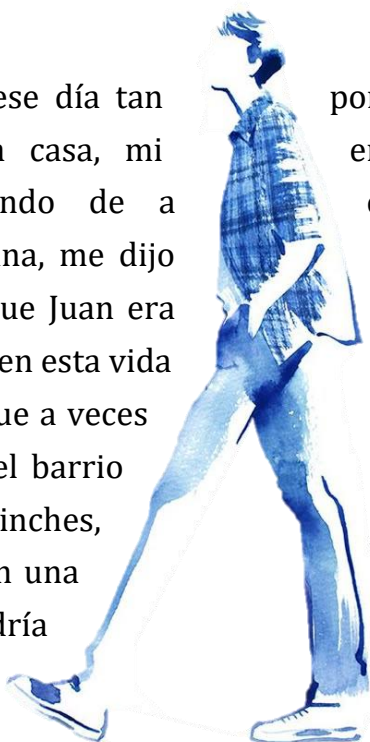
Los recuerdos deberían hacerse borrosos con el pasar del tiempo, probablemente sería lo mejor, pero no para mí. Juan es mi hijo, sus ojos cafés tan profundos aún suelen aparecer en mis sueños. A veces lo veo sonreír, mientras camina entre campos verdes tan llenos de vida. Otras veces, sus

palabras alumbran lo que queda de mi pobre espíritu, porque me dice: *"Mami, tranquila, yo estoy bien, en serio. Usted sabe que odio verla llorar. Ya no se preocupe más por mí"*. Pero cuando le intento responder, mi voz se pierde entre el ruido inexistente, y aunque me diga que no llore, yo soy un mar de lágrimas.

Por eso, cuando ese día tan solitario no llegó a la casa, mi corazón se fue parando de a poquitos. Mi hija, Carolina, me dijo que todo estaría bien, que Juan era muy suertudo, que nada en esta vida lo paraba. Me recordó que a veces se quedaba por ahí en el barrio hablando con sus compinches, que se distraía hasta con una mosca. Que nada podría pasarle, no a él. Yo intenté creerle, aferrarme a la esperanza de verlo entrar por la puerta mientras se reía y me decía que yo me preocupaba mucho. Quise tanto calmarme y esperarlo, pero una parte de mí, la que no entiende de razones, me gritó que lo buscara.

Salí, acompañada de mi marido. Le dije a Carolina que se

quedara en la casa por si él volvía. Me acuerdo de que lo buscamos por todo el barrio, en las casas de sus amigos, también en los lugares que más le gustaban. Pero Juan no aparecía. Era como si este mundo tan inmenso se lo hubiera tragado y, de paso, a mí con él.



Al regresar a nuestra casa, por un momento pensé que lo encontraría sentado en el comedor comiendo una tostada, tomándose ese tinto que no le ofrecí. Pero mi hijo no llegó, ni ese día, ni el siguiente. Vi cómo la esperanza a la que nos aferrábamos todos comenzaba a desvanecerse, como la vida misma. De alguna manera, la idea de que Juan no volvería se esparció por toda la casa. Aquel día, cuando él no regresó, sentí morirme. El mundo ya no me sabía a nada.

Ahora sé que el dolor solamente puede ausentarse por un ratico, para que, en cualquier momento del día, a partir de una foto, una frase, un recuerdo, vuelva con la intensidad tan terrorífica que



contiene la incertidumbre. Yo no sabía nada de mi niño. Constantemente me preguntaba qué estaría haciendo, si pasaba frío, si quizá tenía miedo, pero nadie podía responderme. Una madre sufre con el dolor de aquel que salió de su vientre, quien cuidó durante tantos años y vio crecer. Siento como si el recuerdo de Juan se hubiera quedado detenido en el día que salió de la casa, con las ropas que estaba usando y las últimas palabras que me dijo.

Yo salía, aun así, a buscarlo cada mañana. Recorría los alrededores, a veces salía del barrio. Me quedaba estática viendo a la nada. Había ocasiones en las que veía pasar muchachos parecidos a él, con sus mismos ojos, su mismo pelo, hasta la misma ropa que usaba. Salía corriendo para alcanzarlo, pero cuando llegaba a su lado, solo era otro que se le parecía. No era Juan Esteban. Nunca era él.

Fue así como los meses pasaron, con sus idas y venidas, con la costumbre que estaba matándome poco a poco. Alberto también se veía afectado. Él no solía expresar mucho

sus emociones. Se guardaba todo para sí mismo, pero cuando el tiempo fue pasando sin saber nada de nuestro hijo, fue decayendo cada vez más. Carolina decía que se estaba hundiendo, solo, como siempre lo hacía. Ahí supe que teníamos que permanecer unidos, incluso si ambos estábamos muriendo por dentro. Todavía había una hija que nos necesitaba y, de pronto, un día de estos Juan volvería. Tenía que encontrarnos a los dos, así debía ser. Por eso nos quedamos en este mundo, viviendo con la esperanza de verlo otra vez.

Entonces, veo el tinto frío en mis manos y me quedo embelesada pensando en todo y en nada. Pero un toque en la puerta me saca de mi ensimismamiento. Al abrir, me encuentro con un hombre desconocido, quien dice saber lo que pasó con mi hijo. En ese momento, juro que mi corazón está a punto de detenerse. Él dice ese nombre ya tan conocido para mí: *“Juan Esteban está en Ocaña, en el Norte de Santander”*. Las palabras que dice parecen confundirse unas con otras, pero es tan extraño, porque entiendo su contenido, solo que no lo puedo

asumir. Me escucho a mí misma preguntar si está muerto. Le pido al cielo que me diga que no, que Juan está esperándome afuera. Pero el hombre baja la mirada, traga saliva y me rompe la vida en pedacitos irreparables.

— No... lo encontraron en una fosa común. Otro de tantos guerrilleros.

Apenas me dice eso, una rabia empieza a consumir todo lo que queda de mí. No es solamente la fuerte sensación de injusticia que siento tan dentro, es que no puedo creer que me diga tal cosa. Ese hombre me vio a los ojos y me mintió. El enojo se transforma rápidamente en tantas cosas: impotencia, desolación e incluso un naciente sentimiento de venganza. Venganza contra aquellos que mienten sobre mi hijo, aquellos que lo asesinaron.

Me quedo callada, ese hombre también, porque no hay nada que se le pueda decir a una madre luego de

perder a su hijo. Sin embargo, sé que quiero ir a ver a Juan una última vez, para por fin despedirme de él y dejar ir la incertidumbre. Me digo a mí misma que al menos ya no debo seguir buscando. Lo digo, aunque me estoy muriendo de dolor.

Lo próximo que veo son fragmentos de una realidad que ya no percibo como propia. Nos vamos al Norte de Santander, para encontrarnos con los cuerpos inertes de varios muchachos. Mi niño no había sido el único, también les habían arrebatado la esperanza a muchas otras familias.

Caminamos por el desolado cementerio, hasta que lo vimos. Juan Esteban estaba recostado en el suelo, muerto. ¿Qué debo hacer, Dios, si se me va la vida? Las lágrimas inundan mis ojos y ya no logro ver nada. Siento cómo la conciencia se me va y, en el fondo, deseo reunirme con él, si





es que la muerte consigue aliviar mi alma partida en dos.

Cuando regreso en mí, veo a mi marido, quien tiene los ojos rojos de tanto llorar. Y a su lado, Carolina me mira con el corazón roto. Inmediatamente supe que mi familia no volvería a ser la misma. Ahora, nos falta un pedazo de nuestra vida que no lograríamos recuperar jamás, ni aunque pasaran mil años.

Aun así, sacamos fortaleza de ninguna parte y trajimos a Juan a Bogotá. Su ciudad. En el velorio, están sus amigos, que me dan una mirada triste. Los vecinos que nos conocen intentan consolarme, pero nada es suficiente. La tristeza que siento parece adherirse a mi piel, creo que viviré con ella por el resto de mi vida. Me veo caminando por todo el lugar, como un triste

fantasma. A mi mente solo llegan recuerdos de mi hijo, se repiten en bucle e intentan acabar conmigo. De repente, siento como todo el peso del día se queda encima de mis hombros.

Pienso en Juan Esteban, en lo que era él antes de desaparecer, antes de morir. Le gustaba bailar y estar con sus amigos del colegio. Siempre decía que algún día iba a darnos todo. Mi hijo amaba a su familia, disfrutaba de la vida, era feliz. Yo no sé si algún día podremos superar este dolor, no creo que sea posible siquiera. Pero, aun así, deseo intentarlo. Quiero que mi hijo se sienta orgulloso de mí, en donde sea que esté. Deseo que se haga justicia por su muerte y la de tantos otros. Me gustaría ver hacia el futuro. Juan Esteban así lo habría querido.

La mujer que no salió en el periódico

Laura Dannela Villegas

A veces la historia no se rompe con un disparo, sino con el silencio que queda después.

Dicen que las historias importantes de un país solo se escriben en los periódicos. Yo creo que no. Creo que las historias más verdaderas se quedan atrapadas en lugares mucho más pequeños: en una cocina llena de ollas hirviendo emanando olores de una sazón exquisita, de frutas frescas en la mesa de centro, de una mesa de comedor amplia con claveles blancos, en una casa acogedora y hogareña.

Durante muchos años pensé que la historia que voy a contar no le importaría a nadie, pero en realidad quiero hacerlo. Porque no hablaré de presidentes, ni de guerras declaradas, ni de grandes batallas. Hablaré de una mujer, una mujer que limpiaba una casa diariamente vestida de sus colores favoritos, azules, como el cielo. Con zapatos bajos y su melena negra recogida.

Con su color de piel moreno y sus caderas anchas y esbeltas.



Mi madre, la señora Frida Ruiz, mi ángel. Ella nació en un pequeño pueblo del Cauca donde las montañas parecen cerrar el mundo y donde las tardes huelen a café recién tostado y a tierra húmeda. Recuerdo que cuando yo era niña, ella hablaba de ese lugar como si fuera un sueño al que nunca podríamos regresar. Decía que allá el tiempo caminaba despacio y que la gente se conocía por el nombre y por las historias de sus abuelos, pero también decía que la guerra llegó sin anunciarse.

Primero fueron rumores que viajaban de casa en casa como un viento incómodo. Luego aparecieron hombres armados caminando por los senderos del pueblo como si les perteneciera todo y después llegó el

miedo, ese miedo silencioso que hace que la gente deje de hablar en voz alta.

Una noche golpearon la puerta de nuestra casa. No fue un golpe fuerte. Fue peor. Fue un golpe tranquilo, el tipo de golpe que nadie ignora.

— Tienen que irse —dijo una voz.

No dieron explicaciones. No hizo falta. En los pueblos pequeños todos saben cuándo una orden es una sentencia.

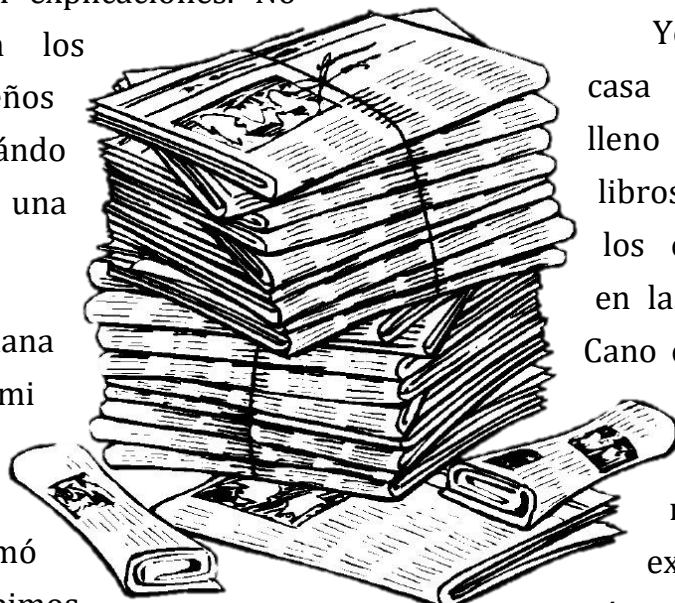
A la mañana siguiente mi madre empacó lo poco que teníamos, me tomó de la mano y subimos a un bus que parecía demasiado grande para nuestras vidas. Yo tenía cuatro años, ella tenía treinta y ninguna de las dos sabía que ese viaje nos iba a cambiar para siempre.

Llegamos a la capital, la que nos recibió con lluvia y frío, un frío distinto al de las montañas, era como vivir dentro de una nevera.

Durante meses mi madre buscó trabajo. Caminó calles que no conocía, preguntó en casas donde nadie la miraba a los ojos y aprendió lo difícil que es empezar de nuevo cuando el mundo ya decidió olvidarse de uno. Hasta que un día alguien le habló de una familia que necesitaba ayuda en su casa y así fue como llegó a la casa del señor Guillermo Cano Isaza y su familia.

Yo recuerdo esa casa como un lugar lleno de libros. Había libros en las mesas, en los estantes, incluso en las sillas. El señor Cano caminaba rápido, siempre con papeles en las manos y con una expresión que

parecía estar pensando en algo que nadie más podía ver. Mi madre decía que tenía ojos de hombre preocupado, pero también decía que era un hombre bueno porque desde el primer día la trató con algo que en Bogotá parecía escaso: respeto.





En esa casa aprendí que las familias no siempre se forman solo con sangre; a veces se forman con los años, con la confianza, con los desayunos compartidos y conversaciones profundas. Con el tiempo comprendí que el señor Cano no era un hombre cualquiera. Dirigía el periódico El Espectador y escribía cosas que a muchas personas poderosas no les gustaba leer. Hablaba del narcotráfico, denunciaba la corrupción, se enfrentaba a hombres que tenían más armas que argumentos. Yo era muy joven para entender completamente lo que eso significaba, pero sí entendía algo: que decir la verdad en Colombia podía ser peligroso.

Pasaron los años, casi 18 años, y mi madre se convirtió en parte de la casa, conocía cada rincón, cada costumbre, cada silencio. Yo crecí allí. Hice tareas en la mesa del comedor mientras escuchaba conversaciones sobre política, justicia y un país que parecía vivir siempre al borde de algo terrible.

Recuerdo una frase que el señor Cano repetía constantemente:

— El periodismo es una forma de defender la dignidad, mi niña.

En ese momento me parecía una frase bonita, ahora sé que también era una sentencia.

El 17 de diciembre de 1986 la ciudad estaba especialmente gris y lluviosa, parecía cubierta por una espesa nube negra. Mi madre estaba en la cocina terminando de limpiar lo que le quedaba, yo había llegado hace poco de la universidad y la esperaba en la sala para irnos a casa, cuando sonó el teléfono. Luego, silencio. Después, un grito ahogado.

La señora Ana María, la esposa del señor Cano, estaba de pie en la sala con el auricular en la mano. Tenía el rostro pálido.

— Lo mataron.

Dos palabras. A veces dos palabras bastan para romper una vida. Habían asesinado al señor Guillermo Cano Isaza frente a la sede de El Espectador. Dos hombres en motocicleta, disparos rápidos, el método que la violencia colombiana perfeccionó durante años.

La casa se llenó de gente en minutos. Vecinos, periodistas, amigos, familiares, todos hablaban en voz baja, como si el dolor fuera algo frágil que pudiera romperse si alguien levanta demasiado la voz. Los hijos lloraban, la señora Ana María parecía caminar dentro de un sueño del que no podía despertar. Y mi madre... Mi madre no lloraba. Preparaba café, buscaba pañuelos, abría puertas, contestaba el teléfono y acompañaba silencios.

Con el tiempo entendí algo. Hay personas que no pueden darse el lujo de romperse cuando ocurre una tragedia porque alguien tiene que sostener el mundo mientras los demás lloran.



Y supe que la violencia en Colombia no es solo una historia de balas, es también una historia de silencios. Silencios de pueblos desplazados, silencios de periodistas asesinados, silencios de familias que aprenden a vivir con una silla vacía en la mesa. Mi madre había huido de la guerra en el Cauca y, sin saberlo, había terminado viviendo otra.

¿Y yo? Yo soy Luz. Una profesora de Historia y cada vez que hablo del conflicto colombiano con mis estudiantes, pienso en todo lo que no aparece en los libros. Porque la historia oficial habla de fechas, nombres y gobiernos, pero casi nunca habla de las mujeres que cargaron el peso de esa historia sin aparecer en los titulares. Las mujeres que limpiaron casas, criaron hijos, sobrevivieron al desplazamiento y siguieron adelante cuando todo parecía roto. Como mi madre.

Gracias a ella y a su fuerte templanza pude estudiar. Pude leer los mismos libros que llenaban los estantes de aquella casa. Pude aprender que la memoria no es solo recordar lo que pasó, sino decidir qué hacemos con ese recuerdo. Mi



madre nunca escribió un libro, nunca dio entrevistas, nunca aprendió a leer, pero me enseñó algo que ningún profesor podría haberme enseñado mejor: que la dignidad puede sobrevivir incluso cuando todo lo demás se rompe.

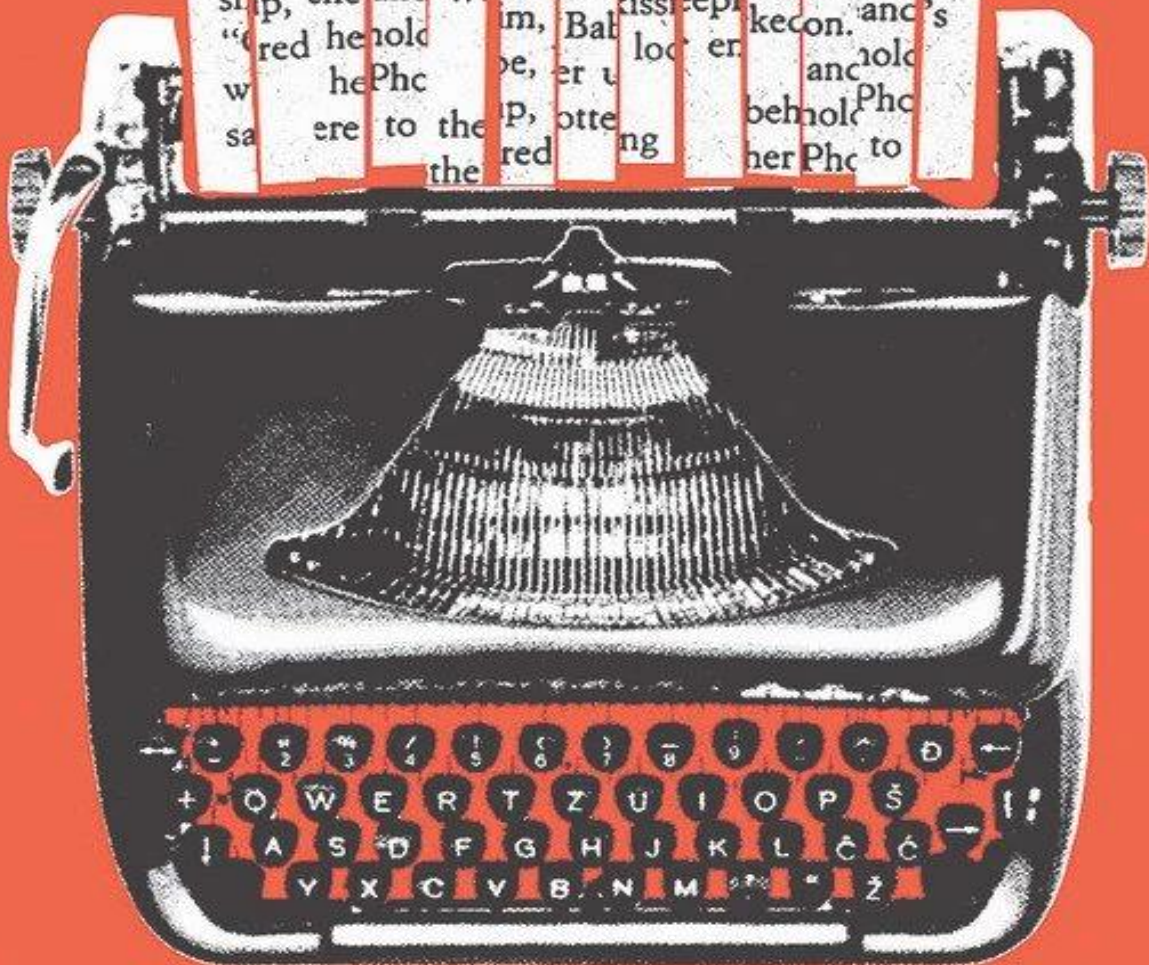
¿Y mi madre? Con los años su cabello se volvió completamente blanco. Sus manos, las mismas que habían lavado platos durante décadas, comenzaron a moverse más despacio. Cuando finalmente dejó de trabajar, no lo hizo con tristeza. Lo

hizo con una serenidad que solo tienen las personas que saben que han cumplido con la vida.

Murió algunos años después, en una mañana tranquila de Bogotá. No hubo titulares, no hubo discursos. Mi madre no solo había sobrevivido a la violencia de este país: había logrado algo aún más difícil, había criado una vida nueva en medio de ella.

Y por eso hoy cuento esta historia...

Cubrimiento de eventos





De la ciencia a la inversión

Fabio de Jesús Suárez Agudelo*

Fuente del texto: Biblioteca UGC

En el marco de la Semana del Libro, la lengua y la cultura 2026 organizada por la Biblioteca y la Facultad de Ciencias de la Educación de la UGC, se presentó la conferencia “De la ciencia a la inversión” que, en pocas palabras, pretendió sugerir a los participantes una ruta para invertir en las mejores oportunidades que existen actualmente, como las acciones de las empresas nacionales e internacionales.

La sesión abordó la importancia de la educación financiera como herramienta fundamental para la toma de decisiones económicas informadas, especialmente en contextos de incertidumbre económica y cambios globales. Se destacó cómo la transformación del ahorro en inversión constituye un paso clave para la generación de bienestar y la construcción de libertad financiera en el largo plazo.

A lo largo de la sesión se explicaron los conceptos básicos de interés simple e interés compuesto, enfatizando las diferencias entre ambos y demostrando, mediante ejemplos numéricos y proyecciones a largo plazo, el poder del interés compuesto como motor del crecimiento exponencial del capital. Estos ejercicios permitieron visualizar el impacto del tiempo y la reinversión de los rendimientos en la acumulación de patrimonio.

Se analizó la relación entre ingresos activos e ingresos residuales, mostrando los distintos cuadrantes económicos (empleado, autoempleado, dueño de negocio e inversionista) y su vínculo con la dependencia del tiempo frente al aprovechamiento del capital y los sistemas de inversión, se resaltó el papel de la inversión como estrategia para desacoplar el ingreso del esfuerzo directo y avanzar hacia una mayor libertad financiera.

**Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, UGC. Economista. Experto en Finanzas. Magíster en Educación*



La sesión integró el uso de la inteligencia artificial y el análisis de datos como herramientas aplicadas a los mercados financieros, ejemplificando su utilidad en el análisis de acciones, ETFs y escenarios de inversión tanto

internacionales como nacionales. Se concluyó invitando a los participantes a continuar fortaleciendo sus conocimientos financieros para tomar decisiones más conscientes, estratégicas y sostenibles en el tiempo.



Reseña del Conversatorio: Grandes Nombres de la Prosa y La Poesía Rusa en el Contexto Internacional

APedro Luis García Ortega

El conversatorio "Grandes nombres de la prosa y la poesía rusas en el contexto internacional", organizado por la Universidad La Gran Colombia, la Embajada de Rusia en Bogotá y el Instituto Cultural León Tolstoi, se celebró como parte de la semana del libro "El idioma y la cultura" y en antesala de la Feria Internacional del Libro de Bogotá. El evento reunió a tres destacados especialistas rusos para explorar la recepción e influencia de León Tolstoi, Mijaíl Lérmontov y Mijaíl Bulgákov en el mundo hispanohablante, con especial atención a Colombia y América Latina. La jornada, de formato bilingüe (español y ruso con traducción), combinó ponencias académicas, análisis de traducciones poéticas, un debate sobre realismo mágico y neorrealismo, y un sorteo de libros para los asistentes.

La primera ponencia estuvo a cargo de Galina Alexeeva, doctora en Filología y directora científica del museo-finca de Tolstoi en Yásnaia Poliana, quien demostró con

abundante documentación el diálogo profundo y continuo que el escritor ruso mantuvo con España y América Latina. Alexeeva reveló que Tolstoi recibía hasta treinta cartas diarias en sus últimas décadas, y que entre su correspondencia se conservan ciento cincuenta cartas procedentes de América Latina, varias decenas de ellas de Colombia, y unas noventa y cinco de España, lo que evidencia una "indudable simpatía mutua". Más allá de las cartas, la ponente mostró cómo Tolstoi mencionó España en su diario, en sus cuadernos, en artículos pedagógicos y en novelas como Ana Karénina; en Guerra y Paz hay catorce referencias a ese país, incluyendo Madrid, Zaragoza y Granada en los manuscritos.

Un momento destacado fue la explicación del artículo "Dos guerras", escrito por Tolstoi en 1898 en un solo día a petición de un juez de la Corte Suprema de Estados Unidos, para denunciar la guerra estadounidense contra Cuba, Filipinas y España. El texto se tradujo



de inmediato a todas las lenguas europeas, incluido el español. Alexeeva también subrayó la admiración de Tolstoi por el pintor español Murillo, cuyas obras Inmaculada Concepción y La Gallina Ciega lo impresionaron por su maestría, y mencionó el intercambio intelectual con el filósofo Enrique Sánchez Torres y con el sociólogo Ubaldo Romero Quiñones, quien envió a Tolstoi tres libros con dedicatoria autógrafa que el escritor leyó con lápiz en mano, dejando anotaciones marginales.

En el plano pedagógico, se recordó la escuela gratuita que Tolstoi fundó en 1859 en Yásnaia Poliana, donde no había castigos físicos ni disciplina estricta, un modelo que despertó el interés del pedagogo español Ángel Bueno, con quien el ruso entabló correspondencia. Finalmente, Alexeeva destacó la presencia de Cervantes y Calderón en la obra de Tolstoi: el nombre de Cervantes aparece unas veinte veces en sus escritos, consideraba Don Quijote "una obra excelente por su contenido interior", y en su diario de 1897 anotó, inspirándose en Calderón, que "la vida es sueño, la muerte es el

despertar". También hubo espacio para la conexión latinoamericana: el poeta chileno Diego Dublé Urrutia envió a Tolstoi un poemario con la dedicatoria "Al gran Tolstoi, hombre justo y artista enorme", y el ecuatoriano Juan León Mera, miembro de la Real Academia Española, le remitió su drama sobre la vida de los indígenas sudamericanos.

La segunda ponencia, a cargo de Boris Covalov, doctor en Filología por la Universidad Estatal de San Petersburgo, traductor y poeta, se centró en Mijaíl Lérmontov y en el curioso fenómeno de las traducciones populares de sus poemas al español. Covalov presentó a Lérmontov como "el Lord Byron ruso", poeta nacido en 1814 y muerto en duelo a los veintiséis años, cuya fama nacional llegó con el poema Muerte de un poeta dedicado a Pushkin. Lo más novedoso de su exposición fue la constatación de que, a diferencia de otros clásicos rusos traducidos por profesionales, Lérmontov ha sido vertido al español mayoritariamente por aficionados en foros de internet de Argentina, España y Uruguay, un fenómeno paradójico porque Lérmontov no es

el autor ruso más popular en Occidente.

Para ilustrarlo, Covalov analizó el emblemático poema La vela y presentó tres traducciones: la clásica de María Francisca de Castrogil, que respeta el sentido, pero no la métrica rusa; la de Alejandro Strielen, hijo de inmigrantes rusos en Argentina, que logra rima consonante y la de Olex Shatrov, también hijo de inmigrantes, que alcanza una rima exacta y un estilo más cercano al original. Sometidas a votación del público, la versión de Shatrov resultó la preferida. Covalov explicó la dificultad técnica de traducir poesía rusa al español: el sistema métrico ruso es silabotónico (cuenta sílabas y acentos), mientras que el español es silábico (solo sílabas), lo que obliga a reorganizar por completo la musicalidad del original.

La tercera y última ponencia fue presentada por Anastasia Gapova, especialista principal del Centro Cultural Iberoamericano de la Biblioteca de Literatura Extranjera de Moscú, quien ofreció un recorrido por las traducciones de Mijaíl Bulgákov al español. Gapova recordó

que Bulgákov sufrió censura, prohibición de sus obras y críticas en la prensa soviética, y que su obra cumbre, El maestro y Margarita, no se publicó completa hasta 1973, veintiséis años después de su muerte. A partir de ahí, detalló la historia de sus traducciones al español. La primera,

de 1968 en la editorial madrileña Alianza a cargo de Amaya Lácana Sancha, era una versión censurada que omitía escenas de Voland, alusiones a las represiones y episodios eróticos, y estaba adaptada al lector español priorizando la trama sobre el estilo.





Hubo que esperar a 2004 para que la editorial mexicana Lectorum publicara la primera traducción basada en la versión completa soviética, realizada por el cubano Julio Travieso Serrano. En 2014 aparecieron dos traducciones destacadas: la de Raquel Márquez García para Debolsillo, que intentó conservar el juego lingüístico y las particularidades estilísticas del original, y la de Marta Rebón para la editorial española Nevski Prospects, que cuida las entonaciones y la musicalidad de la prosa bulgakoviana e incluye abundantes notas contextuales. Dos años después, el argentino Fulvio Franchi entregó otra versión latinoamericana. Gapova también mencionó un detalle curioso: en algunas traducciones al español el nombre de Volland se escribe con V, aunque en la novela se dice explícitamente que empieza con W; esa grafía podría insinuar una relación con Margarita, ya que la W se parece a una M invertida.

Además de El maestro y Margarita, Gapova repasó cronológicamente las traducciones de otras obras de Bulgákov: La guardia blanca (dos traducciones

simultáneas en Barcelona en 1971), Corazón de perro (que circuló como samizdat clandestino hasta su publicación oficial en 1987), Los huevos fatales, El departamento de Zoika traducido por la mexicana Selma Ancira, Los días de los Turbín, Diarios de un joven médico (primera versión en español en 2015), entre muchas otras. Gapova concluyó que el número y la variedad de traducciones demuestran que Bulgákov es ya muy conocido en España y Latinoamérica, que las traducciones existentes se reeditan constantemente y que su obra sigue representándose en teatros.

Tras las ponencias se abrió un breve debate moderado por el profesor Roger Reyes de la Universidad, que conectó a Bulgákov con Gabriel García Márquez a través del concepto de realismo mágico. El moderador recordó que su maestra, la profesora Marina Kuzmina de la Universidad Nacional de Colombia, sostenía que Bulgákov ya había "inventado" el realismo mágico en Rusia bajo el nombre de neorrealismo. Covalov intervino para precisar, apoyándose en los estudios de Alicia Larena y Emir Rodríguez Monegal, la diferencia



entre "lo real maravilloso" de Alejo Carpentier (la realidad latinoamericana es en sí misma maravillosa, sin separación entre lo real y lo fantástico) y el "realismo mágico" de Miguel Ángel Asturias y García Márquez (donde hay un mundo real y otro mágico, pero la frontera es orgánica y verosímil, de modo que el lector se sorprende porque lo fantástico ocurre con naturalidad, como cuando Remedios la Bella sube al cielo en Cien años de soledad).

Covalov afirmó que ese mismo principio orgánico se aplica a El maestro y Margarita: el lector percibe que hay algo mágico, pero es completamente orgánico dentro del mundo de la obra. El moderador añadió una capa más de profundidad al sugerir que la diferencia clave podría estar en lo trascendente y religioso: en la tradición rusa, influenciada por Vladímir Soloviov, el escritor busca algo parecido a los evangelios, y una intervención divina para un creyente no es "mágica" sino parte de la realidad revelada, mientras que un hecho mágico sin causa lógica sería más propio del realismo mágico latinoamericano. Ambos coincidieron en que la línea

entre ambos movimientos es muy delgada y que Bulgákov y García Márquez tienen mucho que ofrecer para la producción literaria actual.

El evento cerró con un sorteo de libros para los asistentes, entre los que se entregaron ejemplares de Relatos de Sebastopol de Tolstoi, Un héroe de nuestro tiempo de Lérmontov y La hija del capitán de Pushkin. Además, se anunciaron dos eventos posteriores del foro: un taller sobre realismo mágico y neorrealismo el 22 de abril, y una conferencia titulada "Los mundos de García Márquez se encuentran a través del océano" el 23 de abril. El presidente del Instituto Cultural León Tolstoy tomó la palabra para elogiar el dominio del español por parte de los ponentes rusos y para invitar a los asistentes a aprender el idioma ruso, al que definió como "el medio más directo al corazón, la mente y el espíritu para entender otra cultura". Finalmente, la Universidad obsequió a los ponentes dos de sus publicaciones: Tucán, sobre leyendas del oriente colombiano, y Detrás de la persiana, dedicada al protagonismo de la mujer en diversos escenarios.



El conversatorio ofreció una ventana bien documentada a un diálogo cultural real entre Rusia y el mundo hispanohablante, con evidencia concreta de cartas, traducciones y anotaciones marginales que demuestran que este intercambio tiene más de un siglo de antigüedad. La ponencia sobre Tolstoi, apoyada en correspondencia y anécdotas, fue la más vívida; la de Lermontov, con su análisis métrico y la votación del público, resultó didáctica y participativa; mientras que la de Bulgákov, aunque exhaustiva en su listado de traducciones, pecó de ser más

descriptiva que analítica. El debate final sobre realismo mágico y neorrealismo fue el momento más estimulante, conectando a los clásicos rusos con la gran narrativa latinoamericana. Como aspecto mejorable, se echaron en falta más tiempo para preguntas del público y algún ejemplo de lectura en voz alta que permitiera apreciar las diferencias entre las versiones de La vela o de El maestro y Margarita. Aun así, el encuentro cumplió su objetivo de mostrar que la literatura rusa no es un patrimonio lejano, sino un interlocutor vivo y activo en la cultura hispanohablante.



De Contravía y otros cuentos

Ana Sofía Jaimes Orlando

*Gómez Morales, A. (13 de abril, 2026). Lanzamiento del libro “Contravía” [Conversatorio].
Universidad la Gran Colombia, Bogotá, Colombia.*

Andrés Gómez Morales nació en Bogotá, Colombia, en 1974, es profesional en Filosofía y Magíster en Escrituras Creativas, actualmente es profesor de la Universidad la Gran Colombia. Su primer libro de relatos es *Contravía* (2025) el cual presentó en un reciente conversatorio en dicha universidad.

La charla inicia con la pregunta en torno al tipo de texto: ¿Por qué cuentos?, por parte del profesor Roger Reyes, encargado de dirigir la actividad. Gómez cuenta que el libro surge en sí de un ejercicio que tuvo que realizar para una clase de la Universidad Nacional; personas como Julio Paredes y Alejandra Jaramillo fueron su principal influencia, pues fuera de escritores fueron sus profesores en la maestría.

Desde un inicio, Gómez deja en claro que en su momento tuvo una inclinación notoria hacia las novelas, a pesar de que le gustaran los cuentos. Reyes interviene y plantea que hay diferencias esenciales entre

el cuento y la novela, comenta que el cuento es un texto sustancialmente incompleto, que depende en gran medida del lector, quien reconfigura su sentido al decodificarlo, mientras que la novela es un texto más preparado y que se puede dar el lujo de extender sus descripciones y divagar en detalles de los personajes. Mucho antes de la publicación de *Contravía*, Gómez tuvo la oportunidad de publicar una novela, sin embargo, al haber tanta indecisión con respecto a ella, finalmente decidió no hacerlo.

La segunda pregunta gira en torno a la experiencia del profesor Andrés con la elección y búsqueda de editorial. Él cuenta que si bien sabe perfectamente que la finalidad de la escritura no es la publicación, sí hubo cierta decepción al tener ese golpe de realidad cuando se dio cuenta de que la mayoría de editoriales no le dan importancia real a los escritores, pues la retribución que hay con respecto a la



dedicación que le dio al libro es mínima, por no decir que nula, pues con el dinero que se gana del libro se deben costear todos los procesos y a las personas que aportan en este, mencionando al ilustrador que creó la portada, a la editorial en sí (que es quien se lleva casi todas las ganancias), el fotógrafo y el resto, que no es nunca más del 10%, queda para él (es decir, el autor).

Hablando de la portada, menciona que quien la creó es Diego Bohórquez. Gómez relata que se inspiró en portadas de películas y álbumes de música de los 70 y 80, además contó que con la portada él

no buscaba dar un resumen del libro, sino que más bien quería que el lector comenzara a trabajar su imaginación desde el primer momento. El profesor Andrés, por otro lado, comenta que para publicar un libro hay que esforzarse mucho, no es algo sencillo y se requiere mucha insistencia, entonces es esencial contar con una red de apoyo eficaz; sintetiza que la lectura va mucho más allá de las letras, dice que es importante arriesgarse y es esa la invitación que hace.

Por otro lado, Reyes hace énfasis en los epígrafes del libro, que son los fragmentos de otros autores



que colaboraron en la influencia del libro. Gómez menciona a Edgar Allan Poe y remarca que las obras literarias que tiene, como Berenice (1835), fueron importantes para tomar la decisión de usar cuentos para el libro en lugar de ser una novela. Menciona también que la música fue fundamental a la hora de la escritura, y esta misma lo influenció, menciona, por ejemplo, a la banda Pink Floyd.

Partiendo del tema de la música, sintetiza su influencia en cuentos como Contravía, Outlandos d'Amour, Amor Caníbal, La razón erótica y Perros en el parque. Reyes comenta que la sustancia del libro es que cada cuento está narrado por personas diferentes, en historias diferentes y en estilos incluso opuestos, generando así un interés mayor en el lector, pues no es Andrés Gómez, son los personajes como John o Sebastián quienes toman el control de la historia, como si en realidad fueran personas, y es que de cierta forma lo son, en sus propios universos.

Por último, en el conversatorio se le da oportunidad a los estudiantes y profesores que se encuentran en el aula máxima para

realizar preguntas o hacer comentarios. Inicia el profesor Elver Triviño hablando sobre el trauma en la vida de las personas y cómo este trauma en los escritores se forja como tinta. Gómez cree que, en sí, lo que lo llevó a escribir desde un inicio fue leer, y plantea que sus traumas no son solo suyos, sino que están arraigados a aspectos socioculturales en sentido de crianza de todos aquellos que compartimos territorio. La profesora Olga Díaz, por su parte, se enfoca en las competencias comunicativas y en la filosofía, no solo en el libro, sino también en la escritura en general, y le da el micrófono a dos de sus estudiantes para que hablen al respecto. Ellas comentan el libro desde una perspectiva actual ayuda a ver cómo están presentes las generaciones actuales, pues en su momento el prejuicio en torno temas como el sexo y la sexualidad eran muy tipificados.

Se realizan más intervenciones tanto de estudiantes como de Gómez y Reyes para responder y retroalimentar la participación, y así se da por finalizado el conversatorio. Podemos llegar a la conclusión de que



Contravía es un libro que demuestra modernidad, un libro que cualquier persona de cualquier edad puede leer, pues como bien lo menciona Gómez, en cuentos como Perros en el parque visibiliza a aquellas personas que no pudieron dar paso al nuevo siglo, y quienes aún siguen

intentándolo. Andrés Gómez es apasionado por su trabajo, ama escribir y todo ese amor que siente por la literatura lo plasmó en este libro, así mismo ese amor se transmite en detalles simples como la portada o la forma en la que está escrito.



Reseña Amor Caníbal

Laura Sofía Ramírez Páez

Lanzamiento del libro "Contravía"

Concretamente en este relato, Andrés Gómez Morales utiliza referencias cinematográficas y musicales, para así construir una atmósfera de suspenso y violencia en la Bogotá, vinculando la trama de la película de Claire Denis con las temáticas abordadas en la historia.

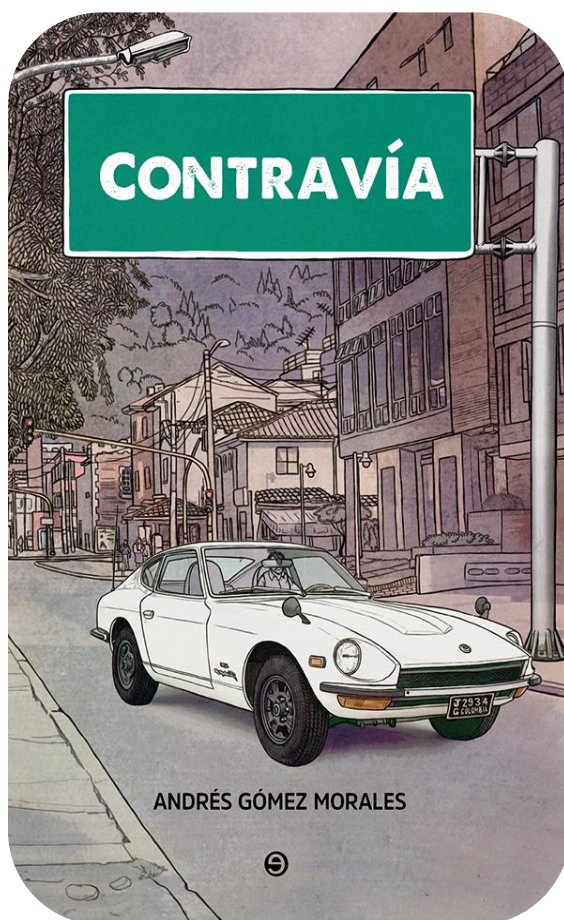
El relato inicia con una huida nocturna por la autopista, donde el protagonista, un músico dedicado a las pautas publicitarias, viaja herido y en un estado de shock en un Datsun junto a Elisa, mientras la sangre seca le macha el rostro, cavila sobre un evento violento que acaba de ocurrir; la historia retrocede para explicar que el caos inició cuando Elisa disputó de un Wavestation (un instrumento que representaba su único refugio creativo) sin permiso, esta invasión provoca así que el protagonista deambulara sin rumbo por la oscura Bogotá, terminando así en el teatro Metro. Estando en este estado de vulnerabilidad emocional se encuentra con Silvia, una antigua pareja cuya inestabilidad se hace evidente desde un inicio.

La trama se complica estando en el restaurante La Macarena, un lugar saturado de decoración kitsch, donde aparece Guarnizo, la actual pareja de Silvia, un abogado de cabeza rasurada con peligrosas conexiones militares; tras un estallido de violencia de Silvia donde lanza una cubeta de hielo a una de las acompañantes de Guarnizo, el protagonista aprisionado en una mezcla de embriaguez y nostalgia decide visitar a Silvia en su casa ubicada en el barrio Niza. En este lugar, se sumerge en una atmósfera perturbadora y opresiva, rodeado de ostentabilidad la cual demuestra un delirio de grandeza, habitaciones completamente llenas de memoria militar, uniformes, medallas y libros de ideologías extremistas que Silvia exhibe con naturalidad. El punto de quiebre ocurre cuando en medio de su delirio y bajo el estallido de un disco de los Rolling Stones, Silvia agrede violentamente al protagonista propiciándole un golpe certero en la boca con un ejemplar de un libro. El cuento alcanza su punto

mayor de tensión cuando el protagonista, consciente de la peligrosidad de Guarnizo y el desequilibrio absoluto de Silvia, cierra el círculo con la sangrienta huida que abre la narración, buscando refugio en un hospital mientras la relación con Elisa termina de quebrarse bajo el peso de la velocidad y el silencio.

“Amor Caníbal” es una pieza que destaca por su capacidad de

retratar la degradación de los vínculos afectivos y la invasión de la violencia en la cotidianidad. Andrés Gómez Morales logra, mediante una prisa rítmica y referencias culturales, una inmersión profunda en la mente de los personajes. Finalmente, es una narrativa colombiana contemporánea, la cual dialogue con el cine y la filosofía desde una perspectiva urbana, deberían leer.



Sobre Perros en el parque

Camilo Steven Torroledo Rocha

Lanzamiento del libro "Contravía"

Andrés Gómez Morales nos muestra en *Perros en el parque* una narrativa que nos hace reflexionar sobre la identidad y la realidad. Lo hace de una manera especial, mezclando lo cotidiano con reflexiones profundas. Con este fragmento ya se puede ver lo original y el buen estilo del autor.

La historia comienza con el narrador hablando sobre sus encuentros con viejos amigos de la universidad, como Emilio. Un día, conocen a un joven vagabundo que les da un cogollo verde radiactivo, esto desencadena una serie de pensamientos sobre la realidad y la identidad.

Emilio les cuenta que dejó la academia para aprender sobre la cultura indígena, específicamente la

de los pueblos witoto y arhuaco. Allí aprendió sobre el poporo y el ayo, que tienen un significado espiritual profundo. En un momento, Emilio se sienta en un banco y se da cuenta de que no lleva su tamagotchi (alusión irónica al celular, contextualizada en los 90, donde existía un dispositivo tipo "mascota" al que se le

denominaba así), lo que nos habla de la dependencia tecnológica en la que estamos inmersos a lo largo de las décadas que abarca la obra (80 a 2000).

El texto también habla sobre el lenguaje y la crítica a la Gramática de Nebrija, se burla de expresiones antiguas y se describe una conversación con Ronny Bancué en una tienda. El fragmento termina con el narrador y Emilio en un parque, reflexionando sobre la





memoria y la dictadura del algoritmo.

Perros en el parque es un texto que nos intriga y nos envuelve. Su valor está en cómo conectar tantos significados a través de las interacciones entre los personajes y el entorno. El autor tiene una habilidad especial para mezclar lo cotidiano con lo trascendente. Por ejemplo, la forma en que incluye elementos de las culturas witoto y arhuaco enriquece la historia y nos habla de una búsqueda de raíces y conexión con saberes ancestrales. Esto contrasta con la alienación de la vida moderna. La crítica a la

“dictadura del algoritmo” es muy relevante hoy en día.

El lenguaje del autor es sugerente y evocador, creando imágenes potentes. El uso de la tercera persona para describir a los personajes y sus pensamientos añade una capa de observación que es empática.

En resumen, Perros en el parque es un cuento que nos invita a reflexionar sobre quiénes somos en un mundo globalizado y digital; su fuerza radica en cómo entrelaza lo personal con lo cultural y lo filosófico, dejándonos con ganas de descubrir los muchos significados que se esconden en cada línea.



Outlandos d'Amour: crónica de un romance fuera de la ley

Sara Valentina Méndez Aguilera

Lanzamiento del libro "Contravía"

Esta pieza narrativa, Outlandos d'Amour, está contenida en el primer libro de relatos, Contravía, que se publicó en el año 2025, en la editorial Nueve Editores. Su autor, Andrés Gómez Morales, se desempeña como profesor en la Universidad la Gran Colombia.

La narrativa se despliega de manera no lineal, donde John Sastoque desde la correccional "del Sol y del Acero" explora las decisiones y acontecimientos que lo llevaron a ese lugar donde se encuentra compartiendo celda con un exguerrillero llamado Aurelio y Milton que habla y recita la Biblia. Desde el inicio que se plantea una línea temporal pasada, se evidencia su deseo de asistir a un evento: el cumpleaños de su hermana junto a su amada Marcela, también buscando desafiar al padre de esta, quien lo despreciaba por los negocios ilícitos de su padre, don Fermín, lo que llevó a este último a tener riqueza, además de tener un

deseo de aspiración social a círculos de la élite.

En el desarrollo se muestra el conflicto central que radica en la relación de John con Marcela, ya que al padre de la chica no le gustaba los vínculos del padre del chico con la mafia. También se menciona como figura importante al abuelo Lisandro que ya murió, pero le enseñó a manejar y de mecánica, siendo el dueño del taller, un negocio honesto antes de ser tomado por su hijo, quien se asoció con Medellín. Sin embargo, desde los dieciséis el protagonista trabaja con su padre para ocultar y respaldar las ganancias del negocio familiar. Para este tiempo, un suceso importante es su accidente en un BMW del cual se recuperó de manera lenta tras tener una afectación en sus ojos y un desarrollo agudo de sensibilidad auditiva, el cual se convierte en un refugio para el personaje que se sumerge en la música de bandas como The Police, Soda Stéreo y The

Clash, que se presentan de manera frecuente en la narración.

La narrativa hace que se evoquen los recuerdos de sus paseos con Marcela en moto y como ella compartió con él la presión de estudiar medicina para complacer a su padre, y él apoyándola y destacando su talento en el dibujo, lo que los hizo unidos al encontrar un refugio de sus realidades y compartir

sus diferencias. La tensión y la dificultad en la relación de los chicos se hace más fuerte tras la provocación de don Fermín en el cumpleaños de Marcela, que era días antes al de la hermana de John,

Natalia, donde ese día Sarita, madre de John, realizó un gran desayuno para la cumpleaños, después de este, don Fermín le regaló a la chica un auto que era el que John estaba buscando vender, la chica no lo aceptó del todo, pero en la noche en su fiesta llegó don Fermín

borracho, provocando un alboroto que el padre de la chica no tomó a bien.

Finalmente, se destaca el cambio que sufrió el pueblo Suamox, donde creció el personaje, al resaltar estas transformaciones del entorno con la llegada de los carros importados, las drogas (donde inician las fiestas sin control, haciendo referencia a Miami Vice).

Esta demostración de desenfreno se ve en el accidente el día de la fiesta de quince de Natalia, que lleva a la pareja a romper la relación, porque después del evento Marcela no desea saber nada de él,

pues a causa de esto se encontró en el Datsun droga. Debido a lo anterior, John termina en la correccional, cerrando la historia marcada por un círculo lleno de ambición, velocidad, provocaciones, rebeldía y promesas incumplidas.



Ganadores del Concurso de cuento y poesía 2025



Caminos de escuela



Lllaman a la puerta,
la casa responde con silencio.
Un perro ladra,
la lluvia borra la tinta de la dirección.

Los pasos del verificador
son huellas que nadie aplaude,
cargando preguntas
sobre niños que viajan en bus, en bici,
o a pie entre charcos y semáforos.

Kennedy, Suba, Bosa,
nombres que son mapas cansados
donde la ausencia pesa más
que la firma en un formulario.

A veces una madre abre,
con delantal y ojos ojerosos,
y confirma con voz frágil:
“Sí, aquí vive, sí estudia, sí sueña”.

Otras veces la puerta no abre
y el silencio dicta sentencia:
beneficio perdido,
distancia no cumplida,
un niño que camina más lejos de la escuela.





Pero, aun así,
cada visita es un poema escondido
entre papeles húmedos,
entre mordidas de perros y bloqueos de calles,
entre la esperanza que insiste
en que aprender vale la pena.

Porque en cada barrio,
donde una carpeta se llena de datos,
late la verdad sencilla:
la educación es un viaje,
y nadie debería perder su asiento.



Luz de Invierno

Dolor

No es tristeza lo que llevo, es un río.
A veces manso, a veces desbordado.
Me cruza por dentro sin pedir permiso, arrastrando ramas secas, memorias,
trozos de lo que fui.
Pero no me ahoga. Me riega.

Y entonces entiendo: las lágrimas no son derrota, son semillas.
No me apagan, me preparan. Como la lluvia que parece destruir, pero en
realidad limpia, despierta, hace espacio para lo nuevo.

He llorado con los ojos, con la piel, con los huesos.
Y en cada lágrima he descubierto una parte de mí que no sabía que existía.
Las que arden, me muestran lo que duele.
Las que caen suaves, me recuerdan lo que amo.
Y todas, todas, me vacían para volver a llenarme.

Porque es necesario romperse un poco para que entre la luz.
El dolor no vino a matarme, vino a enseñarme el tamaño de mi alma.
A mostrarme que puedo habitar el abismo sin convertirme en él.

Ximena Alejandra Saavedra Norena



Esmeralda entre Arcilla

J.C Human

Acostumbrado a mi condición, me movía por la ciudad en el TransMilenio, convertido en mi refugio y en mi cárcel. Cantaba sobre Dios, como mi viejo me enseñó. La gente no me daba dinero; pensaban que lo usaría en alguna droga que jamás he probado. Entendía que, por mi aspecto, lo creyeran. Ya no tenía mis ojos esmeralda y las manos con las que antes moldeaba la arcilla estaban llenas de ronchas por el frío nocturno.

En mi pueblo, aunque no era un lugar turístico, recibíamos de vez en cuando la visita de algunos viajeros. Un día llegó un hombre mayor y bastante alto; le interesaron unas cerámicas que yo solía hacer y vender por gusto. Me miró fijamente, con una sonrisa, y me dijo que podrían venderse muy bien. Con tono solemne, me llamó “Artista”, me ofreció bastante dinero por todas mis piezas y me dio una dirección en Bogotá. Allí —me juró— podría estudiar y trabajar, para darle una mejor vida a mis padres, ya ancianos.

Con esa promesa en el corazón, emprendí el viaje.

Al llegar a Bogotá, un hombre al que le pedí indicaciones me dijo que debía ir al centro, a La Jiménez. Me habló de unos buses rojos, “TransMilenios”, que me llevarían rápido. No entendí mucho, pero me dijo que los reconocería al verlos: “son como orugas” mencionó él. Con 17 años y sin conocer la ciudad, caminé buscando una estación como me había indicado aquel hombre.



Mi viejita siempre decía: “Preguntando se llega a Roma”. Así, me encontré en un edificio viejo, con una iglesia al frente. Una señora me recibió con una sonrisa, pero me pidió esperar al tal ‘Doctor Matías’, de quien yo no sabía nada, imaginé que era aquel viajero generoso. El lugar parecía más un consultorio que una tienda de arte, pero no le di

importancia. Me ofreció algo de comer. Moría de hambre. Mientras esperaba y comía lo que me ofrecieron, vi mis creaciones en una repisa, junto a varias joyas. La emoción me invadió, sonreí... y me dormí.

decía nada. Recuerdo oír un motor, una mujer gritar y un claxon. Luego me sentí en el suelo caliente y húmedo por la sangre que salía de mi cabeza. Me desmayé.



Desperté con un dolor intenso en el rostro. Todo estaba oscuro. Estaba casi desnudo, cubierto por trapos. Sentía brisa; pensé que era de noche. Busqué la luna, pero en su lugar sentí el calor del sol en mi piel. ¿Era de día entonces?, ¿por qué seguía todo oscuro? Con miedo, me toqué la cara: ardía bastante. Entre cortes mal hechos y sangre pude notarlo... ya no tenía ojos, los ojos esmeralda que heredé de mi madre. ¡Grité! No sé por cuánto tiempo. Avanzaba a ciegas, tropezando, golpeando cuerpos que se alejaban en silencio. Nadie me ayudaba ni

Cuando recobré la razón, estaba en un hospital; lo supe por el ruido de las ambulancias, los altavoces y el penetrante olor a enfermo. Todo seguía negro. Escuchaba murmullos: “otro drogadicto más”. Querían echarme pronto. Intenté explicar, pero nadie respondía. ¿De verdad podía hablar? ¿Por qué nadie contestaba? ¿Acaso me quitaron la lengua también? Me llevaron afuera. Sentí frío. El suelo helado dolía. Mis manos eran muy sensibles. Supe que era de noche. Escuché risas a lo lejos. Grité por ayuda... solo recibí silencio.



Con el tiempo aprendí a pedir limosna. A veces alguien me daba comida, pero nunca palabras. No recuerdo la última vez que alguien me habló directamente ¿De qué sirve poder hablar si nadie responde? ¿Seré yo quien no los escuche cuando me hablan? ¿Qué diferencia hay

entre esto y ser mudo o sordo? ¿Por qué me hicieron esto? Quise llorar, pero de mis cuencas vacías no brotaban lágrimas. No me quedaba más que aceptar mi realidad: no solo me dejaron ciego, ahora era mudo y sordo en una capital muda, sorda e insensible.



Último chocolate

Ivonne Alejandra Murcia Molano

La vida pasó delante de sus ojos con el primer hervor del chocolate. Al poner la primera pastilla junto a una astilla de canela, sabía cuál sería la próxima acción: después de tomar el último sorbo de aquella taza, la que ella compró en un mercado un día de domingo, envuelta en los quehaceres de un hogar. Al conocerlo, dio un gran paso al vacío. El amor, en ese entonces, no había sido cuestión de razón o vértigo; simplemente fue el motivo para continuar en un instante de la vida en el que algo no estaba funcionando.

La soledad se había disipado de a poco. La poesía fue el primer paso para un encuentro revelador, para enamorarse de una vez por todas. Cada rincón de la casa había sido estudiado meticulosamente por cada uno de los dos. Las plantas de ella estarían siempre junto a la ventana; los libros de él estarían a la altura de la lámpara de piso que permitía un ambiente cálido y más acogedor. Habían viajado poco

porque pronto se habían enredado con las responsabilidades adultas, aunque ella habría preferido aprender a estar sola, a bordar sola, a cenar sola, a vivir sola. La canela subía y ella la bajaba con movimientos suaves con el molinillo. Él seguía escribiendo mientras el silencio se volvía más fértil, devastador y minucioso. Cada uno, impotente, en medio de los chirridos de los carros que pasaban por la avenida, frente a ese apartamento.

Con mayor detenimiento, recordaba con la mirada clavada en el chocolate aquello que había descubierto meses atrás. Una mañana frenética fue el adiós casi definitivo. Siempre creyó que había estado con el mismo hombre; nunca dudó de quién compartía amablemente la almohada, porque ese era el momento perfecto para oler el cabello de ella. Ese aroma era fresco, romántico, vulgarmente delicioso. No había nada malo en aquel cuadro; no existía el riesgo. No podía huir de la verdad y del amor

que los atajó tan deprisa. Esa mañana, el reloj iba más rápido. Ninguno de los dos sabía que iban hacia un tiempo que no existía para el resto del mundo. Ellos eran los protagonistas de una gran historia de terror, de aquella que sumerge a cualquier ser en la agonía de sus propios pensamientos y en la intimidad del dolor confuso y ridículo.

Coincidieron en el baño, justo frente al espejo que alguna vez los ocultó en su simetría reflectante. Disfrutaban de la desnudez en las mañanas de los sábados, donde los horarios no presionaban de tal manera los movimientos, como ese día. Cada uno tomó un poco de pasta de dientes para cepillarse con impaciencia. Ella tuvo la necesidad de hacerlo más despacio, porque el espejo mostró otra cara, otra mirada, otra expresión que no parecía de él, que en definitiva tampoco era suya. Una criatura empezó a revelarse en cada gesto que trazaba la mano

derecha, con fuerza, de atrás hacia adelante.

No pudo musitar palabra alguna. Sabía que la confusión no la dejaría volver a abrazarlo ni a decirle que lo quería mientras dormía. Ese otro yo, esa otra voz, sólo apareció en las

condiciones de su propia ausencia.

Él nunca fue él, era una criatura amable

en ocasiones, que buscaba decorar las circunstancias. Sin

embargo, ella no pudo increparlo, porque pensaba que alucinaba, que

estaba cansada, que era su culpa no ver con claridad al hombre que cepillaba sus dientes con afán. Las lágrimas brotaron desde ese instante hasta el momento en el que el chocolate estaba servido en la taza contramarcada. Recordó que, a partir de ese día, tuvo que contener su dolor en la melodía doméstica que mutuamente decidieron componer. Esa criatura nunca había partido, era un cuerpo fabricado de otros cuerpos, de pedazos de corazones cansados y sonrisas tenebrosas,



fabricadas por dentistas del horror corporal.

Sonó la taza contra la madera del escritorio donde él trabajaba. Con una mirada ingenua, tomó un trago y asintió con la cabeza para decir que estaba aceptable.

Mencionó que, antes, el chocolate tenía un sabor prolongado y delicioso; el de aquella noche sólo maquillaba la agonía de una mujer que se estaba despidiendo, porque estaba tan agrietada como la taza donde había servido por años los mejores chocolates.





Un destino poco poético

Gabriel Quiñones Ortiz

Leandro Lescano

Bogotá D.C. – año 1998 – 4:20 a.m.

— ¡Levántate, hijito o llegarás tarde a tu primer día de clases! —exclamó mi madre— ¡Pégate un duchazo, desayuna y como siempre, perdóname por lo poco!

Abrí mis lagañosos párpados y pensé “creo que es complejo despertar cuando aún es de noche”; sin embargo, recordé que la universidad quedaba a veinte minutos de zanco limpio y a una hora aproximada de buseta. Una vez en la regadera, la gélida agua me propiciaba un par de mordiscos quiméricos a los cuales me acostumbraba cuando recordaba que mamita los aguantaba noche y día mientras lavaba las prendas de los habitantes de la cuadra como único modo de nuestro sustento; a posteriori, me puse la única chaqueta formal que dejó mi padre y que una modista la ajustó ante mi contextura angarilla. Después, desayuné la media taza de café, el medio huevo revuelto y la mitad de una tostada (ya se imaginarán para quien sería el

resto), tomé la carpeta, algunas numismas que reposaban en la mesita de la entrada y me dirigí hacia mi destino.

Llegué cinco minutos temprano; sin embargo, el vigilante optó por negarme la entrada hasta revisar en detalle los papeles de la carpeta, para después de malísima gana abrir la puerta —¿el salón 207? —le pregunté y lo único que hizo fue apuntar, llegué al aula y estaba cerrada, luego, la misma historia, carpeta entregada al docente, puerta cerrada ante mi rostro, hasta que por fin pude acceder y recibir el mismo gesto despreciable de una de sus falanges apuntando al escritorio más lejano. Después, en el ligero pero apabullante trayecto, todas las miradas despectivas de mis compañeros me enfocaban quizá porque uno de mis zapatos estaba roto o a lo mejor, porque mis pantalones estaban plagados de remiendos, la cátedra continuó.

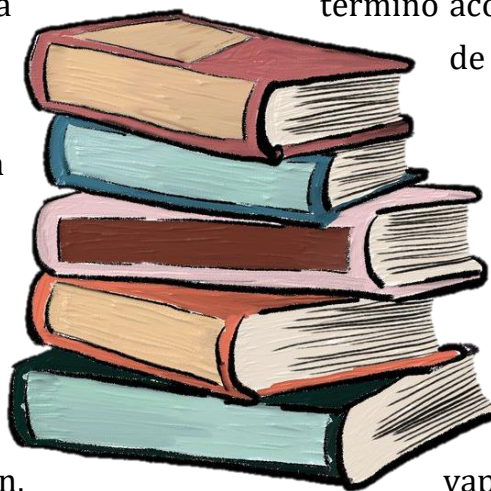
Para variar, poco entendía las fanfarrias que vociferaba aquél docente, puesto que, acababa de arribar de Francia y consideró ese motivo como suficiente para mezclar ese lenguaje desconocido con nuestra lengua nativa; situación suficiente para que la clase de poesía se torne un tanto más compleja; pero, no tanto para tomar uno que otro apunte con la leve esperanza de que la gitana que vive a la vuelta de mi casa tenga un diccionario; la clase terminó y entonces, un par de bribones elitistas se me acercaron, tumbaron mi libreta y uno dijo

— ¿¡Qué hace usted acá!?

— Estoy aquí gracias a una de esas tonterías que llaman beca, supongo
—respondí

Antes de que la situación se caldeara, la presencia del siguiente instructor ocupó el salón, ante lo que sentí cierta calma pues no podía demostrar el pugilismo aprendido de mis raíces colegiales, en donde los dientes volaban por sopapos desde

la primaria y no había ratón Pérez que dé un centavo por ellos; “normas del lenguaje” apuntó en el tablero y vaya que independientemente del ambiente que transpiraba corrientes arrogantes y hostiles, me esforcé por aprender con gran esmero todo lo relacionado con etimología y gramática; una vez más, la clase terminó acompañada de un lapso



de una hora coloquialmente denominado “hueco”, y, para variar la redundancia de ese par de consentidas lacras, intuí que su objetivo era vapulearme hasta aspirar

a la meta de que deserte de mi designio, pero sobre todo de los incontables esfuerzos de mi madre, situación que me obligó a ignorar y recibir sus felonías, no sin antes advertirles que no conviene que su pútrida sanguaza se derrame por estos pasillos.

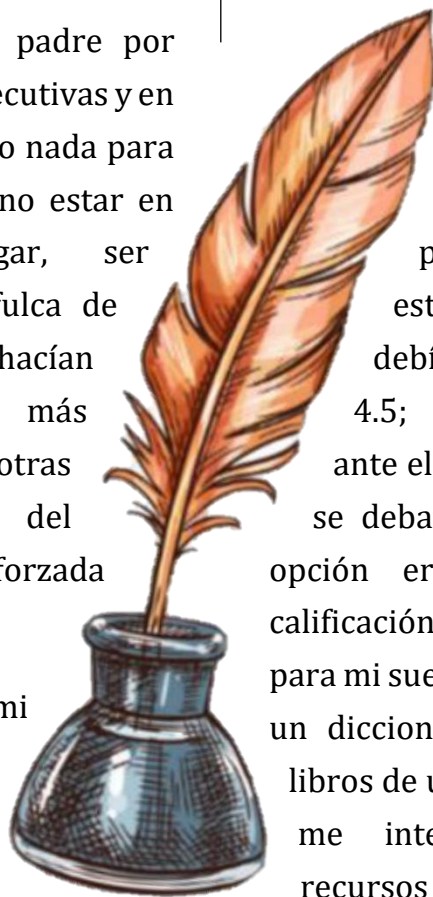
Una vez cerrado el hueco, instrucción de tipología de textos y, culminada la jornada, opté por escapar para evitar pleitos; en el camino a casa, no me olvidé de visitar

a la gitana quien me informó tener en su posesión el lexicón; pero, que me lo entregaría a cambio de una semana de trabajo en su billar, irónicamente, el lugar en donde habían asesinado a mi padre por ganar diez partidas consecutivas y en la onceava apostar todo o nada para entonces perder y tras no estar en condiciones de pagar, ser masacrado por esa trifulca de trogloditas que se hacían llamar deportistas; sin más opciones, no quedaron otras alternativas que la del desprecio y la forzada servidumbre.

Llegué a casa y mi madre plagada de alegría me preguntó que cómo me había ido, no recuerdo haberle mentado así en todo mi existir, pero le informé que todo estaba bien, que era una gran oportunidad y que, si nuestro sueño de convertirme en escritor algún día se cumplía, todo se lo debía a sus sacrificios inagotables e inquebrantables...

Las arenas del tiempo transcurrieron con fugacidad y para

entonces, la rivalidad que habían sostenido Isaac y Bladimir en mi contra había pasado de represalias verbales a una competencia literaria, siendo ellos quien dominaban en poesía y este humilde servidor en el resto de las áreas; con la gran diferencia de que para mantener mi estabilidad universitaria debía superar el promedio de 4.5; situación desfavorable ante el último examen en el cual se debatía mi futuro y la única opción era obtener la máxima calificación en la poética franchute; para mi suerte, no solo la gitana tenía un diccionario sino unos vetustos libros de un tal Rimbaud, los cuales me intercambié por trabajo, recursos suficientes para estudiar con esmero; en fin, el día esperado llegó y entonces *D'Artagnan* (el profe), informó los puntajes, los nombres de mis compañeros paulatinamente transcurrían, mientras me aferraba con fuerza a mi pupitre y el sudor plagaba por los poros de mi rostro; para sorpresa, Bladimir fue mencionado en el tercer lugar, Isaac en el segundo y yo, un tal Saul, había logrado culminar en





primer lugar, una cálida ovación y los aplausos plagaron el recinto; luego y tras correr una terna de horas llegué a mi hogar, allí, después de abrazar a

mi madre y entre sollozos le confesé — María, a lo mejor, ¡yo nunca te he mentido!, espero traer a casa algo más que viejos libros.

Veo fantasmas

Daniel Moreno

A veces me pregunto qué es peor: haber amado tanto que duela su partida, o verla en otros cuerpos que no son el suyo. La pregunta me asalta cuando menos lo espero, como aquella vez en el Transmilenio.

Iba recostado, apoyándome en la ventana y de pronto la vi allí, entrando frente a mí. O al menos creí que era ella. El parecido me golpeó como un recuerdo dormido: la forma del rostro, el brillo de los ojos, la serenidad en la boca. No estaba seguro, pero tampoco me atreví a confirmarlo. Me quedé mirándola demasiado tiempo, en un vaivén entre miedo y deseo. Pensaba: ¿la saludo? ¿la ignoro? ¿le pregunto directamente si es ella? Al final hice lo que siempre hago: nada. Solo la observé en silencio, atrapado en esa frontera incierta entre la ilusión y la realidad.

Cuando el bus se detuvo y bajó, sentí el alivio extraño de quien sobrevive a un incendio. No era ella,

lo supe en ese instante, y sin embargo me dolió como si lo fuera.

Días después me pasó lo mismo con otra chica. Esta vez no se parecía tanto, pero hubo un gesto, el color de su piel y sus labios parecían brillar con la luz de los recuerdos, encendiendo en mí aquella vieja herida. Otra vez mi mente viajó a los instantes en que mi alma se encontró con la suya, con la misma claridad que un artista ante su mayor inspiración. Y otra vez la certeza de que no volvería me dejó en silencio, condenado a contemplar sombras que me devuelven lo que ya no existe.

Quizá ese sea mi destino: verla en todas partes sin que nunca sea ella. Como si el amor que vivimos no siguiera ardiendo, disfrazado en rostros ajenos, persiguiéndome por la ciudad como un perpetuo eco de lo que alguna vez tuve y perdí.







Política editorial

Grafógrafo UGC, mediante su equipo editorial, y en concordancia con sus objetivos y valores como marca, se establece como una publicación de periodicidad semestral. Esto con el fin de seguir generando un espacio de interacción entre los estudiantes, la comunidad universitaria en general, la cultura y la literatura.

De manera que la revista y cada uno de los miembros del comité, se comprometen a hacer la entrega de cada número al final del semestre, independientemente de las demás actividades, conversatorios y eventos que se realicen, con el fin de lograr entregar un total de dos números cada año.

Convocatoria

Para llevar a cabo las convocatorias realizadas por cada comité editorial, se tienen en cuenta las fechas del realizadas por cada comité editorial, se tienen en cuenta las fechas del calendario académico respectivo, estas se difunden por las distintas redes sociales y deben

tener en cuenta las decisiones gráficas que contengan las siguientes indicaciones: fecha máxima de recepción, categorías: textos creativos (cuentos y poemas cortos), textos académicos, reseñas de eventos ocurridos dentro de la institución, textos externos (textos ajenos a la Universidad La Gran Colombia y que reúnen las categorías anteriormente mencionadas); fuente y tamaño de fuente (Times New Roman, 12 puntos); interlineado 1.5; extensión máxima dos cuartillas. El formulario de inscripción va adjunto a la pieza gráfica.

El ordenamiento de la revista es parte de las decisiones de los miembros del comité vigente. Por otro lado, la convocatoria que concierne a los docentes se hace por medio de la sugerencia vía correo electrónico. La difusión de las convocatorias se hace hasta las fechas concretadas por el equipo editorial. Es menester que cada miembro procure comunicarse con las redes sociales oficiales de la universidad, facultad y licenciatura



para que desde allí se comparta dicha información.

Selección

La recepción, selección y edición de textos para cada uno de los números de la revista, se realizará por parte de todos los miembros activos del comité editorial, quienes estarán a cargo de la publicación correspondiente al semestre que se encuentre en curso, de manera imparcial y profesional, de manera que se proporcionen evaluaciones justas.

De manera que una vez cerradas las convocatorias todos los estudiantes pertenecientes al comité editorial deberán clasificar, leer y retroalimentar cada uno de los textos que sean recibidos como aporte para el número en cuestión. Se debe tener en cuenta los parámetros establecidos al momento de la publicación de la convocatoria, los cuales contemplan efectos como la extensión y la relación de pertinencia con la categoría a la que se postula cada uno de los textos, con el fin de mantener los parámetros de objetividad, calidad e imparcialidad que caracterizan cada una de las

publicaciones que se realizan en nombre del Grafógrafo UGC.

Proceso de revisión de pares

Todos los artículos serán sometidos a un proceso de arbitraje anónimo a cargo de evaluadores pertenecientes al comité editorial de Grafógrafo UGC, quienes son seleccionados para dicha función. Las correcciones de forma necesarias hechas por el Comité Editorial de la revista deberán ser tenidas en cuenta por el autor ya que estas consideran la totalidad del texto leído y socializado por cada par editorial. El Comité Editorial define la publicación de los textos aprobados en el número correspondiente.

Responsabilidad de los autores

Todos los autores que se reflejan en el trabajo deben haber contribuido activamente en el mismo. Grafógrafo UGC proporciona a los autores unas instrucciones claras donde se explican los conceptos de autoría académica, especificando que las contribuciones deben quedar claras. Los editores de Grafógrafo UGC piden la declaración



a los autores de que cumplen con los criterios de la revista en relación con la autoría. En caso de darse un conflicto en los derechos de un trabajo publicado, los editores de Grafógrafo UGC se pondrán en contacto con el autor que reclama su autoría para establecer la veracidad del caso. Si los editores lo estiman oportuno, se cerrará el acceso temporalmente al artículo en cuestión hasta que se tome una decisión final.

Tratamiento de datos y obras seleccionadas. Derechos de autor. Política antiplagio

En relación con el tratamiento y uso de datos personales, la Ley estatutaria 1581 de 2012 “*Habeas Data*” acoge al Grafógrafo UGC en la recolección información para el ordenamiento y nombramiento de los postulantes en categorías para la edición saliente; el autor de la obra a postular autoriza el uso de los datos registrados para su publicación (Nombre, cargo, lugar de trabajo o estudio, ciudad, correo electrónico para el contacto), además de que acepta la veracidad y pertinencia de estos y demás principios

contemplados en el Artículo 4 de dicha Ley.

Grafógrafo UGC no debe recolectar ni hacer uso o tratamiento con datos sensibles salientes de los postulantes (ver art. 5 Ley 1581 de 2012). Las obras contenidas en las ediciones de Grafógrafo UGC se pueden reproducir, distribuir y comunicar públicamente en formato digital, siempre y cuando se reconozcan los nombres de los autores y su dependencia institucional, y a la Universidad La Gran Colombia. Se permite citar, adaptar, archivar y crear a partir del material, para cualquier finalidad (incluso comercial), siempre que se reconozca adecuadamente la autoría, se proporcione un enlace a la obra original y se indique si se han realizado cambios. La Universidad La Gran Colombia no retiene los derechos sobre las obras publicadas y los contenidos son responsabilidad exclusiva de los ponentes, quienes conservan sus derechos morales, intelectuales, de publicidad y privacidad.

A partir de herramientas de detección de plagio, se hará la



revisión de cada texto recibido, de igual forma, en los textos académicos se ejercerá una rigurosa revisión en los listados de referencias bibliográficas y citas mencionadas para la construcción de dicha publicación, acogándose a las Normas APA sexta edición de la Universidad La Gran Colombia. Los textos postulados que contengan plagio serán automáticamente descartados, notificando al autor de los contenidos detectados.

El aval sobre la intervención de la obra (corrección de estilo, revisión, traducción, diagramación) y su posterior divulgación se otorga a partir de una licencia de uso y no a través de una cesión de derechos, lo que representa que la Revista Gráficografo, la Facultad de Ciencias de la Educación, la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana y la Universidad La Gran Colombia se eximen de cualquier acto que se pueda derivar de una mala práctica ética por parte de los autores. En consecuencia, de la protección brindada por la licencia de uso, la revista no se encuentra en la obligación de publicar

retractaciones o modificar la información ya publicada, a no ser que la errata surja del proceso de gestión editorial. La publicación de los contenidos no representa regalías para los contribuyentes.

El retiro de un artículo se solicitará por escrito con un documento impreso al Comité editorial y se formaliza con la respuesta oficial del comité.

Apoyos desde comités de ética

Los editores atenderán a las recomendaciones del Comité de Ética en Publicación (COPE), el Consejo de Editores Científicos (CSE) u otro órgano competente, si se necesita más asesoramiento.

El comité editorial de Gráficografo UGC perseguirá los casos en que se sospeche mala conducta y que se manifiesten durante los procesos de revisión por pares y publicación. Si se confirma un caso de mala conducta, los editores pueden considerar la imposición de vetos a los autores por un período de tiempo.

GRAFOGRAFO XIV

Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana

